

LIBRARY OF THE  
UNIVERSITY OF TORONTO

UNIVERSITY OF TORONTO  
LIBRARY

SALAZAR

1875

FRANZ GERUNDI

IM KAMPF

2

PQ6530

H5

1875

V.2

C.1

010224



1080021903

EX LIBRIS

HEMETHERIK VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis



Este Libro Usado  
FUE DESINFECTADO  
para su venta

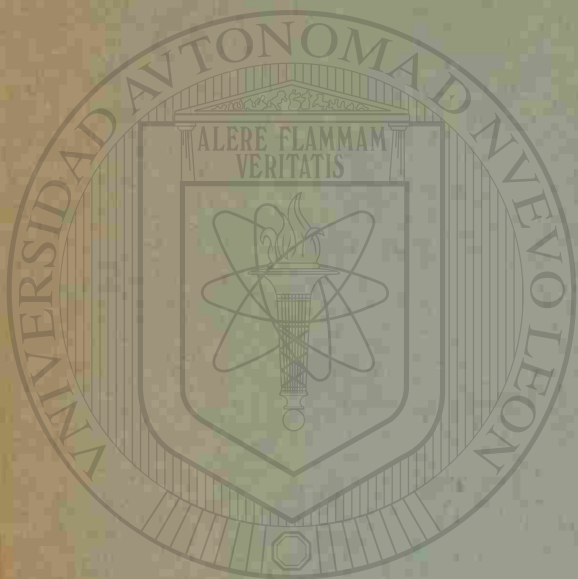
Esta etiqueta debe ser destruida  
por el comprador

D. S. R. S. D. E. 2001

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

E  
HEME



**HISTORIA**

DEL FAMOSO PREDICADOR

FRAY GERUNDIO DE CAMPAZAS.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



# HISTORIA

DEL FAMOSO PREDICADOR

## FRAY GERUNDIO DE CAMPAZAS

ALIAS ZOTES.

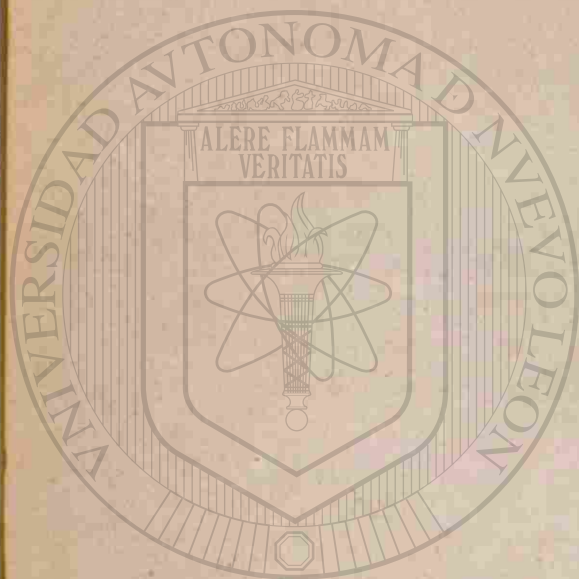
ESCRITA POR EL LICENCIADO

D. FRANCISCO LOBON DE SALAZAR,

Proabitero, Beneficiado de Preste en las villas de Aguilar y Villagarcía de Campos,  
Cura en la Parroquia de San Pedro de esta,  
y Opositor á Cátedras en la Universidad de la ciudad de Valladolid,

QUIÉN LA DEDICA AL PÚBLICO.

Edición adornada con preciosas láminas,  
Y ENRIQUECIDA CON CURIOSAS NOTAS  
POR UN PROFESOR DE TEOLOGÍA.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN TOMO II.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS  
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
BARCELONA.

IMPRESA EDITORIAL DE MORENO Y ROIG,  
CALLE DE JOVELLANOS, NÚMERO 2.

1875.



46555

PQ 6530  
H5  
1875  
V.2



*Esta edición es propiedad de la Empresa Editorial de los señores Moreno y Roig.*



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





OTROS LE LEVANTABAN POR EL AIRE.  
Lib. III, cap. VI.

## HISTORIA

DEL FAMOSO PREDICADOR

### FR. GERUNDIO DE CAMPAZAS

#### LIBRO SEGUNDO.

#### CAPÍTULO IV.

DE LA BURLA QUE HIZO EL PREDICADOR MAYOR DEL RAZONAMIENTO DEL EX-PROVINCIAL, Y DE LO QUE PASÓ DESPUES CON FRAY GERUNDIO.

SIN cespitar estuvo oyendo Fray Blas el sermón, que le espetó el reverendo padre ex-provincial, y á pie firme sufrió la carga cerrada, que le disparó, con una contenenencia tal, que cualquiera se persuadiria, que quedaba convencido, persuadido y trocado ya en otro hombre. Porque dice la leyenda de la órden, que oyó con semblante sereno, con los ojos bajos, con las manos debajo del escapulario, con el cuerpo algo inclinado hácia adelante, en postura humilde, aplicando un poco el oído izquierdo, como para no perder sílaba, sin estornudar, sin escupir, y

010224

aún sin sacar la caja ni tomar un polvo de tabaco en todo el tiempo que duró la mision. Ya el buen padre ex-provincial se aplaudia interiormente á sí mismo de aquella feliz conquista; ya tenia por mil veces dichosa la hora, en que se habia determinado á hablarle con tanta resolucion y claridad; ya estaba para echarle los brazos al cuello, dándole mil parabienes de que finalmente hubiese abierto los ojos á la luz de la razon, cuando vió que el bueno del predicador levantó los suyos, le miró con serenidad, sacó las manos de debajo del escapulario, reclinó el codo derecho sobre el brazo de la silla, refregóse la barba, echó despues mano á la manga, sacó la caja, dió dos golpecitos pausados sobre la tapa, abrióla, tomó un polvo, y encarando al ex-provincial, le dijo muy reposado: *acabó ya V. Paternidad? Si, ya acabé. Pues, padre nuestro, óigame V. Paternidad este cuento.*

2. Asistia un loco al sermón del juicio universal, que se predicaba en cierta mision. Estuvo verdaderamente fervoroso y apostólico el celoso misionero, y dejó tan aturdido el auditorio, que aún despues de acabado el sermón, por un rato ninguno se rebullia. Aprovechóse el loco de aquel compungido silencio, y levantando la voz descompasadamente, dijo: *Señores, todo eso que nos acaba de predicar el padre misionero, de juicio, juicio y juicio, sin duda, que debe de ser así. Pero nondum venit hora mea, y yo llevo la contraria con el doctísimo Barradas. Vea V. Paternidad si manda algo para Cevico de la Torre, porque yo parto mañana. Y sin esperar á más razones se levantó de la silla, tomó la puerta y se fué á su celda.*

3. Esperábele en ella su queridito Fray Gerundio,

que además de ser un eterno admirador de las locuras y de los disparates de Fray Blas, cuya sola razon bastaria para que éste le estimase mucho, era fuera de eso un frailecito rollizo, bien agestado, muy compestico de andadura, de acciones y movimientos; por lo cual, no solo se llevaba todos los cariños del padre predicador mayor, sino generalmente los de casi todos los padres graves de la casa, entre los cuales habia una especie de celillos y de competencia sobre quien le habia de hacer más cocos. Enviábanle desde la mesa traviesa la fruta, los extraordinarios y el platillo, cuando solo le tenian los padres gordos y no los colegiales: y aún por lo mismo era entre estos envidiado, acechado y más que medianamente mordido, para lo que daba él mismo poco motivo, ya por lo que se engreia con los halagos de los reverendísimos, ya por las mañuelas y artificios de que se valia para tenerlos más engaitados, ya finalmente porque el horror que tenia al estudio escolástico, los daba muchas ocasiones de burlarse de él y de sonrojarle, las cuales no las perdian los bellacuelos de los otros colegiales; pero á Fray Gerundio se le daba muy poco de eso, procurando en todo caso cautivar la predileccion de los mandones del convento; y entre todos, inclinándose más (aunque con el mayor disimulo posible) al despejo, al garbo y á la discrecion del padre predicador mayor.

4. Luego que éste entró en la celda, confortó á Fray Gerundio cuanto le acababa de pasar *con nuestro padre*: hizole un resumen del sermón, remedó su voz, imitó su postura, pintó sus gestos, glosó sus palabras y burlóse de todo, tratándole de *carecezo*, de



*Fray-Zaraguëllés, de hombre de antaño y de otros apodos semejantes. Finalmente le dijo: Chico, como la mision duró tanto, tengo gana de cierta cosa, y así con tu licencia. Retiróse á la alcoba, tiró la cortina, hizo lo que tenia que hacer, y acabada esta funcion dijo Fr. Blas á Fr. Gerundio: Ya sabes, que mañana voy á Cevico de la Torre á predicar del Patriarca San Benito en su ermita del Otero, es voto de villa, pascua de flores y hay romería, y el sermón es de los de á onceita de oro. Ante todas cosas, tómate esos dulces (y llenóle la manga de los que sacó de una naveta), cerremos la puerta, porque no venga á inquietarnos algun reverendo Muletilla (y echó la aldaba); siéntate y oirás uno de los mejores sermones que he compuesto en toda mi vida.*

5. Título y asunto: *Ciencia de la ignorancia, en la sábia ignorancia de la ciencia.* Tenga usted, padre predicador, le interrumpió luego Fray Gerundio, no diga más, que solo eso me encanta. Esos retruecanillos, ese paloteo de voces, y ese triquitraque de palabras con que usted propone casi todos los asuntos de sus sermones, es cosa que me embelesa: *¡Ciencia de la ignorancia, en la sábia ignorancia de la ciencia!* Vaya, que no hay más que decir. A la verdad, yo no entiendo bien lo que quiere significar; pero lo que me suena, me suena, signifique lo que significare, ello es una gran cosa. No quiere decir más, replicó el predicador, que lo que dice San Pablo, *que la ciencia de los Santos es la verdadera sabiduría, y que la sabiduría de este mundo es verdadera ignorancia y estulticia.*

6. Con que ¿eso y no más quiere decir? Sí. Pero,

válgame Dios; ¿quién lo adivinaria? Otro que no fuera V. Paternidad, diria sencillamente: San Benito supo lo que le convenia saber, é ignoró lo que no importaba ignorar; y de esa manera, aunque lo entenderian todos, pero tambien cualquiera gayan sabria decirlo. Mas eso de proponer una cosa tan comun con el airecillo especial con que la propone V. Paternidad, en el mundo hay quien lo haga con tanta gracia. Y sino dígame aquel otro asunto del sermón, que V. Paternidad predicó al capítulo dos meses há, en el día de las elecciones particulares: *Eleccion de la rectitud para la rectitud de la eleccion.* Primero que se me olvide el tal asunto, me he de olvidar yo de como me llamo. Pero ya que hablamos de él, ¿no me explicará V. Paternidad el concepto? porque á decir la verdad, no le penetré muy bien. A mí lo que se me ofreció que querria decir era, que para que la eleccion fuese recta, era preciso que fuese recta la eleccion; mas esto claro está que no lo querria decir V. Paternidad, porque seria una verdad de Pero-Grullo.

7. Calla, simplon, le respondió al punto Fray Blas; pues claro está, que no quise decir otra cosa; y ahí estuvo el chiste, en decir una pero-grullada de manera, que parecia una cosa del otro mundo. Si te acordaras del modo tan claro, tan perspicuo, tan brillante con que entablé esa proposicion, para introducirme en el discurso, verias más claro que el Sol de mediodia lo que yo quise decir. Como soy cristiano, que ya no me acuerdo (replicó Fr. Gerundio), aunque tengo el sermón en la celda, porque al punto le trasladé, como sabe V. Paternidad. Pues yo te lo traeré á la memoria, que bien en ella lo tengo.

8. Concluida la salutacion, que ese fué vino de otra cuba, di principio al sermon con este apóstrofe al Sacramento, que estaba patente: *Amorosamente sabio os ofreceis (Soberano Sacramentado Monarca), Maestro y Director de este capítulo.* Nota de paso la oportunidad de llamar Presidente del capítulo al Sacramento, y dime si esto se ofrece á cualquiera. Añadi despues: *Para la más acertada rectitud de las elecciones, ofrece ese Augusto Sacramento vitales luces á los electores prelados.* Prueba perentoria y terminante; *Ego sum panis vitæ.* Nota lo de *panis vitæ*, para las *lucis vitales*. Mas por quanto los electores eran muchos, y cada uno tenia su vida, buena ó mala, como Dios sabe (que á nosotros no nos toca indagar vidas ajenas), y el texto solo hablaba de una vida, *vitæ*, era menester uno que hablase de muchas. Halléle á pedir de boca en el Siriaco, que lee: *Panis vitarum.* Ya tenemos al Sacramento *Pan de muchas vidas*: pero, por quanto estas vidas podian ser de coristas, de sacristanes, de refitoleros y de otros muchos frailes, que no tenian voto en capítulo, y yo habia menester precisamente un Sacramento que fuese pan de las vidas de los padres capitulares y electores, aquí estuyo mi felicidad y mi discurso. Halléle como lo podia desear en Zacarias, en Tiriño, en Menoquió y en Lira; porque el primero llama al Sacramento *Fru mentum electorum*; el segundo *Panem electorum*; el tercero *Fru mentum electorum*; y el cuarto, *Fru mentum electorum est Corpus Christi consecratum pane frumenti.*

9. Digo que V. Paternidad es demonio ó que tiene familiar (le interrumpió Fray Gerundio, sin po-

derse contener;) ¿dónde diantres fué á encontrar unos textos tan á pelo, tan al intento, y que hablan de *pan de electores* con tanta claridad, que los entenderá el más zafio batueco de los que van á vender miel á la villa de Bezar? Ahora me acuerdo, que especialmente cuando oí estos textos en el sermon, me quedé como atorrollado. Es verdad, que hablando despues acerca de ellos con un padre maestro de la casa que me quiere mucho, me dejó un poco confuso; porque me dijo claritamente que todos ellos en el sentido en que V. Paternidad los entendió, habian sido unos grandísimos disparates, delatables á la Inquisicion; que así el texto como los intérpretes solo querian decir, que el pan del Sacramento, ó que el Sacramento era pan de los escogidos, que eso, y no otra cosa significaba *electorum*; que aplicarlo á los electores, puramente por el sonido material de la palabra, era un abuso intolerable de la Sagrada Escritura, condenado por el Concilio Tridentino, por los Papas y por la Inquisicion; que esta habia castigado en Roma á un predicador, porque en las honras del cardenal Cibo habia dicho, que la carne de Cristo en el Sacramento era verdaderamente la carne del cardenal, probándolo con aquel texto: *Caro mea verè est cibus*, el cual le habia querido entender aquel loco (así le llamó el padre maestro) ni más ni ménos como V. Paternidad habia querido entender el *Fru mentum electorum*; que si se permitiera la licencia de usar ó de abusar de la Sagrada Escritura con esa materialidad, no habria herejia, disparate, torpeza ni suciedad, que no se pudiese probar con ella: y de aquí fué ensartando tantas cosas, que me metieron en mucha confusion, y no sé como tuve paciencia para oirlas.

10. ¿Y tú hiciste caso de ellas? No, padre predicador: ¿qué caso había de hacer, si estaba conociendo palpablemente, que todo era envidia; porque el tal padre maestro es un hombre indigesto, que no sabe más que sus ergos, su Teología, su Biblia, sus concilios, sus Santos Padres y servitor? En sacándole de ahí, no sabe una palabra: ni él ha leído jamás el Teatro de los Dioses, ni á Rabisio Textor, ni á Aulo Gelio, ni á Natal Comite, ni á Alejandro de Alejandro, ni á Plinio, ni á Picinelo: con que, ya se vé, ¿qué obligacion tiene el pobre á entender de sermones, ni á saber cómo se han de traer ó cómo se han de manejar los textos de la Sagrada Escritura? Y como por otra parte es un triste pelon, que anda con la hortería para tomar una jicarilla, y vé gracias á Dios la celda de V. Paternidad tan abastecida de todo, se pudre á todo podrir, y de aquí proviene, que todo cuanto hace V. Paternidad le dá en rostro. Dame un abrazo (le dijo al oír esto el padre Fray Blas) que tú has de ser la honra de la orden; toma esos cuatro bollos de chocolate, para que te remedies en mi ausencia, y vamos adelante con el sermon capitular.

11. Otro dia hablaremos de ese sermon (dijo Fray Gerundio,) que ahora como está V. Paternidad para irse mañana, temo que no nos ha de quedar tiempo para leer el de San Benito, aunque no sea más que la salutación, y yo estoy rabiando por oirla, porque solo el pensamiento de *Ciencia de la ignorancia, en la sabiduría ignorancia de la Ciencia*, me ha excitado una curiosidad que es un horror. Tienes razon (respondió Fray Blas,) y vamos á ella: aquí está el cartapacio sobre la mesa. Ten presente que estamos en prima-

vera, que es Pascua de flores, y que la ermita del Santo está en el campo y oye.

12. «Al celebrado Dios del regocijo consagraba «la Grecia, Esparta y Tesalia festivos, solemnes cultos el dia 27 de Marzo: *Thessali huic Deo risui quotannis rem divinam in summâ lætitiâ faciebant*, «dice Rabisio Textor. Tejian verdes guirnaldas, es- «maltadas de matizadas flores, ofreciendo una primavera de gozo al obsequiado Dios del regocijo: «*Vernis intexens floribus arva... risibus, et grandes «mirata es Roma cachinos*, dice Lilio Giraldo. Ofreciase esta deidad al culto en la figura de un jóven «desnudo, coronado de mirto, adornado de alas y en «la frondosidad de un prado ameno: *Puer nudus, alatus, mirthoque coronatus, qui humi sedebat*, dice «Vincencio Cartario.»

13. ¿Has visto entradilla más florida para un sermon de primavera, en Pascua de flores, y toda ella no ménos que con autoridad de Cartario, Lilio Giraldo y Rabisio Textor? Pues aguarda un poco, y escucha la aplicacion. *¿Este es vernal paralelo del esclarecido Patriarca San Benito, á quien con festivo gozo consagra hoy este pueblo este solemnizado culto? ¿qué te parece, Gerundio amigo? ¿Qué me ha de parecer? Lo primero que V. Paternidad tiene más en la maña el calendario de las fiestas de los gentiles, que la misma Epacta de la orden; porque jamás le he visto errar ni siquiera una de aquellas, y más de una vez le he notado, que no sabia bien el Santo de quién se rezaba aquel dia. Lo segundo que casi todos los sermones de V. Paternidad comienzan con una fabulilla tan á pelo y tan al caso, que no parece sino que la*

fábula se fingió para el misterio, ó que el mismo Dios fué sacando el misterio por la idea de la fábula. Por ejemplo, ¿cuándo se me olvidará á mí aquella crespada entradilla del sermón de la Concepcion, que oí este año á V. Paternidad, y la tomé de memoria, porque no espero oír en mi vida cosa más adecuada al asunto?

14. «De la rizada espuma del celebrado Egeo, fingió la Etnicidad fabulosa, fué su idólatra Vénus concebida: *Nuda Cythereis edita fertur aquis*, dice Ovidio. Conocióse de las tres celestiales gracias asociada: *Et Veneris turba ministra fuit*, dice Giraldo; porque no se verificase instante en que faltase alguna gracia á su hermosura. Y en memoria de esta concepcion graciosa, celebraban los ciclades el día 8 de Diciembre con solemne alborozado culto: *Hoc tamen die octavo Decembris, festium Conceptionis pulcherrimæ Veneris ingenti júbilo celebratur.*» No me detengo ahora en reparar la cultura de llamar Etnicidad á la religion de los gentiles, y no Gentilidad ó Paganismo, que eso lo diria cualquier gavacho; y si no la llamé Polyteismo ó Poly-Deismidad, interrumpió el padre predicador, fué por reservar estos dos terminillos para otra ocasion. Digo que no me detengo en esto, porque con especialidad en esta invencion de voces nuevas y flamantes, alambicadas de la lengua latina, es V. Paternidad inimitable; y yo tengo ya apuntadas algunas, para valerme de ellas en ocasion y tiempo, con la seguridad que aunque no haga más que hablar en ese estilo, no ha de haber sermón de cofradía que no me busque. Ya sé, que al mar salado siempre le he de llamar *salsuginoso elemento*; á la vara de Aaron, *Aaronitica Vara*; al contraer el pe-

cado original, *traducir el fomes del pecado*; *Adam futurizado*, al decreto de la creacion de Adam; á su misma creacion, *Adamitico fundamento, universal opificio*; á la fábrica de todas las criaturas; á la naturaleza ciega, *cecuciente naturaleza*; y á un deseo ardiente y encendido, *ignitas alas del desco*. Este bello, claro, perspicuo y delicado estilo, déjelo V. Paternidad de mi cuenta, y yo salgo por fiador de mí mismo, que por lo que toca á él, no ha de tener V. Paternidad discípulo que más le honre.

15. Tampoco quiero detenerme ahora en el reparo de aquella ingeniosa figura con que V. Paternidad llamó idólatra á Vénus, cuando dijo; *Fuè su idólatra Vénus concebida*. Más de dos ignorantes lo tendrían por necedad, pareciéndoles que eso queria decir, que Vénus idolatraba en ellos, y no ellos en Vénus, y que V. Paternidad debiera de haber dicho *su idolatrada Vénus*. Pero sobre que entónces no constaria el pié de verso heróico de que se compone dicha cláusula: *Fuè su idólatra Vénus concebida*, que era á lo que V. Paternidad tiraba; y (quede dicho de paso) esta es una de las gracias, que más me encantan en el elegante estilo de V. Paternidad, la multitud de piés líricos y heróicos de que consta, que algunas veces me parece que estoy oyendo una relacion, amen de los consonantes; digo, que fuera de este primo, faltaria otro que no advierten ni son capaces de advertir esos tontos. ¿Esta es aquella figura retórica, que se llama? que se llama... ¡válgate Dios! ¿cómo se llama?... que se llama... no sé cómo; la cual enseñaba á usar el presente por el pretérito, lo activo por lo pasivo: y así decimos, *mi amantísimo ami-*

go, por mi amigo muy amado, recibí la favorecida carta de V. por la carta favorecedora; pues lo demás querría decir, que se le hacia favor en recibirla, y no me parecería mucha modestia ni mucha política. De la misma manera se puede decir tan lindamente *idólatra Venus*, por *Venus idolatrada*, como lo sabemos muy bien todos los que tuvimos la dicha de estudiar con el famoso preceptor de Villanate, y por eso tengo yo tan en la uña todas las figuras retóricas, con sus nombres, pelos y señales.

16. Pero dejándonos de estos pelillos, como iba diciendo de mi cuento, digo, que la fábula de la concepcion de Venus, para el misterio de la Concepcion de Maria, no parece sino que V. Paternidad mismo la inventó, tan adecuada viene y tan al caso. Digo más, que á mi pobre juicio estuvo de sobra aquella valiente cláusula con que V. Paternidad la aplicó. *Gallardo, aunque fabuloso paralelo del milagroso objeto, que termina los regocijados cultos de este día octavo de Diciembre, en que la Iglesia católica celebra la Concepcion pasiva de Maria. Venus del Amor Divino, diosa de la hermosura de la gracia; porque no habria en todo el auditorio entendimiento tan zopenco, que no se hiciese luégo cargo de la propiedad del gallardo paralelo, sin el cansancio de la aplicacion. Porque es claro como el agua, que si Venus fué madre del amor, Maria fué madre del amor: si Venus fué concebida de la espuma del mar; en la nivea espuma de la divina gracia, fué concebida Maria del mar de la humana naturaleza, como dijo V. Paternidad un poco más abajo: sien la concepcion de Venus asistieron las tres gracias en contraresto á*

las gracias, sociaron á Maria en su Concepcion las horas, siendo las horas y las gracias dos cosas tan parecidas, que es imposible haya otras dos más semejantes. Finalmente, si Venus fué concebida el día 8 de Diciembre, el día 8 de Diciembre fué concebida Maria. Así que el paralelo no puede ser más gallardo, por lo que toca á estas cuatro propiedades. Y en cuanto á la segunda, en que se coteja la espuma del mar Erytreo, con la *nivea espuma de la divina gracia*, se encierra en ella una propiedad tan recóndita, que no es fácil se dé en el chiste á cuatro paletadas. Porque si la espuma no es otra cosa, que el viento que se introduce en el agua ó en cualquiera otro licor, más ó ménos movido y agitado del mismo aire ó de algun otro agente extraño, como lei pocos días há en uno de estos libros que se usan y tratan de novedades; es claro como el agua, que la divina gracia ha de ser muy espumosa, y precisamente ha de hacer una *espuma nivea*, que disgregue la vista; ¿por qué? porque la divina gracia se atribuye particularmente al Espíritu Santo: este ya se sabe que unas veces es *abru suave y apacible*, y otras es viento impetuoso, que agitando á la divina gracia é introduciéndose al mismo tiempo en sus divinos poros é intersticios, necesariamente ha de levantar una *espuma nivea* como el ampo; y ¿qué cosa más propia, que el que de esta *nivea espuma* fuese concebida la *Venus del amor divino*? Con que realmente no pudo ser más gallardo el paralelo.

17. A mí así me lo pareció, y así lo defendí tambien contra aquel simplon, beaton y testarudo de Fray Gonzalo, que estaba junto á mí, y al oirlo hizo

muchos gestos, diciéndome después del sermón, que aquello le había escandalizado. Preguntéle; ¿por qué? y me respondió el tontarrón, que porque hacer coitejo de la madre de la pureza con la madre de la torpeza, de la mujer más limpia con la mujer más sucia, de la Concepción inmaculada de María con la puerquísima concepción de Vénus, de las gracias profanas con la Gracia Divina, y concluir llamando á María, *Vénus del Divino Amor, diosa de la hermosura de la gracia*, sobre ser la última proposición una herejía formal, las demás eran unas blasfemias tan impías, tan sacrilegas, tan indecentes en la boca de un cristiano, cuanto más *de un predicador apostólico*, como V. Paternidad dice que lo es, mostrando su título en toda forma; que á su parecer el sermón merecía la hoguera, concluyendo con que si él fuera Prelado le quitaría á V. Paternidad la licencia de predicar. No sé como Dios me tuvo de su mano, y no le llené de dedos aquella cara compungida; pero contentéme con decirle, que no era la miel para la boca del asno, que no se habían hecho *los gallardos paralelos paralelos gallardos*, y volvíle las espaldas.

18. Y ya que hablamos *de paralelos*, volvamos por Dios al *vernal paralelo* del sermón de San Benito, donde dejamos la salutación, que como unas cosas llaman á otras, y todas las de V. Paternidad me emboban, yo mismo interrumpí la lectura, sin poderme remediar. Ya me acuerdo, que la introducción era del Dios del regocijo, á quien celebraban los antiguos el día 27 de Marzo; que le representaban un jóven desnudo, y en pelota, como su madre le parió, muy coronado de mirto y muy adornado de alas, tendido

en aquel campo, como si dijéramos con la panza al sol: *Puer nudus, alatus, myrthoque coronatus, qui humi sedebat*; y finalmente, que el modo de celebrarle era con grandes risadas, zambra, bulla y carcajadas: *Et grandes mirata est Roma cachinos*. Decía después V. Paternidad *este es vernal paralelo del esclarecido patriarca San Benito*. Pero ántes de pasar más adelante, dígame V. Paternidad ¿qué quiere decir, *vernal paralelo*? Porque confieso, que no lo entiendo; ¡Ay, bobo! dime, ¿qué significa *ver ververis*? *Ver, veris* significa la primavera, que así lo dicen los géneros de Lara por donde yo estudié. Pues, tonto, *vernal paralelo* quiere decir *paralelo primaveral*, por ser en tiempo de primavera, en que se celebraba la fiesta del regocijo, y también la de San Benito. Y ves ahí como de camino está encajado con grande arte y disimulo la circunstancia de celebrarse esta fiesta en Pascua de flores: *Vernis intexens floribus arva*; que en eso de hacerme cargo de todas las circunstancias, por ridículas que sean, aunque yo lo diga, ninguno me echará la pierna adelante.

19. Ya estoy, dijo Fray Gerundio, en lo que significa *vernal paralelo*: ahora me falta saber la aplicación, y en qué se pareció San Benito al dios del regocijo, y la fiesta de aquél á la fiesta de éste. Ten un poco de paciencia, continuó el predicador, y presto lo sabrás. Y en cuanto á la omnimoda semejanza de las fiestas, es cosa tan clara, que solo un ciego podrá no distinguir las sin que nadie se lo diga; porque si aquella se celebraba en la primavera, en la primavera se celebra esta; si aquella en el día 27 de Marzo, cabalitamente se celebra esta en el mismo

dia; si aquella en el campo, esta en el otero; si allí habia flores, flores hay aquí; si gente en aquella, gente en esta; y en fin, si en aquella habia grandes carcajadas, esta no la va en zaga; pues no se oye otra cosa por aquellos campos, y aún dentro de la misma ermita durante el sermón, si el predicador tiene un poco de sal, que grandísimas risadas: *Et grandes mirata est Roma cachinos*. Ahora digo, respondió Fray Gerundio, que las dos fiestas son tan parecidas una á otra, como un huevo á otro huevo, y ahora también descubro y la clave para aplicar cualquiera cosa, que haya sucedido en el mundo, en el mismo tiempo, y en el mismo día del sermón, á la fiesta que predicare sea la que fuere.

20. Mas dígame V. Paternidad; ¿cómo diantres pudo casar á San Benito con el dios del regocijo? Con la mayor facilidad del mundo, respondió Fray Blas. ¿No dice la historia, que siendo el Santo de solos quince años se salió de Roma, se fué al desierto, se escondió entre las mayores asperezas del monte Sublac, se sepultó en una cueva, ó en una profunda cisterna; que allí hizo asperísima penitencia por espacio de tres años, que padeció crueles tentaciones del demonio, que se revolcó en una zarza, hasta dejarla toda ensangrentada; que solo se alimentaba de pan y agua, que de ocho en ocho días le traía un monje llamado Roman, descolgándose por una cuerda, hasta que al cabo de los tres años un buen clérigo por Divina revelación vino á buscarle, trayéndole vianda para comer, y diciéndole, que la comiese, porque era día de Pascua, lo que el Santo mozo no sabía? pues ¿qué cosa más parecida al dios

del regocijo, que San Benito en este pasaje de su vida? Este jóven, aquel niño, éste en el campo, aquél en el desierto, éste tendido en la yerba, aquél en el pozo, éste desnudo, aquél mal vestido; y cuando se revolcó en la zarza, tan desnudo como su madre le parió, éste coronado de flores, aquél cubierto de espinas, y finalmente éste celebrando en tiempo de Pascua, y aquél regalándose en ella con lo que el buen clérigo le trajo; ¿mira tú ahora si pudo venir más ajustado el *vernal paralelo*? Porque en lo demás, aunque el dios del regocijo fuese un dios de tararira, de trisca, de bulla y de chacota, y San Benito en el desierto fuese una imagen viva de la más áspera penitencia, ejemplar asombroso de compuncion y de lágrimas; eso para el asunto importa un bledo, porque ni los paralelos, aunque sean *vernales*, ni las semejanzas, ni las comparaciones han de correr á cuatro piés.

21. Iba Fray Blas á proseguir en la lectura de su sermón, cuando llamaron á la puerta de la celda con tanta fuerza, que se sobresaltó; y aunque á los principios hizo ánimo de no abrir, como el que llamaba era el padre prior, y le dijo en voz alta, que abriese, que era él, el que llamaba, y que bien sabía estaba dentro, no pudo resistirse, y se vió precisado á abrir. Entró en la celda el prior, y encontrando en ella á Fray Gerundio, le dijo con alguna seriedad, ¿qué hacia allí perdiendo tiempo, y porque no se iba á estudiar? Fray Gerundio le respondió sin turbarse, que habia venido de parte de su madre á dar al padre predicador la limosna de tres misas, para que las mandase decir en el altar de San Benito del Otero,

porque habia parido un niño quebrado, y el Santo, en aquella santa imágen, diz que era prodigioso con los niños que padecian este trabajo; y ¿qué lleva en esa manga? le preguntó el prior, notando que abultaba demasiado. Aquí saltó prontamente el predicador, son unos dulces, que le dí yo, para que de mi parte los envíe á sus dos primas, las hijas del familiar de Cojeces, que el otro día me regalaron con dos pares de calcetas. No satisfizo mucho al padre prior una ni otra respuesta; pero como era buen hombre y nada malicioso, dejólas pasar, y contentándose con decir á Fray Gerundio, que tratase de ser más aplicado, y de guardar más la celda, le envió á ella, y él se quedó con el padre predicador mayor tratando el negocio á que iba, de cuyo contenido no se encuentra rastro alguno en el archivo del convento, ni en los exactos documentos de donde se ha sacado esta puntualísima historia, lo que dá bien á entender, que no debió ser cosa de importancia, ó á lo ménos, que no trataron materia alguna que tenga concernencia con ella.

## CAPÍTULO V.

DE UNA CONVERSACION MUY PROVECHOSA, QUE UN BENEFICIADO DEL LUGAR TUVO CON FRAY GERUNDIO, SI FRAY GERUNDIO HUBIERA SABIDO APROVECHARSE DE ELLA.

HABIA en aquella villa (ya conocerá el sagaz y penetrativo lector, que hablamos de aquella villa donde estaba el convento). Habia pues en aquella villa un beneficiado hábil, capaz, despejado, de edad ya madura, porque estaba entre los cuarenta y los cincuenta. Habia estudiado la filosofía, que se usa en España con aplauso, y la teología con crédito, tanto que habia sido opositor en Toledo, y despues de haberse dado uno de los mejores curatos, le renunció con pension, porque le probaba mal la tierra, y se habia retirado á su lugar, donde tenia un mediano beneficio, con el cual y con la pension lo pasaba con mucha decencia. Era de costumbres muy ajustadas, de un porte eclesiástico sério y grave; pero al mismo tiempo de un génio jovial y festivo, lo que le conciliaba la general estimacion de todos, acompañada de inclinacion y cariño. Dedicábase mucho al ejercicio del confesionario, y de cuando en cuando predicaba tambien sus sermones con juicio, con piedad y con celo, porque era muy aficionado á las obras de los padres Señeri y Bourdaloue, á quiénes procuraba imitar en



porque habia parido un niño quebrado, y el Santo, en aquella santa imágen, diz que era prodigioso con los niños que padecian este trabajo; y ¿qué lleva en esa manga? le preguntó el prior, notando que abultaba demasiado. Aquí saltó prontamente el predicador, son unos dulces, que le dí yo, para que de mi parte los envíe á sus dos primas, las hijas del familiar de Cojeces, que el otro dia me regalaron con dos pares de calcetas. No satisfizo mucho al padre prior una ni otra respuesta; pero como era buen hombre y nada malicioso, dejólas pasar, y contentándose con decir á Fray Gerundio, que tratase de ser más aplicado, y de guardar más la celda, le envió á ella, y él se quedó con el padre predicador mayor tratando el negocio á que iba, de cuyo contenido no se encuentra rastro alguno en el archivo del convento, ni en los exactos documentos de donde se ha sacado esta puntualísima historia, lo que dá bien á entender, que no debió ser cosa de importancia, ó á lo ménos, que no trataron materia alguna que tenga concernencia con ella.

## CAPÍTULO V.

DE UNA CONVERSACION MUY PROVECHOSA, QUE UN BENEFICIADO DEL LUGAR TUVO CON FRAY GERUNDIO, SI FRAY GERUNDIO HUBIERA SABIDO APROVECHARSE DE ELLA.

HABIA en aquella villa (ya conocerá el sagaz y penetrativo lector, que hablamos de aquella villa donde estaba el convento). Habia pues en aquella villa un beneficiado hábil, capaz, despejado, de edad ya madura, porque estaba entre los cuarenta y los cincuenta. Habia estudiado la filosofía, que se usa en España con aplauso, y la teología con crédito, tanto que habia sido opositor en Toledo, y despues de haberse dado uno de los mejores curatos, le renunció con pension, porque le probaba mal la tierra, y se habia retirado á su lugar, donde tenia un mediano beneficio, con el cual y con la pension lo pasaba con mucha decencia. Era de costumbres muy ajustadas, de un porte eclesiástico sério y grave; pero al mismo tiempo de un génio jovial y festivo, lo que le conciliaba la general estimacion de todos, acompañada de inclinacion y cariño. Dedicábase mucho al ejercicio del confesionario, y de cuando en cuando predicaba tambien sus sermones con juicio, con piedad y con celo, porque era muy aficionado á las obras de los padres Señeri y Bourdaloue, á quiénes procuraba imitar en

sus sermones, así panegíricos, como morales. Y como entendía medianamente las lenguas italiana y francesa, tenía algunos otros de los mejores sermonarios que se han impreso en uno y en otro idioma, sin dejarse llevar tan totalmente del estudio de las Letras Sagradas y serias, que no hiciese sus excusiones hacia las más amenas, especialmente hacia los libros de crítica, de que tenía algunos selectos en su librería, no copiosa, pero escogida.

2. A favor de ellos, con su natural penetracion y juicio, ni estaba tan encaprichado con todas las opiniones antiguas, como lo suelen estar los que no han estudiado otras, ni tan ciegamente enamorado de las modernas, que no descubriese la frustería y la insubstancialidad de muchas. Conocía y confesaba de buena fé, que en todas las facultades se habian introducido mil inutilidades, preocupaciones y no pocas extravagancias: era de parecer, que en realidad necesitaban de mucha reforma; pero al mismo tiempo era de opinion, que ninguna estaba más necesitada de ella, que la crítica. Juzgaba que esta se habia remontado con exceso, y que era menester cortarla los vuelos; porque no contenta con rajar, cortar y trinchar, algunas veces con razon, otras sin ella, y no pocas por puro antojo ó capricho por las ciencias naturales, se habia atrevido á escalar hasta el sagrado alcázar de la Religion, con tanta osadía, que apenas dejaba costumbre inmemorial, tradicion antigua ni monumento aún de los más respetables, que no pretendiese zapar hasta el cimiento; siendo este el verdadero principio, no solo de tanto error como ha brotado en el campo de la Iglesia en estos últimos si-

glos, sino de tanta libértad de costumbres, de tanta irreligion, y aún de tanto ateísmo.

3. Sobre todo se reía mucho de la grande presuncion de la crítica en punto de física natural, y de aquella intolerable satisfaccion, con que se jactaba de haber arrollado la de Aristóteles, abriendo los ojos al mundo, para que conociese los grandes excesos que la hacia cualquiera de las físicas modernas. Aquí se descalzaba de risa el bueno del beneficiado; porque decia, que á excepcion de tal cual frustería de poca consideracion, tan en ayunas se estaba el mundo de las verdaderas causas de casi todos los efectos de la naturaleza con la física de Descartes, de Newton y de Gasendo, como con la de Aristóteles; y que para él tan inconcebibles eran los torbellinos ó turbillones y materia etérea del primero, como la materia primera y las formas substanciales del último, protestando, que ni con una ni con otra explicacion veia gota. Yo no sé (añadia con gracia) con qué conciencia hacen tanta burla los modernos de los aristotélicos, porque preguntados estos, en qué consiste, que el fuego queme, responden; *porque tiene una virtud ustiva ó quemativa*. Convengo en que nada dicen en esto; pues en suma solo vienen á decir, que el fuego quema, porque tiene virtud para quemar. Filosofía tan recóndita, que la alcanzará el más záfio Sayagues.

4. Pero quisiera saber, si dicen más los modernísimos señores, cuando responden, que el fuego quema, porque es una substancia compuesta de unas partículas piramidales ó puntiagudas, sutilísimas, agilísimas, que agitadas continuamente con suma rapi-

dez en movimiento vertical, se penetran por los poros de los cuerpos más consistentes, los taladran, los desunen, los deshacen. En esta respuesta hay sin duda más aparato de voces; pero bien reflexionada tiene ménos substancia que la otra; porque la aristotélica siquiera ya dice una verdad de Pero-grullo, con la cual modestamente viene á confesar su ignorancia; mas la de nuestros físicos á la Chamberi, entre un grande follaje de palabras, solo nos vende unas purísimas arbitrariedades; ¿quién ha hecho el análisis del fuego, para descubrir de qué figura son sus partículas, si piramidales, cilíndricas, ovals, cuadradas ó globulosas, agudas ó chatas? Por donde se prueba, que su movimiento es vertical ó arremolinado; siendo así, que si son tan ágiles y tan sútiles como se supone, de necesidad han de ser levisimas y volátiles, mucho más ligeras que el aire, y consiguientemente su movimiento no ha de ser hácia el centro, como lo es todo movimiento vertical, sino hácia arriba, como se observa en la llama; de donde vendria á inferirle el grandísimo absurdo de que ningun cuerpo estaria más libre de la actividad del fuego, que el que estuviere más dentro de él, y que el remedio más eficaz para no quemarse uno, era arrojarse en medio de la hoguera.

5. En fin, en esta materia estaba preciosísimo el bellaco del beneficiado, y concluia con decir, que si él fuera hombre de talento y de chiste, se le habia ofrecido un buen proyecto, con que hacer por lo ménos tan ridícula la filosofía moderna, como la aristotélica. Habia de formar un exaplo filosófico, á manera de los biblicos, ó una filosofía poliglota, com-

puesta de cuatro ó de seis columnas, en cada una de las cuales, discurriendo por todos ó por los principales tratados de la física, habia de exponer con sus mismas palabras lo que dicen acerca de él Aristóteles y los jefes de las principales sectas filosóficas modernas. Por ejemplo: *Principios ó constitutivos del cuerpo en general.* 1.<sup>a</sup> columna Aristóteles, 2.<sup>a</sup> Descartes, 3.<sup>a</sup> Casendo, 4.<sup>a</sup> Maignau, 5.<sup>a</sup> Newton, 6.<sup>a</sup> Boile. *Principios ó constitutivos de los cuerpos celestes.* 1.<sup>a</sup>, 2.<sup>a</sup>, 3.<sup>a</sup>, etc. *Principios ó constitutivos del cuerpo sub-lunar inanimado, del vegetal, del orgánico y sensitivo, del racional, etc.* 1.<sup>a</sup>, 2.<sup>a</sup>, 3.<sup>a</sup>, etc. Y descendiendo despues á los cuerpos y efectos particulares de sol, luz, calor, frio, humedad, sólidos, fluidos, opacos, transparentes, colores, sonido, sensación, etc., trasladar en cada columna con toda fidelidad, lo que dice cada jefe acerca de cada uno de estos entes naturales. Y despues, para amenizar más la obra y aún para variarla, añadir por modo de apéndice un breve resumen de la variedad, de la voluntariedad, del capricho y aún de la extravagancia con que en estas y en otras materias filosóficas han discurrido aquellos modernos más acreditados, que son *nullius in verba*, esto es, que no son partidarios de alguna secta particular; y que aprovechándose de la libertad de conciencia para filosofar, que se han tomado, especialmente en este siglo casi todas las naciones, cada uno ha filosofado segun su fantasía. Aseguraba, que solo con trasladar sus opiniones, con sus mismísimas voces, explicando las oscuras, y dejando en su tenebrosa incomprehensibilidad á las ininteligibles, se formaria una obra que en España hi-

ciese olvidar á los Cervantes, en Francia á los Despreaux, en Italia á los Bocalinis, en Alemania á los Menkenios, y arrinconarse en Inglaterra á los Waltones.

6. Así que por lo que toca á todas las filosofías sistemáticas, tanta burla hacia de unas como de otras, y aún más que de todas se burlaba mucho de la crítica de ellas. Solo daba algún cuartel á la física experimental; pero no tanto como otros, que eran más indulgentes, pretendiendo que de cien experimentos, apenas se hallarian dos, hechos con la debida exactitud. En orden á la física matemática, que es hoy la física de la gran moda, adoptada por casi todas las academias de Europa, y es aquella que pretende deducir todas sus conclusiones de principios matemáticos y geométricos, se reservaba el derecho de juzgar, hasta que estuviese mejor instruido de ella: bien que decia le daba el corazon, que los principios de estas dos facultades apenas podian servir más, que para explicar las leyes del movimiento, la mayor ó menor resistencia, gravedad ó levedad de los cuerpos, su elasticidad respectiva, y algunos pocos efectos de la luz. Por lo demás, no concebía de qué utilidad podian ser los principios de la matemática y de la geometría, para explicar las verdaderas causas y constitutivos de todo cuerpo sensible y natural, que es el objeto de la física; pero al fin suspendía su juicio, hasta que mejor instruido en autos, se hallase en estado de pronunciar con conocimiento de causa.

7. En lo que no le suspendía era en el acierto y en la felicidad, con que la crítica moderna trataba el

importantísimo punto de la oratoria cristiana, en la evidencia que hacia de que esta no solo estaba adulterada, sino vilipendiada, estragada, despedazada y lastimosamente corrompida, en las verdaderas y radicales causas, que señalaba de esta lamentable corrupcion, y en las sabias, discretas é infalibles reglas, que prescribia para resucitarla, para darla nueva vida, y para conducirla al mayor estado de perfeccion á que puede llegar en lo humano.

8. Por lo que toca á la hedionda corrupcion de la oratoria cristiana, la crítica no hace más que remitirnos á los sermones que oímos. Entre mil predicadores, apenas se hallarán dos ó tres, que sepan las partes de que se compone un sermón: y entre millares de sermones, con dificultad se encontrarán otros tantos que merezcan este nombre. Los más son un tejido de disparates sin orden, ó una sarta de osadías sin juicio, ó un encadenamiento de agudezas sin solidez, ó una chorrera de chicos sin jugo, y los ménos malos un matorral de verdades trivialísimas, sin método, sin cultura, sin eficacia y sin mocion.

9. Las verdaderas, legítimas y originales causas de estar tan corrompido el púlpito cristiano, singularmente en España, todas se pueden reducir á tres: á la poca ó ninguna estimacion, que hacen del púlpito los que ordinariamente nombran á los predicadores; á la poca ó ninguna aplicacion de los mismos predicadores nombrados, que no se dedican á instruirse en su facultad y á hacerse maestros en ella; y en no pocos á su incapacidad de aprenderla aún cuando se dedicaran: y finalmente, al mal gusto de

los auditorios, que aplauden lo que debieran abominar, y abominan lo que debieran aplaudir.

10. En casi todas las religiones de España se aprecia mucho más la carrera de las cátedras, que la del púlpito; se hace más estimacion de la cátedra de Aristóteles, que de la del Espíritu Santo; se conceden mayores honores al maestro más inepto, que al predicador más sobresaliente. Esto es de notoriedad pública; pero ¿puede haber error más perjudicial ni más lamentable? Dícese, que el médico comienza donde acaba el físico *Ubi definit physicus, incipit medicus*. Si la filosofía es la que enseña ordinariamente en nuestras escuelas, tan impertinente es para la medicina como para la música; ¿pero quién negará, que donde acaba el teólogo, allí ha de comenzar el predicador? ¿Cómo podrá serlo, no digo sobresaliente, pero ni aún tolerable, el que no sabe los misterios de la fé, los dogmas de la Religion ni los sentidos de la Escritura? y ¿cómo sabrá los primeros para enseñarlos al pueblo, el que no está más que medianamente versado en la Teología escolástica; ni los segundos, el que ignora la dogmática; ni los terceros, el que jamás ha estudiado la expositiva ni mucho ménos la mística? ¿cuánto desbarrará en los misterios de la Trinidad, de la Encarnación, de la Eucaristía, el que no ha estudiado estas materias; cuántos disparates dirá acerca de la predestinacion, de la reprobacion, de la Providencia, de la economía, de la gracia, de la presciencia infalible de Dios, sin perjuicio de la libertad, el que no esté más que razonablemente instruido en todos estos necesarísimos tratados? ¿qué locuras, qué puerilidades, qué chocarrerías! y tal

vez qué blasfemias heréticas no dirá, abusando de los textos de la Sagrada Escritura, el que no sabe manejarla, ni en su vida se ha dedicado á estudiar los cuatro únicos sentidos en que es capaz de explicarse, el literal, el alegórico, el místico y el tropológico? Todo esto no se puede saber, sin estar más que superficialmente versado en las cuatro partes de la Teología; ¿pues por qué se ha de hacer más aprecio de esta, que de la oratoria, siendo así que puede uno ser gran teólogo sin ser predicador, pero no puede ser gran predicador sin ser gran teólogo?

11. Digo, pues, para descargo de mi ánima, que no me parece razonable esta preferencia, y que á mi pobre juicio debieran reflexionar las religiones que la usan, que ninguna de ellas se introdujo en el mundo, se propagó y se elevó al auge de estimacion en que hoy las vemos, por las funciones de la cátedra, sino por los misterios del púlpito, ejercitados con solidez, con meollo y con celo á la usanza apostólica. Así que no ha llegado á nuestra noticia, que hasta ahora se haya fundado en la Iglesia de Dios ninguna religion de matemáticos, de físicos, de filósofos, de teólogos; y en verdad, que se han fundado algunas con el título de religion de predicadores, de misioneros, de la doctrina cristiana, *et reliqua*. Pues aquí de Dios y del Rey, si las cosas se conservan por aquellos mismos principios, que las producen (hablo como se acostumbra, que la verdad de este principio quedese en su lugar); si las cosas se conservan por aquellos mismos principios, que las producen; y si es indubitable, que las más de la sagradas religiones fueron producidas, propagadas y elevadas á

la procera estatura en que hoy las veneramos, por los apostólicos ministerios del púlpito; ¿qué razon habrá, divina ni humana, para que se haga en ellas más caudal de las fatigas literarias de la cátedra?

12. No quiero decir por esto (ni Dios permita tal) que no ha de haber en ellas maestros, y que no se ha de hacer un sumo aprecio de los que verdaderamente lo fueren; antes pretendo todo lo contrario. Si voy suponiendo que es imposible de toda imposibilidad, que haya buenos predicadores, sin que sean buenos teólogos; ¿cómo he de intentar, que no sean sumamente estimados los que los enseñan á serlo? Lo que digo es, que si el predicador supone al teólogo, no debe ser más estimado el teólogo que el predicador. Lo que digo es, que en mi corto entender no debieran las religiones nombrar á alguno para que enseñe desde el púlpito, que no fuese capaz y muy capaz de enseñar desde la cátedra, y que ya no hubiese enseñado desde ella; pero ¿qué sucede por lo regular? Al que no entiende los ergos, ó mira con tedio las arideces escolásticas, como tenga buena voz, buena memoria, buena presencia y mucho despejo, hágote predicador de la noche para la mañana, y ármote de punta en blanco caballero del púlpito, con dos grandes legajos de papeles agenos, buenos ó malos, con media docena de sermonarios impresos, malos ó buenos, y vandéate como pudieres.

13. De aquí nace, lo primero, que como las religiones saben muy bien hasta dónde llegan los talentos, de los que por lo comun hacen predicadores, los miran un poco al soslayo; y aunque les conceden

algunos honorcillos, son de prima tonsura, *ornatus gratia*, y dedaditas de miel para engolosinar niños; y aquellos que llegan á jubilar por la carrera del púlpito, son jubilados de media braga ó de tapadillo. Nace lo segundo, que los que pueden ir por la carrera de las cátedras, y pudieran ser predicadores eminentes, no los harán ir por la del púlpito, aunque los descrimen; y visto lo visto, de tejas abajo hacen bien, como soy clérigo. Nace finalmente lo tercero, que los que van por esta via son por lo comun unos lindos religiosos, que por su parola, verbosidad y despejo, harian unos buenos procuradores, unos buenos sacristanes, unos famosos demandantes, pero hacen unos perversos predicadores. Étele, sino me engaño, la principalísima causa de la corrupcion de la cristiana oratoria en España de parte de los electores.

14. Y de camino queda dicha la que hay de parte de los electos. Siendo la mayor parte de ellos unos hombres, como los acabamos de pintar, poco gramáticos, nada filósofos y ménos teólogos; ¿por dónde han de saber, cual es su sermón derecho, ni hácia donde caen las partes de la oracion? (salvo las del arte de Nebrija) estudian sus mamótreos, zurcen unos, hilvanan otros, descuartizan éstos, enjaiman aquéllos y vamos adelante; que al cabo de los diez ó de los doce años, jubilado me he de ser, y no me ha de faltar mi platillo, ni á mal dar, un vicariato de monjas; y desdichada la madre que no tiene un hijo predicador jubilado, que llegue á definidor.

15. Finalmente, contribuye tanto como lo que más á la corrupcion de nuestra oratoria, el mal gusto

de los oyentes. Mas porque no quiero infernar mi alma, declaro para descargo de ella, que el mal gusto de los oyentes es hijo legítimo y de legítimo matrimonio del perverso gusto de los predicadores. Si aquellos pobrecillos no oyen otra cosa; ¿cómo no se les ha de pegar necesariamente lo que oyen?

16. Ora bien, yo leí en cierta parte del mundo un tratadillo oratorio del padre Sanadon, jesuita, en que prueba, que esto de mal gusto de los ingenios, es enfermedad contagiosa, y que se deben usar preservativos contra ella; pero la lástima es que al mismo discretísimo padre le parece, que es muy dificultoso encontrarlos eficaces; y en verdad que sino me engaño mucho, lo esfuerza de manera, que sino convence, concluye. Que el mal gusto se pegue como contagio, es más claro que chocolate de padre de la Compañía; y no hay más que ir discurriendo por los siglos en que reinó el más perverso, buscar la causa de su propagacion, y se encontrará la prueba. Solo hay una diferencia entre la peste y el mal gusto, que los estragos de aquella se conocen ántes que se experimenten; los de éste, hasta que se experimentan no se advierten: aquélla cunde á ojos vistas, éste se propaga sin sentir: por lo demás, así como aquella se dilata por la comunicacion de los apestados, así ni más ni ménos se va extendiendo éste por el comercio de los que se sienten tocados del gusto epidémico.

17. Que no se encuentren á dos tirones preservativos eficaces contra esta epidemia, y consiguientemente que su curacion sea muy dificultosa, por no llamarla desesperada, es una verdad que casi salta á

los ojos. Lo primero, hay pocos médicos capaces de emprenderla. Los génios superiores, cuales se requieren para tomar á su cargo el desengañar á los entendimientos de sus erradas preocupaciones, son raros. Algunos hay que las conocen muy bien, que se lamentan de ellas, que en lo interior de su corazon las abominan; pero en el fuero externo déjanse llevar de la corriente, y hacen lo que todos los demás; porque el *laudo meliora, provoque... deteriora sequor* en toda especie de cosas tiene muchos sectarios. Lo segundo, la naturaleza de la enfermedad la hace casi irremediable; ¿cómo se ha de curar un mal, con el cual se halla tan lindamente el enfermo, que le cae muy en gracia, y que á su parecer nunca está más robusto, que cuando está más achacoso? Si algun médico caritativo intenta su curacion, riése el enfermo de la locura del médico, y dice, que él es el que verdaderamente tiene necesidad de curarse. Con que vé aquí la peste del mal gusto extendida, y punto ménos que sin remedio.

18. Uno solo hay y ese es eficacísimo. Este sería, que á ninguno se le permitiese predicar, que no fuese hombre muy probado en letras, en virtud y en juicio. Y no hay que decir, que esto es pedir gollerías; porque solo es pedir lo que David y San Pablo piden indispensablemente á todo predicador. El primero dice en sentido acomodado al intento: *Disponet sermones suos in iudicio: vélo ahí el juicio.* El segundo quiere, que el predicador sea irreprehensible: *Oportet irreprehensibilem esse: véla ahí la virtud; de doctrina sana y capaz de argüir y de convencer á los que le contradijeren: In doctrina sana, et eos*

*qui contradicunt arguere*; véis ahí las letras. Y no hay que salirme con la pata de gallo, de que San Pablo no habla de los predicadores sinó de los obispos. Vagatelas: habla de los obispos, en cuanto son predicadores: pues sabida cosa es, que el oficio de predicar es propio y privativo del obispo, y que en la primitiva Iglesia el obispo predicaba de oficio. Como después se multiplicó el número de los fieles, se extendieron tanto las Diócesis, y no era posible que los obispos estuviesen en todas partes para repartirlos el pan de la divina palabra, introdujéronse los predicadores á quienes los concilios llaman coadjutores de los obispos en el ministerio de predicar; *Coadjutores Episcoporum in ministerio verbi*; y por tanto solo se escogian para eso á los que sobresalian más entre todo el clero en virtud y en sabiduría. Yo quisiera saber, ¿por qué ahora no se podría hacer lo mismo?

19. Y no, que en ordenándose de Misa cualquiera teologuillo, luego solicita sus licencias corrientes para confesar, predicar, bobear, etc., y allá se las campaneá. Pero siendo esto tan malo, todavía no es lo peor. Hay en una Universidad un manteistilla chusco, pero aplicado y grande argüidor. Ha estudiado su filosofía, y sus tres ó cuatro años de teología con créditos de ingenio, y ha sustentado un par de actos con despejo y con intrepidez. Hacen á su padre ó á su tío mayor-domo de la Cofradía del Santísimo de su Lugar: echa el sermón al hijo ó al sobrino, acude por la licencia, despáchasele por lo comun sin tropezar en barras: sube al púlpito con su sobrepelliz almidonada y de perifollo, representa con desembarazo lo que otro le compuso, ó echa por aquella boca con grande satisfaccion

los disparates que él mismo enjurió; porque un pobre muchacho, sin más estudio, que cuatro párrafos escolásticos, ¿qué obligacion tiene á saber componer otra cosa? Acábase el sermón ó lo que fuere: ¿hay vitores, hay aclamaciones, hay enborabuenas, hay después grandes brindis y muchas coplas en la mesa? ¿Y qué sucede no pocas veces? Que al dia siguiente sale una mozueta, poniendo demanda de matrimonio al señor predicador, y en aquella misma iglesia, donde le oyeron tantas maravillas del Sacramento de la Eucaristia, le ven recibir pocos dias después las bendiciones para el del Santo Matrimonio (1).

(1) Sucedia en siglos anteriores, que á ocasiones, y casi siempre por satisfacer exigencias de los parientes, ó de los pueblos de donde eran naturales, los obispos concedian licencia para predicar algun sermón, á estudiantes que solo habian recibido la prima tonsura, ó cuando más, las órdenes menores. Asi acontecia lo que aquí critica oportunamente el autor y no era raro el caso de contraer matrimonio, uno que antes habia ejercido el ministerio de la predicacion. Hoy con mucha dificultad se conceden estas licencias, si bien no hace muchos años oimos predicar á un menorista en cierta iglesia del arzobispado de Sevilla.



## CAPÍTULO VI.

EN QUE SE PARTE EL CAPÍTULO PASADO, PORQUE HA CRECIDO MÁS DE LO QUE SE PENSÓ, Y SE DA CUENTA DE LA CONVERSACION PROMETIDA.

PUES, como iba diciendo de mi cuento, de esta y otras bellas especies de crítica estaba más que medianamente instruido nuestro beneficiado; y como por otra parte no era de aquellos sectarios plebeyos ó de escalera abajo que hay en todas las escuelas, los cuales miran á los de la contraria con sobrecejo, con desden y aún con horror, sino de los nobles, de los distinguidos, de los verdaderamente despejados, que haciendo la debida diferencia entre los dictámenes del entendimiento y los de la voluntad, conocen muy bien que en todas las escuelas católicas hay maestros, que se pierden de vista, doctores sapientísimos, hombres de doctrina consumada, y que tambien hay en todas insignes majaderos; aunque él habia estudiado opiniones contrarias á las que comunmente se enseñaban en el convento de su lugar, donde estudiaba nuestro Fray Gerundio, veneraba mucho á algunos de aquellos padres maestros, y tenia grande y familiar trato con todos los padres graves de la comunidad, los cuales viendo su gran juicio, su porte verdaderamente eclesiástico, su mucha erudicion, sus

bellos y gratisimos modales, su chiste y gracia natural, sin salir jamás de los términos de una modesta compostura, y sobre todo el sólido amor y estimacion que profesaba á la órden, acreditadas con buenas pruebas, no solo le correspondian con igual estimacion y cariño, sino que no se reservaban de tocar en su presencia algunas materias domésticas con religiosa y amistosa confianza.

2. A dos de los padres más sábios, más religiosos y más graves del convento, cuyas celdas eran las que él frecuentaba más, y á quienes él trataba con mayor estrechez, oyó lamentarse muchas veces de los lastimosos desbarros del predicador mayor de la casa; pero mucho más del daño que hacia con su ejemplo y con sus disparatadas máximas en punto de predicar á los colegiales mozos, y especialmente al candidísimo Fray Gerundio, á quien tenia tan imbuido, en que para ser gran predicador no era menester ser filósofo, ni teólogo, ni calabaza, que habia cobrado un sumo horror á todo estudio escolástico, sin haber bastado para hacerle que se aplicase á él, ni avisos particulares ni reprehensiones públicas ni panes y agua, ni disciplinas ni otros castigos, que usaba santamente la órden. Añadian, que ya le hubieran sacado ignominiosamente de los estudios, sino tuviera unas prendas por otra parte tan amables, y á no estar apadrinado de un padre ex-provincial, que le habia dado el Santo hábito; y sobre todo, por el respeto de sus buenos padres, que aunque eran unos labradores honrados y no ricos, con todo eso eran de los hermanos más devotos y más proficuos que tenia la órden.

3. Una de las ocasiones en que aquellos dos reverendísimos trataron esta materia con mayor vehemencia y con mayor compasión, en presencia de nuestro beneficiado, les dijo éste: ora, padres maestros, tanto como la cura del padre predicador mayor, no me atrevo á emprenderla, porque la tengo por desesperada. Está el mal tan arraigado, que se ha convertido en naturaleza, y el enfermo tan casado con su mal, que echará á pasear, á quien pretenda curarle. Pero Fray Gerundio es otra cosa; el achaque está muy á los principios, ni está tan duro el alcaecer, y como quiera *nihil tentase nocebit*. Yo ni confío ni desespero: mas ¿qué vamos á perder en intentarlo? A Dios y á dicha voy allá sin perder tiempo, y diciendo y haciendo partió derecho á su celda.

4. Entró en ella con familiaridad de doméstico, encontróle leyendo, y le preguntó con festivo desembarazo: ¿Qué hace V., amigo Fray Gerundio? ¿qué he de hacer, señor beneficiado! Habrá una hora, que acabé de trasladar un sermón, y cansado ya de escribir me puse á leer en un libro el más guapo que he leído ni pienso leer en todos los días de mi vida; y en verdad que si le leyeran nuestros padres maestros, no me aporrearán tanto para que estudiase las impertinencias que estudian sus paternidades. ¡Ay cosa! replicó el beneficiado: ¿y cómo es la gracia de ese libro? Por cual me pregunta usted, que tiene muchas, y todo él es una pura gracia. No digo eso, continuó el beneficiado, sino que, cómo se intitula el libro. ¡Ah! ¿cómo se intitula? respondió Fr. Gerundio: ¿cómo se intitula? eso es otra cosa, y no la había entendido. Como se intitula... par diez

que ya no me acuerdo. Pero tenga usted, que ya se me vino á la memoria. Se intitula *el Capuchino*... No, no: soy un borracho: no se intitula *el Capuchino*; pero ello es cosa de barbas; ¡ah! ya me acuerdo bien; se intitula *El barbon*. ¿El barbon?... No; ¡válgate Dios por memoria! mas ello, pues está aquí el mismo libro, hay más que ir á ver la primera llana y lo sabremos.

5. Bien conoció desde luego el beneficiado, que hablaba de la obra del Barbadiño; pero no le quiso interrumpir, por el gusto que le daba oírle desatinar, y para ver si caía en cuenta, de que quien no sabía ni aún el título del libro que estaba leyendo, como había de entenderle. Al fin, viéndole tan embarazado, le dijo: No es menester, que V. lea la primera llana, que ya sé que libro es ese. Está escrito en portugués, y se intitula, *el Verdadero método de estudiar*; y aunque su autor quiso esconderse tras de las venerables barbas de un capuchino de la congregación de Italia, y por eso tuvo por bien llamarse el P... Barbadiño, pero con licencia de sus barbas postizas, ya todo el mundo le conoce por las verdaderas, con sus pelos y señales; y hasta los niños cuando pasa por la calle, le señalan con el dedo, diciendo: *ahí va el señor arcediano*. Pero á propósito, mi padre Fray Gerundio; ¿usted entiende la lengua portuguesa? Toda, no señor, respondió el candidísimo religioso, pero tanto como hasta una docena de palabras ya las entiendo bien, y con ellas me vandeo: como *Pregador, Evangelho, Sermoens, Fieis*, y así otras á este tenor. Y como por el hilo se saca el ovillo, por unas palabras saeo otras, y acá á mi

modo formo el concepto de lo que quiere decir. Mas puesto que segun parece V. ha leído esta obra, dígame; ¿qué siente de ella en Dios y en su conciencia?

6. Eso, padre mio, es cuento largo, respondió el beneficiado, y hoy no estoy muy de vagar: puede ser que algun día se ofrezca ocasion de que hablemos de este punto; aunque de paso diré á V. que como hubiera escrito con ménos satisfaccion, sin tanta arrogancia, y con más respeto de muchos hombres de bien, habidos y reputados por tales entre todos los literatos del mundo, puede ser que hubiera sido mejor recibida la obra, porque no se puede negar, que tiene *muita coiza boa*. Entre esas, dijo Fray Gerundio, las que mejor me parecen á mí, son aquellas en que da contra la lógica, la física, la metafísica, la animástica y la teología escolástica, tratándolas de *ridicularias*, nombre que repite mucho, y á mí me dá grande choz, porque me suena tan lindamente. Poco á poco, padrecito mio, replicó el beneficiado, no levante V. ese falso testimonio al señor Arcediano de Eborá, aunque no es V. el primero que se lo ha levantado; pero el hecho es, que él no da contra esas facultades. Lo primero dá contra el mal método, con que se enseñan en Portugal y aún en toda España, y en eso no le falta razon: lo segundo contra las muchas cuestiones inútiles é impertinentes, que se mezclan en ellas, y en esto le sobra: lo tercero contra el demasiado tiempo, que se gasta en enseñar las que pueden ser de algun provecho, y en esto tampoco va descaminado. En materia de física natural, no dice que no se estudie, sino que no es física ni calabaza la que comunmente se estu-

dia por acá; y tambien esto, son pocos los hombres verdaderamente sabios los que no lo conozcan, aunque no sean muchos los que lo confiesen.

7. Pues sino es física la que se enseña por acá, replicó Fray Gerundio, y yo no tengo de ir á estudiarla donde se enseña, excuso aporrearame la cabeza. No se ha de tomar eso tan en cerro, respondió el beneficiado, ni quiere decir el Barbadiño, que nada de lo que acá se enseña sea física, sino que mucha y aún la mayor parte no lo es. Item, aunque dá á entender, que en Portugal y aún en toda España, apénas se tiene noticia de la que es física legitima, castiza y verdadera, con licencia de sus venerables barbas, no tiene razon. No ha salido ni verosimilmente saldrá en mucho tiempo curso alguno español, que de intento la profese y la promueva, porque para eso es menester superar muchos estorbos, que en el génio nacional, son punto ménos que invencibles; pero tanto como saber hácia donde cae todo lo que soñaron los antiguos y cavilaron los modernos, así acerca de la constitucion del mundo en general, como de la composicion del cuerpo natural, que es el objeto preciso de la física, impugnando con vigor, con nérvio y con solidez á unos y á otros, hay por acá muchos hombres honrados que lo saben, por lo ménos tan bien como el reverendo padre Barbadiño. ®

8. Dejo á un lado, que el famoso Antonio Gomez Pereira no fué inglés, francés, italiano ni alemán, sino gallego por la gracia de Dios y del obispado de Tuy, como quieren unos, ó portugués, como desean otros; pero sea esto ó aquello, que yo no he

visto su fé del bautismo, al cabo español fué, y no se llamó Jorge, como se le antojó á Monsieur el Abad Ladvoat, compendiador de Moreri, y no tuvo por bien de corregirlo su escrupulosísimo traductor, sin duda por no faltar á la fidelidad. Pues es de pública notoriedad en todos los estados de Minerva, que este insigne hombre, seis años ántes que hubiese en el mundo Bacon de Verulamio, más de ochenta ántes que naciese Descartes, treinta y ocho ántes que Pero Gasendo fuese bautizado en Chantersier, más de ciento ántes que Isaac Newton hiciese los primeros puchericos en Volstroppe de la provincia de Lincoln, los mismos, con corta diferencia, ántes que Guillermo Godofredo, Baron de Leibnitz, se dejase ver en Leipzig, envuelto en las secundinas; digo, padre mio Fray Gerundio, que el susodicho Antonio Gomez Pereira, mucho tiempo ántes, que estos patriarcas de los filósofos neotéricos y á la papillota levantasen el grito contra los podridos huesos de Aristóteles; y saliesen uno con su órgano, otro con sus átomos, éste con sus turbillones, aquel con su atraccion, el otro con su cálculo, y todos refundiendo á su modo lo que habian dicho los filósofos viejísimos; ya nuestro español habia hecho el proceso al pobre estagirita. Habia llamado á juicio sus principales máximas, principiotes y axiomas: habíalos examinado con rigor y con imparcialidad, y sin hacerle fuerza la quieta y pacífica posesion de tantos siglos, habia reformado unos, corregido otros, desposeido á muchos, y hecho solemne burla de no pocos; tanto, que algunos críticos de buenas narices son de sentir que Antonio Gomez fué el texto de esos revolvedores

de la naturaleza que ahora meten tanto ruido, pretendiendo aturrullarnos, los cuales no fueron más que unos hábiles glosadores ó comentadores suyos; y yo, aunque algo romo y pecador, me inclino mucho, á que tienen razon á lo ménos en gran parte, como fácilmente lo probaria si mereciera la pena.

9. Pero no metiéndonos ahora con los huesos del señor Antonio Gomez, que están bien enterrados, siquiera por los que su merced hizo enterrar en Medina del Campo, cuando fué médico de aquella villa, digo, que bien pudiera no disimular el padre Fray Barbadiño, que aún en las físicas más rancias de España se hace larga y muy comprensiva mencion de las antiguas, y consiguientemente tambien de las modernas; porque éstas, segun dije poco há, á la reserva de tal cual bachilleria, experimentillo ó cosa tal, apénas son más que una pomposa ó galana refundicion de aquellas. A Meliso y Parménides, que no reconocian más que un único principio, inmutable, indivisible, sin ponerle nombre ni querernos decir como era su gracia, preteadiendo que de la varia combinacion de él se componian todos los cuerpos, y consiguientemente no reconociendo en ellos diferencia alguna específica y substancial, sino meramente accidental, copiaron después todos los modernos, que negaron las formas substanciales, y reconocieron otro principio de todo cuerpo sensible que uno solo, al cual bautizó cada uno con el nombre que le dió la gana. Este le llama *Atomos*, aquel *Materia*, el otro *Glóbulos*, *et sic de reliquis*.

10. A Meliso, Anaximènes, Heráclito y Hesíodo, que tambien fueron filósofos monotelitas, esto es,

que tampoco reconocian más que un principio de todos los mixtos, pero dieron un pasito más adelante, y cada uno le nombró segun su génio ó capricho, porque Meliso, que debía de ser flemático y aguado, dijo, que todas las cosas se componian de agua y no más: Anaximenes, que debía de adolecer de fantástico y ligero, defendió, que todo era puro aire: Heráclito, que sin duda era de génio ardiente y fogoso, se desgañitaba por persuadir, que todo era fuego; y Hesíodo, que en su poema intitulado *las Obras y los Dias*, acreditó su inclinacion á la agricultura, y consiguientemente á los terrones; juraba por los dioses inmortales, que todo cuanto veíamos y palpábamos era tierra, y no le sacarian de ahí cuantos araban y cavaban. Digo, pues, que á estos filósofos de antaño tambien remedaron aquellos filósofos de ogaño, que firmes en la resolución de no admitir más que un único principio de todos los entes corpóreos, andan besando las manos á todos los cuatro elementos, unos á éste, y otros á aquél, para acomodarse cada cual con el que mejor le parece. Y note V. sobre la marcha, mi padre Fray Gerundio, que el peso del aire, que tanto nos cacarean los modernos, como un descubrimiento muy importante que no se habia hecho en el mundo, hasta que se inventó la máquina pneumática, con el cual nos encajan una filosofía llena de ventosidades, ya en tiempo de Anaximenes debía ser tan conocido como el peso del plomo. Porque si este filósofo tuvo para sí por cosa cierta é indubitable, que todo cuanto veia y palpaba era aire y nada más (y en cierto sentido, á fè que no le faltaba razon), que el plomo era aire, el hierro era aire, las

piedras eran aire, necesariamente habia de persuadirse á que el aire era pesado.

11. En la misma cierta, firme y valedera persuasion estuvo no ménos que el mismo Aristóteles, á quien sus propios discipulos en muchas materias dejan padecer unas persecuciones injustas de estos bellacones de filósofos modernos, que en Dios y en mi conciencia no sé como se lo sufre el corazon; pero ¿qué han de hacer los pobres, si los más ni aún por el pergamino han leído en su vida á su maestro? Pues este hombre verdaderamente grande, conoció demostrativamente el peso del aire con un experimento que hizo sencillo, simple y natural, sin más máquina pneumática, que la de un triste pellejo: pesóle primero estrujado, y pesóle después inflado, y halló que inflado pesaba más, que estrujado: con que infirió legitimamente, que á no ser por arte de encantamiento, esto no podia suceder, sin que el aire tuviese peso. Esta experiencia la refiere el mismo buen viejo claritamente, y no con palabras góticas, como él ó sus intérpretes se explican en otras partes, en el *libro 4.º de Cælo, cap. 4.º* y en verdad, que para hacerla no hubo menester andarse con botas de vidrio llenas de aire, ni con máquinas pneumáticas para extraérsele, como lo hizo el bueno del académico Monsieur Amberg, supongo que no más que *ad terrorem*; pues para la prueba bastaba cualquiera vejiga de puerco, de buey, y aunque fuese de un burro viejo.

12. No le agradó á Empedocles esta monotonia en la constitucion de los cuerpos, y queriendo echar el pié adelante á todos los que habian precedido, dijo,

que aquellos tan léjos estaban de componerse de un solo único elemento, que todos se componian de todos cuatro; pero no como nosotros grosera y sensiblemente los percibimos, impuros, mezclados y revueltos unos con otros, sino purísimos, desecadísimos, y en fin, como á cada uno le parió su madre la naturaleza; preguntado ¿en qué consistia la diferencia específica de los mixtos, puesto que todos se componian de unos mismos simples? Respondia, con aquella gravedad y con aquella soberanía propia de un hombre que despreciaba coronas y cetros, que á la reserva del hombre (á quien no negaba alma racional, distinta de los cuatro elementos) todos los demás mixtos solo se diferenciaban entre sí, ya por la varia combinacion de los elementos mismos, ya por el mayor predominio del uno sobre el otro, y que así entre la rana y el burro no habia otra diferencia, sino que en aquella dominaba el agua, y en éste la tierra, y que por eso croaba la una, y el otro rebuznaba.

13. ¿Parécele á V., padre mio Fray Gerundio, que los modernos no remedaron tambien al amigo D. Empedocles? Pues cuente V. por secuaces suyos á todos aquellos médicos *à la dernière* (son estos innumerables) los cuales no se contentan con decir, que en todos los mixtos se mezclan los elementos, lo que apenas se puede dudar, sino que añaden, que á ellos y á nada más se reducen todos los mixtos, pretendiendo que todo cuanto se extrae de ellos por el análisis ó por la resolucion es aire, agua, tierra y fuego, *et præterea nihil*. Cuente V. tambien por el mismo partido á los químicos, y sepa, que este el

dia de hoy es un partido formidable, los cuáles, aunque de los elementos de Empedocles solo admiten en la apariencia dos, conviene á saber, el agua y la tierra, y en lugar de los otros dos inventan ellos tres, á los cuáles llaman espíritu, azufre y sal, pero en realidad el espíritu se reduce al aire, el azufre al fuego y la sal al agua; con que solo añaden voces al sistema empedocliano. Finalmente, cuente V. por el mismo vando (segun quieren malas lenguas) al habilísimo jesuita Honorato Fabri, el cual, aunque en rigor hizo burla de todos los sistemas filosóficos, sin declararse partidario de alguno de ellos; pero alguna mayor inclinacioncilla mostró á la opinion de nuestro Empedocles; bien que exceptuando de ella al hombre y á los brutos, porque esto no lo podia ajustar con lo que enseña la fé.

14. Y los señores filósofos atomistas y corpusculares, que son los que hasta pocos años há han metido más bulla; ¿piensa V. que fueron originales? Riase de eso por su vida: tan monas ó tan monos fueron como todos los demás. En diciéndole á V., que la filosofia atomista y corpuscular cuenta ya por lo ménos cerca de dos mil y cien años de antigüedad, que la inventó Leucipo, la adelantó Demócrito y la extendió Epicuro, más de treseientos años antes que naciese Cristo, sabrá que los Galileos de Galileis, los Gasendos, los Bacones, los Descartes, los Maiguanes, los Saguens, los Toscas y otros que no se pueden contar, no hicieron otra cosa, que cristianizarla en lo que pudieron, refundirla en lo que no encontraron inconveniente, y sacarla al teatro barbihecha, afeitada y con zapatos nuevos.

15. Solo con poner en limpio lo que dijo Epicuro está hecha la prueba. Soñó, pues, alguna noche, que había cenado poco y bebido mucha agua (porque con efecto fué hombre templado), que allá desde la eternidad andaban revoloteando libremente y á sus aventuras, sin orden y sin concierto por esos inmensos espacios, que llamamos caos, una infinita multitud de átomos ó de cuerpecillos, los cuales se estuvieron moviendo y travesando sin forma y sin destino, siglos de siglos, hasta que quiso su buena suerte y la nuestra, que por una dichosa casualidad se travaron, unieron y pegaron todos unos con otros, y formaron esta prodigiosa masa, de que se compone todo el universo, cielos, astros, montes, valles, ríos, plantas, brutos, hombres. Para que esta casualidad, aunque extraordinaria, no fuese milagrosa, vino muy á pelo y condujo mucho, que los tales átomos ó cuerpecillos no eran todos, ni de una misma figura, ni de un mismo peso, sino que quiso la suerte, que unos fuesen redondos, otros cuadrados, estos cúbicos, aquellos piramidales, unos cilíndricos, otros triangulares, agudos éstos y aquellos chatos, unos más pesados y otros más leves. Y como estuvieron tanta infinidad de siglos encontrándose unos con otros, no fué imposible que al cabo acertasen á enlazarse, enredarse y engancharse recíprocamente, mezclándose con variedad unos con otros, y étele formada toda la masa del mundo, con toda la diversidad de mixtos y de entes que la constituyen.

16. Y no crea V. amigo Fray Gerundio, que Epicuro ni los muchos corbatines, bonetes y capillas,

que le copian al somormuso, se embarazan en explicar la diversidad sensible de los entes, según esta sentencia; ¡bueno es eso para su despejo! Si V. les pregunta, ¿qué cosa es la tierra? Responderán con la mayor satisfacción del mundo; es un gran agregado de átomos cúbicos, que juntó la casualidad en un monton, y en eso consiste la consistencia y la solidez de la tierra; y el agua, ¿qué cosa es? Eso es claro como el agua. Es un casual conjunto de átomos redondos, circulares y globulosos, que no pueden estar parados si no los cierran en alguna vasija ó no los reprimen con algun dique, y vé ahí en que topa toda la fluidez de este elemento; ¿y el fuego? El fuego, ¿quién no vé que es una masa de átomos piramidales, pontiagudos y muy afilados, que á fuer de tales, todo lo penetran, lo taladran y lo deshacen? y cádate ahí el secreto de su prodigiosa actividad. Y el aire, ¿qué será? ¡Bella pregunta! ¿qué entendimiento habrá tan romo, que no conozca, que el aire no viene á ser más, que un inmenso espacio ocupado de bolillas revoloteantes, mucho más menudas, tersas y lisas, que las que componen el agua? Y en esto consiste clara é indubitavelmente, que aquel sea mucho más fluido y mucho más diáfano que esta.

17. Vé aquí, Fray Gerundio amigo, los principales sueños de los filósofos antiguos, y las principales imaginaciones de los modernos, que apenas se diferencian de aquellos más que en media docena de terminillos, y en haber sacado al teatro sus opiniones con otro traje más de moda. Yo no negaré, que unos y otros hicieron lo que pudieron para averiguar sus secretos á la naturaleza, y para sacar á luz sus

escondrijos, y que esto es lo que se llama filosofía; pero ¿quién le ha dicho al reverendo señor Don Barbadiño, que esta filosofía se ignora en Portugal y en España? Ciertamente que teniendo su merced tanta obligación como se sabe, á no ignorar lo que ha pasado en su misma universidad de Coimbra, causa admiración que afecte ignorar lo que escribieron los sábios jesuitas coimbricenses en su curso filosófico. Allí verá explicados muy extensamente todos estos sistemas, y también los verá impugnados con el mayor nervio. Es verdad, que como aquellos padres no alcanzaron á estos monsiures novísimos, no pudieron impugnarlos en sus propios términos. Pero si es cosa averiguada, que la que se llama filosofía nueva y flamante, es solo un tejido de las más añejas y de las más podridas del mundo, todos los que tienen noticia de estas, tienen noticia de aquella, y todos los que impugnan las unas, impugnan la otra. Pues por esta cuenta, no solo en el curso de los coimbricenses, sino en muchos de los cursos filosóficos, que de doscientos años á esta parte se han impreso en España, hallará mucha noticia de la que su Paternidad Barbadiña llama filosofía legítima, castiza y verdadera.

18. Pero si todavía no se contenta con esto, y pretende que sea cierta su proposición, mientras no se verifique que en los cursos de España se conoce en su propia y mismísima figura esta filosofía del tiempo, aún así será preciso que la vuelva al cuerpo. Porque si le dieran lugar para saber lo que pasa por acá, sus estrechas correspondencias con ciertos amigos de Francia, y su aplicación infatigable á entender mal ó á interpretar peor las Bulas y Breves

Pontificios sobre las misiones de Oriente, tendría sin duda noticia, de que há más de treinta años se publicó en España el curso filosófico del sábio padre Luis de Losada, cuya admirable física comienza por un largo y docto discurso preliminar, en que se exponen, se examinan y se baten en brecha casi todos los sistemas filosóficos, que se llaman modernos por mal nombre, representándolos todos con sus pelos y señales. Aunque esta impugnación, como imparcial y como verdaderamente sábia, no es tan en cerro ni tan á destajo, que en el discurso de la obra no se abracen algunas opiniones de los filósofos experimentales, desamparando la de los aristotélicos, á cuyo jefe, por lo demás, se sigue con juicio y sin empeño.

19. Acordárase también, de que el insigne valenciano Don Vicente Tosca, no solo nos dió larga noticia de todas las recientes sectas filosóficas, sino que aún se empeñó el santo clérigo, en que había de introducir las en España, desterrando de ella la aristotélica. No logró el todo de su empeño, pero le consiguió en gran parte; porque en los reinos de Valencia y de Aragon se perdió del todo el medio al nombre de Aristotéles, se examinaron sus razones, sin respetar su autoridad, se conservaron aquellas opiniones suyas, que se hallaron estar bien establecidas, ó por lo ménos, no concluyentemente impugnadas y al mismo tiempo se abrazaron otras de los modernos, que parecieron puestas en razon; de manera que en las universidades de aquellos dos reinos se tiene tanta noticia de lo que han dicho los novísimos terapeutas de la naturaleza, como se puede tener en



la mismísima Berlin; y hay filósofos, que pueden hablar con tanta inteligencia en estas materias á las barbas de la misma Academia de las Ciencias de París, como los Regis y los Regaults en su misma mesmedad.

20. Finalmente, ahora, ahora en fresco, y como dicen, todavía chorreando tinta, se acaba de imprimir en Salamanca el primer tomo de un curso filosófico, que ha de constar no ménos que de doce volúmenes, en el cual, segun promete el autor, cuando llegue al tercero, todo él le ha de emplear en llamar á juicio todas las sectas filosóficas, recién nacidas ó resucitadas, y el cuarto en examinar los recobecos de la naturaleza al gusto de los modernos, sin perjuicio del derecho que se reserva, de averiguar en el quinto las verdaderas causas de tantas travesuras como hacen los meteóros, y de pasearse en el sexto por los cielos, como pudiera por su celda, donde es preciso que vuelva á encontrarse con los neotéricos, y, ó los abraza como amigos, ó los precipite de aquellas alturas como espíritus rebeldes, que no merecen pisar el estrellado país que no conocen. Ora bien, yo salgo por fiador de la habilidad del autor, pero no respondo del acierto de su ejecucion; y más, cuando él mismo destina ya *in previsione* el tomo undécimo, para corregir los errores, descuidos ó equivocaciones de los diez precedentes; lo que parece señal, de que á lo ménos en estos diez tiene ánimo de errar, descuidarse ó equivocarse mucho, pues le ha hecho tan de antemano á dedicar todo un tomo á este único asunto. Verdad es, que para eso está seguro, de que en el tomo duodécimo y último no ha de padecer la

menor equivocacion, error ó descuido en los prolegómenos á la teología positiva y dogmática de que ha de tratar, si Dios fuere servido, para abrir los ojos á los teólogos y predicadores novicios; pues á no estar muy cierto, de que este último volúmen no ha de contener alguna errata ó descuidillo, era natural que el tomo de las erratas le reservase para el postero, para comprender tambien en él las de los prolegómenos, como lo han hecho hasta aquí todos aquellos escritores, que quisieron dejarnos el buen ejemplo de confesar, que fueron hombres.

## CAPÍTULO VII.

CANSASE DE HABLAR EL BENEFICIADO, SACA LA CAJA, TOMA UN  
POLVO, ESTORNUDA, SUÉNASE, LÍMPIASE Y  
PROSIGUE LA CONVERSACION.

DE todo lo cual inferirá V. mi padre Fray Gerundio, que el señor arcediano Barbadiño habló con sobrada indigestion en punto de filosofía de España; pues, aunque bien se pudiera ahorrar mucho de lo que en ella se enseña, y emplearlo mejor sin salir de la materia; pero no se pierde tanto tiempo, como pondera su merced muy reverenda; y al cabo, el filósofo Gasendista, el Cartesiano, el Newtoniano y el Aristotélico, algaravía más, algaravía ménos, todos salimos á nuestra algaravía. Pero bien entendido, que sin este tal cual estudio de la naturaleza, apénas se puede dar paso con acierto en las demás sagradas facultades.

Atónito estuvo oyendo el pacientísimo Fray Gerundio todo el largo razonamiento del señor beneficiado, sin toser, sin escupir, sin cespitar, y aún sin pestañear sino una sola vez, allá hacía el medio de la arenga, que se le puso una mosca de burro sobre la ceja zurda, y se le pegó de modo, que le costó mucho trabajo el desprenderla. Pasmóse de lo que le habia oido ensartar, con la leve ocasion de lo que le

habia preguntado acerca del Barbadiño; y aunque zorroclonco, no dejó de conocer que tenia razon en lo que habia dicho, pero que sobraba la mitad, y aún las tres partes y media para lo que pedía una conversacion, en que no se trataba sino por incidencia acerca de este autor. Pero como en efecto, le habia dado gusto todo lo que acababa de oírle, y el empeño del frailecito era escapar el cuerpo si pudiese á todo estudio escolástico, por dedicarse cuanto ántes al baratillo del *Verbum Dei*, segun la instruccion del lego, su catequista, y de su héroe el padre predicador mayor de la casa, quiso apurar del todo la materia. Y pareciéndole, que por lo ménos, lo que decia el Barbadiño acerca de la teología escolástica no tenia respuesta, le dijo: Señor beneficiado, todo lo que V. me acaba de explicar acerca de la filosofía, me parece lindamente; y aunque, la verdad sea dicha, que en lo más de ello yo no he entendido palabra, pero á mí me suena bien, y convingo en que no hace daño saber un poco de filosofía, aunque sea de la que nos enseñan por acá. Yo, bien ó mal, ya estoy para acabar mis tres años, y tanto como hablar de materia primera, de formas substanciales, de union, de compuesto *in fieri*, de principio *quod* y *quo*, y así de otras zarandajas, ya me atreveré á hacerlo como cualquiera arcipreste. Pero eso de pensar nuestros padres en que me han de obligar á que estudie teología escolástica, ¡tararira! no lo conseguirán aunque me emparedaran.

3. ¿Y por qué, amigo Fray Gerundio? le preguntó el beneficiado. ¿Por qué? Por las cosas que dice de la tal dichosa teología el susodicho Barbadiño. Pues

¿qué dice? le replicó el bellacuelo del clérigo. ¿Qué ha de decir? Mejor lo sabe V. que yo. *Dice lo primero, que esta facultad se trata pésimamente en Portugal, no solo en el convento, sino tambien en las universidades. Y consiguientemente, lo mismo dirá de toda España, porque en toda ella no se trata la teología de otra manera, que en Portugal. Y eso ¿cómo lo prueba, padre mio? Como lo he de probar; con una razon que no tiene respuesta; porque dice, que acá se estudian cuatro años de teología, asistiéndose á cuatro cátedras, en las cuales se explican cada año dos materias de teología escolástica, una de moral y otra de Escritura, á la que ningun estudiante concurre, porque dicen que solo es buena para los predicadores. Y en esto, en verdad, que tiene razon; porque en este nuestro convento por lo ménos, donde tambien hay estudios de teología, yo no he visto otro modo de enseñarla, y discurro que lo mismo sucederá en los demás. ¿Y párecele á V. que eso basta, le preguntó el beneficiado, para decir, que se trata pésimamente la teología? A mí me parece que sí, respondió Fray Gerundio. Pues á mí me parece que nó, replicó el beneficiado. Porque eso á lo sumo probará, que el método no es bueno; que al cabo de los cuatro años es poca teología la que se trata; que ocho materias ó tratados escolásticos, cuatro de moral y otros tantos de Escritura, no bastan para que el estudiante salga teólogo hecho, ni aun para que tenga noticia de la vigésima parte de la teología, y en esto no iría descaminado; pero no prueba que la teología, poca ó mucha que se trata, se trate pésimamente, que es lo que suena*

su valiente y atrevida proposicion. Fuera de que no puede ignorar el Barbadiño, que en una de las célebres escuelas de España, al cabo de los cuatro años se estudian ó se recorren todos los tratados de la teología escolástica, por un famoso compendio, que no le hizo ningun español, sino un docto religioso francés, y por lo mismo, será de su aprobacion. Si en otra de las escuelas no ménos célebres se observa el método que él satiriza, será, ó porque todavia no tiene un compendio teológico, segun sus principios, de su satisfaccion y acomodo para el uso de los estudiantes, ó por otras razones, que allá él se tendrá; pues al fin, como decia un alcalde de Villaornate, *si es Teatino y se ahogó, cuenta le tendria.*

4. ¿Y qué me dice V. le preguntó Fray Gerundio, de lo que añade poco después el mismo Barbadiño: *Que el primer perjuicio, ó la primera preocupacion que saca el estudiante del método de las escuelas, es persuadirse, que la Escritura para nada sirve al teólogo: Y el segundo es estar en la persuasion, de que no hay otra teología en el mundo, sino cuatro cuestiones de especulativa, y que todo lo demás son arengas y ociosidades de extranjeros... siendo esta en efecto la preocupacion general de todos los teólogos de este reino, y no rapaces ó ignorantes, sino maestros y hombres de barbas hasta la cintura?*

5. ¿Qué quiere V. que me parezca? respondió el beneficiado, que como el Barbadiño escribió la carta donde estampó estos disparates (y es la 14.<sup>a</sup> del segundo tomo), cuando acababa de padecer ciertos vértigos ó vertígenes ó vahidos, ó como quisieren llamarlos, segun él mismo dice al principio de ella,

y debía de ser muy acosado de este accidente, por lo que se reconoce en sus cartas; todavía parece que le duraban algunas reliquias *del vértigo*, cuando afirmó dos proposiciones tan disparatadas con aquella osadía que es tan natural al hombre. Yo, estudiante he sido, y con estudiantes he tratado en las tres universidades de Salamanca, Alcalá y Valladolid, donde se estudia la teología escolástica, punto más, punto ménos, con el mismo método que en Coimbra, y en Eborá; pero hasta ahora no encontré estudiante tan zopenco, que de dicho método sacase la preocupación *de persuadirse, que la Escritura para nada sirve al teólogo*. ¿Ni cómo es posible, que alguno la sacase, á ménos que padeciese vértigos, viendo con sus mismos ojos, que en toda la teología escolástica no hay cuestion alguna, por especulativa, por abstraída, por metafísica, por sutil ó por inútil que sea ó que parezca, la cual bien ó mal no se procure probar con la Escritura? Y sino, señale siquiera una el Barbadiño. Aún la que él pone repetidas veces por verbi-gracia de las que llama *puerilidades teológicas*, conviene á saber, *si el principio quo generativo ó productivo en el padre y en el hijo, consiste en predicado, relativo ó absoluto*, todos los autores que siguen diferentes opiniones, procuran fundar la suya en textos de la Escritura; pues ¿qué estudiante ha de persuadirse, que la Escritura para nada sirve al teólogo, cuando sin Escritura no encuentra siquiera una cuestion de teología?

*Esto es saber hablar mal,  
Por no saber hablar bien;  
Y esto es mentir magistral,  
Por siempre jamás, Amen.*

6. El otro testimonio que levanta el Barbadiño, no ya á los estudiantes *rapaces*, sino á maestros *con barbas hasta la cintura*, de que están en la *persuasion de que no hay otra teología en el mundo, que cuatro cuestiones especulativas*, no le va en zaga al primero. Aquí donde V. me vé, sepa que también corri mi cachico de Portugal, donde traté con *Lentes* y *Mestres* de teología, que regentaban *as primeiras Cadeiras* del reino. En España he rodado mucha bola, y aunque indigno pecador y vil gusano, he conversado silla á silla y facha á facha con muchos padres catedráticos, y hasta algunos padres lectores de la legua; quiero decir, aquellos lectores *in partibus* y como de burlas, que son lectores titulares de conventos semi-pinzochas, los cuales suelen ser más fieros y más entonados, que los mismos catedráticos de veras; digo, que hasta algunos de estos padres lectores de honor se han dignado darme puerta y silla, tratándome con cariño y casi con amistad. Pues certifico, y en caso necesario, juraré *in verbo sacerdotis*, que á ninguno, á ninguno he encontrado tan boto de entendimiento, que no supiese muy bien, que además de la teología escolástica ó *positiva*, como la llama siempre el padre de las barbas largas, hay la dogmática, la expositiva y la moral, á las que algunos añaden como teología aparte, la ascética ó la mística, y que todas estas cuatro ó cinco teologías se dan la mano unas á otras de manera, que tienen cierta dependencia ó conexión entre sí, y tanta, que ninguno puede llamarse teólogo consumado, si no está versado más que medianamente en todas ellas. Es verdad, que suponen nuestros

maestros (y por mí la cuenta si se engañaren en esta suposición), que sin entender más que á media rienda á la teología escolástica, hay grande peligro de desbarrar mucho en la dogmática, de dar de hocicos en la expositiva, de no entender bien la moral, y de escribir cien disparates en la ascética, salva siempre la iluminación sobrenatural que lo suple todo. Esto es lo que he oído constantemente á todos nuestros maestros, no solo á aquellos *que tenían barbas hasta la cintura*, pero aún á muchos que apenas los apuntaba el bozo del magisterio, y aún tal cual, que parecía capon en el fuero externo, aunque delante de la cara de Dios sería lo que su Majestad fuese servido; ¿pues dónde encontró el señor padre Barbadiño *esos maestros con barbas hasta la cintura, que estaban persuadidos á que no había otra teología en el mundo, que cuatro cuestiones especulativas?*

7. A lo ménos, replicó Fray Gerundio, no me negará V. que tiene razon en lo que añade más abajo: *Que todos los teólogos escolásticos están tan satisfechos de su especulativa, que dan al diantre á los extranjeros, porque se desviaron de ella... y que no vió hasta ahora Teólogo alguno de los que abrazaron con todo su corazon el peripato, que habiendo de proferir censura sobre los que introdujeron el método moderno, tomase el trabajo de examinar bien las razones en que se fundan los contrarios.*

8. ¡Pobre Fray Gerundio (respondió el beneficiado) y qué bellas tragaderas que tiene! Si así engulle todo lo que encuentra en los libros, morirá de replecion de disparates. Muchos ensarta el Barbadiño en ese par de cláusulas, que le copia. Supone lo

primero, que todos los extranjeros se desvian de la teología especulativa, pues eso y no otra cosa quiere decir aquella proposición indefinida y absoluta, de que los teólogos escolásticos dan al diantre á *los extranjeros*, porque se desviaron de ella; pero ¿quién le ha dicho á su Paternidad Barbadiña, que *todos los extranjeros* se desviaron ni se desvian de la teología escolástica? ¿Conet y Contenson, dominicos, fueron portugueses ó andaluces? ¿Rodes, Leflo, Tanero, jesuitas, fueron asturianos ó extremeños? ¿El cardenal de Norris y la Martinier, agustinos, fueron gallegos ó campesinos? ¿Mastrio y Wigant, franciscanos, fueron babazorros ó de las Batuecas? ¿y éstos se desviaron de la teología escolástica, cuando muchos la comentaron toda, y los más una gran parte de ella? No quiero alegarle más ejemplos, porque sería negocio de formar una biblioteca. Los únicos extranjeros, que se desvian de la teología escolástica, son aquellos á quiénes incomoda ésta, para delirar á su satisfaccion en la dogmática, en la moral y en la ascética, sin reconocer otra regla para la inteligencia de la expositiva, que el capricho y la bodoquera de cada uno. Quienes sean estos monseures, no es menester declarárselo al Barbadiño, porque en sus escritos, y aún sin salir de esta carta, da fieros indicios de mantener gran correspondencia, ó á lo ménos de profesar mucha devoción á los principios, y tener gran fe con las noticias que gasta cierto grémio de ellos. Y aún de estos no todos tienen tanta ogeriza con la teología escolástica, como graciosamente quiere suponer su merced Barbadiña. Y sino, ahí está el doctor Jorge Bull, profesor de teología, y

presbítero de la Iglesia anglicana, que murió obispo de San David el año 1716, cuyas obras teológico-escolásticas, en fólío, nada deben á las más alambicadas que se han estampado en Salamanca y en Coimbra; y como los puntos que por la mayor parte trató en ellas son sobre los misterios capitales de nuestra Santa Fé, conviene á saber, sobre el misterio de la Trinidad, y sobre el de la Divinidad de Cristo, en los cuales su Pseuda-Iglesia anglicana no se desvia de la católica, en verdad, que los manejó con tanto nervio y con tanta delicadeza, que los teólogos ortodoxos más escolastizados, como si dijéramos *electrizados*, hacen grande estimación de dichas obras. Y aún en los dos tratados, que escribió acerca de la justificación, que es punto más resbaladizo, en los principios que abrazó, no se separó de los teólogos católicos; pero en algunas consecuencias que infirió, ya dió bastantemente á entender la mala leche, que había mamado. Pues ¿por qué nos ha de querer embocar el señor Barbon, que los extranjeros se desvian de la teología especulativa; y que por eso los dan al diantre los teólogos escolásticos de Portugal y de España? Yo sí que doy al diantre los vértigos, que affligieron á dicho señor, en fuerza de los cuales deliró tanto el coitado fradiño, y nos quiso embocar tantas parvozas.

9. Pues ahí es un grano de anís las que contiene la otra cláusula suya, con que me reconviene V. que no vió ainda teólogo alguno, de los que abrazaron con todo su corazón el Peripato, que habiendo de proferir censura, sobre los que introdujeron el método

moderno, tomase el trabajo de examinar bien las razones en que se fundan los contrarios. Tampoco yo vi ainda escritor alguno de los que abrazaron con todo su corazón la mordacidad, que escribiese con mayor satisfacción, ni que dirigiese ménos los que escribía.

10. ¿Qué le parece á V. que entiende por teólogos, que abrazaron con todo su corazón el Peripato? Lea un poquito más abajo y lo encontrará. Entiende los que estudian la teología escolástica, por cuyo nombre (dice él) se entiende una teología fundada en los perjuicios de la filosofía peripatética: quiere decir sobre las formas substanciales y accidentales, y sobre todas las otras galanterías de la escuela; pero no me dirá ¿dónde encontró esta casta de teólogos, ni dónde halló teología de esta especie? La teología escolástica, que se usa por acá, no está fundada sobre las preocupaciones de la filosofía peripatética, ni se vale de ella para maldita la cosa, sino única y precisamente para el uso de los términos facultativos, á los cuales se les dió una significación arbitraria, como *esencia, predicados, formas, accidentes, propiedades, emanaciones, ut quo, ut quod, formaliter, materialiter, auxiliium quo, et sine quo, eccidades, individuaciones, relativos, absolutos, etc.* Todas estas galanterías solamente la sirven para explicar con ménos palabras lo que quiere decir, y se vale de estas voces, por suponerlas ya entendidas desde la lógica y filosofía peripatética, donde se usa de ellas para los mismos significados; pero estos significados se aplican á principios y asuntos muy distintos, y aún inconexos con casi toda la teología

escolástica; ¿es esto estar fundada esta teología sobre los perjuicios de la filosofía peripatética? De esa manera también dirá, que están fundados sobre el Peripato todos los tratados que en este siglo han hecho entre sí los príncipes de Europa, sean de paces, sean de comercio, sean de alianza, sean también aquellos que se llaman *tratados de familia*; porque en casi todos ellos se lee el terminillo, de que se quedarán las cosas *in statu quo*, que es tan peripatético como el *ut quo*, y el *ut quod*, el *in eo quod quid*, y el *quo ad an est*. Si hay algunas cuestiones en la teología escolástica, que en la substancia sean anfíbias, esto es, que igualmente pertenezcan á la teología que á la filosofía, como son, las que tratan de la existencia de Dios, como primera causa de la creación del mundo, en tiempo de la espiritualidad del alma, del libre albedrío ó de la libertad de los actos humanos, y algunas otras pocas más, éstas se tratan con total independencia de los principios Aristotélicos, y muchas de ellas con positiva oposición á ellos, y para nada recurrimos á la filosofía del Estagirita, sino puramente para explicarnos, y para que recíprocamente nos entendamos; pues ¿qué teología escolástica de mis pecados es esta, que está fundada en la filosofía peripatética? Vaya, que cuando escribió esto todavía le debía de durar el vértigo al Santo Padre.

11. ¿Y con qué conciencia dice, que *aún no vió teólogo alguno, de los que abrazaron con todo su corazón el Peripato, que queriendo censurar á los que introdujeron el método moderno, tomase el trabajo de examinar bien las razones en que se fundan los con-*

*trarios?* ¿de qué método habla su Paternidad muy arcediana? Porque si habla del método de la teología escolástica (que es la teología en cuestión) ni los modernos ni los antiguos, ni los Peripatéticos ni los Newtonianos han inventado otro método que el que introdujo Pedro Lombardo, imitó Santo Tomás, y siguieron después todos los demás. Y sino, díganos su merced por su vida; ¿dónde encontró otro método de teología escolástica? Si habla del método de la teología puramente dogmática (que será un grande despropósito para el asunto), lo primero, hasta ahora no se ha escrito cuerpo alguno *entero*, que comprenda metódicamente *todos* los tratados pertenecientes á esta teología; y sino díganos el señor Barbadiño; ¿cómo es la gracia del autor, que los escribió ó que á lo ménos hizo la colección de ellos? Lo segundo, en los innumerables tratados dogmáticos que se han escrito, cada autor ha seguido el método que mejor le ha parecido, ó el que le ha venido más á cuento: unos oratorio, otros académico; éstos con *ergos*, aquéllos sin ellos; los más por libros ó tratados, muchos por disputas y cuestiones; algunos en figura de diálogos y finalmente los dogmáticos modernísimos, que han escrito contra las herejías del tiempo, y especialmente contra la que hoy es de la gran moda, de la cual muestra tener grandes noticias el señor Fray Arcediano, han preferido el método de cartas dialogizadas, el idioma vulgar y el aire un poco chufletero, para lo cual no les han faltado buenas y sólidas razones. Ningun teólogo escolástico y católico ha censurado hasta ahora alguno de estos métodos; ó señálenosle con

el dedo el padre de las barbas á tiros largos. Pues ¿para qué es meter tanta bulla y fingir fantasmones para dar de palos al aire?

12. Mas no es esta la madre del cordero. Con el sobre escrito del método, su verdadero intento es desterrar del mundo la teología escolástica, como él mismo lo confiesa sin rebozo; pues de ella dice *constantemente, que no solo es superflua, sino perjudicial á los dogmas de la Religion*. Esto hiede que apesta. Lutero, Beza, Calvino, Melancton, y el Barbadiño de su tiempo Erasmo de Rotterdam, dijeron lo mismo en propios términos. Los amigos del señor Arcediano son de la misma opinion; y nada acredita más la utilidad y aún la necesidad de la teología escolástica, para la inteligencia y para la defensa de los dogmas, que lo mucho que incomoda á estos monsiures.

13. Pues el padre de las barbas postizas escribe dentro de Italia, ya tendrá noticia (y sino la tiene, yo se la doy ahora) de las obras de Benedicto Alctini (alias el padre Benedicti jesuita), y de las *explicaciones teológicas de los Cánones del Concilio de Trento sobre los Sacramentos*, que el sábio servita Juan María Bertoli imprimió en Venecia el año 1714. Lea lo que escribieron estos dos autores de á fólio contra cierto autorecillo italiano, que salió por entónces con el mismo proyecto con que sale ahora el señor Barbaza, de querer desterrar del mundo la teología escolástica, para substituir en lugar de ella la leccion y la explicacion de las obras de los SS. Padres. Allí verá, que el autor italiano supone tan en falso, como el señor Portugués, que en las

escuelas no se hace caso del estudio de los Santos Padres. ¡Impostura palmira! Pues la teología escolástica apénas es más que un compendio de sus obras, en el cual, ó se examinan sus diferentes opiniones sobre principios ciertos, comunes y admitidos por todos ellos, ó se comparan y se cotejan unos con otros, para discernir por medio de este exámen y comparacion lo que en su modo de hablar no parece tan exacto; ó juntando las opiniones de todos acerca de los dogmas, se forma una especie de cadena y série cronológica de tradicion; y en fin en ella se encuentra toda la doctrina de los Padres, pero digerida segun el orden de las materias, desembarazada de disgresiones inútiles, limpia y como acrivada de todos los descuidos que pudo mezclar en ella la flaqueza humana, ilustrada y confirmada con la autoridad de la Escritura y con el peso de la razon. De manera, que estudiar teología escolástica, es estudiar á los Santos Padres, pero estudiarlos con método. *El autor italiano*, dice el sábio Servita (y óigalo con atencion, con docilidad y con espíritu de compuncion el pseudo-capuchino): *el autor italiano y sus semejantes, poco versados en este genero de estudios, ingenios y genios superficiales, amigos de la novedad, que afectando hacerse distinguir, se apartan del camino carretero, introducirian en las escuelas una extraña confusion, si llegase á abrazarse su proyecto. El estudio vago y mal arreglado de los Santos Padres, reducido á leer sus obras, sin haberse instruido ántes en los principios necesarios para entenderlas bien, y para formar recto juicio de lo que quieren decir, llenaria al mundo de herejes*



ó de sabios de perspectiva, bien cargada su memoria de lugares, de sentencias y de centones en monton; pero su pobre entendimiento más oprimido que ilustrado con todo aquel estudio ó embolismo. Hasta aquí el docto Servita.

14. Y luego nos dirá en nuestras barbas el barbadísimo y aún barbarísimo señor, que *la teología escolástica, no solo es superflua, sino perjudicial á los dogmas de la Religión!* Sea por amor de Dios la desvergüenza. Si se contentara con decir, que en casi todos los tratados de ella se mezclan algunas cuestiones inútiles, que pudieran y aún debieran ahorrarse, que aún muchas de las útiles y necesarias se tratan con una prolijidad intolerable, que en varias de ellas de cada argumento se ha formado una cuestion y aún una disputa, y aún tal vez una materia entera, para cuyo estudio no sé yo, si el mismo Job tendría bastante paciencia, adelante; ya se le oiria con cristiana conformidad, y aún puede ser que en esta opinion no fuese solo; pero espetarnos á rebarredera y en cerro, que *la teología escolástica, no solo es superflua, sino perjudicial á los dogmas de la Religión!* voto á... que si yo fuera inquisidor general... Mas tomemos un polvo, mi padre Fray Gerundio, y refresquémonos un poco, que ya me iba calentando.

15. Con efecto le tomó el bueno del beneficiado, sonóse, gargajeó, y prosiguió en su tono y frescura natural: Nos es tan lerdo el Barbadiño, que no conociese, que luego le habian de dar en las barbas con los patronos y secuaces de la teología escolástica, como v. gr. Alberto Magno, Santo Tomás, San Bue-

naventura, San Juan Capistrano, y en fin todos los Santos Teólogos, que han florecido desde el siglo xii acá, porque su Paternidad no quiere hacer más anciana á dicha teología; á algunos de los cuales Santos los tiene admitidos la Iglesia por sus doctores, y parece terrible osadía decir que los doctores de la Iglesia enseñaron una teología *perjudicial á los dogmas de la Religión.* No disimula el padre Barbeta este feroz argumento, aunque es verdad, que le propone blandamente y como al soslayo; pero ¿qué solución dará á él?

16. Dice lo primero, que esto importa un bledo, porque los Santos florecieron en un siglo, en que casi no se sabia otra cosa, y que conformándose con lo que se practicaba en su tiempo, tienen alguna disculpa. Vamos, que la solución se lleva los vigotes; y queda el entendimiento plenamente satisfecho, de que la Iglesia pudo con grandísima razon, y con no menor serenidad de conciencia, colocar en la clase de sus doctores á unos santos, que enseñaron una teología *perjudicial á sus dogmas,* por cuanto los pobres no tuvieron la culpa de florecer en un siglo, en que casi no se sabia otra cosa; y en caso de tener alguna en conformarse con lo que se practicaba en su tiempo, sería una culpilla venial, que se quitaba con agua bendita, y no podia perjudicarles para obtener la suprema borla de doctores de la Iglesia.

17. Pero vaya una preguntita así como de paso y sobre la marcha: ¿Con qué teología confundió Santo Tomás á los herejes, que se levantaron en su tiempo? ¿fué con la que aprendió y enseñó, ó con la que todavía no se habia fundado ni se fundó, hasta

que esos teologazos modernos, llenos de celo y de caridad, abrieron los ojos á la pobre Iglesia, que por tantos siglos los habia tenido lastimosamente cerrados, ó á lo ménos legañosos? ¿y en qué consistirá, que todos los herejes están de tan mal humor con este Santo Doctor, como dice con discrecion cierto moderno? Si su teología es tan perjudicial á los dogmas de la Religión; ¿por qué no la abrazan, por qué no la siguen, por qué no hacen muchas cortesías al Santo, y celebran su fiesta con un octavario de sermones? El hecho es, dice el citado Recencior, que el verdadero motivo, *porque todos los herejes están tan avinagrados contra este admirable doctor es, porque á él se le debe aquel método regular, que reina en las escuelas, con el cual se desenredan las opiniones, se quita la mascarilla al error, se pone de claro en claro la verdad, se explican con limpieza y con claridad los dogmas de la Fé, segun el verdadero sentido de la Iglesia y de los Padres.* Y concluye: *No ha tenido la herejía enemigo mayor que nuestro Santo, porque nunca ha podido defenderse contra la solidez, y si me es lícito hablar así, contra la casi infalibilidad de su doctrina.* A seo Calcillas; y todavía dirá V., y lo dirá constantemente, *que la teología escolástica es perjudicial á los dogmas de la Fé?* Pues yo también le diré á V. constantemente, que creo á ciegas en la del símbolo de los apóstoles; mas para creer en la que V. profesa, necesito mucho exámen. Y le advierto á V. que el autor de dichas palabras no es algun padre dominico, á quien le ciegue la pasión, sino otro de profesion muy distinta, que sabe venerar las opiniones del Santo Doctor, y si algunas no le arman, separarse de ellas con reverencia.

18. Dice lo segundo, que si Alberto Magno y su discípulo Santo Tomás comentaron á Aristóteles, no fué, á lo que él cree, porque lo juzgasen útil, sino por hacer ese servicio al público, que en aquel tiempo estaba muy preocupado por Aristóteles. Hizo bien en añadir á lo que creo; porque el hombre dá muchos indicios de creer enrebesadamente. Esto es decir en buenos términos, que cree que Alberto Magno y Santo Tomás fueron unos hombres aduladores, unos doctores lisonjeros, unos maestros de aquellos que caracteriza San Pablo, los cuales, por acomodarse al gusto y á las pasiones del pueblo, le enseñan doctrina falsa, inútil y aún perniciosa, y apartando voluntariamente los ojos de la verdad, aunque saben muy bien hácia donde cae, le embocan fábulas, patrañas ó embelecos inútiles; ¡pobres lumbreras de la Iglesia, y en qué manos habeis caído! Siquiera no os deja el carácter de hombres de bien, de honor y de sinceridad, que no saben engañar á nadie, sin que primero se engañen á sí mismos; y cuando en cualquiera materia es la mayor vileza de un autor escribir contra lo que siente, por lisonjear el mal gusto del público; en una materia de tanta grayedad y de tanta importancia como la Sagrada Teología, no repara en hacer reos de semejante ruindad á unos hombres como Alberto Magno y Santo Tomás de Aquino, á quienes sobraba su santidad, y bastaria al uno su dignidad de obispo de Ratisbona, y al otro su nacimiento, para que los hiciese más merced y más justicia. Si esto lo dijera un rapagon desbarbado, adelante, pudiera pasar por rapazada; pero decirlo y estamparlo un hombre, que afecta profesion de bar-

bas largas, ¿no merecia que se las arrancasen todas pelo á pelo?

19. Ora bien, mi sincerísimo padre Fray Gerundio, un año duraria nuestra conversacion, si hubiera de seguir pié á pié al Barbadiño en todos los disparates, que dice con su acostumbrada satisfaccion y regüeldos, en sola esta carta sobre el método con que se estudia la teología escolástica, y si me hubiera de empeñar en impugnarlos. Yo estoy ya cansado, y solo el hablar de este hombre me fastidia. El abrirle los ojos á él, que los tiene cerrados con la presuncion, y el abríselos á sus apasionados, que se conoce lo son á cierra ojos y no más, que por el sonsonete sería una grande obra de caridad; pero sería obra muy larga, aunque no muy dificultosa; porque yo, con ser así, que soy un pobre pelon, me atreva á hacerle ridículo, y á poner de par en par, más claros que la luz que nos alumbra, los innumerables desbarros que profiere en casi todas las materias que trata, aunque, como dije á V. al principio de nuestra conversacion, no deje de traer *muita coiza boa*. Pero ni yo estoy de vagar, ni esto es por ahora de mi intento. Solo diré á V. que en esta carta sobre la teología escolástica, muestra una grande adhesion á los enemigos más solapados y más perniciosos de la Iglesia, que adopta sus máximas, que celebra sus libros ó sus ediciones de las obras de los Santos Padres, que están prohibidas, por adulteradas; que insinúa con grande artificio su doctrina; y en fin, que todas cuantas reflexiones hace sobre la teología escolástica, con intento de desterrarla del mundo, de ellos las tomó, y en sus cenago-

sos charcos las bebió, especialmente de los seis libros que el año de mil y de setecientos dió á luz Juan Owen, no el célebre poeta inglés, sino otro de su mismo nombre y apellido, que los intituló *de Natura, ortu, progressu, et studio veræ theologiæ*. Y ya que hablamos de Juan Owen, no debe llevar á mal el padre Barbadiño, que me den en rostro muchas cosas suyas, cuando hago justicia al mérito de otras, siquiera porque no me comprenda la paulina del poeta al principio de sus epigramas:

*Qui legis ista, tuam reprehendo, si me laudas  
Omnia, stultitiam; si nihil, invidiam.*

Y porque temo, que el latin que enseñó á V. el dómine Zancas-largas, no alcanza á que entienda de repente este epigrama, allá va su traduccion en esta cuarteta, que se me antojó hacer ahora, para alegrar un poco la conversacion:

*Desde luego te declaro,  
Lector de estos epigramas,  
Por necio, si alabas todo,  
Por envidioso, si nada.*

20. Pero me hace lástima acabar esta conferencia, sin que V. me ayude á reir del método, que propone el Barbadiño para estudiar la verdadera y provechosa teología, después de haber hecho tan solenne burla del que se observa para estudiar la que él llama *inútil y perjudicial*.

21. Dice pues, que *el primer prolegómeno de la teología ha de ser la historia eclesiástica y civil, antes de Cristo y después de Cristo*; que consiguientemente

la primerita cosa que ha de hacer el estudiante, que entra en la teología, es estudiar en breve la historia del Testamento antiguo, después la de Cristo para acá, después la de los emperadores romanos, por lo ménos hasta el sexto siglo, y que esta se ha de estudiar *muito bem*. Que como no se puede estudiar ni entender bien la historia sin la cronología, y la geografía, ante todas cosas debe buscar una tabla cronológica, de estas que se encuentran en un pliego de papel de marca, y encajar bien en la cabeza las principales épocas de la historia civil, observando bien el orden y la serie de los tiempos. Que una vez metida bien en los cascos la cronología, debe tener siempre á la vista el tal estudiante ó teólogo catecúmeno una carta geográfica, esto es, un mapa general ó muchos particulares, en los cuales, siempre que se habla de algun suceso particular, ha de buscar la provincia y el lugar donde sucedió, y de esta manera irá aprendiendo facilísimamente la geografía sin trabajo y como por entretenimiento.

22. Y por quanto el pobre teólogo neófito no puede tener noticia de adonde caen estos mapas, ya el caritativo Barbadiño toma el trabajo de darle razon de los que á su parecer fueron los mejores autores geográficos, aprovechando esta bella ocasion de lucir su vasta erudicion en la geografía, siendo así, que ciertamente no le costó más que abrir el primer catálogo de alguna famosa librería, que tuvo más á mano, buscar el título de los autores geógrafos, y trasladar al papel los primeros que se le vinieron á la pluma.

23. Dice, pues, que es indispensable de toda in-

dispensabilidad, que el tal candidato de Teólogo se arme con el atlas geográfico de *Janson*, que se compone de ocho grandes volúmenes, ó por lo ménos con el compendio de él, que se reduce á un volumen de á folio, se entiende en papel de marca, como libro de coro ó de solfa de facistol. Item, del atlas de *Blaeu*, que son once grandes volúmenes del mismo tamaño. Item, del atlas más breve de los señores *Sanson*. Item, del de monsiur de *l'Isle*. Y basta esto para cartas generales: para las particulares no se le puede dispensar en que haga provision de las siguientes. De las de *Inselim*, que comprenden la Inglaterra, Países-Bajos, Francia, España y Portugal. De las de *Nolin*, que describen la Venecia y la Istria. De las del *P. Placido*, que siguen todo el curso del Po. De las de *Ensisheimid*, que representan la Alemania; y de las de *Scheuchzero*, que demarcan la Elvecia. Estos autores (aquí llamo la atencion de mi auditorio) *débense saber para buscarse en las ocasiones*. Con que si estos autores no se saben, y consiguientemente sino se tienen, voló el primer prolegómeno de la teología; y el que tuviere vocacion de estudiarla, ofrezca al Señor sus buenos deseos y aprenda otro oficio.

24. Bueno es que hasta aquí estábamos todos en la persuasion de que para equipar á un estudiante teólogo, no era menester más que proveerle de un vade que no pasase de catorce cuartos, de un plumero que se arma en un abrir y cerrar de ojos, con un par de naipes, de una redoma de tinta, de media docena de plumas, de la cuarta parte de una resma de papel, sus opalandas raidas, y á Dios amigo. Al teó-

logo que no fuese por la pluma, con meterle en una alforja el par de tomos de Gonet, estaba ya ajustado todo su matalotage escolástico; y si se le añadía á Larraga ó á la suma de Busebaum, era una india. Y ahora segun el nuevo método barbadiñal, vé aquí V. que un triste aprendiz de teólogo, solo para libros ha menester llevar más equipaje que un mariscal de campo. Porque ¿qué piensa V. que aún precisamente para la geografía se contenta con los citados; bueno era eso para su humor! Todavía le encaja otra runfla de ellos que debió encontrar despues en otro catálogo, especialmente de diccionarios geográficos de los cuales protesta, que *tambien es necesario tener noticia*, como son de el de *Varea*, *Baudrand*, *Ferrario*, *Marty* y sobre todo de el de *la Martinere*.

25. Siguen despues los libros cronológicos que ha de llevar para mantenerse los primeros meses de estudiante teólogo. En esto está parco el Barbadiño, porque la cronología es algo indigesta y pudiera ocasionar crudezas al estudiante si cargara de ella el estómago con demasía. Conténtase con que *al principio* no coma más, que *Strauchio* ó *Beveregio* y algo del *Rationarium* del P. *Petavio*. Pero quién se sintiera con calor para digerir mayores noticias, puede engullirse la *Doctrina temporum* del mismo *Petavio*, la *Cronologia Sacra* de *Uferio*, y con el tiempo podrá cargar de más viandas si su estómago lo consintiere.

26. Pero lo que no tiene remedio es, que para la *Historia Universal* se eche en el maletón la primera parte del *Rationarium* del susodicho *Petavio*, el compendio latino de *Celario*, y no le hará daño el del *Padre Turselino*, aunque este (dice él) es más esti-

mado por el latin que por la historia: *el Compendium historia universalis de Gotlob Krancio*: este (dice el P. calificador) *es el mejor de todos: el de Brietio*, especialmente despues de Cristo, y el de *Leschi* que es buen autor. Para la historia eclesiástica hasta Cristo, el compendio de *Bolerano*, que es sufrible para un principiante: despues de Cristo provéase de *Riboty* y de *Graveson*. Y porque no le tengan por impertinente ó por hombre que receta libros como píldoras un médico charlatan, concluye con grandísima bondad: *Y esto basta para un principiante*. Yo añado, que esto sobra para conocer, que no solo le duraba el vértigo al Santo Padre cuando escribió esto, sino que debia estar en la fuerza de su mayor vigor. Porque se cree que todo esto es necesario saber, como primer prolegómeno de la teología, á los orates; y si no lo cree, ¿para qué se quebró la cabeza y nos la rompió á nosotros?

27. *Ex ungue leonem*, padre mio Fray Gerundio. Por aquí conocerá V. que cosas no dirá nuestro metodista, cuando entra en lo vivo de la teología, y del método que se ha de observar en su estudio. Es un embrollo de embrollos, un embolismo de embolismos, y un lazo de lazos para enredar á los incautos. En los lugares teológicos que señala, hace distincion entre la *Iglesia Universal* y la *Iglesia Romana*, como si hubiera más, que una Santa Iglesia Católica, Apostólica, Romana: no toma en boca al Papa para nada; dice, que la autoridad de la Iglesia Universal, de la Iglesia Romana, de los Concilios Generales, *nace de la tradicion*: enseña, que ántes que Cristo viniese al mundo, en el pueblo judaico

y en la ley escrita, *la declaracion del Sumo Sacerdote lo terminaba todo*; pero despues que vino Cristo á completar *as coizas*, su doctrina se conserva pura en los prelados, de los cuales la pudiesen aprender los fieles. En conformidad de éste, su amado principio afirma, *que creen los católicos, que la mayor parte de los obispos cristianos* (como si hubiera verdaderos obispos, que no lo fuesen) **UNIDOS AL PAPA**, no puede errar en las definiciones de fé. Lo que creamos los católicos, que estudiamos por Astete es, que el Papa para nada ha menester la mayor ni la menor parte de los obispos, para no errar en dichas definiciones, porque la infalibilidad no se la prometió Cristo á éstos, sino á aquél. Déjase caer, así como al soslayo, lo que sucedió en los dos conciliábulos de Rimini y de Seleucia, en que los padres, engañados en uno y violentados en otro, admitieron primero y confirmaron después una confesion de fé verdaderamente ariana: y diciendo, como quien no quiere la cosa, que presidieron en ellos dos legados de la Santa Sede, y que el número de los obispos *fué más que bastante para formar un Concilio General*, deja el argumento así, contentándose con decir, que sin el socorro de la historia, no se puede desatar; ¿qué le costaba añadir siquiera una palabrita, por donde se conociese que dichos Concilios habian sido ilegítimos, no en su convocacion, sino en su prosecucion: que los legados habian sido depuestos y anatematizados; y que el Papa estuvo tan léjos de aprobar sus actas, que ántes las condenó, primero por sí y después en un concilio? Pero esto no le venia á cuento para sus ideas ni para el nuevo

método que propone de estudiar teología. Librenos Dios (que si librará) de que se introduzca en su Iglesia, porque la quiere mucho, la tiene prometida su asistencia, y los esfuerzos del metodista no prevalecerán contra ella.

28. A vista de esto, mi padre Fray Gerundio, ¿se confirma V. en su opinion con autoridad del Barbadíño, de que la teología escolástica es inútil y aún perjudicial, y en que no quiere estudiarla? Señor beneficiado (le respondió con tanto candor, como frialdad, nuestro Fray Gerundio), es cierto, que ya no me suenan tan bien las cosas de ese padre portugués, como me sonaban ántes, y que no sé qué diantres de reconcómios siento acá dentro del corazón, que me dan muy mala espina acerca de ese sujeto. Al fin, Dios le haga mucho bien; pero á mí su Magestad no me lleva por las cátedras, sino por los púlpitos: y así estudiaré yo teología escolástica como ahora llueven albardas. Si llovieran, replicó el beneficiado, se malograrian todas las que no cayesen sobre las costillas de V., y haciéndole una cortesía, se salió algo enfadado de su celda, y se volvió á la otra de donde habia salido.

29. Esperábase con impaciencia aquellos dos graves y doctos religiosos, con quienes habia tenido la conferencia acerca de Fray Gerundio, y como duraba tanto la sesion, apenas dudaban ya de que le habia convencido. Luego que le vieron entrar, le preguntaron ansiosos; ¿cómo le habia ido con el padre colegial? A lo que el socarron del beneficiado respondió con gran cachaza: saque cualquiera de vuestras reverendísimas la caja, denme un polvo, y

óiganme un cuento: Habia en la universidad de Coimbra un mediquillo teórico, gran disputador y muy presumido, pero ignorante y nécio á par de su presuncion. Tenia estomagados á todos los de la facultad y habiendo de presidir unas conclusiones públicas, rogaron al famoso Curvo Semedo, que tomase de su cuenta argüirle, concluirle y correrle para ajarle la vanidad. Juan Curvo le arguyó de empeño, y á pocas paletadas, para los inteligentes, le tumbó patas arriba; pero el mediquillo garlaba, manoteaba, se reia, le despreciaba, y en fin se llevó la voz del populacho. Concluida la funcion, uno que no habia asistido á ella, preguntó á Curvo, cómo le habia ido con el presidente, á lo que respondió el discreto portugués: *Taon grandísimo burro è, que naon le podem conven- cer. A Dios, padres míos, que es tarde, y el ama estará esperando: dijo, y retiróse á su casa.*

## CAPÍTULO VIII.

PREDICA FRAY GERUNDIO EL PRIMER SERMON EN EL REFECTORIO DE SU CONVENTO: ENCAJA EN EL UNA GRACIOSÍSIMA SALUTACION Y DEJA LOS ESTUDIOS.

ELLO no tuvo remedio: cerróse Fray Gerundio en que habia de ahorcar los hábitos filosóficos, y que no habia de tomar los teologales, á excepcion del de la fé, que ese ya le tenia desde el bantismo; el de la esperanza de salvarse, á lo ménos *per modum hereditatis*, no le podia faltar; y con el de la caridad debemos piadosamente suponerle, porque parecia buen religioso, salvo sus manias y caprichos, que absolutamente podian ser sin mucho perjuicio de su conciencia. Viéndole los prelados de la Religion y los padres graves del convento tan displicente con la filosofía, y tan empeñado en que no habia de estudiar teología, pues para ser predicador conventual, y para predicar como predicaban otros muchos con grande séquito, aplauso y provecho de su peculio, decia, que no la habia menester, y á fé que en eso le sobraba la razon por los tejados. Observando por otra parte, que mostraba bastante despejo, que tenia buena voz, que era de grata presencia, aseado,

óiganme un cuento: Habia en la universidad de Coimbra un mediquillo teórico, gran disputador y muy presumido, pero ignorante y necio á par de su presuncion. Tenia estomagados á todos los de la facultad y habiendo de presidir unas conclusiones públicas, rogaron al famoso Curvo Semedo, que tomase de su cuenta argüirle, concluirle y correrle para ajarle la vanidad. Juan Curvo le arguyó de empeño, y á pocas paletadas, para los inteligentes, le tumbó patas arriba; pero el mediquillo garlaba, manoteaba, se reia, le despreciaba, y en fin se llevó la voz del populacho. Concluida la funcion, uno que no habia asistido á ella, preguntó á Curvo, cómo le habia ido con el presidente, á lo que respondió el discreto portugués: *Taon grandísimo burro è, que naon le podem conven- cer. A Dios, padres míos, que es tarde, y el ama estará esperando: dijo, y retiróse á su casa.*

## CAPÍTULO VIII.

PREDICA FRAY GERUNDIO EL PRIMER SERMON EN EL REFECTORIO DE SU CONVENTO: ENCAJA EN EL UNA GRACIOSÍSIMA SALUTACION Y DEJA LOS ESTUDIOS.

ELLO no tuvo remedio: cerróse Fray Gerundio en que habia de ahorcar los hábitos filosóficos, y que no habia de tomar los teologales, á excepcion del de la fé, que ese ya le tenia desde el bantismo; el de la esperanza de salvarse, á lo ménos *per modum hereditatis*, no le podia faltar; y con el de la caridad debemos piadosamente suponerle, porque parecia buen religioso, salvo sus manias y caprichos, que absolutamente podian ser sin mucho perjuicio de su conciencia. Viéndole los prelados de la Religion y los padres graves del convento tan displicente con la filosofía, y tan empeñado en que no habia de estudiar teología, pues para ser predicador conventual, y para predicar como predicaban otros muchos con grande séquito, aplauso y provecho de su peculio, decia, que no la habia menester, y á fé que en eso le sobraba la razon por los tejados. Observando por otra parte, que mostraba bastante despejo, que tenia buena voz, que era de grata presencia, aseado,



límpio, prolijo, tanto, que picaba en pulcro. Pareciéndoles en fin, que llevándole la inclinacion por allí con tanta vehemencia, como le armasen de buenos papeles, que no faltaban en la órden, pues se conservaban los que habian dejado en sus espolios algunos famosos predicadores, podria acaso parecer hombre de provecho, acreditar la Religion y ganar su vida honradamente, resolvieron condescender con sus deseos. Pero ántes les pareció conveniente experimentar, qué era lo que se podia esperar de sus talentos pulpitaes.

2. Es loable costumbre de la órden ejercitar á los colegiales jóvenes; así artistas como teólogos en algunos sermones domésticos, que se predicán privadamente á la comunidad, mientras se come en el refectorio, dándoles tiempo limitado para componerlos: llevando en esto la mira, lo primero, de descubrir los talentos que muestra cada uno; lo segundo, de que se vayan desembarazando y acostumbrando á hablar en público, para cuando llegue el caso de hacerlo en teatros más numerosos; y lo tercero, de que también vayan aprendiendo á ejercitar un ministerio, que debe saber ejercitar todo religioso sacerdote, siga la carrera que quisiere. En otras religiones, donde se practica también esta loable costumbre, los sermones de refectorio son por lo comun sobre las festividades del año, y se suelen predicar en los mismos días en que se celebran, siendo de cargo del lector, con acuerdo del prelado, nombrar al colegial que quiere que predique. Pero como en cada religion hay sus estilos, en la de nuestro Fray Gerundio esta incumbencia es privativa

del predicador mayor de la casa, al cual, avisado por el superior, toca nombrar el colegial predicador y señalarle para el sermón el asunto, misterio ó Santo que quisiere, con todas las circunstancias que á él se le antojaren, con tal que sean de aquellas que suelen concurrir en los sermones, y es gala precisa hacerse cargo en la salutacion de todas ellas.

3. Apénas, pues, volvió el padre Fray Blas, predicador mayor de la casa, de predicar su famoso sermón de San Benito del Otero en Cevico de la Torre, cuando fué á presentarse al prelado, y á tomar según la ley su *benedicite*. Hechas las preguntas acostumbradas (por algunos pocos superiores ménos prudentes, y muy ajenas de los más que verdaderamente son hombres serios y cuerdos) de cómo lo habia pasado, cómo se habian portado los mayordomos, cuánto le habia valido el sermón, qué comida habia habido y si traia algunas misas para el convento; y habiéndole satisfecho á todo Fray Blas, entregándole por conclusion doscientos reales, limosna de cien misas que habia sacado, y por otra parte ochenta para que su Paternidad muy reverenda dijese otras veinte, á razon de cuatro reales: oido y recibido todo con extraña benignidad, por el afabilísimo prelado, que con esta ocasion volvió á confirmar á Fray Blas la licencia general que le tenia dada, para que durante su gobierno admitiese con la bendiccion de Dios cuantos sermones le encomendasen; le dijo por fin, y por postre: Váyase, padre predicador, á desalforjar y á descansar á su celda, y ántes que se me olvide, encargue luego un sermón de refectorio á Fray Gerundio, que tenga algunas circunstancias;

pero le prevengo, que no se le componga el padre predicador, y déjele que le trabaje él enteramente; porque como ese muchacho hipa tanto por el púlpito, queremos saber lo que él puede dar de suyo.

4. En un manuscrito antiguo del convento se halló advertido á la margen, que al oír Fray Blas este encargo del prelado, y trasluciendo por él, que con efecto pensaban en echar por la carrera del púlpito á su queridito Fray Gerundio, que era lo que los dos tantas veces habian tratado en la celda á puertas cerradas, se alborozó tanto, que con aquel primer ímpetu del gozo, ya habia echado mano á la faltriguera para sacar el doblon de á ocho, que le habia valido el sermón y regalárselo al prelado; pero pensándolo mejor en el mismo instante, sacó el pañuelo, limpióse los mocos, ofreció hacer al punto cuanto le habia mandado, y partió aceleradamente.

5. Aún estaba con los hábitos arremangados, cuando sin ir á su celda se entró de golpe y como galopeando en la de Fray Gerundio. Encontróle descuidado, asustóle un poco, arrojóse sobre él, dióle cien abrazos, y solo le dijo: *Vamos, chico, vamos á mi celda que te traigo un obispado*. Siguióle Fray Gerundio, que se recobró presto del susto, y en el camino le preguntó: *oje usted, ¿y cómo satió el vernal paralelo?* Hijo mio de los Cielos: le respondió el predicador. *¿Y aquello de las grandes risadas? Et grandes mirata est Roma cachinos*. Amigo, á pedir de boca, porque á carcajadas se hundía la ermita. Pues yo sé, añadió Fray Gerundio, que lo de *puer nudus, alatus, myrthoque coronatus, qui hami sedebat*, daría gran golpe. ¿Qué llama golpe? Dió tal porrazo,

qué un bachiller por Sigüenza dijo públicamente en la mesa, que él habia oído más de mil sermones de San Benito; pero qué cosa más propia para representar al Santo, cuando se revolcaba en la zarza, no la habia oído. ¿Más de mil? replicó Fray Gerundio. No seas material, respondió el predicador, que eso se entiende dos ceros más ó ménos.

6. Con esta conversacion entraron en la celda de Fray Blas: desalforjóse éste, quitóse las polainas, bajóse la saya, echó las dos manos á la capilla, que aún se mantenía descolgada, cogió vuelo, y arrojándosela primero toda sobre la cabeza, de manera que ya le cubria por la parte anterior hasta muy entrado el pecho, volvió despues con una especie de columpio á ponerla simétricamente sobre la mitad del cerquillo, y en fin la bajó hasta el medio del pescuezo colgando por la parte anterior iguales las dos puntas en los lados. Tomó un peine que estaba sobre la mesa, atusóse el cerquillo y el copete, abrió una alacena, sacó un frasco de vino de la Nava con hizeochos, echaron los dos un traguito, y aún no habia colado bien el último sorbo por el gatzate de Fray Gerundio, cuando éste le preguntó con impaciencia; ¿qué obispado le traía?

7. ¿Qué obispado te he de traer? le respondió Fray Blas todo alborozado, que el prelado me dió á entender que querian sacarte de los estudios, y aplicarte á la carrera del púlpito; ¿puede haber mejor obispado para tí? Si logras esto, ¿no lo pasarás, no digo yo como un obispo, sino como un arcediano? y más con las reglecas que yo te daré á su tiempo. Padre predicador; ¿qué dice? le replicó Fray Gerundio. Lo dicho, dicho, respondió el predicador. Dijo-

me, que luego te encargase un sermón del refectorio, y que no te le compusiese yo, porque como muestras tanta inclinación á sermo sermonis, y tan poca á silogismos y á ergos, querían ver hasta donde llegaba, ó á lo ménos lo que prometía tu cosecha. Y así, amigo mio, apretar los codos que á lo ménos en este sermón yo no te he de decir palabra y te he de dejar que vayas por los senderos de tu corazón. En saliendo de este barranco será otra cosa: mis papeles serán tuyos porque tus lucimientos serán míos.

8. En el mismo manuscrito antiguo, donde se encontró la nota pasada, se halló otra que dice de esta manera: *Atónato estuvo oyendo Fray Gerundio esta noticia, y le embargó tanto el gozo, que estuvo como fuera de sí por espacio de tres ó cuatro credos rezados con pausa.* Luego que se recobró, echó los brazos al cuello del predicador mayor de la casa, y le dijo: pues ahora bien, despachemos cuanto ántes, y señáleme V. luego el sermón que tengo de predicar; pues aunque diga cien disparates en él, á lo ménos ninguno me ha de dar plumada, todo ha de salir de mis cascos, y tanto como el garvillo y el modo de decir, no ha de descontentar, aunque parezca mal que yo lo diga y diciendo y haciendo, se subió sobre una silla ó taburete (que en esto hay variedad de leyendas y no están concordes los autores,) igualó las dos puntas delanteras de la capilla, metió los dos dedos de la mano derecha por entre ella y la nuez de la garganta como para desahogarse; miró hácia todas partes con desden y magestad, sacó después un pañuelo de seda y se sonó con autoridad, metiéndole en la manga izquierda, y de la derecha sacó otro pañuelo blanco, con el

cual hizo como que se limpiaba los ojos: entonó el *Alabado sea, &c.* con voz grave, ahuecada y sonora, persignése magistralmente con la mano muy extendida, y tanto, que al llegar al palo de la Cruz, que se forma desde la punta de la nariz hasta la barba, parecía que hacia la mamola: tomó por tema: *Caro mea verè est cibus, et sanguis meus verè est potus,* con aquello de *ex Evangelica lectione Joannis, capite tertio decimo;* y prorrumpió en esta disparatadísima cláusula que había tomado de memoria, habiéndola oído á otro colegial amigo suyo en un sermón del refectorio, y él la decoró teniéndola por cosa grande. *Al pautar las desigualdades de mi grosero pensar, fui desenebrando las líneas de mi discurso, tirando los primeros barruntos de mi imaginativa hácia el escrutinio del Evangelio Sagrado.* *Caro mea; ¡qué elegante está el Profeta!* Y callando de repente, porque no sabía más, prosiguió predicando un sermón mudo, manoteando y remedando todas las acciones, gestos y posturas que había observado en los predicadores, y á él le habían caído más en gracia; tan enfrascado en esto, que aún el mismo predicador mayor se tendía de risa por aquellos suelos, y aún llegó á temer si se había vuelto loco el pobre Fray Gerundio.

9. Cerca de una hora duró esta silenciosa muestra de sus predicaderas, en el cual espacio de tiempo el buen frailecito se zarandeó tanto aquel cuerpo, con tales movimientos de cuerpo, con tantas posturas, con tan violentas convulsiones, unas veces cruzando los brazos, otras abriéndolos y extendiéndolos en forma de cruz, ya amagando á echarse de bruces sobre el púlpito, ya arrimándose contra la pared, á ratos po-

niéndose de asas, á ratos levantando el dedo hácia arriba á manera de cuadro de San Vicente Ferrer, que al fin quedó tan sudado y rendido como si hubiera predicado de veras, y fué preciso volver á reconvenir al frasco y á refrendar los bizcochos, lo que hizo tambien con especial gusto, por ser esta ceremonia precisa cuando se acaba el sermón.

10. Despues que descansó algo de su fatiga, estuvo un poco sereno; y después tambien que el predicador se recobró de lo mucho que habia reido durante aquella extraña funcion, le dijo éste: es cierto, Fray Gerundio, y no se puede negar, que tienes talento conocido, especialmente algunas acciones salen que ni pintadas, y aunque no hablabas palabra, claramente conocia yo lo que querias decir con ellas. Parece que tienes en las manos los sermones. Y aquí viene de perlas aquello del sabio, *in manu illius nos, et sermones nostri*; porque aunque en realidad allí habla de cosa muy diferente; ¿quién me quita á mí aplicarlo á otra muy distinta, cuando viene el texto tan clavado? Ahora bien, manos á la obra, que yo quiero ya señalarte el asunto á que has de predicar, y las circunstancias de que te has de hacer cargo en el sermón.

11. Ya sabes que en la parroquia de la Santísima Trinidad hay una capilla dedicada á Santa Ana, que pertenece á la cofradía de la Santa, á quién la misma cofradía celebra una fiesta muy solemne. Ya sabes, que este año son mayordomos D. Luis Flores, y don Francisco Romero, regidores de este pueblo, y ya sabes en fin, que estos dos caballeros desterraron á algunas mujeres públicas, que habian venido á ave-

cindarse en él, cuya obra fué sin duda muy grata á los ojos de Dios y muy aplaudida de todos los buenos. Este es el asunto; estas las circunstancias que has de tocar pacíficamente. No tienes más que ocho dias de término, porque no dá más la órden. No hay que perder tiempo, á trabajar y á Dios, amigo.

12. ¿Has visto tal vez un coete, cuando prendiendo la mecha en el cebo de la caña, que sostenian blandamente los dos dedos de la mano derecha, en un abrir y cerrar de ojos parte desde la mano hasta lo más elevado de la esfera, y aquella misma vara, que poco há casi tocaba con su extremidad en el suelo, ya se la vé remontada, hasta dar susto á las mismas estrellas, tanto, que la constelacion de Virgo acude pronto á tapar la cara con las dos manos, temiendo, que la va á sacar un ojo? Pues así ni más ni ménos partió nuestro Fray Gerundio derecha y rápidamente desde la celda del predicador á la librería del convento. Allí cargó con la Biblia Poliglota de Alcalá, con las Concordancias de Zamora, con el *Theatrum vite humanæ* de Beyerliuk, con los Saturnales de Macrobio, con la Mitología de Rabasio Textor, con el Mundo Simbólico de Picinelo, con los Kalendarios Mitológicos de Reusnero, Tamayo, Masculo y Rosino, que eran los libros y los Santos Padres, que veia revolver á su hombre el predicador Fray Blas, cuando tenia que predicar algun sermón. No se puede ponderar lo que él leyó, lo que él ojeó, lo que él revolvió en aquellos ocho dias, ni las innumerables ideas que se ofrecian de tropel á aquella inquieta y turbulenta imaginacion, todas á cual más confusas, á cual más embrolladas, á cual más extra-

vagantes. Nada leía, nada veía, nada oía, que no le pareciese que venía de perlas para su asunto ó por simil ó por comparacion ó por texto. Apuntaba, notaba, quitaba, añadía, borrajaba, hasta que en fin despues de tres borradores, sacó su sermon en limpio. Estudióle, repasóle, representóle y se ensayó mil veces á predicarle en la celda, sobre todos los cachivaches que habia en ella: sobre la silla, sobre el taburete, sobre la mesa, sobre un banco, y hasta sobre la misma cama. Poes dos dias ántes de la funcion, cuando entró el despertador á darle luz, le encontró en camisa predicándole sobre la tarima, y es, que se habia levantado en sueños, sin saber lo que se hacia.

13. Como estas especies se habian esparcido por el convento, era grandisima la expectation en que estaba toda la comunidad por oírle. Amaneció en fin el dia deseado, y se dejó ver nuestro Fray Gerundio, ante todas cosas afeitado, rasurado y lampiño, que era una delicia mirarle á la cara. Estrenó aquel dia un hábito nuevo, que para el efecto habia pedido á su madre, encargando mucho que viniese bien doblado, y sobre todo, que se pasase la plancha por encima de los dobleces, para que se conociesen mejor, porque esto da á la saya no sé qué gracia, y de camino pidió un par de pañuelos de á vara, uno blanco y otro de color, porque ambos eran alhajas muy precisas para la entradilla. Todo se lo envió la buena de la Catania con mil amores, solo con la condicion de que ya que ella no podia oírle, la habia de enviar el sermon, para que se le leyese el señor cura ó su padrino el licenciado Quijano.

14. Llegada la hora, y hecha con la campana la señal para comer, no faltó aquel dia del refectorio ni el más infimo donado de la comunidad, porque en realidad todos querian bien á Fray Gerundio, así por su buen génio, como porque era liberal y dadivoso, y tambien porque á todos los picaba la curiosidad, viéndole con tanta manía de púlpito, la cual entendian era más inocencia que malicia, ni mucho ménos inclinacion á ser haragan. Subió, pues, al púlpito del refectorio con gentil donaire; presentóse en él con tanto desembarazó, que casi comenzó á tenerle envidia el mismo predicador mayor. Echó un par de ojeadas con desden y con afectada magestad hácia todas las partes del refectorio; y preceñiendo aquellos precisos indispensables prolegómenos de tremolar sucesivamente el par de pañuelos, blanco y de color, que habia hecho venir expresamente para el intento, entonó ante todas cosas con voz hueca y gutural, *el sea alabado, bendito y glorificado el Santísimo Sacramento*, concluyendo con lo de *en el primer instante de su purísimo sagrado ser y natural animacion*: cláusula, que siempre le habia dado gran golpe. Santiguóse con pleno magisterio; propuso el tema, sin omitir lo de *ex evangelica lectione, capite cuarto decimo*, relinchó dos voces, y rompió la salutacion de esta manera: advirtiéndole, que no se añade ni se quita una sílaba de como se encontró de su misma letra.

15. «No es de ménos valor el color verde, por no ser amarillo, que el azul por no ser encarnado: *« Dominus, ó altitudo divitiarum sapientie, et scien-*

«*tia Dei*; (1) como ni tampoco faltaron los colores á  
 «ser oráculo de la vista, ni las palabras en la fé de  
 «los oídos, como dijo Cristo: *Fides ex auditu; audi-*  
 «*tus autem per verbum Christi*. (2) Nació Ana, como  
 «asegura mi fé, por haberlo oído decir, de color ro-  
 «jo; porque las cerúleas ondas de su funesto sentir,  
 «la hicieron fuertemente palpar en el útero mater-  
 «no: *Ex utero ante Luciferum genui te*. (3) A este pues  
 «ángel transparente, diáfana inteligencia, y objeto  
 «especulativo de la devoción más acre, consagra  
 «esta extática y fervorosa plebe estos cultos hiperbó-  
 «licos; pues tiene, como allí se vé, hermoso y airo-  
 «so vulto: *Vultum tuum deprecabuntur omnes divites*  
 «*plebis*. (4) Déjome de exordios, y voy al asunto, aun-  
 «que tan principal. Empiece pues el curioso á per-  
 «cebir: *Qui potest capere, capiat*. (5)

16. «Fué Ana, como todos saben, Madre de  
 «nuestra Señora, y afirman graves autores, que la  
 «tuvo veinte meses en su vientre: *Hic mensis sextus*  
 «*est illi*; y añaden otros que lloró: *Plorans ploravit*

(1) Obsérvese la disparatada aplicación de textos. *Domini-*  
*us, ó altitudo* etc., son palabras de la Epístola de San Pa-  
 blo á los Romanos, cap. XI v. 33. *Ó profundidad de las ri-*  
*quezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios!*

(2) *La fé es por el oído, y el oído por la palabra de Cristo.*  
 A los Romanos, X. 17.

(3) *Del vientre, ántes del lucero te engendré.* Salmo CIX v. 3.

(4) *Con presentes te ofrecerán humildeos ruegos, todos los*  
*ricos del pueblo.* Salmo XI. IV, 13.

(5) *El que pueda ser capaz, séalo.* San Mateo, XIX, 12.  
 Evitamos el dar la traducción de todas las demás citas por  
 no fatigar la atención del lector. Por los anteriores puede  
 comprenderse la ciencia de aplicación de textos de Fr. Ge-  
 rundio.

«*in noctem*: de donde infero, que fué María Zahori:  
 «*Et gratia ejus in me vacua non fuit*. Atienda pues  
 «el retórico al argumento: Santa Ana fué Madre de  
 «María: María fué Madre de Cristo: luego Santa Ana  
 «es abuela de la Santísima Trinidad: *Et Trinitatem*  
 «*in unitatem veneremur*: por eso se celebra en esta  
 «su casa: *Hæc requies mea in seculum seculi*.

17. «Y qué te dán, Ana, en retribucion por tus  
 «compendios; *quid retribuam Domino*; qué parale-  
 «los podrán expresar mis voces al decir tus alaban-  
 «zas; *Laudo vos? in hoc non laudo*. Eres aquella  
 «misteriosa red, en cuyas opacas mallas quedan  
 «presos los incautos peccecillos: *Sagenæ misæ in ma-*  
 «*ri*. Eres aquella piedra del desierto, que en los da-  
 «mascenos campos erigió el amante de Raquel, para  
 «dar á su ganado agua: *Mulier, da mihi aquam*.  
 «Pero ménos mal lo diré, siguiendo el tema del  
 «Evangelio: Es Santa Ana aquella preciosa Margarita,  
 «que secundada á insultos del horizonte, deja ciego  
 «á quien la busca: *Quærentibus bonas margaritas:*  
 «es aquel tesoro, ya escondido: *Thesaurus abscondi-*  
 «*tus*, ya oculto, *nihil occultum*, que reservó el alma  
 «santa para los últimos fines de la tierra: *De ulti-*  
 «*mis finibus prætium ejus*: Es aquel Dios escondido,  
 «como decía Filon: *Tuus Deus absconditus*: Es el  
 «mayor de los milagros, como decía Tomás: *Mira-*  
 «*culorum ab ipso factorum maximum*.

18. «Varias circunstancias ennoblecen la fiesta;  
 «unas son agravantes: *tolle gravatum tuum*; otras,  
 «que mudan de especie: *specie tua, et pulchritudine*  
 «*tua*. Y es, que los señores Flores y Romero, nobles  
 «atlantes de este pueblo, llaman, ó á noche hicieron

«llamar con aquellos truenos, hijos relámpagos del  
«huracan más ardiente, que subian y bajaban á mo-  
«do de aquellos rapidísimos espíritus de la escala de  
«Jacob: *Angelos quoque ascendentes et descendentes.*  
«Y es la razon natural, porque todo lo que baja su-  
«be, y todo lo que sube baja: *Zachee festinans des-  
«cende.*

19. «Cese la energía de los labios, y contem-  
«plén mis ojos, como áncoras festivas, un texto muy  
«literal que me ofrecen los cantares. Dice así: *Vox*  
«*turturis audita est; flores apparuerunt in terra nos-  
«tra, tempus putationis advenit.* Cantó la tórtola  
«bella en nuestra macilenta tierra; vinieron á cele-  
«brarla las flores, y estas mismas flores desterraron  
«las rameras: *tempus putationis advenit.* Es tan li-  
«teral el texto, que no necesita de aplicacion. Pero  
«diré con brevedad para el erudito: está representa-  
«da en la tórtola Santa Ana: porque si esta triste y  
«turbulenta avecilla, es trono geroglífico de la cas-  
«tidad, Ana fué casta, pues no tuvo más que una  
«hija: *Filia mea malè à Demonio veratur.* Lo de  
«*tempus putationis* viene tan al pié de la letra, pues  
«los inclitos caballeros mayordomos desterraron  
«aquellas samaritanas que alborotaban el barrio.

20. «Ahora me acuerdo de otro texto, que aun  
«más bien que el pasado comprende todas las cir-  
«cunstancias del asunto: de aquella grande mujer  
«Ana, enemiga de Fenena, como se dice en el libro  
«de las Personas Reales, la cual, á impulso de sus  
«deprecaçiones, ayudándola Heli, tuvo un hijo lla-  
«mado Samuel. Atienda pues el retórico al argu-  
«mento. *Heli*, en anagrama, suena lo mismo que

«Joaquin: *Sonet vox tua in auribus meis.* Samuel  
«fué profeta: María fué profetisa; con que en el sen-  
«tido místico, lo mismo es Samuel que María. Tengo  
«probado difusamente el asunto, y solo falta aplicar-  
«le á los Romeros; pero supuesto que el Romero  
«tiene flor, dicho se estaba ello: *Flores apparuerunt*  
«*in terra nostra.*

21. «Mas todavía quiero apropiar con más pro-  
«piedad las circunstancias al asunto. Publicando  
«están las historias, que la Virgen Santísima tendía  
«los pañales de su recién nacido hijo Dios sobre los  
«romeros; y esto ¿quién se lo enseñó? su Madre  
«Santa Ana; pues todo cuanto supo, ella se lo ense-  
«ñó, *ipse vos docebit omnia.* Con que Santa Ana ten-  
«día los pañales sobre los romeros. Con que los ro-  
«meros servían á Santa Ana. Pues eso es lo que  
«hacen el día de hoy: con que tenemos lo que hemos  
«menester.

22. «Ea, pues, pidamos la gracia; pero ¿quién la  
«pedirá? ¿Isaías? Ea, que no; ¿Gregorio? Ea, que sí.  
«La Hija ayudará en la labor á su Madre: *Filia re-  
«gum in honore suo.* Ea pues, digámosla aquella  
«acróstica oracion, que ella en sus niñeces enseñó  
«á su Hija María; porque, como buena madre, al  
«punto la enseñó á rezar el... AVE MARIA.»

23. Esta fué, sin quitar ni poner la famosísima  
salutacion, que el incomparable Fray Gerundio de  
Campazas encajó en el refectorio de su convento, por  
estrena y muestra de paño de sus predicaderas, en  
presencia de toda aquella venerable comunidad, in-  
cluso el reverendísimo padre maestro provincial, que  
por una feliz casualidad habia llegado la noche antes

á visitar el convento. Esta es aquella salutacion, que debiera perpetuarse en los moldes, eternizarse en las prensas, immortalizarse en los mármoles, buriles y cincelos, por pieza original, pieza única, pieza rara, pieza inimitable en su especie. Y Dios se lo perdone al reverendísimo padre provincial, que por su génio grave, sério, maduro y demasidamente circunspecto despues de haber echado un jarro de agua á la sienta, privó del cuerpo del sermón á la república de las letras, la cual ha hecho en esto una pérdida, que jamás la podrá llorar bastante; porque ¿quién duda, sino que sería un modelo de despropósitos, de locuras, de necedades, de herejías, de cosas inconexas y disparatadas, el más gracioso y el más divertido que ha salido hasta ahora del fondo ó del sudor de las agallas? Pues aunque en realidad andan por ahí impresos innumerables, infinitos sermones, especialmente de estos que llaman *circunstanciados*, los cuales, á lo ménos en la salutacion, que es lo que hemos visto del de Fray Gerundio, no la pierden pinta, pero es de creer, que en el alma y en el chiste no llegarían al zancajo del de nuestro recién nacido predicador.

24. Fue pues el caso, que como durante la salutacion hubo tanta bulla, tanta risa, tanta zambra en el refectorio, que á cada paso resonaban las carcajadas á mandíbulas batidas, hasta llegar un padre presentado á vomitar la comida de pura risa, el lector del caso á atragantarse con un bocado de queso; y hasta el lego que andaba con la cajeta, siendo así que no entendia mucho de sermones ni de latines, cogiéndole uno de los despropósitos con el Jesús en

el pico, volvió á arrojar en él por boca y por narices, como cosa de media azumbre, que ya se habia embanastado, con tal ímpetu, que aspergeó y roció medianamente á los dos colaterales. Digo pues, que como por todos estos incidentes fuese menester que Fray Gerundio se parase á cada paso, haciendo mil pausas para dar lugar á la mosquetería, y ya estuviere para acabarse la mesa; pero principalmente porque el padre provincial hizo escrúpulo de dejarle proseguir en tanta sarta de disparates, y más que ya le pareció aquella demasiada bulla para un acto de comunidad tan sério; por todos estos motivos, le mandó que lo dejase y que se bajase del púlpito; lo que fué para el pobre Fray Gerundio un ejercicio de obediencia, lleno de amarguísima mortificacion; sucediendo despues lo que verá el curioso lector en el capítulo siguiente.



## CAPÍTULO IX.

DE LOS VARIOS PARECERES QUE HUBO EN LA COMUNIDAD,  
ACERCA DE LA SALUTACION Y TALENTOS DE NUESTRO FRAY GERUNDIO,  
Y DE COMO PREVALECIÓ EN FIN EL QUE ERA  
MENESTER HACERLE PREDICADOR.

La primera diligencia que hizo el padre provincial, luego que salió del refectorio, fué pedir á Fray Gerundio el papel; y mientras éste comia á segunda mesa, se leyó todo el sermón en la celda de su Reverendísima, adonde concurren á cortejarle todos los padres graves del convento, sirviendo esto de rato de conversacion. Y aunque allí se repitieron con más libertad las carcajadas, porque aseguraron los que fueron testigos de oídas, que el cuerpo del sermón no le iba en zaga á la salutacion, no hubo forma de quererle soltar jamás el provincial, por más instancias que le hicieron aquellos reverendos padres; excusándose con que hacia escrúpulo de exponerle á que se hiciese más ridiculo, y solo á duras penas alargó la salutacion, permitiendo que se sacasen algunas copias, por cuanto esta ya la habia oído toda la mosquetería y populacho del convento.

2. Despues vuelto á los padres que le cortejaban, dijo con seriedad: es cierto, que me lastima este mozo, el talento exterior no solo es bueno,

sino sobresaliente; pero los disparates que ensarta, no se pueden tolerar, y todos nacen, lo primero de la falta de estudio, y lo segundo de los cenagales donde bebe, ó de los malditos modelos que se propone para imitarlos, los cuales no pueden ser peores por el modo y por la substancia. Maliciaron algunos, que esto último lo decia el provincial por el predicador mayor de la casa, pues no ignoraba la amistad particular que se profesaban los dos, ni las pésimas instrucciones que le daba, y aún el mismo predicador debió de sospechar algo, porque es fama que se puso colorado. Pero sea lo que fuere, prosiguió el provincial, yo quiero ver en presencia de vuestras Paternidades, si con maña y con suavidad puedo hacer que este muchacho conozca su hobería, estudie, se aplique y lea á lo ménos buenos libros de sermones, para que tome el verdadero gusto de predicar, y la orden se aproveche de sus especiosos talentos. Mandó, pues, al lego su sócio (que habia ido á servir á aquellos padres un traguito de vino rancio, y unos bizcochos de canela, por modo de postre), que bajase al refectorio, y dijese á Fray Gerundio, que en acabando de comer subiese á la celda del provincial.

3. Subió al punto apresurado, sobresaltado y azorado; pero luego se serenó, viendo que el provincial le decia con mucho agrado: venga acá, hijo, y déme un abrazo, que lo ha hecho ni más ni ménos como yo esperaba; y sino le permití que acabase su sermón, no fué porque no le oyésemos todos con gran gusto, pues ya vió quanto se celebró, sino porque estaba ya acabando de comer la

comunidad. No es creíble cuanto se solazó, y cuanto se alentó Fray Gerundio al oír hablar á su provincial en un tono, que ciertamente no esperaba; pero llevando éste adelante su prudente artificio, le preguntó: Ea, dígame la verdad; ¿quién le compuso la salutación? Padre nuestro (le respondió con una intrepidez y una sinceridad columbina), lléveme el diablo, si no la saqué yo toda de mi cabeza. Pues aquellos textos tan literales, y tan apropiados (le replicó el provincial); ¿cómo los podía saber si nunca ha leído la Biblia? Padre nuestro (respondió Fray Gerundio), eso con una leccioncita, que me dió en cierta ocasión el padre predicador mayor, es para mí la cosa más fácil del mundo. ¿Pues qué leccioncita fué esa? Díjome, que cuando quisiere aplicar algún texto á cualquiera palabra castellana, no tenía más que buscar en las concordancias la palabra latina, que la correspondiese, y que allí encontraría para cada voz textos á porrillo, con que podía escoger el primero que me diese la gana. Así lo hice, y en verdad que los textos, si no me engaño mucho, me salieron á pedir de boca. Por eso, cuando dije que Santa Ana palpitaba en el útero materno, luego encajé: *Ex utero ante Luciferum genui te*. Mire V. Paternidad muy reverenda el *utero* clarito como el agua. Cuando dije, que tenía hermoso y airoso vulto, al instante espeté lo de *vultum tuum deprecabuntur*, que ni de molde podía venir mejor. En hablando de hija, allí está en las concordancias, *filia mea malè à Dæmone vexatur*; y si hubiera querido traer otros cien textos de *filia*, también pude. Para las circunstancias agravantes; mire V. Pater-

nidad si el *tolle gravatum tuum* podía venir más al caso: y para aquello de las rameras, el *tempus putationis advenit*, me parece que vino como nacido.

4. ¿Con qué esa leccioncita le dió el padre predicador mayor? le replicó el provincial, con un poco de retintin. Sí, padre nuestro, respondió el inocente Fray Gerundio; y con ella no temo predicar el sermón más dificultoso, y de circunstancias más enrevesadas que puede haber; pues como yo encuentre en las concordancias la voz correspondiente, bien pueden llover circunstancias sobre mí, que también lloverán textos literales sobre el auditorio. ¿Pero no vé, hijo, le replicó el provincial, que esa regla no es buena, porque puede el predicador querer probar una cosa, y el texto, donde se halla la palabra, que va á buscar, hablar de otra que no tenga conexión ni parentesco con lo que él intenta? Pongo por ejemplo; ¿qué tiene que ver, que Santa Ana palpitase ó no palpitase en el vientre de su madre (dejo á un lado el disparate), con la generación eterna del Verbo en la mente Divina, de la cual, en la sentencia más común habla el texto: *Ex utero ante Luciferum genui te*? Ello, padre nuestro, respondió Fray Gerundio, allí hay cosa de *utero*; y sino viniere el texto al *palpitar*, vendrá al *utero*, y eso le basta al predicador.

5. Pero dígame; ¿y á qué vino el *vultum tuum deprecabuntur*? ¿A qué había de venir? A lo de *hermoso y airoso vulto*. ¡Pecador de mí! exclamó el provincial, ¿pues no sabe, que *vultus, vultus, vultus*, significa el semblante? Sí, padre nuestro, ya lo sé; pero significa el semblante de vulto; porque sino di-

ria, *faciem tuam, os tuum*. Con dificultad pudo el provincial. ¿A qué lo habia de traer? Respondió Fray Gerundio; pues no se acuerda V. Paternidad, que lo traje á lo de circunstancias agravantes; ¿hay cosa más parecida, que *agravantes y gravatum*? Yo á la verdad no sé lo que significa *gravatum*; pero á mí me suena á cosa de agravante, y lo mismo sonará á cualquiera auditorio, que tenga buen oído; y como al auditorio le suene, no es menester más para que venga bien.

6. No obstante la natural seriedad y circunspeccion del padre provincial, le retozaba tanto la risa, al oír tan continuados y tan tremendos desatinos, que apenas podia reprimirla; pero al fin, conteniéndola lo mejor que pudo, y empeñado ya en tocar, aunque de paso, los muchos disparates de otra especie qua habia dicho en la salutacion, le preguntó: ¿y qué graves autores son, los que enseñan, que Santa Ana tuvo á nuestra Señora veinte meses en su vientre? Padre nuestro, respondió Fray Gerundio, yo no lo sé; porque en ninguno lo he leído: pero como oigo á cada paso decir á los predicadores más famosos, *afirman graves autores, dicen graves autores, enseñan graves autores, sienten graves autores*, yo creí que esa era una de las muchas fórmulas que se usan en los sermones; como cuando se dice: *aquí conmigo, ahora á mi intento, vaya para el teólogo, note el discreto*, de las cuales fórmulas cada cual puede usar libremente, cuando le diere la gana; y que aunque ningun autor haya soñado en decir lo que dice el predicador, éste puede citar á vulto autores, padres, concilios y teólogos siempre que le

viniere á cuento, como tambien versiones, exposiciones y leyendas; porque lo demás, padre nuestro; ¿á dónde ibamos á parar, ni quién habia de ser predicador si todas las noticias, erudiciones y textos que se traen en los sermones, se habian de encontrar en los libros?

7. ¿Pues no vé, hijo mio, replicó el provincial, que eso es mentir; y que la mentira, sobre ser vergonzosa é indigna de un hombre de bien en cualquiera parte, en el púlpito, que es la cátedra de la verdad, es una especie de sacrilegio? Buenos escrúpulos gasta V. Paternidad, respondió Fray Gerundio; yo no he oído tantos sermones como V. Paternidad, porque hasta ahora he vivido poco; pero puedo asegurar, que en ninguna parte he oído tantas mentiras como en los púlpitos. Allí se dan á las piedras las virtudes que no tienen; se fingen flores, árboles, frutas, aves, peces, animales y plantas, que no se encuentran en toda la naturaleza. Allí se hace decir á los padres y á los expositores lo que no les pasó por la imaginación y á mi parecer hacen muy bien los que lo hacen; porque si los padres y los expositores no dijeron aquello, pudieron decirlo, y nadie los quitó que lo dijese. Allí no pocas veces se fingen textos aún de la misma Sagrada Escritura, que no se hallan en ella; y esto á mi ver no tiene inconveniente; porque así como el Espíritu Santo inspiró á los profetas y á los evangelistas las cosas que dijeron, así puede inspirar á los predicadores las que ellos dicen. A lo ménos, cierto predicador de mucha fama así me lo dijo á mí; y aunque es verdad, que esta doctrina no asentó muy bien á mi razon,

pero al fin bien conocí, que era de mucha conveniencia. Finalmente, allí se fingen ó se cuentan sucesos y ejemplos trágicos y horrorosos, que nunca sucedieron, adornándolos y vistiéndolos con tan extrañas circunstancias, que claramente se conoce, que son novelas; y con todo eso vemos, que hacen mucho fruto, porque la gente gime, llora, suspira y se compunge; mire ahora V. Paternidad si se miente en los pulpitos.

8. No le puedo negar, que por nuestros pecados hay mucho de eso, replicó el provincial; pero siempre es un atrevimiento, y aún una desvergüenza intolerable, y á cualquiera predicador, á quien le cogieran en alguna de esas imposturas, se le debiera castigar severamente, y quitarle para siempre la licencia de predicar; ¡ah, padre nuestro! respondió Fray Gerundio, si se hiciera eso, ¿quién habia de predicar los sermones de cofradía? ¿y cuántos hombres honrados quedarían por puertas ó necesitarían aprender otro oficio?

9. Pero dígame, hijo, ya que por esos disparatados motivos levantó á esos graves autores el falso testimonio, de que afirmaban que Santa Ana habia tenido á la Virgen veinte meses en su vientre; ¿á qué propósito, ó á qué despropósito trajo para probarlo el texto de *hic mensis sextus est illi*? ¿Seis meses son por ventura veinte? Lo primero, padre nuestro, que yo no traje el texto para lo de *veinte*, sino para lo de *meses*; y para eso el *hic mensis* venia que ni de molde. Lo segundo, que aunque le hubiera traído para lo de *veinte*, tampoco podía venir más al caso; porque la cuenta es clara: donde hay seis,

hay cinco, seis y cinco son once: donde hay once, hay nueve, y nueve y once son veinte: con que vele ahí los veinte clavados, por las equipolencias, que no estoy tan en ayunas de sumulas, como algunos piensan.

10. Reventaba de risa el provincial, no obstante su génio adusto y algo cetrino, al oír unos disparates, por una parte tan garrafales, y por otra tan inocentes: y prosiguiendo ya por entretenimiento, lo que habia comenzado por vía de amorosa correccion, le preguntó: ¿y qué graves autores dicen, que Santa Ana fué Abuela de la Santísima Trinidad? ¿no vé, qde esa es una herejía formalísima, porque la Santísima Trinidad es increada, es improducible, es eterna, y consiguientemente no puede tener Madre, ni Abuela? Por aquí conocerá ahora, cuánto le conviene estudiar teología aún para ser predicador; porque si la estudia, no dirá herejías como ésta. Como yo no diga otras herejías (respondió Fray Gerundio), no me llevarán á la Inquisicion. También yo lo creo (replicó sonriéndose el provincial), porque á la Inquisicion no llevan á los tontos; ¿pero dejará de conocer, que esa es herejía? ¡Buena herejía de mis pecados! dijo Fray Gerundio. Pues dígame V. Paternidad, padre nuestro; ¿Santa Ana no fué Madre de nuestra Señora? Sí; porque así lo dice el texto: *Dixit discipulo: ecce mater tua*. ¿Nuestra Señora no fué Madre de Cristo? También; porque así lo afirma San Juan: *Dixit matri suæ: ecce filius tuus*. Luego Santa Ana fué Abuela de la Santísima Trinidad. Si no estuviera más en ayunas de sumulas de lo que piensa (replicó el provincial), no habia de

sacar esa consecuencia, sino esta: *Luego Santa Ana fué Abuela de Cristo.* ¿Pues qué más me dá una que otra, padre nuestro? preguntó Fray Gerundio. ¿Pues qué, le dijo el provincial, Cristo es la Santísima Trinidad? Así lo fuera yo, respondió Fray Gerundio: *El Trinitatem in unitate veneremur.* ¿Con qué me negará V. Paternidad muy reverenda, que Cristo es la Santísima Trinidad? ¿Y cómo que lo negaré? respondió el provincial: es la segunda Persona de la Trinidad, pero no es la Trinidad, así como Fray Gerundio es persona del convento, pero no es el convento. Y sino argüiria bien, el que dijese: *Cecilia Rebollo fué madre de Catanla Cebollon, Catanla Cebollon fué madre de Fray Gerundio de Zotes, persona del convento de Colmenar de abajo: luego Cecilia Rebollo fué abuela del convento de Colmenar de abajo:* tampoco arguyó bien el hermano Fray Gerundio; y cierto hubiera sido mejor, que el *retórico no hubiese atendido al argumento.* Padre nuestro, le respondió Fray Gerundio, *todas esas son galanterías de la escuela,* como dice el Barbadiño.

11. ¿Y son galanterías de la escuela, replicó el provincial, decir, que Santa Ana, como buena madre, enseñó á la Virgen á rezar el *Ave María*? ¿Pues qué, dijo Fray Gerundio, querrá V. Paternidad negar también una verdad tan clara y tan patente? Una Madre tan Santa y tan cuidadosa de la buena crianza de su hija, como fué la señora Santa Ana, dejaría de enseñarla la doctrina cristiana ni más ni menos como está en el catecismo de Astete, comenzando por el *todo fiel cristiano*, hasta acabar; y más, que hay quien diga que también la enseñó aún él mismo

ayudar á misa, y que la Santa Niña á los siete años de su edad ayudaba á todas las misas que se decían en la iglesia de su lugar con mucha devoción y con mucha gracia; porque ya sabe V. Paternidad, que en tiempos antiguos, como lo leí en no sé qué libro, las mujeres ayudaban á misa. Déjelo, Fray Gerundio, déjelo, que no hay paciencia para oírle ensartar tantos y tan furiosos disparates, repuso el provincial; es posible, que sea tan pobre hombre, que no advierta que el *Ave María* es una oración, que se reza á la misma Virgen; y que si Santa Ana se la hubiera enseñado, la enseñaría á que se rezase á sí misma; no ha leído siquiera en el catecismo aquella pregunta: *¿Quién dijo el Ave María? El Arcángel San Gabriel, cuando vino á saludar á la Virgen;* ¿y qué esta fué la primera *Ave María*, que se rezó en el mundo, cuando ya no estaba en él la gloriosa Santa, que había muerto tres años ántes que esto sucediese?

12. No quiero ya hacerle más preguntas sobre la substancia de la salutación, porque sería nunca acabar; pero no puedo menos de hacerle algunas acerca del estilo, porque algunas cláusulas me dieron mucho golpe. v. gr.; ¿qué quiso decir en esta prodigiosa cláusula: *A este pues Angel transparente, di sana inteligencia, y objeto especulativo de la devoción más acre, consagra esta extática y fervorosa plebe estos cultos hiperbólicos?* Padre nuestro, respondió Fray Gerundio, lléveme el diablo, si yo sé lo que quise decir; solo sé, que la cláusula es retumbante, y que en sonando bien á los oídos no hay que pedirla más. Y sino, dígame V. Paternidad, quién hasta ahora ha puesto tachas á estas cláusulas, que andan impresas

en un solo sermón de San Andrés, y en verdad, que no son más claras que la mía :

13. *Y porque el lleno de tan celestes luces no ofusque atingencias visuales, atemperaré la discrecion atenta, con las lustrosas circunstancias del asunto.... Al destellar los crepúsculos matutinos, iluminaban el templo de flamantes resplandores, siendo el brillante candor, feliz panegírico de su sacra solemnidad.... Nitidos ráfagos de flamulosas antorchas, brillantes destellos de solares luces, animaban afectos obsequiosos, excitando admiraciones festivas: Candidus insuetum miratur lumen Olympi. (Y note V. Paternidad de paso el modo de traer los textos ni más ni menos como yo los traigo.) Y más abajo.... En el hermoso cielo de esta magnífica capilla, brillan soles en número distintos, Cristo y nuestro glorioso Santo: Fulserunt quondam candidi tibi soles; pero los identifica afectivamente la fineza; porque Cristo vitaliza con los igneos destellos de su amor al amante corazón de San Andrés: Lampades ignis: in me manet, et ego in illo. (¡Cosa divina! y luego me condenará V. Paternidad el Trinitatem in unitate veneremur). Con esta constelacion hermosa, ya no hay que temer fascinaciones de la esfera; porque las luces que podían recomendar propios resplandores, gloria stellarum (¡ay qué gloria! como quien dice, vultum tuum deprecabuntur), emplean hoy sus brillos en obsequiar de San Andrés glorias: Et opera manuum ejus annunciat firmamentum. (Mire V. Paternidad si yo mismo pudiera traer texto más al caso.)*

14. Padre nuestro, por ahora no quiero cansar más la atención de V. Paternidad con alegarle más

cláusulas, no solo de este sermón, sino de otros treinta y uno, que están impresos con él, y se contienen en un gran libro de á fólio, los cuales todos toditos están en este mismísimo estilo, que es un pasmo, es una admiracion, es una borrachera. Ahora lo dijo todo, replicó el provincial, sin saber lo que se dijo; porque no puede haber epíteto, que cuadre ni explique mejor lo que es ese género de estilo, pues solo un hombre embriagado con el vino de la ignorancia, de la insensatez y de la presuncion, puede gastarle; y digo que tiene muchísima razon, que ese estilo y el de su salutacion, esas cláusulas y las suyas, son tan parecidas como una castaña á otra castaña; pero ¿es posible, que me diga que hay un libro de sermones impresos en ese estilo? No lo creo; porque ¿quién lo habia de permitir? ¿Qué tribunal habia de dar licencia para eso? ¿Cómo habia de tolerar, que una obra como esa nos expusiese á la risa, á la burla y aún al desprecio de los extranjeros, que no nos quieren bien? ¿Y al autor, que seriamente pretendiese imprimir semejantes locuras; ¿cómo podían menos declararle por falto de juicio, y de llevarle por caridad á la casa de la Misericordia de Zaragoza, ó á la de los Orates de Valladolid?

15. ¿Con qué V. Paternidad no quiere creer, que ande impreso tal libro, y con todas las licencias necesarias, y con aprobaciones rumbosas y de muy elevado coturno? Digo que no lo quiero creer, respondió el provincial, y que aunque lo vea, pensaré que lo sueño. Pues espere un poco V. Paternidad, que yo haré que lo vea y que lo palpe: y diciendo, y haciendo, sale Fray Gerundio precipitadamente

de la celda del provincial, vase corriendo á la suya, vuelve volando, trae un libro de á folio muy manoseado y ajado, porque no le dejaba de la mano el bueno del Frailecito, y casi le sabia todo de memoria; preséntasele al provincial, y le dice: ¿Está impreso este libro? Si, impreso está, respondió su reverendísima. Pues lea V. Paternidad, continuó Fray Gerundio, el primer sermón de San Andrés: hizolo, y leyó á la letra las cláusulas arriba citadas ni más ni ménos como las habia recitado Fray Gerundio. Quedóse pasmado; y viendo Fray Gerundio que triunfaba, añadió: pues ahora ábrale V. Paternidad por cualquiera parte, y verá si se desmiente el autor, y sino es todo semejantísimo á sí mismo.

16. Abrióle por el sermón, que se seguía de la Concepcion, y tropezó luego con esta cláusula. *Vea- mos pues en aquellas occidentales fabulosas sombras, dibujadas estas orientales Marianas luces, que no es improprio á las soberanas luces el brillar entre las sombras: lux in tenebris lucet; pues consta, que entre la primordial tenebrosidad brilló la Concepcion de la luz: tenebrae erant super faciem abissi: .et facta est lux.* Y más abajo: *Rosas, que siendo timbre de su original pureza, carecen de las espinas de la troncal mácula: ex spinis sine spina, que puso el simbólico: porque á estas espinas preocuparon giros de radiantes estrellas: in capite ejus corona stellarum.* Y para acabar la salutación: *Para ponderar la gloria, que resulta á nuestra Soberana Reina de su original gracia, pidamos la gracia que la comunica su gloria.* Aquí se paró un poco el juicioso provincial, y dijo: este predicador sabia tanta teología como Fr. Gerundio, pues

por aprovechar un insulso retruuecanillo, encajó un error teológico. La gloria á ningun bienaventurado comunica gracia, ni le añade un solo gradito más á la que tenia, cuando entró en ella. Pero vamos adelante.

17. Abrióle en el sermón siguiente de la Expectacion, y luego incontinenti se halló al principio con esta primera cláusula: *Tan complicado génio anima en la comun expectacion la esperanza, que su posesion y carencia son inexorables parcas de la vida.* ¡Qué diantres quiere decir aquí! exclamó el provincial. No sé, padre nuestro, respondió Fray Gerundio; pero ahí está el primor de ese inimitable estilo, hablar al parecer en castellano, y no haber ningun castellano que lo entienda. Pero tenga, añadió el provincial, que ya por el latín, que se sigue, saco lo que quiso decir: *Nec tecum possum vivere, nec sine te.* Sin duda quiso decir, que con esperanza no se puede vivir, y sin esperanza tampoco; que la esperanza mata, y la falta de esperanza tambien. Vaya, que eso es, reverendo padre, dijo Fray Gerundio, por eso dice *posesion y carencia*, esto es, esperanza y falta de ella, y por eso tambien concluye, que ambas *son inexorables parcas de la vida*, esto es, que la quitan. Por el hábito de mi Padre Santo Toribio, que esto es hablar culto y elevado, y que yo me muero por esto. Sin hacer caso el provincial de la sanchez de Fray Gerundio, prosiguió leyendo: *Complica la esmeralda púrpura fluyente con esplendor virgáte... El Evangelio y el asunto enuncian natural incoherencia; porque si el Evangelio anuncia á Cristo en Maria concebido, el misterio asunta á Cristo de Maria suspiradamente deseado.* (Ya escampa y llovia necedades...)

*Aureo, triticeo cumulo descende á la aurora Mariana el Verbo Eterno. Ego sum panis vivus qui de Cælo descendit: dice el mismo: Frumentum electorum, Predijo Zacarias. Amaltea Sacra nuestra Emperatriz excelsa, á riesgos de perlas, á fomentos de suspiros, anima su corazón sacra cornucopia de celestiales flores: Acervus tritici vallatus floribus; ¡Jesús, Jesús! (exclamó el Provincial); y esto se predicó; y se predicó esto á un Ilustrísimo Cabildo; y no echaron al predicador el perrero, en vez de echarle el órgano; y esto se imprimió con todas las licencias necesarias! Vaya, hijo Fray Gerundio, que ahora le disculpo.*

18. Respecto de las cláusulas que he leído, son tortas y pan pintado aquellas cláusulas de su salutación, que tanto choz nos hicieron á todos; *¿Y qué te dan, Ana, en retribucion por tus compendios? ¿Qué paralelos podrán expresar mis voces al decir tus alabanzas?... Es Santa Ana aquella preciosa margarita, que fecundada á insultos del horizonte, deja ciego á quien la busca... Cese la energia de los labios, y contemplan mis ojos como áncoras festivas un texto muy literal, que me ofrecen los Cantares. Porque si esta triste y turbulenta avecilla, es trono geroglífico de la castidad, etc. Ea pues, digámosla aquella acróstica oracion, que en sus muñecos enseñó á su hija María. Digo, que estas cláusulas no merecen descalzar el pié á las otras, y que teniendo Fray Gerundio estos modelos, no extraño que hubiese ensartado tan furiosos disparates. Ya no tengo paciencia para leer más, porque está bien vista la muestra del paño; y desde luego aseguro, que el autor de estos sermones es sin duda algun mozalvetillo barbiponiente y atolondrado,*

de estos que aún están con el vade en la cinta, que habiendo leído cuatro libros de estilo culti-latino rumbático, y teniendo media docena de poetas, de mitológicos y de emblemistas, sin saber siquiera qué cosa es estilo ni ser capaz de saberlo, se ha formado una idea de locucion estrafalaria y pedantesca, y encaja *ab hoc, et ab illo* todo cuanto se le pone delante.

19. Poco á poco, padre nuestro, replicó Fray Gerundio, que V. Paternidad padece en eso una enorme equivocacion. El autor no es lo que V. Paternidad piensa, no es por ahí un autorcillo como quiera, es mucho hombre, es hombron, y ha hecho tanto ruido en España, que pocos han hecho más ni aún tanto. Vea V. Paternidad la primera llana del libro, lea el título de la obra y los dictados del autor, y despues me dirá V. Paternidad si es rana. Aunque ya habia cerrado el libro el provincial, y aún habia hecho ademán de arrojarle con indignacion por una ventana, oyendo esto á Fray Gerundio, le picó la curiosidad, abrió el frontis de la obra, leyó el título, y halló que decía así ni más ni ménos: *Florilógio Sacro, que en el celestial, ameno, frondoso Parnaso de la Iglesia, riega (místicas flores) la Aganipe sagrada fuente de gracia y gloria Cristo. Con cuya afluencia divina, incrementada la excelsa Palma Mariana (triumfante á privilegios de gracia) se corona de victoriosa gloria. Dividido en discursos panegíricos, anagógicos, tropológicos y alegóricos, fundamentados en la Sagrada Escritura, roborados con la autoridad de Santos Padres y Exegeticos, particularísimos discursos de los principales expositores, y exornados con copiosa crudicion sacra y profana, en ideas, proble-*



mas, hieroglíficos, filosóficas sentencias, selectísimas humanidades. Su autor el R. P. Fr. etc.

20. Por un gran rato quedó atónito el bueno del provincial, no sabiendo lo que le pasaba, y pareciéndole que con efecto era sueño lo que le sucedía. Pero al fin, volviendo en sí, estregándose los ojos, y palpando el libro, conoció que no soñaba. Quiso ver quien había tenido valor para aprobar aquel inmenso conjunto de desatinos, y para votar que se diesen á luz unos sermones, que no solo no debieran imprimirse, aunque no fuese más que por el honor de la nación, pero ni debieran los superiores á quienes tocaba haber permitido que se predicasen; pues no metiéndonos por ahora en más honduras, y sin detenernos á examinar una infinidad de proposiciones osadas, disonantes y aún erróneas respectivamente, solo la broza, el farrago, el hacinamiento pueril de citas, textos, autoridades y lugares de todas especies, traídos sin método, sin juicio, sin eleccion, sin oportunidad, y las más veces por pura asonancia; solo el intolerable abuso de valerse por lo ménos tanto de los autores profanos como de los sagrados, hombreando Marcial, Horacio, Catulo y Virgilio con San Pablo, y con los profetas, y usando más de Beyerlink Malejan, Aulio Gelio y Natal Comite, que de los Padres de la Iglesia; solo el strafalario, el loco y aun el sacrilego empeño de apoyar los misterios más sagrados, y las acciones más ejemplares y más serias de los santos con una fábula, con una noticia mitológica, ó con una supersticion gentilica; solo el estilo tan fantástico, tan estrambótico, tan puerilmente lynchado y campanudo; solo un lenguaje tan esgui-

zaro, tan bárbaro, tan mestizo, que ni es latino, ni griego ni castellano, sino una extravagantísima mezcla de todos estos tres idiomas; solo por esto, vuelvo á decir, que verá y notará cualquiera que tenga ojos en la cara, merecía el tal predicador, que desde el primer sermón le hubieran quitado la licencia de predicar; pero ¡no solo no haber hecho esto, sino haberle permitido que imprimiese tales sermones; haber encontrado quien se los aprobase! Veamos quienes fueron los censores.

21. Aun más pasmado quedó el celoso provincial, cuando leyó el número, la autoridad y los elogios que daban al autor los aprobantes. Es verdad, que en medio de los elogios, le pareció como que divisaba algunas cláusulas, que le sonaban á pullas ó á discretas advertencias del modo con que el padre predicador apostólico debiera haber escrito; bien que temió, que esto acaso podía ser malicia soya. Los primeros aprobantes dicen, que *han leído el Florilogio Sacro con singularísimo gusto*; y añaden inmediatamente: *¡ojalá que con igual aprovechamiento!* Qué sabemos si en esto quisieron decir: ¡ojalá que el padre predicador apostólico nos hubiera edificado tanto, como nos ha divertido; ojalá, que hubiera hablado más al alma y al aprovechamiento, que al gusto y á la diversion; ojalá que se hubiera dejado de flores y de flores tan vulgares, tan inútiles y tan silvestres, y que nos hubiera dado sazonados frutos! Notó tambien, que dichos aprobantes aplicaban á la obra un elogio, que Cino y Praxitelo dieron á la Cloaca de Galeno, y se le ofreció, si acaso lo decían por lo que esta obra tiene tambien de Sentina, pues toda ella huele á gentilidad y á pedantismo que apesta.

22. El segundo aprobante, sumamente respetable por todas las circunstancias de su dignidad y de su persona, da bastantemente á entender, que aprobó la obra *in fide parentum*, y que la leyó por poderes, siendo muy verosímil, que sus muchas y graves ocupaciones no le diesen lugar para registrarla de otra manera. Y á la verdad fué disculpable en los excesivos elogios, que la dió; porque ¿quién se habia de persuadir, á que no los merecian unos sermones, que pretendia estampar un predicador apostólico, un lector de teología y un cronista de su orden? Fuera de que quizá tendria presente, lo que dijo cierto poeta en caso semejante: *Que los poetas que alaban, y los censores que aprueban, nunca dicen lo que los autores son, sino lo que debieran de ser*. Finalmente, en todo caso, al fin de la censura, hablando de cierto sermón que el autor predicó en la misma ciudad, donde vivia á la sazón el reverendísimo, dice, que *tuvo la fortuna ingrata de no haberle oido*. Y si yo me conozco en desengaños, no es corto el que le ofrece en esta breve cláusula; pues ello, *ingrata ó no ingrata*, ya dice, que el no haberle oido fué fortuna suya. Yo á lo menos por tal la tengo.

23. El tercer aprobante, de circunstancias no ménos respetables que el segundo, no se anda en dibujos, y con toda la claridad y gravedad que correspondia á su elevado carácter, desde luego le declaró lo mucho que le sobresaltó el título de *Florilugio Sacro*, que le hizo entrar ya leyendo el libro *con advertencia*, que es decir en cortesía, *con desconfianza*, por lo mucho que *disuena lo florido con lo apostólico*, siendo muy extrañas del apostólico predicador las flo-

res. Y aunque despues procura dorarle suavemente la píldora, para que la trague, en todo acontecimiento el acibar medicinal allá vá, sino hiciere buen efecto, atribúyalo el enfermo á su mala disposicion.

24. Pero al fin, concluyó el provincial, volviéndose á Fray Gerundio, sea lo que fuere de las aprobaciones, dígame, que no le he de volver este libro, porque cosa más á propósito para acabarle de rematar en ese perverso gusto, que tiene de componer sermones, es imposible que se haya estampado ni que se estampe en todos los siglos de los siglos. Padre nuestro, dijo Fray Gerundio, el libro me le volverá V. Paternidad, porque no es mio. ¿Pues de quién es? preguntó el provincial. No se lo puedo decir á V. Paternidad, respondió Fray Gerundio, porque me le prestaron en confesion. Resonó en toda la celda una espantosa carcajada, al oír tan gracioso despropósito; pero Fray Gerundio sin turbarse prosiguió diciendo: Y en orden á las tachas, que V. Paternidad le pone, lo que yo veo es, que corre con grande aplauso, que la impresion se despachó luego, y no se halla uno por un ojo de la cara, porque los que le tienen le guardan como oro en paño; y en verdad, que todos son hombres de buen gusto, y que el autor se hizo famosísimo en España, por una obra que publicó, dicen, que en el mismo estilo que el Florilugio, contra cierto escritor que ha metido gran ruido en este siglo. Con que si esto es predicar mal y con mal estilo, yo digo claramente á V. Paternidad, que no pienso predicar con otro estilo ni de otra manera mientras Dios me guarde el juicio. Dijo, y sin hablar más palabra, volvió las espaldas, y se des-

pidió broncamente de aquella reverendísima asamblea.

25. No se puede ponderar lo irritado, que quedó el provincial á vista de aquel desahogo, y de una despedida tan irreverente y tan desatenta. Iba á mandar con el primer movimiento de la cólera, que le emparedasen; pero algunos padres maestros, que conocían mejor la candidez de Fray Gerundio, le aseguraron, que aquella no era malicia, sino pura inocencia, y una mera simplicísima intrepidez. Con esto se sosegó, y se contentó con decir, que si como él estaba ya para acabar el provincialato, hubiera de proseguirle, tarde subiría al púlpito el majadero de Fray Gerundio: expresion, que no se sabe como se le escapó, porque era hombre moderado y comedido. Pero Dios nos libre de un hombre colérico, cuando todavía están calientes las paredes.

26. Mientras pasaba esto en la celda del provincial, andaba una terrible zambra en el convento entre los frailes de escalera abajo sobre la misma salutación. Es verdad, que los más eran de la propia opinion que nuestro padre; conviene á saber, que era imposible predicarse cosa más disparatada: pero otros defendían, que había sido un asombro, y aunque no dejaban de conocer, que había dicho muchos desatinos, pero los disculpaban con la poca edad, con los ningunos estudios, y en fin decían, que el talentazo, el garbo, la voz y la presencia lo suplían todo. Sobre todo, el formidable partido de los legos se le calzó enteramente, y no le faltó siquiera un voto, para que desde luego le ordenasen y le hiciesen predicador. Pero los que más á banderas desplega-

das se declararon por él entre los legos, fueron el socio del provincial y el sacristan segundo de la casa. Estos eran votos de grande consecuencia; porque el sócio había cogido al bueno del provincial las sobaqueras de tal manera, que hacia más caso de él, que de muchos padres graves, y era voz comun en la provincia, que le dominaba.

27. El sacristancillo segundo por su término no le iba en zaga. Era un leguito, que ni de molde, de mediana estatura, cariredondo, agraciado, lampiño, ojos alegres y chuscos, pulerísimo de hábito, vivaracho, oficioso, servicial y mañoso, porque sabía hacer mil enredillos de manos: Cortaba flores, dibujaba decentemente, componía relojes, acomodaba vidrios y para una cazuelita, para una torta, para una bebida tenia unas manos de ángel. A favor de estas habilidades y de su génio blando, y un-si es no es zalamero, se insinuaba en las celdas, con especialidad de los padres graves, hacíalos la cama, limpiábales las mesas, batíalos el chocolate, servíalos en otros mil menesteres; y como le encontraban pronto para todo, se había grangeado no solo el cariño, sino la confianza de los más, tanto, que casi los daba la ley, y los hacía querer todo lo que él quería, y alabar todo lo que él alababa. No es decible cuánto importaron á Fray Gerundio estos dos votos, y despues el de los demás legos; porque los dos primeros llegaron á hacer blandear, el uno al provincial, y el otro á casi todos los padres gordos, y los demás, como cada cual tenia su santo de devocion, poco á poco le fueron conquistando á los frailes de misa y coro; de manera que, en breves días, ya casi todo el convento se declaró á favor de sus predicaderas.

## CAPÍTULO X.

EN QUE SE TRATA DE LO QUE VERÁ EL CURIOSO LECTOR,  
SI LO LEYERE.

PUES con estos batidores, muñidores y panegiristas viéradés volverse la tortilla á favor de Fray Gerundio de manera, que toda la comunidad, á excepción de algunos pocos hombres sesudos y religiosos de cuatro suelas, se echó sobre el provincial, para que, supuesta su aversion al estudio escolástico y su inclinacion al púlpito, le diese dimisorias para ordenarse, y le nombrase por predicador sabatino. Aún así y todo, costó mucho trabajo doblar la entereza del reverendísimo provincial; pero al fin acabó de rendirle el sócio de su Reverendísima, que le sabia mejor que otros las escotaduras: bien que no se rindió del todo, hasta que uno de los padres más graves y más maduros del convento, que queria mucho á Fray Gerundio, pero que contaba más de lo justo sobre su docilidad, salió por fiador de que se enmendaría en el modo de predicar, tomando de su cuenta instruirle muy de propósito, en que á lo ménos predicase con juicio. Pareciéndole al prelado, que de esta manera aseguraba su conciencia, y debajo de estas condiciones, consintió en que se orde-

nase de sacerdote, y le hizo predicador sabatino de aquel mismo convento con aplauso universal.

2. El que lo celebró más que todos fué el padre Fray Blas, predicador mayor de la casa, y el oráculo en materia de predicar de nuestro Fray Gerundio; porque, agregado ya á su gremio, y hecho en cierta manera subalterno y dependiente suyo, le tenia como á su mandar, para hacerle enteramente á su mano, y se proponia sacar en él un discípulo, que eternizase la fama del maestro como el tiempo le acreditó.

3. Receloso de esto aquel padre grave, que habia salido por fiador de su enmienda, y se habia ofrecido al provincial á instruirle ántes que le acabase de pervertir el padre Fray Blas, con el pretexto de ir á recrearse algunos dias á cierta granja del convento, le llevó en su compañía, y de propósito se detuvo en la casa de campo un mes cumplido, para tener más tiempo de insinuarle con destreza sus instrucciones, esperando que se le pegarian, por cuanto no tener al lado al predicador mayor, que era el que principalmente embarazaba prendiese en él la semilla de la buena doctrina que le daban; porque con sus disparatadas lecciones, y mucho más con sus ejemplos, todo lo echaba á perder. Llamábase el maestro Prudencio este padre grave, y le cuadraba bien el nombre, porque era hombre prudente, sábio, más que regularmente erudito, de génio muy apacible, aunque demasadamente bondadoso, y por eso fácil á persuadirse á cualquiera cosa, y tambien á ser engafiado.

4. La primera tarde, pues, que salieron los dos

á pasearse por entre una frondosa arboleda, dijo el maestro Prudencio á Fray Gerundio con llaneza y con cariño: ¿Con qué en fin, amigo Fray Gerundio, ya eres sacerdote del Altísimo, y predicador sabatino del convento? Si, padre maestro, respondió Fray Gerundio, gracias á Dios, á la intercesion de V. Paternidad y á la de otras buenas almas. Ya sabes, continuó el maestro Prudencio, que salí por fiador con nuestro padre provincial, de que cumplirias con tu obligacion, y de que no nos sonrojarias. De eso pierda cuidado V. Paternidad, respondió Fray Gerundio, que espero en Dios desempeñarle á satisfaccion, y que no se arrepienta de la fianza. Pero, hombre; ¿cómo ha de ser eso, le replicó el padre maestro, si no has estudiado palabra de filosofía, ni de teología, ni de Santos Padres, ni de retórica, ni de elocuencia y en fin, de ninguna otra facultad? Y un perfecto orador, dice Ciceron, nada debe ignorar, porque se le han de ofrecer mil ocasiones de hablar de todo.

5. Ciceron, padre maestro, dijo Fray Gerundio, hablaba de aquellos oradores profanos y gentiles, que trataban en cosas muy distintas que nuestros predicadores. ¿Pues de qué trataban? le preguntó el padre maestro. Yo no lo sé, respondió Fray Gerundio, porque no he visto cosa alguna de aquellos oradores, más que unas pocas oraciones del mismo Ciceron, que nos hacia construir el domine Zancas-largas; y esas parece, que todas se reducian, ó á defender á un acusado, ó á acusar á un reo, ó á excitar los ánimos de un pueblo y de la República á alguna resolucion ó empresa que fuese útil para todos; y tambien me acuerdo haber construido una ú otra, que pare-

cia elogio de algun ciudadano que habia hecho servicios importantes á la República, ó acciones gloriosas que podian ceder en esplendor y mayor lustre de toda ella.

6. Con efecto, de eso trataban los oradores gentiles, replicó el padre maestro, y á eso se reducía el fin y la materia de todas sus oraciones, á mejorar las costumbres. Y para eso solo se valian de tres medios, de defender la virtud injustamente acusada, y perseguida, de acusar al vicio inicuaente abrigado y defendido, y de elogiar á los virtuosos, poniéndolos al pueblo por dechado, y exhortándole á la imitacion. Pues véas aquí, amigo Fray Gerundio, como por tu misma confesion, aunque sin reparar en ello, el mismo fin debe ser el de un orador cristiano en sus sermones, que era en sus oraciones el de un orador gentil, y los mismos deben ser los medios. El fin es mejorar las costumbres, y los medios son enamorar de la virtud, representando su hermosura y conveniencias (y esto se llama defenderlas), ó infundir horror al vicio, pintando con viveza su deformidad y las desdichas aún temporales que arrastra (y esto se llama acusarle), ó finalmente elogiar á los Santos y á los hombres virtuosos, poniéndolos por modelo al pueblo cristiano, y exhortándole á la imitacion de sus ejemplos. De manera que la famosa division de nuestros sermones en panegiricos y en morales, está reducida á esto; y á esto tambien se reducía la division de las oraciones profanas: con que si Ciceron pedía en el orador profano tanto fondo de doctrina, que nada debía ignorar, porque se le habian de ofrecer mil ocasiones de tra-

tar de todo, lo mismo se debe pedir del orador cristiano. Y consiguientemente sabiendo yo, que tú eres un un pobre ignorante, discurre si me dará cuidado mi fianza.

7. No tiene que dársele á V. Paternidad, replicó Fray Gerundio: lo primero, porque andan por ahí muchísimos, que no saben más que yo, y son unos espanta pueblos en esos púlpitos de Cristo; y lo segundo, porque Ciceron no es algun evangelista ni Padre de la Iglesia, y así importa un pito que él pida tanta sabiduria en el orador. No es Padre de la Iglesia ni evangelista, respondió el maestro Prudencio; pero es y se llama con mucha razon el príncipe de los oradores, y como tal pocos supieron mejor que él lo que es menester saber para persuadir á los hombres á que sean mejores, que es el fin de todo orador, como ya llevamos dicho; y para saber persuadir á los hombres, á que sean mejores, preguntó Fray Gerundio, ¿es menester saberlo todo?

8. Si, respondió el maestro Prudencio, en sentir de Ciceron; menos algunas curiosidades de astrologia, de matemáticas y de física, que sirven más para la diversion, que para el aprovechamiento, el orador debe saber, ó á lo ménos estar más que medianamente tinturado en todas aquellas facultades, que dicen relacion á las costumbres y á las inclinaciones del hombre. Para combatir unas pasiones y excitar otras, debe estar instruido en la naturaleza de todas, y esto no puede ser sin estar bien informado de su composicion: vé aquí la necesidad de la filosofia. Para definir, proponer, dividir, probar y discernir entre sofismas y razones, entre paralogismos y discursos

sólidos, es menester la lógica ó la dialéctica. Sin un grande conocimiento de las leyes divinas y humanas, no es fácil distinguir, qué acciones de los hombres son conformes á ellas ó disformes; cuáles se han de aplaudir, cuáles se han de condenar: y esto ya ves, que no se puede saber sin tener muy profunda noticia de la teología moral, más que mediana del derecho canónico, y una tintura por lo ménos del derecho civil. Como las pasiones humanas nunca se conocen mejor que por los hechos, y como sola la historia es la que nos da noticia de los pasados, conocerá muy mal á los hombres el orador que no estuviere muy versado en la historia antigua y moderna, sagrada, eclesiástica y profana. ¿Y quién creará que hasta la poesía es muy necesaria al orador? Pues lo dicho dicho: ninguno será buen orador, sino tiene algo y aún mucho de poeta. No hablo de aquella poesía que facilitita el modo de hacer versos, esto es, de hablar ó de escribir en determinado número y medida, que esto es cosa muy accidental á la poesía verdadera: habló del alma, de la substancia, del espíritu de la misma poesía, que consiste en la elevacion de los pensamientos, en lo figurado de las expresiones, en la invencion, idea, y novedad de los discursos: porque sin esto, ¿cómo se pueden pintar con viveza los caractéres? ¿cómo se pueden mover y remover con eficacia los afectos? ¿cómo se pueden proponer las verdades más triviales con novedad y con agrado? Y ves aquí porque dice Ciceron (estas son sus formales palabras) *que el orador debe poseer la sutileza del lógico, la ciencia del filósofo, casi la diction del poeta y hasta los movimientos y las ac-*

*aciones del perfecto actor ó representante; y has de estar en la inteligencia, de que el nombre de filósofo en la antigüedad, no significaba un hombre precisamente versado en aquella ciencia, que ahora llamamos filosofía, significaba un hombre lleno, un hombre verdaderamente sabio en todas las facultades. El orador que no está versado en ellas, aunque tenga buenos talentos, á la legua se le conoce: anda arañando aquí y allí noticias triviales, conceptillos comunes para llenar su sermón, que al cabo sale un descarnado esqueleto, mostrando bien, como dice cierto ilustrísimo prelado, que no habla porque está lleno de verdades, sino que anda buscando verdades, porque tiene precisión de hablar.*

9. Eso sería bueno, replicó Fray Gerundio, si los predicadores hubiesen de predicar de repente; pero en no admitiendo sermones si no es con dos ó con tres meses de término, está todo remediado, porque en este tiempo se pueden tomar de las bibliotecas y de las poliantéas cuantas especies se quieran de todas las facultades, no solo para llenar sino para atestar un discurso. Así saldrá él, respondió el maestro Prudencio, y no habrá hombre entendido, que no lo conozca. A las mujeres, al populacho y á aquellos semisabidillos, que solamente lo son por lectura de socorro, puede ser que les parezca cosa grande; pero los que tienen buenas narices, al punto perciben el farrago, la inconexión, el haciamiento y la indigestión de las especies, que ninguno tiene peor sabidas, que el mismo que las ostenta con tanto aparato. No hizo más que trasladarlas del libro al papel, del papel á la memoria, de la memoria á los labios, y si se las tocan

dos días después, le cogen tan de repente, como si jamás las hubiera decorado. Predicadores jornaleros, que solo trabajan lo que basta para salir del día. Quien no gasta muchos años en prepararse de antemano, nunca se preparará bien de repente; y al contrario, presto se dispondrá bien para un sermón particular, el que anticipadamente se halla ya prevenido para todos.

10. Y esa prevención, padre maestro, preguntó Fray Gerundio; ¿cómo se ha de hacer? Ya te lo he dicho, respondió el maestro Prudencio: primeramente estudiando las facultades necesarias, y después leyendo con mucha reflexión, observación y penetración á los Santos Padres, á los expositores y oradores más acreditados; ¡Jesús, padre maestro! replicó Fray Gerundio, sería ya un hombre carcuero antes de ser predicador, porque para estudiar todo eso eran menester muchos años. A lo ménos, respondió el maestro, ninguno debiera ser predicador, que no fuese maduro y bien adulto; porque el demasiadamente jóven puede tener ingenio, puede tener habilidad, puede tener viveza, puede tener talentos, y todo lo demás que se quisiere; pero no puede tener la ciencia, noticias, especies y extensión necesaria, porque esta no se adquiere sin mucho estudio y lectura, y para la mucha lectura son menester muchos años. Añádese, que á los predicadores demasiadamente jóvenes, si no suplen la falta de representación con una virtud extraordinaria, nunca se les puede tener el respeto y la veneración que son tan necesarias, para que hagan fruto los que ejercitan de oficio este sagrado ministerio, sin hablar de otros inconvenientes, que no

es menester decirlos, para que cualquiera se haga cargo de ellos.

11. ¿Pues por qué se empeñó V. Paternidad, le preguntó Fray Gerundio, en que á mí me hiciesen predicador, siendo así que apenas he hecho más que cumplir los veinte y cinco? Extraño mucho que me hagas esa pregunta, respondió el padre maestro, no sin algun enfadillo. ¿Tan presto te has olvidado de lo que tú mismo me importunaste, para que hiciese este empeño? Fuera de que viéndote encaprichado en no seguir los estudios, y que echabas los bofes para aplicarte á esta otra carrera, quise ver si podías servir de algo en la religion, especialmente que los predicadores sabatinos, apenas son más que aprendices de predicadores, porque solamente se les encargan algunos sermoncillos domésticos de poco ó ningun concurso, para que se vayan ensayando; y me pareció, que en este tiempo podria suplir el arte, lo que faltaba al estudio y á la edad.

12. ¿Con que el arte ya puede suplir eso? replicó Fray Gerundio. Enteramente no lo puede suplir, respondió el padre maestro, pero de alguna manera sí. Por Dios, dígame V. Paternidad; ¿cómo podrá suplirlo? Leyendo con cuidado buenos originales, respondió el maestro Prudencio, esto es, los sermonarios de los mejores predicadores que han florecido en España, y procurando imitarlos, así en la substancia como en el modo; ¿pero cuáles tiene V. Paternidad por los mejores sermonarios? preguntó Fray Gerundio. Toda comparacion es odiosa, respondió el padre maestro; y así, no metiéndome por ahora en calificaciones respectivas, te digo, que los sermones

de Santo Tomás de Villanueva, en la naturalidad, en la suavidad y en la eficacia, son un hechizo del entendimiento y del corazon. Los de Fray Luis de Granada, á quien llamaron con razon el Demóstenes español, en el nérvio, en la solidez y en aquella especie de elocuencia vigorosa, que á guisa de un torrente impetuoso todo lo arrastra tras de sí, acaso tendrán pocos semejantes. La novedad de los asuntos, la ingeniosidad de las pruebas, la delicadeza de los pensamientos, la oportunidad de los lugares, la viveza de la expresion, la rapidez de la elocuencia, que reinan en los más de los sermones del padre Antonio Vieira, quizá le merecieron epíteto, que le dan muchos de mónstruo de los ingenios y príncipe de nuestros oradores.

13. En verdad, replicó Fray Gerundio, que entre esos muchos no tiene V. Paternidad, que contar al autor del *Verdadero método de estudiar*, el cual dice, *que en sus sermones no se hallará artificio alguno retórico, ni una elocuencia que persuada.... Que por haberse dejado arrebatado del estilo de su tiempo, tal vez fué aquel, que con su ejemplo dió materia á tantas sutilezas, que son las que destruyen la elocuencia.... Que sus sermones están llenos de galanterias que divierten, pero que no persuaden.... Que los que le aplican aquellos grandes epítetos de maestro del púlpito, príncipe de los oradores, maestro universal de todos los declamadores evangelicos, águila evangélica, ó no lo entienden ó hablan apasionados.... Finalmente, que era un hombre estimado en Portugal, pero no en Roma, como se lo oyó el autor á muchos jesuitas, que tenían de él perfecta noticia.*



14. Tambien yo la tengo, respondió el maestro Prudencio, de eso y de todo lo demás, que dice el Barbadiño autor de esa obra que me citas, contra este insigne hombre. Debiera este quejarse, si le tratara á él de otra manera, que trata á casi todos los hombres grandes, que florecieron en todas las facultades, siendo su empeño conocido dar á entender, que todo el mundo tenia los ojos cerrados, hasta que él vino á abriroselos por caridad, haciéndoles ver, que eran unos pobres idiotas los que él calificaba por maestros. Nada se le dará al padre Antonio Vieira, ántes le estará muy agradecido, de que en materia de elocuencia cristiana le lleve á él por el mismo rasero por donde llevó en materia de teología, á Santo Tomás, San Buenaventura, Suarez, Vazquez y á todos los escolásticos; en materia de filosofía á todos cuantos no la escribieron á *la dernière, et sic de reliquis*. No obstante, si su critica no fuera tan universal, tan despótica y tan indigesta, si se hubiera contentado con decir, que el padre Vieira, *especialmente en algunos de sus sermones panegiricos*, se dejó llevar con algun exceso, y aunque dijese con mucho de aquella especie de entusiasmo, que arrebatava á su fogosa imaginación, y que rompía en las primeras ideas que le ocurrían á ella, las cuales eran por lo comun sutilísimas, agudísimas, pero ménos sólidas, adelante: yo por lo ménos no me opondría á eso, porque estoy persuadido á que muchos de sus sermones, singularmente de los panegiricos, adolecen de este achaque. Por eso pudiste notar, que yo no te le propuse por modelo *en todos*, aún en aquellas determinadas cosas de que le alabé,

sino *en los más*. Pero pronunciar en cerro, y cómo dicen á red barredera, *que en sus sermones no se hallará artificio alguno retórico, ni una elocuencia que persuada*, no fué tirar la barra de la crítica hasta más allá de lo justo, fué propiamente tirar á desbarrar.

15. En cuanto al artificio retórico, ni uno solo se señalará de sus sermones, que no esté dispuesto con el más perfecto, con el más vivo, con el más natural, y al mismo tiempo con el más disimulado: si es que efectivamente hay otro artificio retórico, que un entendimiento bien lleno de su asunto, una imaginación fecunda, viva, espíritosa y animada, con una facundia natural, pronta, abundante y expresiva. El que estuviere dotado de estas prendas, como lo estaba el padre Vieira en superlativo grado, hará sin pretenderlo y aún sin advertirlo, unas composiciones tan retóricas, que el mismo Tulio las admiraría, y colarán naturalísimamente de su boca y de su pluma, no solo aquellos tropos y figuras que hizo advertir la observación, sino otras muchas que no se habian observado, y que quizá son más enérgicas que las ya sabidas. Quien no descubriere este artificio en cualquiera de los sermones del padre Vieira, no entre á leer los libros sin Lezarillo.

16. Por lo que toca á la elocuencia, que persuade (que es la única que merece el nombre de elocuencia castiza y de ley), quisiera yo me señalase con el dedo el Barbadiño otra más activa, más vigorosa, más triunfante que la del padre Antonio Vieira, singularmente en todos los sermones puramente morales, y tambien en muchos panegiricos. Lea con

reflexion los capitales asuntos, que trata en los sermones de Adviento y de Cuaresma, donde desmenuza los novísimos y promueve las verdades más terribles de la Religion, y dígame; ¿qué orador antiguo ni moderno trató jamás estos puntos con mayor viveza, con mayor solidez, con mayor valentía ni con más triunfante eficacia? Es un Ródano, es un Danubio, es un Tekesel, que quiere decir *espantoso*, rio de la Etiópia, llamado así por su asombrosa rapidez; todo lo lleva tras sí, todo lo arrastra, todo lo arrebató. No hay entendimiento, que no se rinda á la convincente solidez de sus razones; y apenas hay corazón, que resista al rápido vigoroso impulso con que le combate: tanto, que oí decir á un célebre misionero jesuita, que si se formase un cuerpo de misioneros de los sermones del padre Vieira, entresacando los que corresponden á los asuntos que se suelen predicar en esta sagrada batería, con dificultad habria otros, que conquistasen más almas, especialmente en auditorios cultivados y capaces. Y con efecto consta de la vida de este hombre prodigioso, que no hizo ménos fruto en los corazones con sus sermones morales, que causó admiracion en los entendimientos, así en España como en Italia, con la mayor parte de los panegíricos.

17. En Italia, vuelvo á decir, por más que el cetrino Barbadiño nos quiera persuadir, que oyó á muchos jesuitas italianos, *que el padre Antonio Vieira era un hombre estimado en Portugal, pero no en Roma*: ¿á qué jesuitas pudo oír semejante despropósito, sino que fuese á los cocineros de las muchas casas que tiene la Compañía en aquella córte? Esto y

por decir, que aún éstos no ignoran el gran ruido, que hizo en ella, cuando fué llamado de su general, por haberle significado el Papa Alejandro VII, muchos cardenales y la famosa reina Cristina de Suecia, la gana que tenían de oírle, por lo mucho que había publicado de él la fama en toda Europa. No ignoran, que despues de haber predicado varias veces en presencia del Sacro Colegio, convinieron todos, en que era aún mucho mayor que su fama. No ignoran, que habiendo predicado, digámoslo así, á competencia con el mayor orador que tuvo la Italia en aquel siglo, el reverendísimo padre Juan Paulo Oliva, predicador apostólico de tres Sumos Pontífices, y general de toda la Compañía; no obstante el elevado mérito de este hombre verdaderamente grande; no obstante el estar reputado, y con razon, por el evangélico Demóstenes de Italia; no obstante la pasion natural con que necesariamente le habian de mirar todos los patricios; no obstante el peso que habia de hacer en la balanza ó el respeto ó la dependencia ó la adulacion ó todo junto, viéndole cabeza suprema de toda su Religion, y con una autoridad casi despótica en la córte de Roma, por la grande estimacion que hicieron de él los tres Sumos Pontífices, que le alcanzaron: no ignoran, vuelvo á decir, los jesuitas, que no obstante todo esto, en los dos sermones, que en la fiesta de San Estanislao de Koska predicaron el general y el súbdito, el italiano y el portugués, los extraños y los domésticos dieron al de éste la preferencia.

18. No ignoran, que el mismo general, en una carta que le escribió despues desde Roma á Lisboa,

le llama intérprete verdadero de la Escritura, singular órgano ó arcaduz del Espíritu Santo, modelo de oradores y padre de la elocuencia; siendo así, que los superiores de la Compañía, y especialmente el supremo de todos, en las cartas que escriben á sus súbditos, aunque no les escaseen las expresiones paternales, los dispensan con mucha circunspeccion y con grande economía los elogios. Estos que el reverendísimo Oliva dedicó al padre Vieira, no solo no los ignoran los jesuitas de Roma, pero pudiera y debiera no ignorarlos el mismo Barbadiño, pues se hallan estampados en uno de los dos tomos de cartas de dicho general, que se dieron á la luz pública. Finalmente, no ignoran los jesuitas, que el mismo Papa Alejandro y la reina Cristina desearon con ansia, que se quedase en aquella córte, el uno para oráculo de su capilla Pontificia, y la otra para ornamento de su Real discretísimo y doctísimo gabinete, donde concurrían los hombres más sábios, y más eminentes de la Europa toda, que eran los que principalmente componían la córte de aquella extraordinaria princesa, por lo que dijo de ella con singular discrecion Samuel Bochart, haciendo el cotejo entre la reina de Sabá, que fué á conocer y á consultar á Salomon, y la reina Cristina:

*Illa docenda suis Salomonem invisit ab oris;*

*Undique ad hané docti, que doceantur eunt.*

Que tradujo así un poeta castellano:

*Aquella por oir á un sabio,*

*Su corte y su patria deja;*

*Los sabios dejan las suyas,*

*Solo por oir á esta.*

Pero así el Papa, como la reina desistieron de su empeño, por no mortificar al religiosísimo y celosísimo padre, que habiéndose dedicado con voto apostólico cultivo de los negros bozales del Brasil, y haciéndose intolerables los aplausos que le tributaba la Europa, suplicó rendidamente á la Cabeza de la Iglesia y á aquella sábia princesa, le permitiesen restituirse á donde le llamaba su espíritu y el de la divina vocacion.

19. Así lo hizo, sin que tampoco fuesen capaces de detenerle en Lisboa las instancias del Rey de Portugal, que quiso fijarle en ella, para tener el consuelo de oírle como maestro desde el púlpito, y obedecerle como padre en el confesionario, fiándole la direccion de su Real conciencia: mas el gran Vieira, firme en la apostólica vocacion, y superior á todas las fugaces honras con que le brindaba el mundo, enamorado de sus portentosos talentos, renovó en la córte del Rey Don Pedro el ejemplo, que ciento y treinta años ántes habia dado San Francisco Javier en la del Rey Don Juan; pues supo representar con tanta eficacia á aquel Monarca, cuanto más y cuanto mejor le serviría en el Brasil que en Lisboa, que el príncipe se dejó persuadir. Nada de esto ignoran los jesuitas italianos. ¿Pues quiénes pudieron ser aquellos muchos jesuitas romanos, á quienes oyó el Barbadiño, que el padre Vieira era hombre estimado en Portugal, pero no en Roma? Harto será, que cuando le pareció oír esto, no tuviese arromadizados los oídos, ó á lo ménos atronados con el sonido de la turba magna, de cuyos estruendosos ecos dá muestras de gustar mucho en varias partes del método,

pero con más especialidad en su furiosa respuesta á las reflexiones de Fray Arsenio de la Piedad.

20. Y de paso puedes notar la injusticia, y aún la temeridad, con que el Barbadiño atribuye esta que él llama falta de artificio retórico y de elocuencia que persuada, al deseo que el padre Antonio Vieira muestra en casi todos sus sermones de agradar al público. Un hombre, que con tanta modestia y con tanto empeño huía los aplausos de la primera corte del mundo, y las honras con que esta y la de Portugal á competencia le brindaban, por ir á emplear sus raros talentos entre los záfios y tostados negros del Brasil. ¿Qué caso haria de agradar al público en sus sermones, sino que fuese de aquel racional agrado, que debe pretender todo orador, para que le oigan con gusto, y abra el camino al provecho? porque al fin, aquel agrado y aquel aplauso, que consiste en las obras más que en las palabras, no es impropio, ántes es muy digno de cualquiera orador cristiano. San Crisóstomo, que ciertamente no solicitaba en sus sermones el aura popular del auditorio, no solo no hacia ascos de este agrado, sino que le pretendia: *Plausum illum desidero, quem non dicta, sed facta conficiant.*

21. No obstante lo dicho, yo convengo de buena gana con el señor Arcediano de Eborá (pues ya sabemos todos que lo es por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica el llamado Barbadiño), en que, no casi todos, sino muchos de los sermones *Panegiricos*, y aún tal cual de los *morales* del padre Vieira, están llenos de pensamientos más brillantes que sólidos, más ingeniosos que verdaderos: como

tambien de lugares de la Escritura, y de exposiciones traídas ó aplicadas con mayor agudeza que solidez, y consiguientemente, que sus pruebas deslumbran, pero no persuaden, deleitan, más no convencen. Tampoco me opondré del todo á lo que añade el Barbadiño, de que tal vez fué aquel, que con su ejemplo dió materia á tantas sutilezas, que son las que destruyen la elocuencia: con tal, que no quiera significar por estas palabras: como parece lo da á entender, que el padre Vieira fué el que introdujo en el mundo este mal ejemplo, siendo el primer inventor de estas sutilezas, que no hacen merced á la Escritura, y hacen añicos la elocuencia.

22. En ese caso reñiremos; porque siendo tan erudito el señor Arcediano, como ciertamente lo es, no puede ignorar, que cuando nació el padre Vieira, ya estaba el mundo atestado de libros de *conceptos predicables*, así en portugués como en castellano, en italiano, en latin, y aún habia algunos en francés, que tenian desterrada de los púlpitos la elocuencia verdadera, y la genuina y literal explicacion ó aplicacion de la Sagrada Escritura. Dejo aparte el reinado del sentido alegórico, que aunque propio, es el más arbitrario, y consiguientemente el más expuesto á desbarrar, si no se maneja con mucho pulso y con gran tiento, el cual se apoderó de todo el siglo décimo sexto, y de mucha parte del décimo séptimo en que nació el padre Vieira. Ya encontró éste muy celebradas en los púlpitos las sutilezas de Mendoza, las metafísicas de Silveira, los arrojios de Guevara, los reparillos de Fray Felipe Diez, y tambien en Italia y aún en Francia habiau hecho grandes estragos en la

elocuencia sagrada las delicadezas de los Berninis, de los Maronis y de los Mercenieres.

23. Basten estos ejemplares para probar, que no fué el padre Vieira el inventor de las sutilezas del púlpito, y para que no se le recargue, con que tal vez fué aquel, que con su mal ejemplo dió materia para que estas se introdujesen, en perjuicio de la verdadera elocuencia. No por eso negaré, que los sermones panegiricos con especialidad, están demasiadamente cargados de ellas, y por eso no te le prepongo absolutamente por modelo; pero los morales, con toda seguridad pueden servirte de ejemplar, aunque se encuentre en ellos tal cual agudez ó pensamiento no tan sólido; pues morales y muy morales son todas la homilias de San Juan Crisóstomo, y no obstante encontrarse en ellas uno ú otro pensamiento que no parezca tan cimentado, no hay en la Iglesia de Dios modelo de elocuencia más acabado ni más perfecto.

24. Insensiblemente fueron caminando cerca de una legua en esta conversacion el maestro Prudencio y nuestro Fray Gerundio, el cual daba muestras de oirla con atencion y con gusto, tanto, que rogó al padre maestro, que tuviese la bondad de irle instruyendo poco á poco en aquellas materias, y aún le suplicó que le diese unas reglas breves, claras y comprehensivas para componer todo género de sermones panegiricos, morales y tambien las que se llaman oraciones fúnebres; á cuyas tres clases pueden reducirse todas las especies de sermones que se predicán. Pidióle más, que no solo le diese reglas para componerlos, sino tambien para el modo de predi-

carlos, descendiendo hasta las mayores menudencias del gesto de la persona, de la decencia del traje, del juego de la voz, y del movimiento y decoro de las acciones. Todo se lo ofreció el bueno del maestro Prudencio, bañándose como dicen en agua rosada, y rebotando en el semblante una suma complacencia, por parecerle que le iba saliendo bien su traza, y muy persuadido ya á que habia de sacar en Fray Gerundio un predicador de gran pro, con des empeño de la fianza que habia hecho, no sin acreditar en ella la bondad de su corazon, más que la bellaquería de su buen juicio; pero como el paseo habia sido largo, era hora de comer, y los ácidos hacian su oficio en los estómagos de los dos, especialmente en el del robusto Fray Gerundio, se limitó la sesion para ocasion más oportuna, y se retiraron á la Granja á acallar las justas quejas de las tunicas estomacales.

## LIBRO TERCERO.

## CAPÍTULO PRIMERO.

DE UN ENREDO DE BARRABAS, QUE HIZO EL MAL DIMOÑO PARA  
ACABAR DE REMATAR Á FRAY GERUNDIO.

HABRÁ notado acaso el muy crítico y muy curioso Lector (y también es muy natural que no lo haya notado), que la división y comenzamiento de este libro tercero, no está según arte; porque, habiendo acabado el primero con las niñeces, primeras letras y estudios pueriles de nuestro incomparable Fray Gerundio, hasta dejarle en el noviciado con el hábito de la religión, parecía que el segundo libro se había de cerrar con los estudios, pocos ó muchos que tuvo en ella, y que debiera comenzar el tercero desde que se halló ya sacerdote de misa, y con el nombramiento de predicador sabatino; por cuanto el nuevo estado, y así mismo el nuevo empleo, eran una época de su vida, natural, oportuna y propia para esta tercera división. De donde acaso el mismo lector querrá poner pleito al pobre libro segundo, sobre su capítulo de-

timo, diciendo que este toca de justicia al libro tercero, y que ha sido usurpación y tiranía privarse de él.

2. Yo no juraré, que no tenga vislumbres ó apariencias de razón el que hiciere este reparo. Pero sobre que hasta ahora no se ha publicado alguna pragmática-sanción, que dé reglas fijas, ciertas y universales para el amojonamiento, término, límites ni cotos de los párrafos, capítulos ni libros; pues hasta en las lindes de los puntos, que son más necesarias, para que no haya pleitos en la jurisdicción é inteligencia de las cláusulas, sabe Dios y todo el mundo los trabajos que hay, por no haberse recibido alguna ley obligatoria, que ligue y cause entero perjuicio á los escritores y á los escribientes: como esta costumbre de la división de capítulos y libros, dicen que se ha introducido en el mundo literario, para que descansen y tomen huelgo, así los que escriben, como los que leen; en asegurando yo, que no me cansé, hasta que dejé á Fray Gerundio, no solo con el título de predicador sabatino, sino con los primeros crepúsculos de la instrucción del padre maestro Prudencio, paréceme que por lo que á mí toca, tapé la boca al crítico reparador. Si mis lectores se cansaron antes, eso no debe ser de mi cuenta. ¿Quítoles yo por ventura, que cierren el libro cuando les diere la gana, y se echen á dormir hasta que despierten, con lo cual, no solo dividirán, sino que podrán hacer gigote los capítulos y los libros, siempre y cuando les pareciere puesto en razón?

3. Pero me dirán, que aunque no hay ley escrita, que arregle estas divisiones, las regla, y como que las dicta la misma ley natural, esto es, el síndere-

sis y, la razon de los escritores metódicos, claros y de buena economía. A eso respondo, que en esto de sindéresis y de razon natural cada cual tiene la que Dios le dió, y que los entendimientos son tan diferentes como las caras. A tal le parece, que escribe, y que habla con el mejor método del mundo, y al otro que le lee ó que le oye, le parece un eterno embrollador, y una confusion de confusiones. Vaya un ejemplo. Díganle al autor del *verdadero método de estudiar*, que es un embolismo todo lo que escribe; que en muchas partes apenas se perciben las reglas prácticas que da, y que las que se perciben, ó es imposible ó sumamente dificultoso practicarlas, y consiguientemente, que por ellas ninguna facultad se aprenderá. Se espíritará de cólera, se pelará las barbas al quitar, con que quiso engalanarse, y á cualquiera que le vaya con esta embajada, le dará una rociada de *parvoices*, de *ridicularias*, y de *crasas ignoranzas*, con que le haga retirar más que de paso.

4. Vaya otro ejemplo. No ha muchos años, que cierto cirujano latino (así decia el que lo era), hombre bonísimo, imprimió un libro con este título: *Método racional, y gobierno quirúrgico para la curacion de los sabañones*. Quién no creería, segun el epigrafe de la obra, que esta se reducía á dar reglas prácticas y metódicas para curar estas bachillerías de la sangre, que dan tan malos ratos á la gente de poca edad y tal vez á hombres barbudos y aún canosos? Pues no señor, de los trece capítulos, á que se reduce todo el librete, solo el último tiene algun tastillo de metódico ó de práctico; los otros doce, sobre ser impertinentísimos para el asunto, tienen tanto de mé-

todo y de gobierno quirurgico, como de oportunidad. Empeñóse en hacérselo conocer al autor un tal Juan de la Encina, escritor desalmado de tres cartas, asaz bien escritas, en que esgrimió sobre las costillas del pobre cirujano toda la pujanza de su postizo apellido; y aunque con efecto le hizo evidencia, de que el nombre de *Método* solo podia ponérsele á la obrilla por mote ó por antifrasis, el bonazo del autor se fué á la otra vida muy persuadido, de que no se habia escrito en esta cosa más metódica ni más gubernativa. Vengansenos ustedes ahora, con que el sindéresis y la razon natural dietan á cada autor el método que debe observar en el económico repartimiento de sus escritos.

5. Pero al fin; ¿qué nos estamos quebrando la cabeza? Note el curioso lector, que en el primer párrafo ó número del capítulo último del libro antecedente, quedó nuestro Fray Gerundio presbítero *in facie Ecclesiae*, y predicador sabatino en toda propiedad, y respóndame en Dios y en su conciencia á esta preguntilla. ¿Sería bien parecido, que aquel capítulo no se compusiese más que de un solo párrafo, y que se presentase en el libro como un capitulillo de teta ó de miniatura, siendo así, que los otros pueden pasar por capítulos generales, aunque sean de la religion más numerosa, por la multitud de especies, y de números que concurren á componerlos? Haga justicia el prudente y equitativo lector y si en medio de eso no me concediere la razon, *pacencia, Calros, pacencia*.

6. Hecha esta digresion tan necesaria como impertinente y molesta, volvamos á atar el hilo de

nuestra historia. Es tradicion de padres á hijos, que estaban acabando de comer, el maestro Prudencio y nuestro Fray Gerundio, por señas que les servian de postre unos caracoles de alcorza, y algunas bellotas de mazapan, con que habia regalado al padre maestro cierta monja de la órden, confesada suya, cuando començaron á llamar con grande fuerza á la puerta de la Granja. Salió al ruido de los golpes el lego, que cuidaba de ella, y encontróse (¡quién tal imaginara!) no ménos que con el padre predicador mayor de la casa, el incomparable Fray Blas y con un labrador guedejudo, fornido, rechoncho y de pestorejo, que venia en su compañía; caballero, el padre predicador en un rocín acemilado, tordo, sutil, zanqui-largo y ojeroso; y montado el paisano en un pollinejo rucio, aparrado, estrecho de ancas, rollizo, oreji-vivo y andador. Era el caso, que en una aldea presumida de lugar, dos leguas distante de la Granja, que se llamaba antiguamente Jaca la Chica, y ahora, ó porque se corrompió el vocablo ó por reducir á una sola voz el diminutivo se llama Jacarilla, habia fundado pocos años ántes una cofradía, dedicada á Santa Orosia, el cura del lugar, que era aragonés y muy devoto de la Santa. El mayordomo de aquél año, que era el labrador que venia acompañando á Fray Blas, le habia echado el sermon; y aunque éste no valia más que quince reales, dos libras de turrón y un frasco de vino de la tierra, Fray Blas le habia admitido; porque en materia de sermones llevaba la opinion de los mercaderes, que muchos pocos hacen un mucho, y recibir á todo pecador como viniere. Algo se rodeaba por la Granja; pero por comer en casa

de la órden, y sobre todo por ver Fray Blas á su querido Fray Gerundio, aunque habia tan poco tiempo que se habian separado, quiso hacer este rodeo.

7. Tanto como se alegró Fray Gerundio con la vista de su amigo, tanto sintió el maestro Prudencio aquella importuna visita, temiendo que si los dejaba hablar á los dos á solas, echaria á perder el aturdidido del predicador todo lo que á su modo de entender habia adelantado él por la mañana. Hizo, pues, ánimo á no perderlos un punto de vista hasta que marchase Fray Blas, suponiendo que lo haria despues de comer; y para que lo ejecutase cuanto ántes, dió órden al lego para que los calentase á toda prisa lo que habia sobrado de la comida, añadiendo algunos torreznos fritos, que es el agua de socorro para huéspedes repentinos, cuando llegan al levantar de los manteles.

8. Mientras se aderezaba la comida, no los divirtió poco el labrador, que aunque záfio de explicaderas, grosero de persona, y no muy delicado de crianza, era bastante ladino, y un si es no es socarron. Ya sabia que el maestro Fray Prudencio era hombre de mucho respeto en la órden, porque se lo habia prevenido Fray Blas en el camino; y así, luego que entró en la sala donde estaba, le hizo una grande reverencia, escarbando hácia atrás con el pié y pierna izquierda, tanto, que faltó poco para hincar una rodilla, pero sin quitarse el monteron perdurable, que tenia calado hasta las cejas, y saludando al maestro, le dijo: *Tenga su Eternidad guenas tardes, endísimo padre Fray maestro, y guen provecho haga su esencia: prega á Dios que todo se le convierta en*



*unjunidia*; y diciendo y haciendo, sin esperar á que nadie se lo rogase, echó mano de uno de los vasos de vino que estaban sobre la mesa en una salvilla para echar á la que llaman de San Vitoriano, y con despejo patanal añadió sin detenerse: *A la salud de su Trinidad muy raborenda, y tambien á la de mi padre predicador Fray Bras, que es la frol de los predicadores de chapa, y tambien á la de ese flayre mozico, que mal año para quien me quiera mal, si no tiene pergeño de ser con el tiempo otro padre Flay Bras; y tambien á la de mi amigo el padre Granjero Flay Grigorio, que aunque nos es de misa, tampoco lo fué su padre, Dios le bendiga; pero en una feria de carneros, que se venga á emparejar con él un atajo de padres presentados; porque por fin y por postre, de todo se sirve Dios.* Acabada esta letania, echóse á pechos el vaso, que era de mediano portante, y bolcándole boca abajo sobre la salvilla, él se dejó caer en un banco, repantigándose en él con mucha autoridad.

9. Cayó muy en gracia al bueno del maestro Prudencio toda esta introduccion, y como era de génio bondadoso y tan apacible, le dijo con mucho agrado: *Buen provecho, tio: ¿cómo se llama? Bastián Borrego, para servir á su ausencia,* respondió el labrador (y al decir esto, hizo ademán de levantarse un poco la montera.) Por muchos años, en vida y salud de su mujer y de sus hijos, si los tiene, continuó Fray Prudencio. *Y como unas froles, aunque parezca mal que yo lo diga,* replicó el tio Bastian, *especialmente uno que tengo vestido con el habitico de San Juan de Dios, de estos que llaman flayres gaspachos, déjelo su*

*usandísima, eso es bobada;* con que el tio Bastian, prosiguió el padre maestro, *¿es mayordomo de Santa Orosia? Y tambien lo jul,* respondió Borrego, *de la cofradia del Santísimo, y serví la de la Cruz y la de las Animas, y agora solo me falta, que me echen á cuestras la de San Roque, que no dejarán de hacerlo, porque para los probes se hicieron los trebajos.* Segun eso, tiene por trabajo el servir á los Santos, replicó el padre maestro. *A los Santos, padre nuestro, gueno es servirlos; pero el caso es, que segun mi corto maginamiento, en estas mayordomías de mis pecados se sirve poco á los santos y mucho á los cofrades.* Y sino dígame su Reverencia: *¿Se servirá mucho á los santos, en que un probe como yo, gaste en cada una de estas mayordomías sesenta reales en vino, veinte en tortada, diez en avellanas, todo para dar la caridad á los cofrades, sin contar la cera ni la comida á los señores sacerdotes, ni la limosna del padre predicador, que todo junto hace subir la roncha á más de ciento y veinte reales? Ya la cera, la limosna del sermón, y aunque digamos tambien la comida de los curas pase, porque todo esto parece cosa de Iglesia; pero el vino de los cofrades, que hay hombre que se mama dos cuartillas, la tortada y las avellanas para yesca; y añada su Trinidad, el baile por la tarde á la puerta del mayordomo, que dura hasta muy entrada la noche, y más si toca el tamboritero el son, que se llama el espantu-pulgas. ¿Querráme decir su Usandísima, que de esto se sirve Dios ni los santos?*

10. De eso no creeré yo, que se sirvan mucho, respondió Fray Prudencio, y por lo mismo estoy tambien mal con ello. Pero si el tio Bastian conoce, que

las mayordomías y las cofradías se vienen á reducir á esas borracheras; ¿para qué entra en ellas? *Para qué entra en ellas; ¡guena pregunta! Bien se conoce, que su Ausencia está metido allí con sus libros, y no sabe lo que pasa en el mundo. Padre nuestro, en los lugares es preciso entrar en todas las cofradías, porque es preciso, y no digo más, que al buen entendedor, pocas palabras. Fuera de esta razon, que pesa un quintal; viene un Flayre, y pondera tanto las indulgencias de una cofradía; viene otro y perdica tantas cosas sobre los sufragios, que hace la otra por sus defuntos, qui si un hombre no los cree, le llevan; ¿qué sé yo á dónde? y si los cree y no lo hace, le tienen por judío.*

11. Pero aunque entre en las cofradías, replicó Fray Prudencio, no le pueden obligar á que sea mayordomo. *¿No me pueden obligar?* respondió el tio Borrego: *Si usa caridad no sabe más de tulgía, que de Cofradías, no trueco mi cencia por toda la suya. ¿Qué razon habrá divina ni humana, para que habiendo yo bebido el vino y comido el turrón de los demás cofrades, no beban y coman ellos el mio? Amen de eso, si entro á la parte de los sufragios y en las indulgencias, tambien tengo á entrar en los gastos; ¿pues qué no hay más que entrar uno cofrade, morir bien ó mal, como Dios le ayudase, irse al pulgatorio, y salir luego de él de mogollon, y como dicen, de bobilis bobilis, sin que le cueste tanto como á cualquiera otro probe? A buen bocado, buen grito; lo que mucho vale mucho cuesta; donde las dan, las toman, y donde no las toman, no las dan.*

12. Pero si el cofrade se va al infierno, replicó

el padre maestro, ¿de qué le sirven los sufragios ni las indulgencias? *Ahora sí,* respondió el tio Bastian, *que su Eternidad muy Reverenda dió en el punto, y se conoce que es tiólogo. Sin serlo yo, he puesto esa enfecultá á muchos padres predicadores, y en verdad, que no han sabido desenredarse bien de ella. Las cofradías, que se reducen todas á sufragios y á indulgencias, solo sirven para los que están en gracia; mas para ponerse en ella no sirven, sino que sea por muchos arrudeos. Pues aquí de Dios y del Rey, digo yo ahora; ¿cuánto más valen aquellas cofradías, que llaman conjuraciones? Congregaciones querrá decir, tio Bastian, le interrumpió Fray Prudencio. Su Usandisima no repare en venablos ó en vucablos, prosiguió Bastian Borrego, que en entendiendonos, nos entendemos, y cada probe estornuda como Dios le ayuda. Digo, ¿que cuánto más valen aquellas conjuraciones ó congrigaciones ó lo que fueren, que obligan á escobijar la conciencia, confesando ó comulgando á menudo, como si dijéramos cada mes, ó los días de las fiestas recias, que dan regras para vivir un cristiano honradamente, en las cuales no hay mayordomías ni estos embelecós ó dimonios de caridades; y que en fin son medios para librarle á un hombre del infierno, que las otras, que lo más más á que tiran es á sacarle á uno del pulgatorio? A eso digo yo, padre nuestro, que una vez metido en el pulgatorio, tarde ó temprano yo soldré de él, pero in enferno mula es en reñtion, y en verdá, que no me han de sacar de él los oficios de ánimas, que hace la cofradía por los cofrades enfunto.*

13. Grandísimo gusto le daba al bueno del padre

maestro la conversacion del tio Bastian, porque en medio de sus charras explicaderas, descubria, que era hombre de humor y de entendimiento. Así pues, deseoso de oirle hablar más, le preguntó, quién habia fundado en Jaca la chica ó en Jacarilla la cofradia de Santa Orosia, porque le parecia cosa extraordinaria; puesto que, aunque habia visto muchas cofradias del Sacramento, de las Animas, de San Roque y de San Blas y de algunos otros Santos, pero que de Santa Orosia nunca la habia visto ni oido, atento á que esta Santa, aunque tan grande, era poco conocida en Castilla. *A eso responderé, Esentísimo padre*, dijo el tio Bastian (y á este tiempo tomó un polvo de la caja que á tal punto abrió el padre maestro), *que en cada villa su maravilla, y cada ladron tiene su santo de devocion. El cura de mi lugar es aragonés, nacido y bautizado en la Zuida de Jaca, que dicen está allí junto á tierra de moros; y de camino quiero que sepa su Ausencia, que no quiere que le llamemos señor Guillen (que este es el apellido de su alcurnia), sino mosen Guillen, porque disqasi susa en su tierra; y al enprencipio cierto que todos nos riamos muchísimo, porque esto de mosen nos olia á cosa de Moisés. No (le interrumpió el padre maestro), es voz muy antigua de la lengua castellana, tomada de la arábiga, para explicar mi señor, y se ha conservado en Aragon, como por distintivo y mayor respeto de los señores sacerdotes. Pues este tal cura (prosiguió el tio Borrego) es un santo (así lo juera yo delante de la cara de Dios), y porque dizque en la Zuida de Jaca, donde él nació, tienen grandísima devocion con Santa Orosia, que es su Patrona, él tambien se la tiene; y como mi lugar*

*se llama Jaca la chica, nos perdicó en un sermon (¡válgame Dios y qué sermon nos perdicó!), que sería gueno, que tuviese la misma Patrona que Jaca la grande, porque Dios y los Santos no reparan en estaturas: y para esto me acuerdo que trajo allá un tiesto de Isabel, cuando unció por Rey á David. Samuel diria el cura, interrumpió el maestro Prudencio. Samuel, ó Isabel, que para lo de Dios todo es uno, prosiguió el tio Borrego, á quien dijo su Magestá, que no mirase en su estatura si era grande ó chica, y luego lo dijo en latin tan craro y tan clavado, que lo entendió hasta la mi Coneja, que así se llama mi mujer Bartola Conejo, para servir á Dios y á su Eternidad. En fin, tantas y tales cosas nos dijo de la gloriosa Santa, que se juntó aquel mismo dia el con-cejo, y allí encontinenti votamos todos, que habia de ser Patrona del lugar; y de más á más fundamos una cofradia, en que entraron casi todos los vecinos; y por fin y por proste hicimos todos obrigacion ante el Fiel de Fechos de hacer todos los años á la bendita Santa una fiesta, que, déjelo señor, no la hay más célebre en toda la redonda: y como digo, cada mayor-domo se esmera en traer el perdicador más famoso de toda la tierra; y así en los tres años cá que se fundó la cofradia, el primero perdicó un padre en finitor, que se perdía de vista; el sigundo uno de estos padres gordos, que se llaman... que se llaman... válate Dios; ¡cómo se llaman! se llaman padres... padres, es así una cosa á manera de gubilete. Padres jubitados, dijo el maestro Prudencio. Si, un padre jibitado, continuó el tio Borrego, y en verdá que era una águila: Y este año, que es el tercero, y á mi me ha to-*

cado ser mayordomo, luego puse los ojos en nuestro padre Fray Bras, porque desde que le oí el sermón de San Benito del Otero en Cevico de la Torre, al momento le eché el ojo, y dije acá para mi sayo: ya te veo que eres garza, y como yo sirva alguna cofradía, no se me escapará este pájaro.

14. A este tiempo entró el granjero con la comida, y ya le pesaba al maestro Prudencio haberle dado tanta prisa para que los despachase, porque iba tomando grande gusto á la conversacion del tio Bastian. No obstante, como le hacian mayor fuerza los inconvenientes que tenia, de que el predicador mayor y Fray Gerundio hablasen á solas y despacio, llevó adelante su primera idea, de que comiesén presto, y despedir á los huéspedes luego que comiesén; y así dió orden al lego, para que mientras ellos tomaban un bocado, echase un pienso á las caballerías.

15. Durante la comida, preguntó el padre maestro al tio Borrego, ¿cómo se entendian los predicadores para predicar de una Santa, de quien habia tan pocas noticias en Castilla? A eso, padre nuestro, respondió el tio Bastian, ya nuestro cura da providencia; porque ha de saber su Excelentísima, que le enviaron de Jaca un rimero de sermones como así (y levantó la mano derecha como media vara), todos imprimidos, que es un pasmo. Parece á ser que estos sermones todos son exemprárcles, ó como se llaman, de uno que compuso un Flayre á la señora Santa Orosia, para perdicarle en la Zuidá de Jaca, y que al cabo no le perdicó no sé allá por qué tracamundanas, y corre vé y diles, que de haber habido. En fin el

Flayre, que dicen era hombre encircunstanciado, y de los más guapos perdicadores que habia en aquellas tierras: aunque no perdicó el sermón le imprimió, y porque tiene grande amistad con el señor cura, le umbió el rimero que dize; y el señor cura, luego que sale mayordomo de la cofradía, le da un exemprar, para que se lo entregue al perdicador que nombrare, y le sirva, como dicen, de pautero. Pero á la salud de su ausencia, esentísimo padre, y mojemos la palabra; y echóse á pechos un vaso de á cuartillo.

16. Buen provecho, tio Bastian, respondió el maestro Prudencio, y continuó diciendo: Sin duda que ese sermón debe ser muy especial, y que traerá grandes noticias de Santa Orosia. Yo, padre nuestro, prosiguió el buen Borrego, limpiándose los vigotes y relamiéndose el trago, soy un probe simple, que ne sé leer ni escribir, y no lo entiendo; pero un hijo mio, que es un lince, pues no tiene más que diez y ocho años, y ya anda por proceso, nos le leyó una noche, á la mi Coneja y á mí, y nos pareció que dacia unas cosas muy hondas. Ello es impusible de Dios, que no sea uno de los más estupendisimos sermones, que se han perdicado en el mundo; porque vea usa Trinidad: ¿sobre que anda de letra de molde y se ha emprendido! Pero si su Caridá gusta de leerle, dexé, que yo pediré uno á mosen Guillen, y se le traeré cuando guelva á dezar en su convento á nuestro padre perdicador mayor.

17. No es menester, replicó Fray Blas, que yo daré á V. Paternidad el que me presentó el señor mayordomo, que ahí le traigo en la alforja, porque me embelesa tanto su lectura, que no acierto á de-

jarle de la mano, y de puro leerle, casi le he aprendido de memoria. Es de los grandes sermones que he leído en mi vida. ¿Y toca todas las circunstancias? preguntó entonces Fray Gerundio, Déjame echar un trago á la salud de nuestro padre maestro, y despues te responderé. Bebió Fray Blas otro vaso de vino, que estaba á nivel con el de su mayordomo, limpióse con sosiego y con autoridad, y prosiguió diciendo: ¿que llama si toca todas las circunstancias? No deja una, que no toque. ¿Pero cómo? Toca el sitio donde está fabricada la iglesia de Jaca, toca su escudo de armas, toca el del señor obispo, que era á la sazón, toca el número de los regidores de la ciudad; toca el de las mujeres, que en otro tiempo la defendieron contra los moros; y aunque es verdad, que ninguno oyó el sermón, porque no se predicó; pero como le compuso para que le oyesen, toca el número sin número de los que pudieran oírle; y finalmente toca hasta el de los que llevaban el pábulo, que eran ocho. Y todo con unos textos tan oportunos, tan adecuados, y tan literales, que no hay más que pedir, y parecia imposible que ingenio mortal pudiese llegar á tanto. Esto es predicar, ó esto es componer sermones, que todo lo demás es paja. Y casi fuera de sí dió una palmada en la mesa, tan récia, que faltó poco para que vasos, salvilla y jarro diesen en tierra; y lo que es el jarro, asegura un autor fidedigno, que hubiera caído al suelo, á no haberse abrazado prontamente con él, al tiempo de bolcarse, el vigilantísimo Sebastian Borrego.

18. Siglos se le hacian al bendito Fray Gerundio los instantes que tardaba en leer un sermón, que

ponderaba tanto un hombre como el padre Fray Blas, á quien él tenia por el mayor espanta-pueblos que conocian los púlpitos de aquel siglo. Reventando estaba por pedirsele, y ya tenia en el borde de los labios las palabras, cuando le contuvo el respeto del padre maestro, á quien ya el otro se le habia ofrecido; y tambien fué parte para detenerle un poco de miedo que le habia cobrado, hasta saber qué dictámen formaba del tal sermón su Paternidad; y más que le notó no sé qué gestos displicentes, mientras Fray Blas estaba ponderando el primor y la menuencia, con que se tocaban en él todas las circunstancias.

19. Con efecto, al machucho del padre maestro Fray Prudencio le habia disonado tanto esto, que prorrumpió diciendo: aceto el sermón que me ofrece el padre predicador, no más que para divertirme con él, y compadecerme del que le compuso; pues por lo demás, supuesto lo que el padre predicador dice, no necesito leerle para juzgar desde luego, que será un tejido de despropósitos, de disparates y de puerilidades, sin que tenga de sermón más que el título y el tema; ¡sermones de circunstancias y de tales circunstancias! No se ha inventado locura mayor, más torpe, más indigna de la cátedra del Espíritu Santo, ni que más acredite la mala cabeza del predicador, el depravado gusto de los oyentes, y la lastimosa ignorancia que hay en unos y en otros de lo que es verdadera elocuencia. Solo en España se estila esta vergonzosa necesidad; y aún en España no se introdujo hasta más de la mitad del siglo pasado, en que comenzaron á profanar el púlpito con estas

ridículas indecencias unos títeres ó unos poetuelas en prosa, á quienes la ignorancia del vulgo aclamó por grandes predicadores. No se me señalará ni un solo sermón de estos que se llaman circunstanciados, que sea de data más antigua. Todas las naciones extranjeras hacen una gran burla de nosotros (y lo peor del caso es, que la tenemos bien merecida) por esta impertinente, loca y pueril extravagancia.

20. Sermón de circunstancias. ¿Pues acaso hay otra circunstancia en el sermón, que la de predicar del Santo, del misterio ó del asunto de que se habla? ¿Qué conexión tiene con las virtudes de Santa Orosia, que la catedral de Jaca esté en este sitio ni en el otro, y se llame así ó asá? ¿Que las armas del obispo sea un león ó un avestruz? ¿Que la iglesia catedral tenga por escudo dos llaves con dos puertas, ó dos arcos sin cerradura? ¿Que los regidores sean nueve ó sean veinte? ¿Que lleven el pábulo ocho ni ochenta? y finalmente; ¿qué arte ni parte tuvo Santa Orosia, ni qué gloria se la sigue, de que las mujeres jaquetanas hubiesen defendido la ciudad contra los moros, cuando esta hazaña sucedió muchos años ántes, que hubiese Santa Orosia en el mundo; conduce nada de esto para formar un gran concepto del mérito de la Santa, una grande idea de su poder, una viva confianza en su protección, ni para alentar á la imitación de sus heroicas virtudes, que es ó debe ser todo el empeño de los sermones panegíricos?

21. ¿Los maestros de la elocuencia Sagrada ni aún profana usaron jamás estas impertinencias? ¿Hállase por ventura ni un remoto rasgo de ellas en los sermones, en las homilias, en los panegíricos de los

Santos Padres? ¿Cicerón y Quintiliano hicieron nunca asuntos de semejantes vagatelas? Si un abogado se introdujese en estrados públicos á hablar en un pleito, haciendo circunstancia de las armas del presidente, de los escudos de los jueces, del dosel de la sala, del artesonado de la pieza, y de otras necesidades semejantes; ¿habría paciencia para dejarle acabar su arenga; y no dispondrían luego que fuese á concluir la á los orates? Pues aquí de Dios y de la razón; ¿cómo se sufre esto en los predicadores? ¿Cómo se les aplaude? ¿Cómo se les celebra? ¿Cómo no se convierten en silvos los elogios? ¿Y cómo no vuelan contra ellos los sombreros y las monteras á falta de tronchos? Pero esto era para más despacio, y tampoco es para aquí. Ahora, pues, ustedes han acabado ya de comer, y tienen que andar cinco leguas hasta Jacarilla, Fray Gregorio saca las caballerías; Fray Blas, déjeme ese sermón para entretenerme, y no hay que perder tiempo, que se va haciendo tarde.

22. Por mal de sus pecados, al querer levantarse de la mesa el bueno del mayordomo, no pudo; porque le pesaba más la cabeza, que lo restante del cuerpo. Era el caso, que mientras el celoso Fray Prudencio había estado tan enardecido predicando contra los predicadores, que perdian néciamente el tiempo en hacerse cargo de ridículas circunstancias, el tío Bastian no le había perdido, y menudeando los tragos, que todos eran de á fóllo, el vino hizo su oficio; y cuando quiso ponerse en pié, cayó entre la mesa y el banco, teniendo la desgracia de tropezar con la cabeza en la esquina de éste, y se hizo una herida, que parecia una espita. No hubo más reme-

dio, que aplicarle una estopada, llevarle entre cuatro mozos de labranza á la cama, y darle tiempo hasta el dia siguiente para que volviese del rapto.

23. Mucho sintió este accidente el maestro Prudencio, porque ya era preciso, que á lo ménos aquella tarde estuviesen juntos el predicador y Fray Gerundio, y temia que aquel echase á perder lo que juzgaba habia adelantado por la mañana. Viendo que ya no tenia otro remedio, propuso en su ánimo no dejarlos ni un instante solos; y cuando estaba trazando el modo de tenerlos entretenidos, el mal dimoño que no duerme, dispuso que en aquel instante viniese á visitarle el arcipreste del partido, que era cura de un lugar poco distante de la Granja; y despues de hechos los primeros cumplidos, dijo que con licencia de aquellos padres, traia algunos casos, que consultar en secreto con su Reverendísima.

## CAPÍTULO II.

SALENSE A PASEAR FRAY BLAS Y FRAY GERUNDIO, Y DE LAS RIDÍCULAS REGLAS PARA PREDICAR, QUE LE DIÓ AQUEL CON TODOS SUS CINCO SENTIDOS.

ELLOS que no deseaban otra cosa, sin aguardar á más razones, toman los báculos, y los sombreros, y sálense solos al campo, bien resueltos á no volver á la Granja, hasta muy entrada la noche. Quiso ánte todas cosas el predicador mayor leer luego á su querido Sabatino el sermon, que habia de predicar á Santa Orosia, y le llevaba en el pecho, entre el coletillo y la saya del hábito, asegurándole que era de los sermones más á su gusto que habia compuesto hasta entóncees. Pero Fray Gerundio le dijo, que para leer el sermon ya habria tiempo, y que en aquella tarde tenia mil cosas que decirle, las cuales no queria que se le olvidasen: especialmente, que como la ocasion es calva, era menester cogerla por los cabellos, pues acaso no pillarían otra semejante en mucho tiempo. Espetóle toda la conversacion, que habia tenido por la mañana con el padre maestro, lo que le habia dicho acerca de las facultades en que debia estar por lo ménos medianamente instruido todo buen orador; la necesaria lectura de los Santos Padres, y á falta de ésta el modo de suplirla con la

dio, que aplicarle una estopada, llevarle entre cuatro mozos de labranza á la cama, y darle tiempo hasta el dia siguiente para que volviese del rapto.

23. Mucho sintió este accidente el maestro Prudencio, porque ya era preciso, que á lo ménos aquella tarde estuviesen juntos el predicador y Fray Gerundio, y temia que aquel echase á perder lo que juzgaba habia adelantado por la mañana. Viendo que ya no tenia otro remedio, propuso en su ánimo no dejarlos ni un instante solos; y cuando estaba trazando el modo de tenerlos entretenidos, el mal dimoño que no duerme, dispuso que en aquel instante viniese á visitarle el arcipreste del partido, que era cura de un lugar poco distante de la Granja; y despues de hechos los primeros cumplidos, dijo que con licencia de aquellos padres, traia algunos casos, que consultar en secreto con su Reverendísima.

## CAPÍTULO II.

SALENSE A PASEAR FRAY BLAS Y FRAY GERUNDIO, Y DE LAS RIDÍCULAS REGLAS PARA PREDICAR, QUE LE DIÓ AQUEL CON TODOS SUS CINCO SENTIDOS.

ELLOS que no deseaban otra cosa, sin aguardar á más razones, toman los báculos, y los sombreros, y sálense solos al campo, bien resueltos á no volver á la Granja, hasta muy entrada la noche. Quiso ánte todas cosas el predicador mayor leer luego á su querido Sabatino el sermon, que habia de predicar á Santa Orosia, y le llevaba en el pecho, entre el coletillo y la saya del hábito, asegurándole que era de los sermones más á su gusto que habia compuesto hasta entónces. Pero Fray Gerundio le dijo, que para leer el sermon ya habria tiempo, y que en aquella tarde tenia mil cosas que decirle, las cuales no queria que se le olvidasen: especialmente, que como la ocasion es calva, era menester cogerla por los cabellos, pues acaso no pillarían otra semejante en mucho tiempo. Espetóle toda la conversacion, que habia tenido por la mañana con el padre maestro, lo que le habia dicho acerca de las facultades en que debia estar por lo ménos medianamente instruido todo buen orador; la necesaria lectura de los Santos Padres, y á falta de ésta el modo de suplirla con la



leccion atenta de buenos y escogidos sermonarios; los que determinadamente le habia señalado que eran los de Santo Tomás de Villanueva, Fray Luis de Granada y el padre Vieira; y finalmente las reglas, que á petición suya habia ofrecido darle para predicar bien todo género de sermones.

2. Y á tí, ¿qué te pareció de todo lo que te dijo ese santo viejo? le preguntó Fray Blas. ¿Qué quiere V. que me pareciese? le respondió Fray Gerundio, que todos los viejos saben á la pez, y que en fin los viejos no dicen más que vejezes. Ahora bien, le replicó Fray Blas, excusemos de razones, porque contra experiencia no hay razon, y para que veas cuán sin ella habla ese santo hombre, oye un argumento sencillo, pero convincente. Yo no he estudiado ningunas de esas facultades, que te dijo eran tan necesarias para ser uno buen predicador. Yo no he leído de los Santos Padres, más que lo que encuentro de ellos en las lecciones del breviario, y en los sermones sueltos que se me vienen á las manos, ó en los sermonarios de que uso. Yo no sé, que haya visto ni aun por el pergamino, los sermones de Santo Tomás de Villanueva. Por lo que toca á los de Fray Luis de Granada, lléveme el diablo si en mi vida he leído ni siquiera un renglon; y solo de Vieira he leído algunos sermones, porque me gustan mucho sus agudezas. Siendo esto así, te pregunto ahora; ¿parecete en Dios y en tu conciencia, que predico yo decentemente? ¿Qué llama decentemente? replicó con viveza Fray Gerundio: yo en mi vida he oído ni espero oír á otro predicador semejante. Luego para predicar bien (concluyó Fray Blas) no es menester

nada de eso, que te quiso encajar el antaño de Fray Prudencio.

3. El argumento no tiene respuesta, dijo el candidísimo Fray Gerundio, y así desde ahora le doy á V. palabra de no hacer caso de todo cuanto me diga. Mi guía, mi ayo, mi maestro, y como dicen, mi padrino de púlpito ha de ser V.: sus consejos han de ser mis oráculos, sus lecciones mis preceptos, y no me apartaré un punto de lo que V. me enseñare. Así pues, ya que la tarde es larga y la ocasion no puede ser más á pedir de boca, deme V. algunas reglas claras, breves y perceptibles, de manera que yo las pueda conservar en la memoria, para componer bien todo género de sermones; porque aunque muchas veces hemos hablado, ya de éste, ya de aquel punto tocante á la materia, pero nunca le hemos tratado seguidamente, y como dicen, por principios. Soy contento, respondió el predicador, y oye-me con atencion sin interrumpirse.

4. Primera regla: eleccion de libros. Todo buen predicador ha de tener en la celda, ó á lo ménos en la librería del convento los libros siguientes: *Biblia*, *Concordancias*, *Poliantea ó el Theatrum vitæ humanæ* de *Bayertink*, *Teatro de los Dioses*, *los Fastos de Masculo ó el Calendario Etnico de Mafejan*, *la Mitología de Natal Comite*, *Auto Gelió*, *el Mundo Simbólico de Picinelo*; y sobre todo, *los Poetas Virgilio*, *Ovidio*, *Marcial*, *Catulo* y *Horacio*: de sermonarios no ha menester más, que el *Florilégio Sacro*, cuyo autor ya sabes quien es, porque en ese solo tiene una India.

5. Segunda regla. Tenga V., le interrumpió Fray

Gerundio. ¿Y no será bueno añadir algun expositor ó Santo Padre? No seas simple, le respondió Fray Blas, para nada son menester. Cuando quieras apoyar algun concepto ó pensamientillo tuyo con autoridad de algun Santo Padre, dí que así lo dijo el águila de los doctores, así la boca de oro, así el panal de Milan, así el oráculo de Seleucia, y pon en boca de San Agustin, de San Juan Crisóstomo, de San Ambrosio ó de San Basilio lo que te pareciere: lo primero, porque ninguno ha de ir á cotejar la cita; y lo segundo, porque aunque á los Santos Padres no les hubiese pasado por el pensamiento decir lo que tú dices, pudo pasarles. Por lo que toca á los expositores, no hagas caso de ellos, y expon tú la Escritura como te diere la gana, ó como te viniere más á cuento; porque tanta autoridad tienes tú como ellos para interpretarla. Que Cornelio diga esto, que diga lo otro Barradas, que Maldonado piense así, ni que el Abulense discurra asá; ¿á tí qué te importa? Cada cual tiene sus dos deditos de frente, como el Señor te ha deparado. Y en fin, porque me hago cargo de que para parecer hombre leído, y escriturario, es menester citar á muchos expositores, no te quito que los cites cuando te diere la gana, antes te aconsejo que los cites á puñados; pero para citarlos no es necesario leerlos, y haz con ellos lo que te dije que hicieses con los Santos Padres. Prohíjales lo que quisieres, teniendo gran cuidado de que el latin no salga con solecismo; por mí la cuenta si te lo conocieren en la cara. Un solo expositor te aconsejo, que tengas siempre á la mano, estè es el Silveira, porque es cosa admirable para un apuro; y si se te

antojare probar que la noche es dia, y que lo blanco es negro, harto será que no encuentres en él con que apoyarlo.

6. Tercera regla. El título ó asunto del sermón sea siempre de chiste, ó por lo retumbante, ó por lo cómico, ó por lo facultativo, ó por algun retruquecanello. Pondréte algunos ejemplares, para que me entiendas mejor, *Triunfo amoroso, Sacro Himeneo, Epitalamio festivo, etc.* Sermón que se predicó á la profesion de cierta religiosa; por señas, que en el primer punto la hizo el predicador *Ciervo*, y en el segundo *Leon*, dos animales, que se registran en el escudo de su familia; ¡estos son títulos, estos son asuntos, y esta es inventiva! Si en el blason de la señorita hubiera un Hipogrifo, ni más ni ménos le hubiera acomodado el predicador á su profesion religiosa, porque los hombres de ingenio son los verdaderos químicos, que de todo sacan preciosidades. Oye otros tres admirables títulos por términos contrarios. *Parentacion dolorosa, oracion fúnebre, epicedio triste*, en las exequias de otra religiosa de grande esfera; y aunque el orador no tomó asunto determinado, sino historiar poéticamente la vida de su excelentísima heroína, lo hizo tan conforme á las reglas del arte, que en la frase jamás se apartó de él, en la cadencia apenas la pierde de vista, y tal vez le sigue exactamente hasta en la misma asonancia. Escucha por Dios como da principio al cuerpo de la oracion, y pásmate si no te quieres calificar de tronco. *A Dios, Celeste Coro; á Dios, Lirios Seráficos; á Dios, amadas Hijas; á Dios, Cisnes sagrados.* ¿Qué le falta á esta cláusula para ser una perfecta

redondilla de romance ordinario, sino haber hecho esdrújulo el último pié del postrer verso, como lo pudo hacer fácilmente el reverendísimo orador, diciendo: *á Dios, cisnes extáticos?* En verdad que nada e costaria, como nada le costó la otra perfectísima redondilla de romance, que se sigue pocos renglones más abajo. *Querida esposa; ¿á qué aguardas? Bella mujer; ¿á qué esperas? Sal de esa caduca vida, y ven á lograr la eterna.*

7. Bien se, que algunos monos condenan mucho en la prosa esta especie de cadencia, y mucho más cuando se junta la asonancia, queriendo persuadirnos, que tanto disuena el verso en la prosa, como la prosa en el verso. Citan para eso, entre otros muchos, á no sé que Longino, autor allá del siglo de oro, que trata de pueriles, de insensatos y aún de rudos á los que usan de este estilo: *Puerile est, imò tardi rudisque ingeniù solutam orationem inamænã versùs harmonia contexere;* pero ¿qué importa que lo diga Longino? ni qué caso hemos de hacer de un hombre, que acaso sería tercero ó cuarto nieto del que dió la lanzada á Cristo? Fuera de que Longino escribió en griego, y los que le tradujeron en latín y en francés le pudieron haber levantado mil testimonios. Finalmente, lo que á todo el mundo suena bien; ¿por qué ha de ser disonante? pero vamos prosiguiendo con las titulos y asuntos de sermones.

8. *Mujer llora y vencerás:* sermón á las lágrimas de la Magdalena; ¿qué cosa más divina, que haber acertado á representar el amargo llanto de la mujer más penitente, con el título, y aún con los amatorios lances de una de las comedias más profanas? Estos

primorecillos no se hicieron para ingenios ramplones y de cuatro suelas. *El Lazarillo de Tormes:* sermón predicado en la dominica cuarta de cuaresma, llamada comunmente *de Lázaro*, á cierta comunidad religiosa; en el cual apenas hay travesura, enredo, ratería ni truanada de aquel famoso pillo ó idea fingida de un famoso salteador de figones y mal-cocinados, que no se acomodé con inimitable propiedad á la resurreccion de Lázaro, de la que hizo asunto el predicador, dejando el propio de la dominica, y predicando solo del nombre que se daba á aquella semana. *Lo máximo en lo mínimo:* sermón predicado á San Francisco de Paula, sin salir de este oportuno retreucanillo, que parecia nacido para el intento.

9. *El particular in esendo, y universal in prædicando:* sermón famoso al célebre Confalon de cierta ciudad, que es el Lydius Lapis de los predicadores de rumbo, y los sermones suelen ser unas bellas corridas de toros, ingeniosamente representadas desde el púlpito, sacando á plaza todos cuantos toros, novillos, bueyes y vacas pacen en los campos de las letras sagradas y profanas, y convirtiéndose el estandarte ó bandera del Confalon en banderilla, que comunmente clava el auditorio al predicador, *porque no ha dado en el chisto.* En fin, porque ya me voy dilatando demasiado en esta regla, si quieres tú dar en el chisto de los asuntos, no tienes más que imitar los del celeberrimo florilégio sacra, que debe ser tu pauta para todo. Allí encontrarás los siguientes: *Gozo del padecer, en el padecer del gozar,* á los dolores gozosos de la Virgen. *Real estado de la razon, contra la quimérica razon de estado,* viernes de enemigos.

*Luz de las tinieblas, en las tinieblas de la luz*, al Santísimo Sacramento. *Dicha de la desgracia, en la desgracia de la dicha*, al entierro de los huesos de los difuntos; y así de casi todos los asuntos de aquel nunca bastantemente alabado ingenio y verdaderamente mónstruo de predicadores. Si algun hombre de génio melancólico, indigesto y cetrino quisiere persuadirte, como muchos han intentado persuadirme a mí, que esta especie de asuntos ó de títulos, sobre no tener *sal*, gracia, agudeza ni rastro de verdadera ingeniosidad, son pueriles, alocados y muy agenos de la seriedad, gravedad y magestad con que se deben tratar todas las materias en el púlpito, nunca te metas á disputar con ellos, déjalos que abunden en su opinion, hazlos una grande cortesía, y sigue tú la tuya. Porque aún dado caso que ellos tengan razon, los que la conocen son cuatro, y los que se pagan mucho de estos sonsonetes, epitetos cómicos, antítesis y bocanadas, son cuatrocientos mil.

10. Cuarta regla. Sea siempre el estilo cresco, hinchado, erizado de latin ó de griego, altisonante, y si pudiere ser cadencioso. Huye quanto pudieres de voces vulgares y comunes, aunque sean propias; porque si el predicador habla desde más alto, y en voz alta, es razon que tambien sean altas las expresiones. Insigne modelo tienes en el autor del famoso florilugio, y solo con estudiar bien sus frases, harás un estilo que aturrulle y atolondre á tus auditorios. Al silencio, llámale *taciturnidades del labio*; al alabar, *panegirizar*; al ver, *atingencia visual de los objetos*; nunca digas *habitacion*, que lo dice cualquier payo, di *habitáculo*, y déjalo por mi cuenta: *existir*,

es vulgaridad: *existencial naturaleza*, es cosa grande. Que la culpa original se deriva por el pecado, á cada paso lo oimos; *pero que se traduce por el fomes del pecado*, si no fuere más sonoro, á lo menos es más latino y más obscuro; y acaso no faltará algun tonto que juzgue, que el primer pecado se cometió en Hebreo, y que un escritor ó literato llamado *Fomes*, le tradujo en castellano. Algun escrupulillo tengo, de que la proposicion (salvo la hermosura de la frase) es disparatada, porque la culpa no se deriva ó no se traduce por el pecado, sinó por la naturaleza que quedó infecta con él. Pero al fin, la verdad de esto quédese en su lugar; porque como soy poco teólogo, no me quiero meter en lo que no entiendo.

11. Guárdate bien de decir nunca la *vara de Aarron*, porque juzgarán que es la vara de algun alcalde de aldea; en diciendo la *Aaronítica vara* se concibe una vara de las Indias, y se eleva la imaginacion. *Cecuciente naturaleza*, es claro que suena mejor, que naturaleza corta de vista, porque esta última expresion parece que está pidiendo de limosna unos anteojos de vista cansada. Sobre todo, *ignitas aras del deseo*, por deseo ardiente y encendido, es locucion que embelesa. Basten estos verbi-gracias, para que sepas las frases que has de estudiar, ó á lo menos imitar en el *florilugio sacro*, y con esto solo harás un estilo cultísimo por el camino más fácil. Para que comprendas mejor, ¡qué cosa tan bella es esta! oye una cláusula en el mismo estito, formada casi solamente de los propios términos: *Cuando la cocuciente naturaleza, superando los ignitos singultos del deseo, erumpe del materno habitáculo, y presenta su exis-*

tencial ser á las atingencias visuales, aunque con la lave original traducida por el fomes, los circunstancias se erigen, cual Aaronítica vara, ansiosos de conspírala. Digote de verdad, que un sermón en este estilo, no hay oro en el mundo para pagarle.

12. Hay otro estilo también muy elevado, aunque por diferente rumbo, el cual no consiste en frases peregrinas ó latinizadas, sino en una junta y armoniosa mezcla de voces, que siendo cada una de por sí natural, llana y sencilla, las da la colocación no sé qué aire primoroso, que hechiza, suspende y arrebatá. Esto mejor se explica con ejemplos: Supongamos, que me hubiesen encargado un sermón de honras, y que para explicar mi dolor por la muerte de la persona, á quien se dedicaba la oración fúnebre, diese principio á ella de esta manera: *¡Ay de mí! no sé que siento en el alma: parece que esta se me arranca ó forceja por salirse del cuerpo. El corazón quiere seguirla, la garganta se me anuda, la voz no acierta con los labios. A no suplir un precepto la falta del espíritu, no sería posible hablar. Los suspiros se atropellan en la boca, y al salir de tropel, mezclándose con las lágrimas, turban la vista, sin dejarla percibir más que objetos melancólicos y tristes. ¿No te parece que sería ésta una grandísima frialdad, y que á lo ménos cualquiera simple vejezuela entendería lo que quería decir? Pues oye como explicó este mismo concepto un venerable varón en el exordio de aquella parentación dolorosa, oración fúnebre y epicedio triste de que te hablé en la segunda regla.*

13. *¡Ay de mí; qué pavor recibe el alma; qué desmayo el corazón asusta! El alma fugitiva de sí*

*misma no acierta á dar noticia: el corazón saliendo-se del pecho apenas late, porque apenas de esa tumba solo pulsa: anudada la garganta, es áspero cordel el mismo aliento: desmayada la voz, halla un cariño que las ausencias suplè del espíritu, porque se vé animada de un precepto: árbitro este del balbuciente labio, confundiendo los atropellados suspiros del pecho, con la copiosa lluvia de los ojos, solo libres para atormentarse con tristezas. ¿Qué te parece? no es este un encanto; y ¿qué importará, que el ilustrísimo señor Valero, en aquella su célebre carta pastoral (que no sé cierto por qué la han alabado tanto los hombres más doctos de la monarquía) haga una sangrienta sátira contra el estilo elevado en los sermones, especialmente cuando le usan unos hombres, que por su profesión austera y penitente, y por su traje de mortificación, menosprecio del mundo, mortaja y desengaño, parecía que ni en el púlpito ni fuera de él habían de abrir la boca, sino para pronunciar huesos, calaveras, juicio final y fuego eterno? No me acuerdo de sus palabras formales; pero bien sé que son muy semejantes á estas.*

14. «¿Qué es ver subir al púlpito á un predicador, amortajado más que vestido, con un estrecho «saco, ceñido de una soga, de que hasta el mismo «tacto huye ó se retrae, calado un largo capueho «piramidal hasta los ojos, con una prolongada barba, salpicada de canas cenicientas, el semblante «medio sorbido de aquel penitente bosque, y lo demás «más pálido, macilento y extenuado al rigor de los «ayunos y de las vigiliás, los ojos hundidos hácia «las concavidades del cerebro, como retirándose

«ellos mismos de los objetos profanos, y gritando  
«mudamente, *apartadnos, Señor, de la vanidad del*  
«*mundo!* ¡Qué es ver, digo, á este animado esque-  
«leto en la elevacion de un púlpito, asustando con  
«sola su vista aún á los que no son medrosos, pro-  
«poner el tema del sermón con magestad, arremnan-  
«gar el desnudo brazo, mostrar una denegrida piel  
«sobre el duro hueso hasta el mismo codo, y dar  
«principio al sermón de esta ó de semejante ma-  
«nera!

15. *Bizarro propugnáculo de España, célebre Co-*  
*lonia latina, idea de cónsules clarísimos, y gloria de*  
*los pueblos arevacos, ¿qué es esto?... ¿Qué es esto,*  
*bella emulacion del orbe, jurada reina de los carpen-*  
*tanos montes, en cuya ilustre falda, si la vista de*  
*dos profundos valles, te cñne, al murmuro de Eresma*  
*y de clamores te acompaña?... ¿Qué es esto, Arco de*  
*paz peregrina, donde los ciento y cincuenta y nueve*  
*de tu puente, son trofeos gloriosos del que ostenta Mi-*  
*llán en este día, por real florido iris de su cielo? Et*  
*reliqua.*

16. «¿No quedaria escandalizado el auditorio  
«(prosigue la substancia de dicho melancólico pre-  
«lado) al oír aquel viviente cadáver prorumpir en  
«unas voces tan pomposas, tan hinchadas, tan flori-  
«das, y cuando esperaban escuchar de unos labios  
«emboscados en la espesura de aquella penitente  
«barba, ó desengaños que los aterrassen, ó inflama-  
«dos afectos que los encendiesen, hallarse con una  
«relacion crespá, sonora, retumbante, la mitad en  
«prosa y la mitad en verso, que no parecia mal en  
«unas tablas? Si saliese al teatro un comediante con

«su peluca blonda y empolvada, sombrero fino de  
«plumage, y por cucarda un lazo de diamantes,  
«chupa de riquísima tela, casaca correspondiente  
«á la chupa, medias bordadas de oro, zapatos á la  
«gran moda, con dos lazos de brillantes por evillas,  
«espada de puño de oro, baston del mismo puño,  
«camisola y vueltas de París, bordadas con exqui-  
«sito primor, y él de estatura heroica, de semblante  
«grato y señoril, de talle airoso, de bizarra planta,  
«de noble y desembarazado despejo, y puesto enme-  
«dio del tablado, componiéndose las vueltas, dando  
«dos golpecillos halagüeños hácia las caídas del pe-  
«luquin ó de la peluca, proporcionado la postura,  
«echa una airosa cortesía al silencioso concurso, y  
«calado garbosamente el sombrero, rompiese en esta  
«relacion:

*Ahora, Señor, ahora,*  
*Que la inexorable Parca*  
*Quiere aplicar á mi vida*  
*Los flos de su guadaña.*  
*Ahora, ahora, Señor,*  
*Que postrado en esta cama*  
*Me siento tal, que no sé*  
*Si he de llegar á mañana.*

«¿Habria bastantes silvos para él en la mosquetería?  
«¿No agotaria todas las peras, manzanas y tronchos  
«de la cazuela? ¿El alcalde de corte, que fuese  
«semanero, no daria pronta providencia para que  
«llevasen á aquel pobre hombre á la casa de la mi-  
«sericordia? Sí. Pues, á mal dar, tan loco es un ca-  
«puchino que representa en el púlpito, como un  
«comediante que hace mision en el teatro. Y lo mis-

«mo se debe entender de cualquiera predicador, sea de la profesion que se fuere; pues el haber puesto el ejemplar en un capuchino, es por la especial disonancia que hace esta hojarasca y vana frondosidad en aquel traje.» Hasta aquí la substancia de dicho Ilustrísimo. ¿Pero qué substancia tiene todo esto? El maligno cotejo que hace entre el predicador y el comediante no viene al caso, por más que parezca convincente; porque si en las tablas se representan vidas de santos y autos sacramentales en verso; ¿porqué no se podrán predicar en los pulpitos relaciones y jacaras en prosa? Que me respondan, que me respondan á esta retorsioncilla!

17. Otro estilo hay, que sin ser elevado en la expresion, es de gran gusto en el sonsonete, y son pocos los auditores, que no se alampnan por él. Este es el cadencioso, diga Logino lo que quisiere, y digan lo que se les antojare todos los descendientes por línea recta de los sayones, que dieron muerte al Salvador. El estilo cadencioso es de dos maneras, una cuando la cadencia es de verso, ya lírico, ya heróico; otra cuando consiste en cierta correspondencia, que tiene la segunda parte de la cláusula con la primera, como si la primera acaba en *onle*, que la segunda concluye en *unte*, si la caída de una es en *irles*, ta de la otra sea precisamente en *arles*, si aquella termina en *tamborlan*, esta termine en *matusalen*. Los ejemplos te pondrán esto mejor delante de los ojos.

18. Cadencia de verso lírico. Fuera del divino ejemplar, que ya te puse en el famoso sermón, intitulado: *Parentacion dolorosa, oracion fúnebre, epi-*

*cedio triste*, oye otro sacado de cierto sermón, que se predicó con extraordinario aplauso en una catedral donde hervian los hombres doctos como los garbanzos en olla de potage, y todo él fué por el mismo estilo, sin perder siquiera pié ni sílaba. *Asustada mi ignorancia,.. confuso mi encogimiento,.. ni sé si atribuya á dicha,.. ni sé si desgracia sea,.. la que busco en mi eleccion,.. para tanto desempeño,.. mil asuntos al sonrojo,.. mil materiales al susto,.. Pues si balbuciente el labio,.. se esfuerza á articular voces,.. es seguro el desacierto. Dat lingua nesciente, sonos: Y si abismado en mí mismo,.. á impulsos de conocerme,.. busco en el silencio asilo,.. ó es silencio irreverente,.. ó es sospechoso el silencio: Silentium mihi ignaviae tribuisti: Pero entre estos dos escollos,.. tenga paciencia el Scila,.. y toléreme el Caribdis,.. que por no estrellarme ingrato,.. en peñas de desalento,.. escojo naufragar triste,.. contra rocas de ignorante. Y así va prosiguiendo sin perderle pizca hasta el mismo *quám mihi*. No te puedo ponderar cuánto se celebró este sermón: en el mismo templo resonaron mil vitores y vivas, y despues hasta las mismas damas compusieron décimas en elogio del predicador; por merecer esta dicha, y por lograr esta gloria, ¿no se pueden llegar en paciencia todas las lanzadas de ese Longino ó Longinos de mis pecados, que tan mal está con este bellissimo estilo?*

19. Cadencia de verso heróico. Un sermón al glorioso San Ignacio de Loyola, comienza de esta manera: *Al Marte más sagrado de Cantabria;... al que en las venas del nativo suelo,.. para morrion, espada, peto y coto,.. forma encontró, y materia inac-*

cesible.... A la bomba, al cañon, al rayo ardiente,.. al que nació soldado, mal me explico,.. al que nació Alejandro de la gracia,.. y desde que dejó el materno albergue,.. con una Compañia, y con su brazo,.. aspiró á conquistar á todo el mundo,.. juzgando (y no tan mal) que le sobraba,.. la mitad de la tropa, y mucho aliento.... Al grande Ignacio, digo, de Loyola,.. reverentes consagran estos cultos,.. émulos de su fuego sus paisanos, etc. Aseguróme uno, que se halló presente, cuando se predicó este gran sermón, que no obstante de ser inmenso el auditorio, no se oyó en todo él ni siquiera un estornudo. Tanta era la suspension de los ánimos, y embeleso con que todos le escuchaban. ¿Pues qué caso hemos de hacer de cuatro carenezos, que porque ellos tengan ya el gusto destituido del calor natural, nos vengan á jerebear la paciencia, y á decirnos que este estilo y modo de predicar no es de oradores sino de orates?

20. Finalmente, hay cadencia, que sin ser de verso lírico ni heróico, es de correspondencia de períodos; y no hay duda sino que es una belleza. Admirable ejemplo en un sermón predicado con sobrepelliz y bonete á la canonizacion de San Pio V. Su principio era este: « Ya, ya sé á quienes intima « fatales sobresaltos el eco de estos sonoros universales cultos. Ya, ya sé que el apoteosis del Máximo « Pontífice Pio Quinto, inquieta, alborota, turba sus « erizadas olas al Lepanto. Ya, ya sé que el eco del « sonoro clarín del Vaticano desmaya, estrémece, « atemoriza el orgulloso corazón del Agareno.» Y así vá prosiguiendo, sin que en todo el sermón (que no es corto) se encuentre media docena de cláusulas, que no medien y no terminen en este airosisimo

sonsonete. Dime, amigo Fray Gerundio, ¿no te embelesan estos diferentes géneros de estilo; no te hechizan; y no es menester que tengan unos oídos con todo el órgano al revés, aquellos á quienes disuenan? Íbale á responder Fray Gerundio, á tiempo que llegó á ellos corriendo y exhalado un mozo de la Granja, diciendo que el padre maestro los llamaba, porque el arcipreste habia hecho su visita, acabado su consulta, y se habia vuelto á su casa.

21. No es ponderable cuanto sintieron uno y otro, que se les interrumpiese la conversacion, porque habia tela cortada para muchas horas. Pero no pudiendo excusarse de acudir al llamamiento de *nuestro padre*, tuvieron que volverse á la casa, dejando dentellones de la obra para proseguirla en mejor ocasion. No obstante, por el camino en que no aceleraron mucho el paso, Fray Blas volvió á repetir brevemente las mismas lecciones á su discípulo, para que se le imprimiesen más en la memoria, y añadió, que todavía tenia que darle otras reglas muy importantes acerca de las partes más esenciales de que se compone un sermón: como *de las entradas ó de los arranques, de las circunstancias en la salutacion, que, diga nuestro padre ni un capítulo entero de padres nuestros lo que se les antojare, son la cosa más necesaria, la más oportuna, la más ingeniosa, y la que más acredita á un predicador; del elogio de los otros predicadores, en funciones de octava ó fiestas de canonizacion, cuando han precedido ó se han de subseguir otros sermones; del modo de disponer, y de guisar estos elogios; de la clave para encontrar en la Sagrada Escritura y en las letras*



profanas el nombre ó el oficio de los mayordomos, y muchas veces todo junto; del uso de la mitología, de las fábulas, de los emblemas y de los poetas antiguos cosa que ameniza infinitamente una oración; de los asuntos figurados ó metafóricos, tomándolos, ya de los planetas, ya de los metales, ya de las plantas, ya de los brutos, ya de los peces, ya de las aves. Como v. gr. llamar á Cristo en el Sacramento, *el Sol sin Ocaso*, ó el Sol que nunca se pone; á San Juan Crisóstomo *el Potosí de la Iglesia*, aludiendo á las minas del Potosí, ya que Crisóstomo quiere decir *Boca de oro*; á Santo Domingo *la Canícula en su tiempo*, con alusión al perro que le figuró en el seno materno, ya que la fiesta del Santo se celebra en la canícula; á Santa Rosa de Lima *la Rosa de la Pasión*; á San Francisco Javier *el Eleutropio sagrado ó el divino girasol*, porque siguió con sus pasos al planeta, que dicen sigue esta planta con su vista, y así de los demás.

22. Estas y otras mil cosas tenía que decirte, pero lo que se dilata no se quita, y los mismos sermones que vayas predicando, me irán dando oportunidad para decírtelas. Lo que ahora te encargo es, que no hagas caso de las maximotas de nuestro padre maestro Fray Prudencio, ni de las de otros de su calaña, porque estos hombres tienen tan arrugado el gusto como la piel, y solamente les agradan aquellos sermones, que se parecen á los de los teatinos, infierno por delante y Cristo en mano. Dióle palabra Fray Gerundio, de que no se apartaría un punto de sus consejos, de sus principios, y de sus máximas; y con esto entraron en la Granja, donde pasó lo que dirá el capítulo siguiente.

## CAPÍTULO III.

LEE EL MAESTRO PRUDENCIO EL SERMON DE SANTA OROSIA, YA CON ESTA OCASION ADMIRABLES INSTRUCCIONES A FRAY GERUNDIO, PERÓ SE ROMPE INÚTILMENTE LA CABEZA.

No era tan temprano cuando los dos volvieron á la Granja, que no hallasen al maestro Prudencio con el velon encendido, montados los anteojos en la punta de la nariz, con el sermon de Santa Orosia delante de sí, un polvo en una mano, reclinada la cabeza sobre la otra, la caja abierta encima de la mesa, y el gesto un sí es no es avinagrado. Y fué así, que como el predicador Fray Blas le habia dicho, que llevaba el sermon de Santa Orosia en las alforjas y se le habia ofrecido, él luégo que montó el Arcipreste, y apenas acabó de rezar Maitines y Laudes para el dia siguiente, cuando con la licencia de anciano, y con la autoridad de padre maestro, registró las alforjas, dió con el tal sermon á poco escrutinio y se puso á leerle. Pero á la primera cláusula, fué tal el enfado que le causó, que á no haberle contenido su génio blando y apacible, le hubiera hecho pedazos.

2. Apénas avistó en la sala á los dos paseantes, cuando encarando con Fray Blas le dijo no sin alguna colerilla: Digame padre predicador; ¿y es posible

profanas el nombre ó el oficio de los mayordomos, y muchas veces todo junto; del uso de la mitología, de las fábulas, de los emblemas y de los poetas antiguos cosa que ameniza infinitamente una oración; de los asuntos figurados ó metafóricos, tomándolos, ya de los planetas, ya de los metales, ya de las plantas, ya de los brutos, ya de los peces, ya de las aves. Como v. gr. llamar á Cristo en el Sacramento, *el Sol sin Ocaso*, ó el Sol que nunca se pone; á San Juan Crisóstomo *el Potosí de la Iglesia*, aludiendo á las minas del Potosí, ya que Crisóstomo quiere decir *Boca de oro*; á Santo Domingo *la Canícula en su tiempo*, con alusión al perro que le figuró en el seno materno, ya que la fiesta del Santo se celebra en la canícula; á Santa Rosa de Lima *la Rosa de la Pasión*; á San Francisco Javier *el Eleutropio sagrado ó el divino girasol*, porque siguió con sus pasos al planeta, que dicen sigue esta planta con su vista, y así de los demás.

22. Estas y otras mil cosas tenía que decirte, pero lo que se dilata no se quita, y los mismos sermones que vayas predicando, me irán dando oportunidad para decírtelas. Lo que ahora te encargo es, que no hagas caso de las maximotas de nuestro padre maestro Fray Prudencio, ni de las de otros de su calaña, porque estos hombres tienen tan arrugado el gusto como la piel, y solamente les agradan aquellos sermones, que se parecen á los de los teatinos, infierno por delante y Cristo en mano. Dióle palabra Fray Gerundio, de que no se apartaría un punto de sus consejos, de sus principios, y de sus máximas; y con esto entraron en la Granja, donde pasó lo que dirá el capítulo siguiente.

## CAPÍTULO III.

LEE EL MAESTRO PRUDENCIO EL SERMON DE SANTA OROSIA, YA CON ESTA OCASION ADMIRABLES INSTRUCCIONES A FRAY GERUNDIO, PERÓ SE ROMPE INÚTILMENTE LA CABEZA.

No era tan temprano cuando los dos volvieron á la Granja, que no hallasen al maestro Prudencio con el velon encendido, montados los anteojos en la punta de la nariz, con el sermon de Santa Orosia delante de sí, un polvo en una mano, reclinada la cabeza sobre la otra, la caja abierta encima de la mesa, y el gesto un sí es no es avinagrado. Y fué así, que como el predicador Fray Blas le habia dicho, que llevaba el sermon de Santa Orosia en las alforjas y se le habia ofrecido, él luégo que montó el Arcipreste, y apenas acabó de rezar Maitines y Laudes para el dia siguiente, cuando con la licencia de anciano, y con la autoridad de padre maestro, registró las alforjas, dió con el tal sermon á poco escrutinio y se puso á leerle. Pero á la primera cláusula, fué tal el enfado que le causó, que á no haberle contenido su génio blando y apacible, le hubiera hecho pedazos.

2. Apénas avistó en la sala á los dos paseantes, cuando encarando con Fray Blas le dijo no sin alguna colerilla: Digame padre predicador; ¿y es posible

que me alabase tanto este sermón de Santa Orosia? Ya por su misma relacion sospechaba yo lo que seria: ya me daba el corazón, que no habia de encontrar en el más que necedades y disparates; pero confieso, que nunca creí encontrar tantos. Yo no sé, porque motivo no le predicó el orador; solo sé, que si yo hubiera de dar licencia para predicarle, tarde le predicaria. Padre maestro, respondió el predicador entre entonado y desdeñoso, alabé ese sermón y vuelvo alabarle, y digo, que son pocos todos mis elogios para los que él merece. Pues dígame, pecador de mí, le replicó el maestro Prudencio; no basta la primera cláusula para calificar al autor de un pobre botarate; *¡señores, estamos en Jaca, ó en la Gloria?* Todo el chiste de esta pueril y ridícula entradilla consiste, en que es muy parecida á aquella vulgaridad de chimenea y bodegon; *señores, estamos aquí ó en Jauja;* miren, por Dios, ¡qué arranque tan oportuno para dar principio á una oración sagrada y en un teatro tan sério! Vamos adelante; *¿pero quién duda estamos en la Gloria, estando en Jaca? Porque si el sitio de la Gloria, es el Cielo, hoy es un Cielo este sitio;* puede haber retruecanillos más insulsos ni paloteado de voces más insustancial?

3. Y ¿cómo probará que la Iglesia de Jaca se equivoca con el Cielo? Valiéndose de un embrollo de embrollos, sin atar ni desatar, y confundiendo el Cielo material con la Gloria, como á él le parece que le viene más á cuento. Dice, que es un Cielo aquella Iglesia, lo primero, porque la Gloria se llama Iglesia triunfante, y es Iglesia triunfante la de Jaca, porque en el sitio que ocupa se ganó una victoria contra los

moros, y desde entónces se llamó *el Campo de la Victoria*. Por esta cuenta tambien la famosa mezquita de Damasco se pudiera llamar mezquita triunfante, pues en ella ganaron los moros una victoria contra los cristianos; ¡despropósito ridículo y extravagante acepción de la Iglesia triunfante! Que no se llama así, porque hubiese sido campo de batalla ni de victoria de los Santos que la compone, sino porque triunfan allí de lo que pelearon acá. Y no ha dejado de caerme muy en gracia, que para probar la trivialísima vulgaridad, de que el Cielo se llama *Iglesia triunfante* embarra la márgen con una prolija cita de Silveyra, notando el tomo, el libro, el capítulo, la exposicion y el número, muy parecido al otro tontarrón de predicador, que decia: *Humililas llamó profundamente mi padre San Bernardo á la humildad, como lo puede notar el curioso en sus libros de consideracion al papa Eugenio.*

4. La segunda prueba de que la iglesia de Jaca es un Cielo, es, porque el sol es presidente del Cielo, al sol le llaman *mitra* los persas; el domicilio del sol es el signo de leon, y el señor obispo de Jaca tiene mitra y un leon por escudo de armas: por esta regla, más cielos hay de tejas abajo, que de tejas arriba, porque de tejas arriba solo se cuentan once, y acá podremos contar más de once mil, siendo cosa averiguada, que todas las iglesias catedrales tienen obispo, todos los obispos tienen mitra, y si el persa llama mitra al sol, tenemos acá abajo tantos soles como obispos, y tantos cielos como iglesias catedrales. Vamos claros, que la prueba es ingeniosa, sutil y terminante; ¿y qué nos querrá decir el padre doctor

predicador, en que *el signo de leon es el domicilio del sol?* Si quiere decir, que aquella es su casa propia ó alquilada donde vive de asiento, que eso significa *domicilio*, es un despropósito de que se reirá cualquiera ventero, que tenga en el portal de la venta, junto al papel de la tasa, un miserable almanak. Se le llama *domicilio del sol*: porque este brillante postillon del Cielo, en su jornada anual, hace mansion por algunos dias en la venta ó en la casa imaginaria de este signo, para dar cebada de luz á sus caballos: tan domicilio del sol es el signo de cabra, como el signo de leon, y cualquiera de los otros once signos, donde descansa este planeta, tiene el mismo derecho para llamarse su domicilio.

5. Tercera prueba. La iglesia de Jaca es Cielo; porque el Cielo se llama *tiara*, y Cartario dice, que tiene dos puertas con dos llaves: las armas de la catedral de Jaca son dos llaves y una tiara; pues aquí, ¿qué tenemos que hacer para declararla por Cielo con autoridad de Cartario? ¡Pobre monigote! Todas las iglesias que no tienen escudo de armas particular, usan el de la Iglesia de Roma, que es una tiara con dos llaves, en significacion de su jurisdiccion ó potestad espiritual y temporal, y para significar dichas iglesias particulares, que no tienen otro patrono que al Pontífice, y que son de la comunión católica, apostólica, romana. Pues étele, que por esta razón tanto derecho tiene á ser cielo la más pobre iglesia rural, como la catedral de Jaca, y queda muy lucido el padre doctor con su impertinente cita de Cartario. Pero donde está más donoso es en las otras tres razones de congruencia, que añade, para que la iglesia de

Jaca tenga las mismas armas, que la de San Pedro en Roma, Cabeza de todas las iglesias. Dice, que esto será, *ó porque ni la Cabeza del orbe, Roma, puede gloriarse de mayor nobleza, que la insigne catedral de Jaca* (hicieron bien en no dejarle predicar este sermón, porque tengo por cierto, que solo por esta proposicion, aquel ilustre y cuerdo cabildo le hubiera echado el órgano, los perreros, y aún los perros); *ó porque parece debia estar la Cabeza de la Iglesia en Jaca, á no haberla colocado San Pedro en Roma* (ya escampa y llovian necedades), *ó porque el Cielo, hermosa república de tanto brillante zafiro, es solo condigna imagen de cabildo tan respetoso.* (Y suponiendo que su Cartario habla del Cielo formal, que es la Gloria, porque de esta dice, que *tiene dos puertas con dos llaves*; afirmar que la gloria solo es condigna imagen de la iglesia de Jaca; ¿no merece una coraza y una penca, ó á lo ménos un birrete colorado?)

6. ¡Déjolo, que no tengo ya paciencia para leer tanta sarta de despropósitos! ¡y este sermón se imprimió! ¡y en su elogio se compusieron décimas, octavas y sonetos! y el buen cura de Jaquetilla ó de Jacarilla se le presenta por modelo á los predicadores de Santa Orosia! ¡y el padre predicador alaba tanto este sermón! Lo dicho dicho, padre maestro, respondió el predicador, le alabo y le alabaré, porque si todos los sermones se hubieran de examinar con esa prolijidad, y si en ellos se hubiera de reparar en esas menudencias, allá iba á rodar toda la gala y toda la valentia del púlpito; ¡qué gala ni que valentia de mis pecados! exclamó el maestro Prudencio; ¿es

gala el decir tantos disparates como palabras? ¿es valentía el pronunciar á cada paso herejías, blasfemias ó necedades? Y dígame, padre Fray Blas; ¿qué tiene que hacer nada de esto con las heroicas virtudes de Santa Orosia, con el poder de su patrocinio, ni con la imitación de sus ejemplos, que son los tres únicos fines, que puede y debe proponerse en su panegírico un sagrado orador? ¿qué conducirá para la grandeza de la santa, que el sol entre por el mes de Junio en el signo de Cáncer, ni que este signo se componga de nueve estrellas, las cuales, en sentir de nuestro reverendísimo orador, representan los nueve senadores, ó los nueve regidores que constituyen el ayuntamiento de aquella ilustrísima ciudad? ¿y qué sabemos si esta se dará por ofendida, de que para su elogio hubiese buscado un símbolo encanecido, que cierto la hace poquísima merced? ¿Y qué tendrá que ver el martirio de Santa Orosia, con que en las estrellas haya machos y hembras, disparate de á quintal, de que debiera reirse el padre maestro, aunque le leyera en todos los libros de la biblioteca bizantina, cuanto más en las tautologías de Villaroel, y no traer á colación en el púlpito, para que el auditorio imaginase, que las estrellas procreaban y se propagaban por vía de generacion?

7. Padre maestro, replicó el predicador Fray Blas, hágase V. Paternidad cargo, de que todo eso se dice en la salutacion, la cual se destina únicamente para tocar las circunstancias, y no tiene conexión con el cuerpo del sermón, que es donde corresponde el elogio del santo ó de la santa. Téngase padre predicador, repuso con alguna viveza el maestro Pru-

dencio, eso es decir, que la cabeza no ha de tener conexión con el cuerpo; que el principio no la ha de tener con el medio ni con el fin; y que el cimientó ha de ir por un lado y el edificio por otro; ¿la salutacion, es parte del sermón ó no lo es? Si no lo es, ¿para qué se gasta el tiempo en ella? Si lo es, ¿por qué no ha de tener conexión, órden y trabazon con todo lo demás? ¿y en dónde ha leído el padre predicador, que la salutacion ó el exordio de los sermones se hizo para lisonjear á los cabildos, para disparatar á costa de los mayordomos, para engaitar á los auditorios, para pasearse por los retablos, para correr toros y novillos, para tocar el son á las danzas, y para otras mil necedades é impertinencias como estas, de que se vén atestadas las más de las salutaciones?

8. Yo no sé, padre maestro, si lo he leído ó no lo he leído, respondió el satisfechísimo Fray Blas; solo sé, que lo que se usa no se excusa, que ese es el estilo general de España, y que á los oradores se nos encarga estar al uso, segun aquella reglecita que saben hasta los niños: *Orator patriæ doctum ne spreverit usum*. Bien se conoce, replicó el maestro, que el padre predicador entiende todas las cosas no más que por el sonido, y de esa manera no es de admirar que forme tan extrañas ideas de ellas. Lo primero, esa regla no se hizo para los que llamamos oradores ó predicadores, sino para aquellos que hablan ó pronuncian el latin en prosa, la cual se llama *oracion*, para distinguir la del verso. A estos se les previene, que cuando encontraren algun acento, que en verso no tiene cantidad fija ó determinada

de breve ó larga, sinó que unas veces se pronuncian largo y otras breve, en prosa le pronuncien siempre como acostumbra los inteligentes y eruditos de su país, y que no presuman hacerse singulares, despreciando esa costumbre. Lo segundo, aunque la regla hablara con los que llamamos oradores, que son los predicadores, tampoco favorecería su intento, porque no dice ó encarga, que el predicador siga y no desprecie cualquiera uso, sinó el uso docto, *doctum ne spreverit usum*, esto es, el arreglado, el puesto en razón, el que acostumbra los hombres universalmente reputados por doctos y por inteligentes en la facultad. Este es el que propiamente se llama uso, que los demás son abusos y corruptelas. Pues ahora, señáleme un solo orador de España, de estos que la gente cuerda tienen por verdaderos oradores, y no por orates; de estos, que no los buscan para títeres de los púlpitos, y para dominguillos de las festividades; de estos que logran y merecen general reputación de hombres sabios, cultos, bien instruidos y circunspectos: señálame, vuelvo á decir, uno solo de estos, que siga ese mal uso, que no le desprecie, que no le abomine, que no se compadezca de los que le practican y le aplauden, ó que no haga burla de los unos y de los otros, y después hablaremos.

9. Por el contrario, yo estoy pronto á mostrarle muchos sermones impresos y manuscritos de insignes oradores modernos de nuestra España, que habiendo predicado las mismas festividades y con las mismas llamadas circunstancias, sobre las cuales bobearon y desbarraron sin tino otros predicadores, que los

precedieron; ellos ó las despreciaron todas con generosidad, sin tomarlas siquiera en boca, ó si las tocaron fué con un aire de burla y de desprecio, que hizo visible y aún risible á todo el auditorio la ridiculez de esta costumbre. Algunos sermones de estos tengo en la celda; pero por casualidad traje conmigo uno, cuya salutación le he de leer, que quiera que no quiera, y aquí le tengo debajo del atril porque estaba en ánimo de leerse á Fray Gerundio. El padre predicador debe oírla con particular cariño, por lo que se toca en ella de su santo, San Blas, de quien se hace también particular circunstancia. Es la salutación de un sermón, que se predicó á la Purificación de nuestra Señora en el día de San Blas, y en la iglesia de los niños de la doctrina de Valladolid, cuya ciudad es su patrona, juntamente con la real congregación de la misericordia. Todas estas teclas dicen, que se han de tocar, y el predicador de quien voy hablando todas las tocó, pero de una manera, que debía llenar de provechosa vergüenza á todos los que las tañen. Después de hacer reflexión, á que en el misterio de la purificación, la Virgen hizo á Dios dos grandes sacrificios, el primero el de la reputación ó concepto de su virginidad, pues se purificó, como si necesitara de purificarse; el segundo, el de su Unigénito Hijo, pues se le ofreció aquel día al Eterno Padre, con pleno conocimiento de todo aquello, para que se le ofreciera; y después de reflexionar con juicio, con solidez y con piedad, que en estos dos grandes sacrificios padeció cuanto podía padecer como virgen y como madre, concluyó, que de cualquiera manera que se considerase el misterio, se

debía convenir, en que el misterio de la purificación de la virgen, era el misterio de su dolorosa pasión. Y propuesto este devotísimo asunto, prosiguió de esta manera:

10. «Pues ahora, hablemos sin preocupacion, y discurremos con serenidad; ¿será bien parecido, que en un sermón tan serio como el de la Pasión de la Virgen, me deje yo llevar de la pasión de la vanidad, acomodándome con una vergonzosísima costumbre, que ha introducido la total ignorancia de lo que es elocuencia verdadera? ¿Será bien que por no parecer ménos que otros, haga traición á mi sagrado ministerio, pierda el respeto á ese gran Dios Sacramentado, en cuya presencia estoy, profane la Cátedra del Espíritu Santo, y prácticamente me burle de un auditorio tan numeroso, tan grave, tan piadoso, tan docto, tan acreedor á todo mi respeto y á toda mi veneración? ¿y no haría yo todo esto, si practicase lo que altamente abomino, lo que abominan todas las demás naciones del mundo, y lo que no cesan de llorar con lágrimas de sangre, cuantos hombres de verdadero juicio y de verdadera crítica hay en la nuestra?

11. «Llamado y traído aquí por la real, por la gravísima, por la piadosísima congregación ó cofradía de la misericordia, para predicar del tierno, del doloroso, del instructivo misterio de la purificación de la Virgen, un sermón digno de un orador cristiano; ¿no haría yo todo lo dicho, si en el sermón ó en el exordio me entretuviese puerilmente en hacer asunto de la misma cofradía, y del título que da razón de su misericordioso instituto? ¿si levan-

«tase figura sobre la accidentalísima circunstancia, de que la fiesta no se celebre en el día propio, sinó en el siguiente, dedicado á San Blas, obispo de Sebaste, y de que se celebre en una basilica consagrada también al mismo santo prelado y mártir? ¿si finalmente hiciese misterio de la educación de esos niños de la doctrina, que están en primer lugar al amparo de la Virgen y de San Blas, y después bajo la caritativa protección de esta noble y leal ciudad, y de esta real cofradía, no me direis, ¿qué conexión tienen con la Purificación de la Virgen, unas circunstancias tan distantes del misterio, y tan fuera del asunto? ¿puede haber texto en la Sagrada Escritura, que las ate ni las comprenda, sinó que sea desatando de su lugar al mismo texto, arrastrándole por los cabellos, violentándole y profanándole, contra lo que tan severamente nos tiene prohibido á los predicadores y á todos la Santa Iglesia?

12. «Si yo quisiera hacer esto como regularmente se estila, ¿no sería una cosa muy fácil para mí? Para unir la purificación con la misericordia, solo con prevenir que esta fiesta se llamó antiguamente en la Iglesia latina, y todavía se llama hoy en la Iglesia griega *la fiesta del encuentro*, venia clavado el textecito de *misericordia, et veritas obviaverunt sibi*, salieron al encuentro la misericordia y la verdad, pero vendría clavado con toda propiedad, esto es, taladrado de parte á parte. Para la circunstancia de celebrarse la fiesta, no en el día propio, sinó en el siguiente, no tenía que salir del Evangelio del día. Observaría el modo con que se explica el

« Evangelista: *Postquam impleti sunt dies*, después  
 « que se cumplieron los días de la Purificacion. No-  
 « taría con muchas recancanillas, que el Evangelista  
 « no dice, *quando* se cumplieron, sinó *después* que  
 « se cumplieron, *postquam impleti sunt*, y concluiría  
 « muy satisfecho de mi trabajo, que esta proposicion  
 « no se verifica rigorosamente en el día en que se  
 « cumplieron, sinó en el día después. Y consiguiente-  
 « mente, que el día propio de celebrar esta fiesta, es  
 « aquél en que la celebra esta real cofradía; ¿pero  
 « esto qué vendría á ser en conclusion? Querer cor-  
 « rejir la plana á la Santa Iglesia, y merecer que me  
 « quitasen la licencia de predicar.

13. « Para hacer que San Blas hiciese papel en  
 « el misterio de la Purificacion, no me sobraría otra  
 « cosa, que materiales, aunque tales serian ellos;  
 « ¿pues no estaba ahí el santo viejo Simeon, á quien  
 « muchos hacen sacerdote, y aún algunos quieren  
 « que fuese pontífice? Con hacer á uno figura ó repre-  
 « sentacion del otro, estaba todo ajustado. Si me re-  
 « plicasen, que esto no podia ser, porque San Blas  
 « es abogado contra las espinas, y Simeon en el mis-  
 « mo misterio clavó á la Virgen una, que la penetró  
 « hasta el alma, y la duró toda la vida; diria lo pri-  
 « mero, que no es lo mismo espina que espada, y  
 « que Simeon habló de esta y no de aquella: diria  
 « lo segundo, que hay espinas que atragantan, y es-  
 « pinas que vivifican, espinas que se atraviesan, y  
 « espinas que nos libertan; y para probar estos re-  
 « truecanillos citaria cien textos de espinas apeteci-  
 « bles, que solo me costaria el trabajo de abrir y  
 « trasladar las concordancias, y en vez de salutation

« ó de exordio, predicaria un erial. Pero si no me  
 « pareciese acomodar á San Blas por este camino, á  
 « la mano tenia otro; ¿no dice Simeon, que habiendo  
 « visto al Niño Dios, vió al que era la salud de su  
 « pueblo? *Quia viderunt oculi mei salutare tuum*;  
 « ¿San Blas, no fué médico de profesion ántes de ser  
 « obispo? Pues con médico, con salud y con pueblo  
 « enfermo; ¿qué bulla, que gira y que zambra no  
 « podia traer?

14. « El patronato de la Ciudad, y la piadosa pro-  
 « teccion con que ampara á estos niños desampara-  
 « dos, estaba acomodado con la mayor facilidad del  
 « mundo. ¿Tenia más que recurrir á aquella Ciudad  
 « Santa del Apocalipsi, que el refugio de los que pre-  
 « dican por asonancia ó no más que por el sonsonete,  
 « y decir, que yo estaba ahora viendo en realidad lo  
 « que San Juan no habia visto más que en figura;  
 « porque aquella ciudad no era más que representa-  
 « cion de esta, con la diferencia de que vá tanto de  
 « la una á la otra, cuanto vá de lo vivo á lo pintado?  
 « Y para probar este disparate con otro mayor, habia  
 « más que decir, que aquella ciudad, en sentir de  
 « muchos expositores, representaba á la santa ciudad  
 « de Jerusalem; y haciendo memoria de que el Niño  
 « Jesús se perdió en Jerusalem, y que esos niños de  
 « la doctrina se ganan en Valladolid, preguntar en  
 « tono enfático y misterioso: ¿cuál será ciudad más  
 « santa, aquella en donde hasta el Niño Jesús se pier-  
 « de, ó aquella en donde se ganan los que no son  
 « Niños Jesuses? Ello no sería más que una pregunta  
 « escandalosa, con su saborete de blasfema; pero no  
 « faltarian ignorantes que la oyesen con la boca abier-



«ta, y que al acabar el sermón exclamasen: Nun-  
 «*quam sic locutus est homo*: ¡Este sí que es hombre!  
 «¡esto sí que es predicar! ¡no hay hombre que pre-  
 «dique como éste!

15. «Valga la verdad, señores; ¿no es este el  
 «modo más común, con que se ajustan estas que se  
 «llaman *circunstancias*? ¿y no es cosa vergonzosa  
 «ajustarlas de este modo? ¿pero por ventura se pue-  
 «den acomodar de otra manera? ¿y ha de haber va-  
 «lor, no digo en un orador cristiano, sino en un  
 «hombre de juicio, en un sugeto de mediana litera-  
 «tura para hacerlo, ni en un auditorio cuerdo, capaz,  
 «culto y discreto para aplaudirlo? No lo creo. De mí  
 «sé decir, que hecha esta salva de una vez para  
 «siempre, encárgueme el sermón, que me encar-  
 «garen, nunca haré el más leve aprecio de otras  
 «circunstancias, que de aquellas, que tuvieren una  
 «proporción natural y sólida, ó con el misterio, ó  
 «con el asunto. V. gr. la presencia de Cristo Sacra-  
 «mentado para solemnizar la Purificación de su  
 «Santísima Madre, tiene una naturalísima correspon-  
 «dencia con el asunto y con el misterio. Con el  
 «asunto, porque este se reduce á representar lo que  
 «la Virgen padeció en el misterio. Con el misterio,  
 «porque una de sus principales partes fué el sacrifi-  
 «cio que hizo la Virgen en ofrecer á su Hijo, para  
 «que padeciese lo que padeció por los hombres; y  
 «en esta voluntaria oferta consistió todo lo que en la  
 «Purificación padeció la Virgen como Madre. Pues  
 «ahora: el Sacramento es memoria de la pasión de  
 «Cristo: *Recolitur memoria passionis ejus*: la Puri-  
 «ficación también es recuerdo de ella; con sola esta

«diferencia, que en el Sacramento se hace memoria  
 «de lo que Cristo padeció; en la Purificación de lo  
 «que había de padecer. La pasión de la Madre en el  
 «Templo de Jerusalem, no fué otra, que la pasión  
 «del Hijo en el monte Calvario; ¿pues qué cosa más  
 «natural ni más proporcionada, que el que esté á la  
 «vista el monumento más sagrado de la pasión del  
 «Hijo, en el día en que se hace memoria de la pa-  
 «sion de la Madre? De esta voy á predicar, implo-  
 «rando la asistencia de la divina gracia. *Ave Maria.*»

16. Mire ahora el padre predicador, si hay en  
 España quien haga justicia, y si falta quien saque la  
 espada de recio contra ese pueril é ignorantísimo  
 uso que me cita. Y ha de saber que esta salutación  
 fué oída con tanto aplauso del numeroso y escogido  
 auditorio, en cuya presencia se predicó, que aún  
 aquellos mismos, que por inadvertencia ó por falta  
 de valor estaban comprendidos en lo que ella abo-  
 mimaba y reprendía, salieron tan convencidos de su  
 error, que se decían unos á otros, lo que Menage y  
 Balzac, dos célebres escritores franceses, se dijeron  
 mutuamente al acabarse la primera representación  
 de la famosa comedia de Molière, intitulada: *Las*  
*preciosas ridiculas*, en que con inimitable gracia se  
 hizo burla del estilo metafórico y figurado, que por  
 entonces se estilaba en Francia: *Molière* (se dijeron  
 el uno al otro) *tiene sobrada razón, ha hecho una*  
*crítica juiciosa, delicada, justa y tan convincente, que*  
*no tiene respuesta; de aquí adelante, monsieur, es*  
*menester que abominemos lo que celebrábamos, y cele-*  
*bremos lo que aborrecíamos.* Con efecto, algunos de  
 los predicadores, que oyeron esta salutación, y que

antes se dejaban llevar de la corriente, avergonzados de sí mismos, despreciaron después dicha mala costumbre, y comenzaron á predicar con solidez, con piedad y con juicio, sin que por eso se les disminuyese el séquito, ántes conocidamente creció la estimación y el aplauso.

17. Muy dóciles eran esos reverendos padres, respondió con su poco de airecillo irónico el padre Fray Blas, si es que eran religiosos. ó muy blandos de corazón eran sus mercedes si fueron seglares. De mí sé decir, que no me ha convertido la salutación: tan empedernido estoy como todo eso; porque aunque parece que hacen fuerza sus razones, á mí me hace mayor fuerza la práctica contraria de tantos predicadores insignes como la usan, y sobre todo el aplauso con que celebran los auditorios el toque y retoque de las circunstancias, enseñando la experiencia, que como estas se toquen bien ó mal, aunque lo restante del sermón vaya por donde se le autojare al predicador, siempre es celebrado; y al contrario, como aquellas no se zarandeen, bien puede el predicador decir divinidades, que el auditorio se queda frío, tiénelo por voto, y le dan la limosna del sermón á regaña-dientes y de mala gana (1).

(1) Algo y aún algos, como diría Sancho Panza, existe hoy, de lo mismo que critica el P. Isla, poniendo este razonamiento en labios de Fray Blas. Podríamos citar un pueblo, pero nos contentamos con decir que dista cinco leguas poco más ó menos de la coronada villa de Madrid, donde cada año se celebra una solemnisima fiesta dedicada á una milagrosa imagen de Jesucristo Crucificado, á la que los hijos de dicho pueblo profesan una entusiasta devoción, que ha sido abundantemente premiada, pues hasta el presente, la

18. Ni me diga V. Paternidad, que este es mal gusto del vulgo, y errada opinion de los que no lo entienden. Maestrazos y muy maestrazos están en el mismo dictámen, y no quiero más prueba, que ese mismo sermón de Santa Orosia, que tan en desgracia de V. Paternidad ha caído. Tres aprobaciones tiene de tres maestros conocidos y bastante celebrados, uno dominico, otro jesuita, y el tercero de la misma orden del autor que compuso y no predicó el sermón. Lea V. Paternidad los encarecidos elogios que le dan todos tres, y los dos primeros especifica y nombradamente por el toque de las circunstancias, y dígame después, si es cosa de vulgo, del populacho y de ignorantes, el aplaudir que se haga caso de ellas.

población no ha sido jamás invadida por enfermedades contagiosas, por más que todos los pueblos circunvecinos las hayan experimentado. Si el predicador encargado de dirigir la palabra al pueblo en aquella festividad, ha de dejar complacidos á los vecinos de N., ha de concretarse á explicar la historia del hallazgo ó aparecimiento de la Santa Imágen, y á referir con todas sus circunstancias, porción de milagros que hasta los chicos saben de memoria á fuerza de oírlos explicar. Si el orador es persona de bastante ciencia y pronuncia lo que se llama un buen discurso, pero prescindiendo de circunstancias y nombres propios, quedan todos disgustadísimos, y de seguro que aquel predicador no volverá á ocupar el púlpito de N.; el que estas líneas escribe, escuchó no hace muchos años á uno de los más reputados oradores de la corte, un precioso y bien meditado panegírico de aquel Santísimo Cristo, y también escuchó á los del pueblo, exclamar con tristeza: «Nos hemos lucido ogaño con el predicador: no ha dicho una palabra sobre los milagros ni ha nombrado al que se encontró el Cristo.» (Stc.) Esto quiere decir que aún hay mucha ignorancia en nuestros pueblos aunque sea unida á la piedad.

19. Mire, padre predicador, repuso el maestro Prudencio, con sorna y con cachaza, una pieza me ha movido, sobre la cual tendria que hablar algunas horas, si fuera ocasion y tiempo, aunque bastantes han hablado ya mucho y bien acerca de ella. Esta es la impropia y extravagantisima costumbre, introducida en España y en Portugal, pero escarnecida generalmente de las demás naciones, de que las censuras de los libros, y aún de los más miserables folletos, se conviertan en inmoderados panegíricos de sus autores, siendo así, que á censor solo le toca decir breve y sencillamente, si el libro ó el papel contienen ó no contienen algo contra las pragmáticas y leyes reales, ó contra la pureza de la Fé y buenas costumbres, segun fuere el tribunal, que le comete la inspeccion, ó que le despacha la remisiva. Digo, que no es ahora ocasion ni oportunidad de censurar á los censores, porque se va haciendo tarde, y se pasará la cena; solo le digo, que en esas mismas aprobaciones que me cita, ó yo soy muy malicioso, ó la del maestro jesuita es muy bellaca, y harto será, que bien entendida no sea una delicada sátira contra los desaciertos del sermón en todas sus partes. A mí á lo ménos me dá no sé qué tufo, de que el padrecito tiró á echarse fuera de alabar dicho sermón, y á lo ménos es cierto, que por su misma confesion declara repetidas veces, que él *nada aprueba ni alaba*.

20. Supónese el bellacuelo muy de la familia y muy de la casa ó de la órden del autor: y asiéndose fuertemente del aldabon de *laudete alienus*, que él construye, *alábetelo extraño*, dice una vez, que no

debe admitir el empleo de aprobante; dice otra, que cuenta por una de sus mayores dichas el no poder alabar aquel sermón; dice la tercera, que él es muy de casa para meterse en alabarle; dice la cuarta, hablando determinadamente de las circunstancias, que á él no le toca celebrarlo; dice la quinta, que los elogios caerán mejor en cualquiera otra boca, que en la suya; y finalmente dice la sexta, que aún por lo que toca al buen gusto del caballero, que da á la prensa el sermón, será mayor consecuencia; ó á lo ménos no dejará de ser mayor cortesania, dejar toda la accion de elogiarte á los de fuera; *laudete alienus*. O yo soy un portto y no entiendo palabra de ironias, ó el tal censor es un grandísimo bellaco. Todo su empeño es echar el cuerpo fuera del asunto, huir la dificultad, y decir con gracia y con picaresca, que alaben otros lo que él no puede ni debe alabar. Y más, que he llegado á maliciar (Dios me perdone el juicio temerario), que en aquella taimada construccion, que da al *laudete alienus*, alábetelo extraño, por la palabra *extraño* no entiende él precisamente, á los que no fueren tan de casa ó en el efecto ó en el afecto como él se supone, sino que deja en duda, si se han de entender los extraños en la facultad, los forasteros en ella; más claro, los que no entienden palabra. Bien puede ser malicia mia, pero á mí me dá el corazon, que no me engaño.

21. Pues á mí me dá el mio, replicó Fray Blas, que V. Paternidad se engaña mucho; porque si ese, padre maestro, no quiere aprobar el sermón; ¿quién le obligaba á hacerlo? ¿quién le ponía un puñal á los pechos, para que le aprobase? A que se añade, que

si el autor se valió con fiadamente de él, para que le hiciese esa merced, como regularmente sucede, que las censuras se remiten por los jueces á los que les significan los autores, nos es verosímil que le hiciese esa tradicion, y que cuando el pobre esperaba un panegirico, se hallase con una sátira. La hombría de bien parece estaba pidiendo, que si no podia acomodar con su conciencia intelectual el aprobarle, se excusase de hacerlo, y no salir después con esa pata de gallo.

22. Poco á poco, Fray Blas, repuso el padre jubilado, que aunque tu réplica es sin duda especiosa, y tu modo de discurrir, siquiera por esta vez, está fundado, no carece de respuesta, pues no siempre lo más verosímil es lo más verdadero. ¿Qué sabemos si al aprobante le pusieron en alguna precision política ó caritativa, á que no pudiese honradamente resistirse (1)? A mí se me figura un caso, que le tengo por

(1) Hé aquí otro punto de critica, que tambien pudiéramos llamar de actualidad. A veces los que piden aprobacion de una obra, apénas saben á quien se ha cometido la censura, importunan al censor, para que formulen su opinion formando un panegirico de la obra. Lo censurable es que haya quien por complacer prodigue alabanzas que no son merecidas y mucho más que se censure sin haber leído. Y á propósito de esto, citaremos un caso de fecha reciente. Hará cosa de cuatro años se presentó en casa del que estas líneas escribe, un señor muy piadoso, que habia escrito una obrita á manera de Catecismo de Doctrina Cristiana, con el objeto de que le leyésemos y diésemos nuestra opinion. La obra bajo el punto de vista literario era *malísima* y por lo demás si no contenia herejias, estaba plagada de simplezas. Como no desempeñabamos el oficio de censor nombrado por la autoridad eclesiástica, nos contentamos con decir al autor que para escribir sobre materias teológicas no era sufi-

muy natural. Es constante, que dicho sermón no se predicó, no se sabe por qué, y tambien lo es, que por lo mismo que no se predicó, el autor, que era hombre bastantemente condecorado en su religion, y sus parciales hicieron empeño en que habia de imprimirse, como en despique ó en satisfaccion de aquel desaire. Pues ahora, supongamos que el provincial de dicha religion no fuese muy de la devocion del autor; que fuese estrecho amigo del aprobante, y que se cerrase en que no habia de dar licencia para que el sermón se imprimiese, mientras no pasase por la censura de este. Vé aquí un caso muy verosímil, en que el autor ó sus parciales batirian en brecha al pobre jesuita, ponderándole cuanto se interesaba la estimacion, el honor y aún los ascensos de aquel religioso, en que no se negase á hacerles

ciente mucha piedad, sinó mucha ciencia. Entónces nos citó á un respetabilísimo y sabio sacerdote al cual habia leído su trabajo, y que le habia dicho que era muy bueno. ¡El hombre se creia un Balmes! Presentóse á la autoridad eclesiástica para que fuese censurada la obrita, y le fué negado el permiso para imprimirla. No podia ser de otro modo. El hombre creyó que se le hacia la guerra por envidia y no cedió. Presentóse al Prelado, el cual después de haberla leído, le manifestó que no podia concederle la licencia que solicitaba para la impresion. Aquel dignísimo Prelado murió en Roma á donde habia acudido con motivo de la celebracion del concilio Vaticano. Poco después se imprimió la obra *con licencia de la autoridad eclesiástica* y ya hemos visto anunciada la segunda edicion. Es claro que la autoridad eclesiástica, se fundó en el informe dado por el censor que nombró. ¿Que debería hacerse con el censor? Nosotros por nuestra parte no solo le hubiésemos privado del oficio, sino que le hubiésemos mandado al Seminario por un par de años. ¡Si viviese el padre Isla, aún encontraría motivos para escribir algo!

este obsequio. Puesto un hombre de bien y de buen corazon en este estrecho; ¿qué partido habia de tomar? Negarse á la censura, no habia términos para eso: aplaudir el sermon á cara descubierta, no hallaba méritos para ello, ni lo podia componer con su sinceridad; reprobarle, era perder sin recurso al autor en el concepto de su jefe, y hacerse del bando de los que le insultaban; ¿pues qué arbitrio ó qué remedio? No parece se podía escoger otro más prudente, que el que tomó: dar una censura equivocá, que ni aprobase ni desaprobase el sermon, buscando un especioso pretexto para excusarse de alabarle él, y para remitir á otros toda la accion de alabarle.

23. Bien puede ser eso así, replicó Fray Blas, pero los elogios de los otros dos aprobantes no son equívocos, son muy claros y muy significativos; y en verdad, que ni uno ni otro son por ahí dos pelaires, ambos son sugetos de tanta forma, que les sobran dictados para asistir á un concilio. No lo niego, respondió el maestro Prudencio; pero ya tengo dicho, que de elogio de censores y de poetas se ha de hacer poco caso, por cuanto unos y otros, regularmente hablando, no dicen lo que verdaderamente son las obras que elogian, sino lo que debieran de ser. Si el mérito de éstas se hubiera de calificar por las ponderaciones de aquellas, las obrillas más infelices y más miserables, las indignas de la luz pública, y dignas solamente de una pública hoguera, las que contribuyen más, y con mayor justicia á que abulten más si se aumenten cada dia los expurgatorios, esas serian las más excelentes, porque esas puntualmente son las que salen á la calle con

más ruidosas campanillas de aprobaciones, acrósticos, epigramas, décimas y sonetos mendigados, cuando tal vez no los haya fabricado el mismo autor, buscando solo amigos, para que le presten sus nombres; y dejan por eso de estar expuestas á las carcajadas y al desprecio de los inteligentes, ni á que el Santo tribunal de la Inquisicion se entre por ellas con vara levantada, sin dársele un bledo por la autoridad ni por la turba-multa de los aprobantes?

24. Es cierto, que si estos se redujeran precisa y puramente á los estrechos términos de su oficio, que es ser unos meros censores; si desempeñaran como debian la grande confianza que se hace de ellos, no aprobando obra que no examinasen primero con el mayor rigor: si tuviesen la santa sinceridad de exponer todos sus reparos á los tribunales que les cometen las censuras, y se mantuviesen después con teson en la honrada resolucion de no aprobar la obra, hasta que se hubiese dado plena satisfaccion á sus reparos ó se hubiesen corregido los desaciertos; entónces sí que serian de gran peso aún los elogios más moderados de las aprobaciones. Pero si sabemos como se practica comunmente esta farándula, si es notorio, que la amistad, la conexion ó la política, son las únicas, que por regla general dan la comision á los aprobantes; si ya se ha reducido esto á una pura formalidad y ceremonia, tanto, que si algun ministro celoso, no ménos de la honra de las ciencias, que del crédito de la nacion, quiere que esto se lleve por el rigor de la razon y de la ley, se le tiene por ridículo, y aún se le trata de impertinente; ¿qué aprecio hemos de hacer de los elogios, que leemos

en esos disparatados panegíricos, llamados censuras por mal nombre?

25. ¡Oh, Fray Blas, Fray Blas, y cuántas veces he llorado yo á mis solas este perjudicialísimo desorden de nuestra nacion, que no trasciende ménos á Portugal, y apenas es conocido en otras regiones; y qué fácil se me figuraba á mí el remedio! ¿Sabes cuál es? Que se procediese contra los aprobantes, como se procede contra los contrastes y contra los fiadores; ¡qué cosa más justa! Porque el aprobante no es más que un contraste, que examina la calidad y los quilates de la obra que se le remite; es un fiador, que sale á la evicción y saneamiento de todo aquello que aprueba; ¿declaraste que era oro lo que era alquimia, que era plata lo que era estaño, que era piedra preciosa un pedazo de vidrio baladí? pues págalo, bribon, y sujétate á la pena que merece tu malicia ó tu ignorancia. Si crees, que real y verdaderamente merece esa obra que apruebas los excesivos elogios con que la ensalzas, tácitamente te constituyes por fiador de sus aciertos: si no crees, que los merezca, eres un vil adulator y lisonjero. Pues, bellacon, trata de pagar lo que corresponde á la ruindad de tu lisonja, ó á la precipitacion de tu fianza.

26. Padre nuestro, replicó Fray Blas, si se estableciera esa ley, ninguno se hallaria que quisiese admitir la comision de aprobante ó de censor. Si se hallaria tal, respondió Fray Prudencio, porque en ese caso debieran señalarse censores de oficio en la corte, en las universidades y en las ciudades cabezas de reino ó de provincia, á quienes, y no á otros,

se remitiese el exámen de todos los libros, que hubiesen de imprimirse, como se practica en casi todas las naciones de Europa, fuera de nuestra península. Estos, claro está, que habian de ser unós hombres de autoridad, de respeto, de gran caudal de ciencia, doctrina, erudicion y sana critica; pero sobre todo, de una entereza á toda prueba. Se les habian de señalar pensiones proporcionadas, y se habian de tener presentes su laboriosidad, su integridad y su celo, para premiarlos con los ascensos correspondientes á sus respectivas carreras. Pero si alguno blandease, si fuese flojo de muelles, si por respetos humanos y políticos, por flojedad ó por otros motivos no cumplierse con su obligacion, y aprobase libros, sermones, discursos ó papeles volantes, que no fuesen dignos de la luz pública; ¿sabes á qué le habia de condenar yo? Después de privarle de oficio, y de una declaracion pública y solemne de su insuficiencia ó de su mala fé, le habia de condenar á que repitiesen contra él todos los compradores de la obra que habia aprobado, y á que satisficiese sin remision el dinero que malamente habian gastado aquellos pobres sobre la palabra y hombria de bien de su censura.

27. A más se habia de extender esta providencia. Se habia de mandar seriamente á los censores, que se ciñesen rigurosamente á los términos de su oficio; esto es, que fuesen censores y no panegiristas, diciendo en pocas palabras, claras y sencillas, el juicio que formaban de la obra, sin meterse con Séneca, Plinio ni Casiodoro, y dejando descansar á los padres, á los expositores, á los humanistas y á los poe-

tas, cuyas autoridades solo sirven para acreditar la pobre y miserable cabeza del censor, que quiere aprovechar aquella ocasion de ostentarse erudito con aquellos desdichados ignorantes, que califican la erudicion de un autor por lo cargado, y por lo sùcio de las márgenes, sin saber los infelices la suma facilidad, con que el más zurdo y el más idiota puede hacer esta maniobra. Nada de esto es del caso para cumplir con su officio, el cual se reduce á dar su censura breve, grave y reducida á lo que toca á la jurisdiccion del tribunal, que se la comete.

28. ¿Cuántas necedades se atajarían con esta providencia; cuánto papel se ahorraría; y cuánto gasto excusarían los autores, á quienes no pocas veces cuesta tanto la impresion de las aprobaciones, como la de la misma obra? Muchas y muchas pudiera citar, en que aquellas ocupan casi tanto volúmen como todo el cuerpo de esta, pero las callo por justos respetos. Ningunos son más perjudicados que los autores mismos, si es que costean la impresion, porque compran ellos mismos sus elogios, y ellos imprimen á su costa, para que vengan á noticia de todos. ¿Puede haber mayor sandez ni mayor pobreza de espíritu? Semejantes, en cierta manera, á los que alquilan plañideras para los entierros, á quienes les cuesta su dinero las lágrimas fingidas y artificiosas, que en ellos se derraman. (1)

(1) La escrupulosa fidelidad con que nos ceñimos á los monumentos, que seguimos en esta historia, no nos permite el suprimir esta juiciosa invectiva del maestro Prudencio, contra los abusos referidos; pero como hoy sábiamente se han reformado por auto del Real y supremo

29. No para aquí la miseria humana de algunos de nuestros escritores ó escribientes. ¿Será creíble, que se hallen no pocos, que á falta de hombres buenos, y por no deber nada á nadie, ellos mismos se alaben á sí propios, siendo los artifices de aquellos elogios suyos, que se leen estampados en la antesala de sus obras? Pues sí, amigo predicador, se hallan hombres de tan buena pasta, y de tan envidiable serenidad. Más de dos y más de veinte pudiera nombrarte yo, que han caído en esta flaqueza. No son tan simples (claro está) que suscriban sus nombres y apellidos al pié ó á la frente de sus elogios, que ese ya sería un candor, que se iría acercando al gorro verde ó colorado; pero con un anagrama, ó con un nombre supuesto, ó prestándoles el suyo ciertos aprendices de eruditos, que hay en todas partes, hermanos del trabajo, y las más de las veces bajo la inscripcion anónima de *un amigo*, de *un apasionado*, de *un discípulo del autor*, el buen señor se alaba á taco tendido, y embóquense esa pildora los lectores boquirubios.

30. Pero, padre maestro, le interrumpió el predicador, ese es juicio temerario, ó no los hay entre los fieles cristianos; ¿de dónde le consta á V. Pateridad, que aquellos elogios fueron fabricados por los mismos autores de las obras? ¿acaso se lo confiaron

consejo de Castilla de 19 de Julio del año pasado de 1756, á cuya justa prudente providencia es de desear y de esperar que se conformen los jueces eclesiásticos, en la parte que les corresponde; aunque sea cierta la enfermedad, le está ya aplicada la conveniente medicina, y ya no hay necesidad de la receta, que apuntan los monumentos de nuestra historia. (Nota del autor.)

ellos á V. Paternidad? Mira, Fray Blas, respondió el maestro Prudencio, no has de ser tan sencillo, que cierto algunas veces tienes unas *parvoizes che fan pietá*. No es menester que los autores nos lo revelen para conocerlo: el mismo estilo se está descubriendo á sí propio, ni en prosa ni en verso es fácil desmentirse ó desfigurarse, y sin tener todo aquel olfato, que tienen *los entendimientos bien abiertos de poros, para perceber el aire sutilísimo que da en los escritos á conocer sus autores*, como se explica galanamente el autor de la carta contra *la derrota de los alanos*, cualquiera entendimiento, ó, mejor diremos, discernimiento, que no esté muy arromadizado, luego sigue el rastro, porque le dan unos efluvios, que le derriban. Fuera de que, autores hay tan bonazos, que ellos mismos lo confiesan; y qué; ¿juzgas que es sencillez? A la verdad no es otra cosa; pero los bellacones no lo decían por tanto, sino porque no tienen valor para revolverse á carecer de aquella gloria ó de aquella vanidad que les resulta, de que sepan sus confidentes, que también saben hacer coplas, aunque sean á sí mismos.

## CAPÍTULO IV.

ENTRA EL GRANJERO LA CENA, INTERRÚMPESE LA CONVERSACION,  
Y SE VUELVE Á CONTINUAR DE SOBREMESA.

IBA Fray Blas á replicarle, cuando entró el Granjero Fray Gregorio con los manteles para poner la mesa, diciéndoles con gracia, y con labradoril des-  
embarazo: *Padres nuestros, onia tempus habent: tiempus disputandi, et tiempus cenandi*: el bendito San Cenon sea con vuestas Paternidades, y ahora déjense de circunloquios, que los huevos se endurecen, el asado se pasa, y por el reloj de mi barriga son las nueve de la noche. Tiene razon Fray Gregorio, dijo el maestro Prudencio, y sentáronse todos á la mesa. No fué la cena espléndida, pero fué honrada y decente: dos ensaladas, una cruda y otra cocida, un par de huevos frescos, pavo asado, liebre guisada, y postres de queso y aceitunas; pero Fray Gerundio los divirtió mucho en la cena. Como su pedantísimo preceptor el dómine Zancas-largas, para cada cosa, para cada especie y aún para cada palabra tenia de repuesto en la memoria un monton de latinajos, versos, sentencias y aforismos, que espetaba á todo trance, viniesen ó no viniesen, solo con que en sus textos centones se hallase alguna palabra



ellos á V. Paternidad? Mira, Fray Blas, respondió el maestro Prudencio, no has de ser tan sencillo, que cierto algunas veces tienes unas *parvoizes che fan pietá*. No es menester que los autores nos lo revelen para conocerlo: el mismo estilo se está descubriendo á sí propio, ni en prosa ni en verso es fácil desmentirse ó desfigurarse, y sin tener todo aquel olfato, que tienen *los entendimientos bien abiertos de poros, para perceber el aire sutilísimo que da en los escritos á conocer sus autores*, como se explica galanamente el autor de la carta contra *la derrota de los alanos*, cualquiera entendimiento, ó, mejor diremos, discernimiento, que no esté muy arromadizado, luego sigue el rastro, porque le dan unos efluvios, que le derriban. Fuera de que, autores hay tan bonazos, que ellos mismos lo confiesan; y qué; ¿juzgas que es sencillez? A la verdad no es otra cosa; pero los bellacones no lo decían por tanto, sino porque no tienen valor para revolverse á carecer de aquella gloria ó de aquella vanidad que les resulta, de que sepan sus confidentes, que también saben hacer coplas, aunque sean á sí mismos.

## CAPÍTULO IV.

ENTRA EL GRANJERO LA CENA, INTERRÚMPESE LA CONVERSACION,  
Y SE VUELVE Á CONTINUAR DE SOBREMESA.

IBA Fray Blas á replicarle, cuando entró el Granjero Fray Gregorio con los manteles para poner la mesa, diciéndoles con gracia, y con labradoril des-  
embarazo: *Padres nuestros, onia tempus habent: tempus disputandi, et tempus cenandi*: el bendito San Cenon sea con vuestas Paternidades, y ahora déjense de circunloquios, que los huevos se endurecen, el asado se pasa, y por el reloj de mi barriga son las nueve de la noche. Tiene razon Fray Gregorio, dijo el maestro Prudencio, y sentáronse todos á la mesa. No fué la cena espléndida, pero fué honrada y decente: dos ensaladas, una cruda y otra cocida, un par de huevos frescos, pavo asado, liebre guisada, y postres de queso y aceitunas; pero Fray Gerundio los divirtió mucho en la cena. Como su pedantísimo preceptor el dómine Zancas-largas, para cada cosa, para cada especie y aún para cada palabra tenia de repuesto en la memoria un monton de latinajos, versos, sentencias y aforismos, que espetaba á todo trance, viniesen ó no viniesen, solo con que en sus textos centones se hallase alguna palabra

que aludiese á lo que se discurría ó se presentaba; y por este medio pedantesco se hubiese adquirido entre los ignorantes el crédito de un mónstruo de erudición, y *pozo de ciencia*, como le llamaban en aquella tierra; su buen discípulo Fray Gerundio procuró copiarle esta impertinencia, así ni más ni ménos, como todas las otras extravagancias, que eran en el dichoso dómine más sobresalientes. Con esta idea se atestó bien de versos latinos, apostegmas y lugares comunes, para lucirlo en las ocasiones; y cuando le venia el flujo de erudito, era el Frailecito una diarrea de disparatorios en latin inestaneable.

2. Luego, pues, que por primera ensalada, se presentaron unas lechugas crudas en la mesa, vuelto á su amigo Fray Blas, le hizo esta pregunta:

*Claudere quæ cænas lactuca solebat axorum;  
Dic mihi cur nostras inchoat illa dapes?*

Algo atajado se halló el padre predicador con la preguntilla, porque como era en verso latino, y él solo habia estudiado el latin, que bastaba para el gasto del breviario, y aún ese no bien, no la entendió mucho al primer embion, y así le dijo: habla más claro, si quieres que te responda. Pero al fin, volviendo Fray Gerundio á repetirle el dístico, pronunciándole con mayor pausa, como por otra parte el latin tampoco era muy enrebesado, vino á entenderle Fray Blas, y dijo, en suma, lo que pregunta ese verso es; *¿porqué nosotros comenzamos á cenar por lechugas, cuando nuestros abuelos solian acabar con ellas?* Pues la razon salta á los ojos; porque en casi todas las cosas nosotros comenzamos por donde acabaron

nuestros abuelos. Dijolo Claudiano, interrumpió al punto Fray Gerundio, aplaudiendo la explicacion: *Cæpisti, quæ finis era*, y el maestro se rió tanto de la impertinente prontitud del uno, como de la sandez del otro.

3. Siguiéronse después unos puerros cocidos sin cabeza, y apénas los vió Fray Gerundio, cuando exclamó:

*Fila Tarentini gravitèr redolentia porri  
Edisti quoties, oscula clausa dato.*

Confesó Fray Blas, que solo entendia, que el verso hablaba de *puerros*, por aquello de *porri*; pero que para descargo de su conciencia, no percebia lo que queria decir. Entónces Fray Gerundio le puso á la vista el régimen ó el orden de la construccion, *quoties edisti fila gravitèr redolentia porri Tarentini dato oscula clausa*, advirtiéndole de paso, que en el territorio de la ciudad de Tarento se dan los puerros más afamados de toda Italia, como en Navarra los ajos de Corella, y en Castilla la Vieja los espárragos de Portillo, con cuya luz, dijo Fray Blas, ya me parece que entiendo el concepto del verso: quiere decir, si no me engaño, que siempre que se comen puerros de Tarento, y lo mismo discurro que sucederá, aunque los puerros sean de Melgar de arriba, más parece que se besa, que se come, por cuanto más es chupar que comer, y para chupar se pliegan los labios. Dió V. en el hito, replicó Fray Gerundio; pero con todo eso, mejor que el poeta latino explicó la insulsez de esta ensalada el castellano que dijo:

*Quien nisperos come,  
Quien bebe cerceza,  
Quien puerros se chupa,  
Quien besa á una perra,  
Ni come, ni bebe, ni chupa, ni besa.*

No dejó de reirse tampoco esta vez el maestro Fray Prudencio de la candidez de Fray Gerundio, cayéndole en gracia el chiste de la coplilla, y aunque alabó la felicidad de su memoria, todavía se compadeció algun tanto, de que no la emplease mejor.

4. Él que se vió celebrado, se tentó un poquillo de vanidad, é hizo empeño de no dejar cosa que saliese á la mesa, sin saludarla con su distico. Así, pues, luego que se pusieron en ella los huevos, cogió uno en la mano, arrimóle á la luz, y pareciéndole que tenia pollo, soltó la carcajada, y dijo:

*Candida si croceos circumfluit unda vitellos,  
Hesperius scombri temperet ova liquor.*

5. Quedóse en ayunas el bueno de Fray Blas, porque este era mucho latin para un predicador romancista, y en ayunas se hubiera quedado á no haberse compadecido de él su buen amigo Fray Gerundio, explicando el pensamiento en este serventesio, que sabia de memoria:

*Cuando algun pollo, ó polla,  
Encierra el huevo en cándido recinto,  
La barriga es la olla,  
Y cuézase en porcion de blanco ó tinto.*

6. Aprovechóse de esta ocasion el maestro Pru-

dencio para chasquear un poco al predicador, insultándole sobre su cortedad en el latin, y le dijo con alguna picaresca: Paréceme, Fray Blas, que tú eres como aquel cura, que decia á sus feligreses: *Yo, á la verdad, no sé mucho latin, pero no tiene remedio, me he de dedicar á estudiarle, y hasta que le aprenda no he de hacer más que predicar.* Paso con esos golpes, padre nuestro, replicó algo atufado Fray Blas, que entendió todo el énfasis picante de la satirilla: para predicar no he menester entender latin de poetas, bástame construir medianamente el de la Biblia; y para eso el Calepino y yo á otros dos guapos.

7. En esto salió el asado á la mesa, que era medio pavo, y apénas le columbró Fray Gerundio, cuando exclamó en tono de plañidera,

*Miraris quoties gemmantis explicat alas:  
Et potes hunc saxo tradere durè coco!*

Y sin dar lugar á que volviese á sonrojarse su amigo, dió él mismo la explicacion en el siguiente epigrama:

*Cuando el pavo ostentoso  
La rueda tiende y brilla magestuoso,  
Asombrado le miras:  
Y á este que tanto admiras,  
Cruel, duro, severo,  
Le entregas tú después á un cocinero!*

Pero, sin embargo de la compasion que esto le causaba, no dejó de meterle bien el cuchillo por la coyuntura, y después de hacer plato al padre maestro, él se quedó con una buena racion de entrepechuga y pellejo, alargando la fuente á Fray Blas, con quien no gastaba ceremonias.

8. A este tiempo ya se habia embasado algunos tragos, y á cada uno que bebia dedicaba su distico, de los muchos de que habia hecho provision para estas ocasiones, sin pararse en que los disticos hablasen de los vinos más famosos de Europa en la antigüedad, y el que él bebia fuese un chacoli, ó un vinagrillo de la tierra. Como él espetase sus versos, que hablasen de mosto conocido, todo lo demás era para él muy indiferente, y así al primer trago le saludó con esta impertinencia:

*Hæc de vitifera venisse picata Viena  
Ne dubites, misit Romulus ipse mihi.*

Al segundo con este disparate:

*Hoc de Casareis mitis vindemia cellis  
Misit Iulæo, quæ sibi monte placet.*

Al tercero con este requiebro:

*Hæc fundana tulit felix autumnus opini,  
Expressit mulsum Consul, et ipse bibit.*

9. En fin, á ningun trago dejó sin su dedicatoria latina: y consta por buenos papeles, que en solo aquella cena brindó veinte veces, y esto sin perjuicio de la cabeza, que la tenia á prueba de jarro, por haberse criado en Campazas con la mejor leche del Páramo y de Campos. No se puede ponderar lo aturdido que estaba el bueno del predicador al oír chorrear tanto latinorio á su amigo y queridito; pues, aunque lo más de ello se le pasaba por alto, y allá se iba por el ánima más sola, con todo eso se le caía la baba, viéndole lucir tan á taco tendido, protestan-

do, que si bien siempre habia hecho alto concepto de su ingenio, nunca creyó que llegase á tanto, por no haber concurrido con él en otra funcion semejante. No sabia como diantres habia podido meter en la cabeza tanta multitud de versos, y sobre todo se asombraba de aquella oportunidad con que los aplicaba; siendo así, que el desdichado Fray Gerundio no esperaba más oportunidad para encajar sus versos, que la de oír ó ver alguna cosa, de la cual se hiciese mencion, en los que tenia hacinados en su burral memoria, usando de la erudicion profana puramente por la asonancia, ni más ni ménos como habia usado de la sagrada en la chistosa salutacion que habia predicado en el refecterio. Pero, como el buen Fray Blas tampoco entendia de otras propiedades para el uso y para la aplicacion de sus textos, no distinguia de colores, y lo que le sonaba le sonaba, confirmándose en el dictámen, de que mozo como aquel no le habia pillado la órden en dos siglos.

10. Creció su admiracion, cuando, sirviéndose á la mesa una cazuela de liebre guisada, oyó á Fray Gerundio prorumpir en esta definitiva sentencia:

*Inter aves turdus, si quid, me iudice, certet:  
Inter quadrupedes, gloria prima lepus.*

No entendió el predicador más que á media rienda, y así en bosquejo lo que queria decir, aunque ya le dió al corazon poco más ó ménos, qual seria el pensamiento, cuando notó que diciendo y haciendo se echaba Fray Gerundio en su plato casi la mitad de la cazuela. Pero el padre maestro, que comprendió muy bien toda el alma del concepto, dijo con su apa-

cibildad acostumbrada: hombre, eso de que en tu dictámen *entre las aves no hay plato más regalado que el tordo, ni entre los animales que la liebre*, prueba bien, que el mismo gusto tienes en el paladar, que en el entendimiento, y que el mismo voto puedes dar acerca de una mesa, que acerca de un sermón. Yo siempre oí, que el tordo era extraordinario de Fraile, y la liebre plato de cofradía. ¿Y quién le ha dicho á V. Paternidad, replicó Fray Gerundio, que en las cofradías no sirven muy buenos platos, y que á los frailes no les dan extraordinarios muy delicados? Substanciales sí, respondió el maestro Prudencio, pero delicados no.

11. En esto salieron los postres, un queso y un plato de aceitunas. Aquí le pareció á Fray Blas, que sin duda alguna se le habia acabado la talega á Fray Gerundio, porque; ¿qué poeta se habia de poner á tratar de aceitunas y de queso? Pero le engañó su imaginación, y quedó gustosamente sorprendido, cuando vió que tomando el queso en una mano, y un cuchillo en otra para partirle, recitó con mucha ponderación este par de coplitas:

*Caseus, Etrusco signatus imagine luna,  
Præstabit pueris prandia mille tibi.*

Y sin detenerse, añadió esta traducción, que también habia leído:

*Con un queso, parecido  
A la Luna de Toscana,  
Hay para dar de almorzar  
A los niños mil mañanas.*

Eso lo mismo será, glosó Fray Prudencio sonriéndose, aunque se parezca á la Luna de Valencia; pues no sé, que para el caso ni para el queso, tenga más gracia una Luna que otra; y qué; ¿no dices algo á las aceitunas? Allá voy, padre maestro, respondió Fray Gerundio, y tomando media docena de ellas, dijo:

*Hæc, quæ Picens venit subducta trapetis,  
inchoat, atque eadem finit oliva dapus.*

Que uno construyó así:

*Esta, que no fué al molino,  
Para que no fuese aceite,  
Unas veces es principio,  
Y también postre otras veces.*

¿Qué dices, borracho? le preguntó Fray Blas en tono de zumba; ¿cuándo sirvieron de principio las aceitunas? ¿Cuándo? respondió Fray Gerundio, cuando se comenzaba á comer por donde ahora se acaba, y cuando las techugas servían de postre, *juxta illud*:

*Claudere quæ cenam lactuca solebat avorum, etc.*

Y sino, acuértese V. de lo que dijo al principio de la cena, que nosotros comenzamos por donde acabaron nuestros abuelos.

12. Halló bastante gracia el maestro en esta reconvención, y se confirmó en su antiguo dictámen, de que á Fray Gerundio no le faltaba cantera, y que solo le habia hecho falta el cultivo, la aplicación á facultades serias y precisas, la crítica y el buen gusto. Pero al fin, con no poco se acabó la cena, se

dieron gracias á Dios, y se levantaron los manteles; después de lo cual tomó la mano Fray Blas, y dijo: Padre maestro, acabemos de evacuar el punto de las censuras de los libros, que nos interrumpió Fray Gregorio, porque á lo que veo, me parece que V. Paternidad es del mismo dictámen que aquel famoso censor del segundo tomo del *Teatro Critico Universal*, que huyendo el cuerpo á la censura del libro, se metió á censurar á los censores; pero en verdad que llevó brava tunda en cierta aprobacion del tercer tomo. En la substancia, respondió el maestro, del mismo parecer soy, y hallo, que tiene mucha razon en lo que dice: el modo puede ser que no hubiese agrado á todos, porque le oí notar de pomposo, arrogante y satisfecho; y á algunos tampoco les pareció bien, que reservase esta critica para aquel lugar en que no venia muy al caso; adelantándose tal cual á argüirle de ménos consiguiente, pues protestando en la misma censura, *que no se hallaba con ánimo de ayudar fructuosamente al autor del teatro en el árduo y mal recibido oficio de desengañador*, él mismo le está ejercitando en la misma censura: con esta diferencia, que el autor del teatro ejerce el oficio de *desengañador* de sábios y de ignorantes, pues á todos comprenden los *errores comunes*; pero el censor ejerce el de *desengañador* únicamente de sábios, porque á solos estos, ó en la realidad ó en la estimacion, se fian por lo comun las aprobaciones de los libros.

13. Sobre la zurra, que le da todo un colegio de padres aprobantes del tercer tomo, tambien he oido variedad de opiniones. Convienen todos, en que la

correccion fraterna está discreta, bien parlada y con mucha sal, sin que la falte su granito de pimienta; pero como los autores de ella son de la misma estameña, que el autor del teatro, algunos desearan que esta comision se la hubieran encargado á otro de diferente paño, en quien caeria mejor. Dicen que esto de salir á la defensa de uno de su ropa, solo porque no se le alaba, no suena bien: otra cosa seria si positivamente se le hubiera injuriado sin razon, que entónces á ningunos tocaba más inmediatamente sacar la cara por él, que á los de casa. Pero este reparo me parece poco justo y aún poco reflexionado; porque aquellos padres maestros no impugnan directamente al censor, porque no alaba al autor del teatro, sino porque censura á los que le alaban á él y á todos los demás autores; con que, no tanto es defensa del autor como de los censores, y en ésta todo el mundo tiene derecho á meterse, con especialidad aquellos á quienes se les ha encomendado este oficio.

14. Algunos maliciosos aún se adelantan á más: paréceles á ellos, que ven una gran diferencia de estilo en lo restante de la aprobacion y en el párrafo en que se censura al censor de los censores: con esta aprehension se les figura por otra parte, que el estilo de este párrafo es muy parecido al nobilísimo, perspicuo y elegante, que gasta el autor del teatro; ¿y qué quieren inferir de aquí? Lo que se está cayendo de su peso; que este parrafillo le dictó el mismo autor, pues se hallaba dentro de casa, y sin explicarse más, hacen un gesto y tuercen el hocico. Pero esta me parece demasiada temeridad y sobrada delicadeza. Conocer en pocos renglones añadidos á

otros muchos la diversidad de estilo, es para pocos ó para ninguno, sin exponerse á juzgar erradamente, salvo que aquella sea tan visible, que luego salte á los ojos; pues claro está, que si en un sermón del padre Vieira se mezclaran solos cuatro renglones del autor del Florilégio, un topo vería al instante la diferencia y aún la disonancia: mas no estamos en el caso. El estilo de los aprobantes no es tan desemejante del autor del teatro, que diste infinito de él. Fuera de que á los buenos escritores nunca los puede faltar un buen estilo, dice Quintiliano: *Bonos numquam honestus sermo deficiet*; y así como no es imposible, sino muy regular, que uno dé en el mismo pensamiento que otro, así tampoco lo es, que le explique de una misma manera. Mas supongamos que el párrafo en cuestion sea del mismo autor del Teatro; *quid indè?* No veo en ella cosa que me disuene, porque en él nada se le elogia, y ántes se me representa un rasgo de su moderacion y de su prudencia. Finjamos por un poco (y es una cosa bien natural) que los reverendísimos aprobantes hubiesen dejado correr la pluma en este punto con algun mayor calor y libertad de lo que pedia la materia. Demos por supuesto (y no es ménos natural que lo primero) que confiasen al autor su censura, para que la viese ántes que se estampase. Como la leyó á sangre fria, notó que estaba un poco acalorada, y tomó de su cuenta templarla, dictando un párrafo, en que se dice lo que basta, y en realidad á ninguno saca sangre. Esto es lo que yo concibo que pudo ser; pero si fué otra cosa, todo ello importa un bledo.

15. En lo que no convengo ni convendré jamás

es, en que las censuras de los libros, especialmente las que se hacen de oficio, esto es, por comision de tribunal legítimo, se conviertan en panegíricos; y perdónenme los reverendísimos censores del censor de todos ellos, que no me hace fuerza la razon, con que intentan defender la práctica contraria. Dicen, que el panegírico, que se introduce en la censura, siendo el mérito del autor sobresaliente, es deuda; siendo mediano, urbanidad; y solo siendo ninguno, será adulacion. Yo diria, con licencia de sus reverendísimas, que el panegírico que se introduce en la censura, aunque el autor le merezca, siempre es impertinente; y si no le merece, no solo es una adulacion indigna, sino una mentira, un engaño sumamente perjudicial al progreso de las ciencias, al honor de toda la nacion, y á la utilidad comun. Al censor solamente le mandan, que diga sencillamente su parecer sobre el mérito de la obra, aprobándola ó desaprobándola, sin que se detenga en alabar al autor, sino que sea indirectamente, por aquel elogio que necesariamente le resulta, de que se apruebe su produccion; con que, pararse muy de propósito á hacer un gran panegírico del autor, aunque sea el de mayor mérito, sin dejar epíteto que no le aplique, renombre con que no le proclame, ni erudicion que no obstante el aprobante para exornar su encómio, no solo no es deuda, sino una obra muy de supererogacion.

16. Ya se entiende, que hablo solamente de aquellos largos panegíricos, que de propósito se introducen en las censuras, adornados de todo género de erudicion, los cuales son los que únicamente se

pueden llamar *panegiricos*. Y de estos digo, que aunque los autores los tengan muy merecidos, son fuera del asunto en las aprobaciones, digámoslo así, judiciales; y en este sentido, á mi ver, habló tambien el censor de los censores. Pero aquellos elogios, que resultan del breve y sencillo juicio que se forma del mérito de la obra, como de su utilidad, de su inventiva, de su solidez, de su buen estilo, etc., estos así como no merecen el nombre de panegiricos, así tampoco deben condenarse en los censores, ántes apenas pueden cumplir con su oficio, sin que digan algo de esto; y en este sentido convengo tambien, en que los elogios pueden ser deuda y pueden ser urbanidad.

17. ¿Pero quién ha de tener paciencia para sufrir otros diferentes rumbos, que siguen los aprobantes? Todos ó casi todos, son panegiristas, y de estos ya he dicho bastante. Algunos añaden á este oficio el de glosadores ó adicionadores de la obra que aprueban: otros se meten á apologistas del asunto, especialmente si este es de materia crítica, ó de algun punto contencioso: cuando la obra es apologética, las aprobaciones por lo comun se reducen á una apología de la misma apología; y aprobacion bien larga he visto yo, que sin tocar en la substancia de la obra hasta el último párrafo, gasta el aprobante muchas hojas en alabar la patria del autor, la nobleza de su origen, las glorias de su religion; y de todo esto infiere, que el libro es una cosa grande, y que no puede contener ápice ni punto, que se oponga á los dogmas de la Fé ni á la más severa disciplina. Digo, y vuelvo á decir, que todas estas me parecen

unas grandísimas impertinencias, dignas de ser deserradas de nuestra nacion, como lo están de casi todas las demás del mundo, cuyos censores se ciñen precisamente á lo que se les manda, diciendo en breves y graves palabras su dictámen, y dejando á los lectores, que hagan de la obra y del autor todos los panegiricos que se les antojaren.

18. Muy enfrascado estaba el maestro Prudencio en la conversacion, cuando advirtió que Fray Gerundio se habia quedado dormido en la silla como un cepo, y que el predicador bostezaba mucho, cayéndosele los párpados de manera, que cada instante necesitaba apuntalarlos. Hizose cargo de la razon, y despertando á Fray Gerundio, no sin mucha dificultad, se fueron todos á la cama, quedando despedido el predicador Fray Blas desde la noche, porque pensaba madrugar mucho el dia siguiente, para marchar á Jacarilla, en compañía de su mayordomo el tio Bastian, que para entónces ya le suponian perfectamente convallecido del accidente, que le habia acometido de sobre-comida ó sobre-bebida.



## CAPÍTULO V.

ESTRENA FRAY GERUNDIO EL OFICIO DE PREDICADOR SABATINO  
CON UNA PLÁTICA DE DISCIPLINANTES.

AÚN no bien había amanecido el día siguiente, cuando llegó un mozo del convento con una carta del prelado, en que mandaba á Fray Gerundio, que cuanto ántes se retirase, porque le hacia saber, que la villa había votado una procesion de rogativa por el agua, de que estaban necesitados los campos, en la cual había determinado salir la cofradía de la Cruz, y que era menester disponerse para predicar la plática de disciplinantes. Mucho se holgó nuestro predicador sabatino con esta noticia, por cuanto estaba ya reventando por darse á conocer en el público, y se le hacian siglos los días que tardaba una funcion. Pero fué tan desgraciado, que media hora ántes que llegase el propio, había partido para Jacarilla su grande amigo Fray Blas, y esto no dejó de contristarle algun tanto, porque le podia dar alguna idea ó algunas reglas propias de su buen gusto, para disponer aquella especie de funcion, de la cual nunca habian tratado en particular; y siendo la primera, le importaba mucho salir de ella con el mayor lucimiento. Ya se le ofreció consultar el punto con el

maestro Prudencio; pero dijo allá para consigo, este viejo me dirá alguna de las que acostumbra; aconsejaráme, que encaje á los cofrades un trozo de mision; que diga, como las calamidades públicas siempre son castigo de los pecados públicos y secretos; que lo confirme con ejemplos de la Sagrada Escritura y de la historia profana, de los cuales me contará un rimero de ellos, porque el viejo sabe más que Merlin: prevendráme, que despues me deje naturalmente caer sobre la necesidad de aplacar á la Divina Justicia por medio de la penitencia, porque no hay otro; y por fin y postre querrá que los espete, quede este único medio se valió el mismo Jesucristo, derramando toda su sangre por nuestros pecados, para satisfacer á su Eterno Padre y aplacar la justa indignacion contra todo el linage humano; y al llegar aquí, querrá que me afervorice, y que los exhorte á despedazar primero su corazon, y después sus espaldas, no con espíritu de vanidad, sino con espíritu de compuncion. Esta retahila me encajará el padre maestro, como si la oyera, y me querrá persuadir, que á esto y no á otra cosa se debe reducir este género de pláticas; pero á otro perro con ese hueso. Cierto que quedaria yo bien lucido en la primera funcion, en que me estreno de puertas á fuera, con predicar como pudiera un carcuezo, y con decir lo que diria cualquiera vieja. Yo me guardaré de preguntarle nada á su Paternidad, y compondré mi plática como Dios me diere á entender, sin ayuda de vecinos.

2. Con este pensamiento se entró en el cuarto donde estaba el maestro Prudencio todavia recogido,

porque con la conversacion de sobre-cena se le habia encendido la cabeza, y habia pasado mala noche. Dióle parte de la carta con que se hallaba del prelado, el cual le habia enviado mula al mismo tiempo, para que se retirase, y dijole, que si mandaba algo para el convento. El maestro, puesto que no dejó de sentir este incidente, porque habia consentido, en que ya que no le quitase del todo la bodoquera, podría quitarte algunos bodoques en los paseos y conversaciones de la Granja; pero al fin, viendo que no tenia remedio, hubo de conformarse, y solamente le previno, que tratase de platicar con juicio y con piedad, porque el asunto lo pedia: advirtiéndole, que, mediante Dios, esperaba oírle. Bien está, padre maestro, le respondió Fray Gerundio; pierda cuidado V. Paternidad, que por esta vez pienso que he de acertar á darle gusto, y con esto se despidió.

3. Dice una leyenda antigua de la órden, que en todo el camino que habia desde la Granja al convento, que no era ménos que de cuatro leguas largas, iba nuestro Fray Gerundio tan pensativo y tan dentro de sí mismo, que no habló ni siquiera una palabra al mozo, que iba delante de la mula, y lo que más admiracion causó á todos los que le conocian, fué, que no solo no se paró á echar un trago en una venta, que habia en la mitad del camino, pero que ni siquiera reparó en ella. Esto consistió, como él mismo lo confesó después, en que iba totalmente preocupado en hacer apuntamientos mentales, y en buscar especies y materiales allá dentro de su memoria para disponer una plática de rumbo, que diese golpe, y que de contado le acreditase.

4. Desde luego se le ofrecieron á la imaginacion, como en tropel, las confusas ideas de esterilidad, rogativa, cofradia, cruz, penitentes, pelotillas, ramales, sangre, penitentes de luz, etc.; y todo su cuidado era, como habia de encontrar en la mitología ó en la fábula algunas noticias, que tuviesen alusion con estas especies, pues por lo que toca á la coordinacion y al estilo, eso no le daba maldita la pena, pues siguiendo el mismo que habia usado en el sermón de Santa Ana, y procurando imitar el inimitable del Florilugio, estaba seguro del aplauso del auditorio, que era el único objeto, que por entónces se le proponia.

5. Para hablar de la esterilidad, al instante se la ofreció la edad de plata, y la edad de hierro; porque hasta la primera los hombres eran unos angelitos, y la tierra producía por sí misma todo género de frutas, y de frutos para su sustento y regalo, sin necesitar de cultivo, el que enteramente ignoraban; pero como en la edad de plata comenzasen á ser un poco bellacos, también la tierra comenzó á escasearles sus frutos, y se empeñó en que no les habia de dar alguno, sin que les costase su trabajo. Más aquí estaba la dificultad; porque los pobres hombres, acostumbrados á la abundancia y al ocio, no sabian cómo habian de beneficiarle, hasta que compadecido Saturno bajó del Cielo, y los enseñó el uso del azadon y del arado, para que en fio costándolos su trabajo y sudor, la tierra los sustentase. Pero luego le ocurrió, que esto no venia muy á cuento, porque aquí no se trataba de esterilidad nacida de falta de cultivo.

sino de falta de agua, y para esta habia de menester una fábula, como el pan para comer.

6. Dichosamente se le vino en aquel punto á la memoria la edad de hierro, en la cual nada producía absolutamente la tierra ni cultivada ni por cultivar, y es que los dioses la negaron enteramente la lluvia, en castigo de las maldades de los hombres, que se habían hecho muy taimados, y solo trataban de engañarse los unos á los otros, como dice el doctísimo conde natal. No se puede ponderar la alegría que tuvo, cuando se halló sin saber como con una introducción tan oportuna; y apuntándola allá en el desenuadernado libro de su memoria, pasó á resolver en su imaginación algunas especies de mitología, que se pudiesen aplicar á cosa de rogativa.

7. A pocas azadonadas se le vino oportunamente á ella aquel famoso caso de Baco, cuando hallándose en la Arabia desierta, por donde caminaba á cierto negocio de importancia, y muriéndose de sed, por no encontrar una gota de agua en medio de aquellos adustos arenales, juntó los pastores de la comarca, y formando con ellos una devota procesion ó rogativa en honra del dios Júpiter, ofreció que le fabricaría un templo, si le socorria en aquella necesidad; y al punto se apareció el mismo Júpiter en figura de un carnerazo fornido y bien actuado de puntas retorcidas, que escarvando con el pié en cierta parte, brotó una copiosa fuente de agua dulce, y Baco agradecido cumplió su voto, edificando al dios carnero el primer templo, con el título de Júpiter Amon. Dióse mil parabienes por este hallazgo, especialmente cuando supo después, que el mayordomo de la cofradía de

la Cruz en aquel año se llamaba Pascual Carnero, y propuso en su ánima hacerle Júpiter Amon, con lo que le pareció haber encontrado un tesoro para tocar la circunstancia principal, y tuvo por sin duda allá para consigo, que desde aquel punto no habria sermón de cofradía, que no le pretendiese con empeño.

8. Remachóse en este buen concepto que hizo de sí mismo y de su grande suficiencia, cuando para hablar de la misma cofradía, compuesta por la mayor parte de labradores, se le vinieron al pensamiento los sacrificios ambarvales, que se hacian en honor de la diosa Ceres, tutelar de los campos y de las cosechas, á los cuales sacrificios presidia cierta especie de cofradía, compuesta de doce cofrades, que se llamaban los *hermanos arvales*, esto es, los *cofrades del campo*, derivando su denominacion de *arvus arvi*, que le significa; porque aunque es verdad, que estos no eran más que doce, y los cofrades de la Cruz pasaban de ciento, ese le pareció chico pleito; pues si el número siete en la Sagrada Escritura significa multitud, más significara el número doce en la mitología.

9. Donde se halló un poco apurado fué en tropezar con alguna erudición de buen gusto, que pudiese aludir á cofradía de la Cruz, y después de haberse aporreado por algun tiempo la cabeza, sin encontrar cosa que le satisficiese, su buena fortuna le deparó una admirable especie, que á un mismo tiempo le sirvió para cumplir gallardamente con la circunstancia agravante de la Cruz, y con la de los penitentes de sangre, que no le daba ménos cuidado

que la otra. Acordóse haber leído en un extraordinario libro, que se intitula: *Idea de una nueva historia general de la América Septentrional*, como en honor del dios *Izcacuhquí*, que era el dios del fuego, iban los indios al monte por un grande árbol, que con mucho acompañamiento, música y aparato conducian al patio del templo; allí le descortezaban con extraordinarias ceremonias, le elevaban después á vista de todo el pueblo, para que constase á todos que tenia la altura, que prescribia la ley; después le bajaban, y cada uno le adornaba con ciertos papeles teñidos en sangre propia: hecho lo cual volvían á levantarle con gran tiento, devocion y reverencia. Entónces los amos tomaban á cuestras á sus esclavos, y bailando al rededor de una grande hoguera, que estaba encendida junto al árbol, cuando los pobres esclavos estaban más descuidados, daban con ellos en las llamas y se hacian ceniza.

10. No cabe en la imaginacion quanto se regocijó el bendito Fray Gerundio con este, á su parecer, felicísimo y oportunísimo hallazgo, porque en solo él tenia quanto habia menester, para lo que le restaba que ajustar. Habia árbol traído del monte con mucho acompañamiento, y elevado con grande devocion en el patio del templo; ¡qué símbolo más propio del Árbol de la Cruz! Y más que, por descortezarle después, no perdía nada para el intento. Habia papeletos teñidos en sangre de los cofrades, que levantaban el árbol, cosa ajustadísima y pintiparada á los penitentes de sangre, pues que esta tiñese papeles ó tiñese faldones, es cuestion de nombre, particularmente cuando ya se sabe, que de los faldones se

hace el papel. Habia amos, que bailaban al rededor del árbol y de la hoguera con los esclavos á cuestras, á los cuales echaban después en la lumbre, y ellos se quedaban riendo; metáfora muy natural de los penitentes de luz, que son como los amos de la cofradía, los cuales se contentan con alumbrar á los penitentes de sangre, para que estos se quemen y se abrasen á azotes, ya entre los manojos de los ramallos, ya entre las ascuas de las pelotillas.

11. Mil parabienes se dió á sí mismo, por haber encontrado con una provision de materiales, los más exquisitos y más adecuados para el intento, que á su modo de entender se podía juntar; y ya quisiera él, que la plática fuese el dia siguiente, para darse cuanto ántes á conocer; pues, una vez juntos los materiales, en dos horas le parecia que podría disponerla, particularmente habiéndose de reducir á una exhortacion muy breve, como él mismo lo habia observado en las pláticas de aquella especie que habia oido, por quanto se comenzaba á platicar, al mismo tiempo que se iba ya formando la procesion; y en orden á tomarla de memoria, eso le daba poco cuidado, porque realmente era de una memoria feliz y como dicen burril.

12. No obstante, haciendo un poco más de reflexion sobre todas las circunstancias de esta última erudicion mitológica, no podia enteramente quietarse, pareciéndole que la aplicacion de los papeletos teñidos en sangre á los penitentes de la cofradía, era un poco violenta; y aunque juzgó, que en caso de necesidad y en un lance forzoso, ya pudiera pasar, mayormente en una aldea donde no hubiese más cri-

ticos ni más censores, que el barbero y el fiel de fechos; pero bien quisiera él hallar otra cosa más terminante y como en propios términos de *penitentes de sangre*, para asegurar más su lucimiento, sin exponerse á melindrosos reparos de gentes escrupulosas, de los cuales habia algunas en su comunidad y en el pueblo, que como llevamos significado, era una villa de media braga, ni tan desierto como Quintanilla del Monte, ni tan poblado como Cádiz y Sevilla.

13. Con este cuidado se iba ya acercando al lugar, asaz pensativo y no poco pesaroso, cuando de repente dió un alegre grito, acompañado de una gran palmada sobre el albardón de la mula; y prorumpió diciendo; ¡hay borracho como yo! Vaya, que soy un mentecato. En el mismo admirable libro intitulado: *Idea de una nueva historia general de la América Septentrional*, pocas hojas más allá donde se refiere lo del árbol y lo de los papelitos de sangre en honor del famoso dios *Izcacáhqui*, me acuerdo haber leído dos especies, que luego las apunté para estas ocasiones, y son tan nacidas para ellas, que aunque yo mismo las hubiera fingido, no podian venir más á pelo. Ambas especies se encuentran en el párrafo X, que trata de los símbolos de los meses indianos, según Gemelli Carreri: y la primera dice así, porque la tengo en la memoria, como si la estuviera leyendo.

14. «Tozótli, símbolo del segundo mes, quiere decir *sangría ó picadura de las venas*; porque así mismo en el segundo día de este mes los indios, ó fuese con las puntas del *maguety* ó con navajas de pedernal, en señal de penitencia se sacaban sangre

«de los muslos, espinillas, orejas y brazos, y ayunaban al mismo tiempo... Era esta fiesta de penitentes dedicada al dios *Tlalóc*, dios de las lluvias. Y más abajo. Los que tenían el oficio de hacer *Xuchiles* ó ramilletes entre año, llamados *Xochimanque*, festejaban en la tercera edad á la diosa *Chivalticue*, que es lo mismo que decir *enaguas de mujer*, ó por otro nombre *Coatltona*, diosa de los mellizos. La segunda especie es como se sigue, sin faltarle tilde.

15. «*Hucytozótli*, superlativo de *Tozótli*, símbolo del tercer mes, quiere decir, *punzadura ó sangría grande*: porque en deteniéndose las aguas, que no comenzaban hasta este tiempo, correspondiente á nosotros por Abril, se aumentaban las penitencias, crecía la saca de la sangre, y eran mayores los ayunos, y aún los sacrificios. La fiesta se hacía al dios *Cinteolt*, dios de el maíz, etc.» Estas dos especies tengo apuntadas en mi cuaderno, y encomendadas á mi memoria; y me andaba yo aporreando los cascos por encontrar otras, que se adaptasen á las circunstancias principales del asunto: ¿dónde las habia de hallar más exquisitas? ¿dónde más nuevas? ¿dónde más cortadas al talle del intento? Aquí tengo esterilidad de la tierra por falta de agua: aquí tengo á *Tlalóc* dios de las lluvias: aquí tengo una procesion de penitentes de sangre, y no ménos que en el mes de *Hucytozótli*, que es el mismo mes de Abril, en que nos hallamos, y en que se ha de celebrar nuestra procesion: aquí tengo *Xuchiles* y *Xochimanques*, esto es, los que hacian ramilletes ó *ramales*, que allá se vá todo, y es bien

corta la diferencia: aquí tengo *Coatlátóna* ó enaguas de mujer, cosa tan precisa para que se vistan los penitentes; y en fin, aquí tengo una India, y ya no me trueco ni por cuarenta Fray Blases ni por cuantos autores de Florilogios puedan producir las dos Estremaduras. Ola: pero esto no quita, que yo los venero siempre como á mis dos maestros, como á los dos modelos, como á mis originales en la facultad de la carrera que emprendo.

16. Embelesado en estos pensamientos, y casi loco de contento, nuestro Fray Gerundio llegó á la puerta reglar de su convento; apeóse, fué á la celda del prelado, dió su *benedicite*, tomó la vénia, retiróse á la suya, desalforjóse, desocupó, echó un trago, y sin detenerse un punto puso manos á la obra; trabajó su plática, que aquella misma noche quedó concluida, y llegado el día de la procesion, á que concurrió mucho gentío de la comarca, Anton Zotes y su mujer, á quienes el mismo hijo habia escrito para que viniesen á oírle, sin faltar tampoco el maestro Prudencio, que la noche ántes se habia retirado de la Granja, con gentil denuedo representó su papel, que copiado fielmente del original, decia así ni más ni ménos.

17. «A la aurífera edad de la inocencia, *lavabo inter innocentes manus meas*, en trámite no interrumpido sucedió la argentada estacion de la desidia: «*Argentum et aurum nullius concupivi*. No llegó la ignavia de los mortales á ser letálica culpa; pero se arrimó á ser borron nigricante de su nivea candidez primera:

*Pocula tartareo haud aderant nigrefacta veneno.*

«Sobresaltados los dioses, *ego dixi dii estis*, determinaron prevenir el desórden con admonicion benéfica. Admirablemente el simbólico: *Ante diem cave*; y paralogizaron la correccion en preludeos de castigo: *Corripi eum inter te, et ipsum solum*.

18. «La madre Cibeles (ya sabe el docto, que en el Etnico fabuloso Lexicon se impone este cognomento á la tierra: *Terra autem erat iuavis et vacua*.) La madre Cibeles, *Cibeleia mater*, que dijo oportuno el proboscide poeta: la madre Cibeles, que hasta entonces expontaneaba sus fruges, resolvió negarlas, miéntras no la reconviniese por ellas el penoso afan del madido Colono: *In columna nubis*. Mas; oh Cielos; ¿cómo habia de elaborar el infeliz agrícola, si le faltaba la causa instrumental para el cultivo, y si del todo ignoraba la causa material y la eficiente para el instrumento? *Quaecumque ignorant, blasphemant; quomodo fiet istud?* «Comiserado Saturno bajó de lo alto del Olimpo: «*Descendit de Caelis*, y enseñó al hombre el uso del azadon tajante, y del arado escidente: *Terra scindetur aratro*. ¿Habeislo entendido, mortales? Luego bien decia yo, que siempre son los pecados ocasion de los castigos: «*Et peccatum meum contra me est semper*. Pero aún no estamos en el caso.

19. «A la argentada estacion sucedió el seculo ferrugineo: *Sæculum per ignem*, y aunque en él habia instrumentos para el cultivo, y poseian los hombres científica comprehension de su manejo, *possedit me in initio viarum suarum*, obstruida la cibélica madre, correspondia con esterilidades á los afanes del agrícola: *Et pater meus agricola est*. Aquí

«el reparo. Si la reconvenia con sus sulcos el corvo  
 «hierro: si la llamaba con sus golpes la afilada  
 «plancha; ¿por qué no se daba por entendida?  
 «¿por qué no producía la tierra verdigerantes fru-  
 «tos? *Germines terra herbam virentem*. ¿Qué oportu-  
 «tuno Lira? porque el Cielo empedernido la negaba  
 «la lluvia: *Non pluit menses septem*; ¿pero qué  
 «motivo pudo tener esa tachonada techumbre, para  
 «tan cruel duricie? Dijolo Cartario muy á mi in-  
 «tento; porque los hijos de los hombres habian  
 «multiplicado las requicias: *Et delitiæ meæ esse cum*  
 «*filiis hominum*. ¿Pues qué remedio? Oid al sapientí-  
 «simo Mitólogo.

20. «Despréndase el gran Baco de esa bobeda  
 «celeste; enseñe á los hombres compungirse; y á  
 «implorar la clemencia del tonante con una rogativa  
 «penitente: *Te rogamus audi nos*: ofrézcale cultos y  
 «sacrificios en futuras aras, y bajará el mismo Júpi-  
 «ter Amon, que es lo mismo que Carnero, y con  
 «una sola patada ó debajo de la planta de su pié, á  
 «*planta pedis*, hará que broten aguas que apaguen  
 «la sed y fertilicen los campos: *Descendit Jesus in*  
 «*loco campestri*. Para el docto no es menester apli-  
 «cacion; vaya para el ménos entendido. ¿No es así,  
 «que ha siete meses, que las nubes nos niegan sus  
 «salutíferos sudores? ¿No es así, que á esta denega-  
 «cion se han seguido los síntomas de una tierra em-  
 «pedernida? Pues institúyase una devota rogativa;  
 «vayan en ella los cofrades de la Cruz de penitentes;  
 «presídala su digno mayordomo Júpiter Amon, Pas-  
 «cual Carnero, que debajo de sus piés, *de sub cujus*  
 «*pede*, brotarán aguas copiosas, que secunden nues-  
 «tros campos:

*Horrida per campos bam, bim, bombardá sonabant.*

«Más; es muy celebrado en las Sagradas Letras el  
 «Cordero Pascual: *Agnus Paschalis*. Sabe el discre-  
 «to, que de los corderos se hacen los carneros. Lue-  
 «go nuestro insigne mayordomo Pascual Carnero,  
 «seria cuando niño Cordero Pascual. La ilacion es  
 «innegable. Pero aún no lo he dicho todo.

21. «A la frugífera Ceres, diosa tutelar de los  
 «campos y de las cosechas, se ofrecian aquellos sa-  
 «crificios, que se llamaban Ambarvales, y se hacia  
 «una solemne procesion al rededor de los campos,  
 «para ofrecerla estos sacrificios: *Ambarvales hostiæ*;  
 «¿y quiénes eran los que principalmente la forma-  
 «ban? Unos devotos cofrades, que se llamaban Ar-  
 «vales: *Arvales fratres*; los cuales en sentir de los  
 «mejores intérpretes, eran todos labradores. No lo  
 «levanto yo de mi cabeza: dícelo el profundísimo  
 «Caton: *Ambarvalia festa celebrabant Arvales fratres,*  
 «*circumeuntes campos, et litabant Ambarvales hostiæ.*  
 «¿Y á quién se ofrecian? ya lo he dicho, á la diosa  
 «Ceres, que se deriva de *cera*, para denotar tambien  
 «á los cofrades de Luz: *Vos estis lux mundi*.

22. «Mas porque el critico impertinente ó escru-  
 «pulosó no eche ménos á los penitentes de sangre,  
 «id conmigo, y vereis, que esto de los penitentes  
 «no es invencion de modernos, como quieren algu-  
 «nos ignorantes, sino una cofradia muy antigua, es-  
 «tablecida en todos los siglos y en todas las nacio-  
 «nes. Ea, dad un salto á la América septentrional.

23. «Allí vereis al dios *Tlalóc*, superintendente  
 «de las lluvias, haciéndose de pencas, y no querer

« desatarlas en el mes de *Tozólli*, que es el de Marzo. Allí veréis, que para moverle á piedad, se arman los indios de *magueys* ó puntas de pedernal, y se sacan copiosa sangre de todas las partes de su cuerpo. Allí veréis, que el irritado *Tlalóc* continúa las señas de su enojo en el mes de *Hueytozólli*, que corresponde al de Abril en que nos hallamos, y negando en él la agua por los pecados de aquellos infelices, arrepentidos estos, aumentan las penitencias, y se sacan sangre hasta correr por el suelo al rigor de los *Xuchiles*, esto es, á la violencia de los ramales, empapando en ella á la diosa *Chivalticue*, que es tanto como la diosa de las enaguas, y dirigiendo la penitente procesion al templo de *Citeolt*, dios del maiz ó trigo de Indias, para que intercediendo con *Tlalóc*, y uniéndose con él, los franquease los frutos de la tierra.

24. «Ea, hermanos, á vista de tan oportunos como eficaces ejemplares, ¿qué haceis? ¿en qué os deteneis? *Quid facis in paterna domo, delicate miles*; ¿A qué aguardáis para empuñar con brioso denuedo esos cándidos *Xuchiles*, y convocando primero el humor purpúreo á las dos carnosidades postergadas, no le sacáis despues con los cerosos *magueys*, hasta dejar empapadas las atvicantes *Chivalticues*, y corra por ellas la sangre á regar la dura tierra: *Gullæ sanguinis decurrentis in terram*? Mirad, fieles, que está enojado nuestro divino *Tlalóc*: mirad que el benéfico *Citeolt* se pone de parte de su ceño. Corred, corred á aplacarlos; volad, volad á satisfacerlos: empuñad, vuelvo á decir, esos *Xuchiles*; tomad bien la medida á esos *magueys*; brote de vues-

« tras espaldas el rojo licor á borbotones. Así aplacareis la ira de los dioses; así satisfareis por vuestras culpas; así conseguireis para vuestros campos epitalámios de lluvia, y para vuestras almas epiciclos soberanos de gracia, prenda segura de la gloria: *Quam mihi, et vobis, etc.*»

25. No bien habia pronunciado la última palabra, cuando resonaron en el templo unos gritos que salian por entre los caperuces, á manera de voces encañonadas por embudo ó por cervatana, que decian: *Vitor el padre Fray Gerundio, vitor el padre Fray Gerundio*; y lo que más es, que quedaron los penitentes tan movidos con la desatinada plática, no obstante que los más, y aunque digamos ninguno de ellos habia entendido ni siquiera una palabra, que al punto arrojaron las capas con mayor denuedo, y comenzaron á darse unos azotazos tan fuertes, que ántes de salir de la iglesia ya se podian hacer moreillas con la sangre, que habia caido en el pavimento. Las mujeres, que estaban junto á la tia Catania, la dieron mil abrazos, y aún mil besos, dejándola al mismo tiempo bien regada la cara de lágrimas y de mocos, todos de pura ternura, y diciéndola, que era mil veces dichosa la madre que habia parido tal hijo. Un cura viejo que se hallaba por casualidad inmediato á Anton Zotes, y que sin embargo de haber llevado tres veces calabazas para Epístola, una para Evangelio, y dos para Misa, todavía por sus años y por su bondad era hombre respetable, dándole un estrecho abrazo, le dijo: *Señor Anton, cincuenta y dos pláticas de disciplinantes he oido en esta iglesia, desde que soy indigno sacerdote* (en buena hora lo diga); pero



*plática como esta, ni cosa que se la parezca, ni la he oído ni pienso jamás oír. Dios bendiga á Gerundio, y no me mate su Magestad hasta que le vea Presentado.*

26. Déjase á la consideracion del pio y curioso lector, cómo quedarían el tío Anton y la señora Cajuja, cuando oyeron estas alabanzas de su hijo, y fueron testigos oculares de sus aplausos; y también es más para considerado, que para referido el gozo, la vanidad y la satisfaccion propia, que en aquel punto se apoderaron del corazón de Fray Gerundio, al escuchar él mismo tan grandes aclamaciones. Pero como son poco duraderos los contentos de esta vida, y siempre dispone Dios, que en medio de los mayores triunfos sucedan algunos acaecimientos tristes, que nos acuerden que somos mortales, quiso la mala trampa, que al bajar del púlpito y en la misma sacristía de la iglesia le dieron al bueno de Fray Gerundio un humazo de narices, que á ser otro que no fuera de tan buena complexion, le hubiera trastornado.

27. Fué el caso, que se hallaba de recluta en aquella Villa un capitán de infantería, capaz, despejado, muy leído, y habiendo oído la plática, luchando á ratos con la cólera, y á ratos con la risa, determinó finalmente holgarse un poco á costa del predicador, y entrando en la sacristía, despues de darle un abrazo ladino, pero muy apretado, le dijo con militar desenfado: vamos claros, padrecito predicador, que aunque he rodado mucho mundo y en todas partes he sido aficionado á oír sermones, en mi vida he oído cosa semejante. Plática mejor de carnestolendas y exhortacion más propia para una procesion de mogiganga ni Quevedo. Algo cortado se quedó Fray Ge-

rundio al oír este extraño cumplimento; y como el punto de desembarazo no podia medir la espada con el despejo del señor soldado, le preguntó con alguna turbacion y encogimiento; pues ¿qué ha tenido la plática de mogiganga ni de cosa de antruidos?

28. No es nada lo del ojo, y llevábale en la mano, le replicó el oficial. Abi es un grano de anís las fabulillas con que V. Paternidad nos ha regalado para compungirnos. La de Saturno vale un millon, la de Baco se debe engastar en oro; lo de Júpiter, Amon y Pascal Carnero, con aquel retoquecillo del cordero Pascal, no hay preciosidades con que compararlo; y en fin, todo aquel pasaje de los penitentes americanos con enaguas, ramales y pelotilas, los dioses en cuyo obsequio hacian las penitencias con sus pelos y señales, el motivo de ellas y hasta la oportunidad de los meses en que las hacian, todo es un conjunto de divinidades; y V. Paternidad aunque tan mocito, puede ser predicador en jefe ó á lo ménos mandar un destacamento de predicadores, que si son como V. Paternidad, pueden acometer en sus mismas trincheras á la melancolía, y no solo desalojarla de su campo, sino desterrarla del mundo. Y sin decir más ni dar tiempo á Fray Gerundio á que replicase, le hizo una reverencia y se salió de la sacristía.

## CAPÍTULO VI.

DONDE SE REFIERE LA VARIEDAD DE LOS  
JUICIOS HUMANOS, Y SE CONFIRMA CON EL EJEMPLO DE NUESTRO  
FAMOSO PREDICADOR SABATINO, QUE NO HAY FATUIDAD  
QUE NO TENGA SUS PROTECTORES.

Así se despidió el bellacon del capitán del bueno de Fray Gerundio, habiendo echado un jarro de agua á todas las complacencias con que se hallaba el santo varón por los vitores y aplausos de la iglesia, y dejándole triste, desconsolado y pensativo. Pero como en esta vida ni los gustos ni los disgustos son muy duraderos, el que le causó la sátirula viva y desenfadada del señor oficial, le duró poco; porque apenas subió de la sacristía á la celda, cuando se entró en ella toda la mosquetería del convento; es decir, la gazapiña de colegiales, coristas, legos y gente moza. Como este por lo comun es uno de los vulgos más atolondrados del mundo, y por lo mismo uno de los más perjudiciales, no es ponderable el porrazo que dió á casi todos la tal plática; porque no distinguiendo de colores, y gobernándolo solo por el boato y por el sonsonete, á los más les pareció un milagro del ingenio.

2. Entraron pues de tropel en la celda de Fray Gerundio, con tal zambra, gresca y algazara, que

parecia venirse á tierra el convento, y como todos habian sido sus condiscipulos, siendo con corta diferencia de una misma edad, aunque él ya era sacerdote y predicador, no acertaban á mirarle con respeto, con que dejaron correr las expresiones de su gozo con toda la libertad de una familiarísima llaneza. Unos le abrazaban, otros le vitoreaban, estos le hablaban por un lado, aquellos por el otro, algunos le tiraban por el hábito y por las mangas para que les contestase, no faltaron otros que le levantaban en el aire, aclamándole ya por el mayor predicador que tenia la orden; tanto, que uno que era segundo vicario de Coro, exclamó con voz gruesa y corpulenta: *Hasta ahora creia yo, que en el mundo no habia otro Fray Blas; pero bien puede aprender otro oficio, porque todo cuanto predica, aunque tan exquisito, tan conceptuoso y tan raro, es pazofia respecto de lo que hoy hemos oido á Fray Gerundio.* A un lego anciano, sencillo y bondadoso, que habia sido refiloterero más de cuarenta años, y le estaba mirando de hito en hito, se le caian las lágrimas de puro gozo y ternura. El despensero le dijo, que tenia á su disposicion todo el vino de la dispensa, porque á quien tanto honraba el santo hábito, era razon que todo se le franquease; el cocinero se le ofreció muy de veras á su servicio; y hasta el procurador, que no suele ser gente muy bizarra, le regaló desde luego *in voce* con dos barriles de sardinas escavechadas, y esto sin perjuicio de regalarle con otros dos de otras, cuando las tuviese, en prendas de su amor y complacencia.

3. Déjase á la consideracion del pio y curioso lector cuanta seria la de nuestro Fray Gerundio al oirse

alabar con tantas aclamaciones, por cuanto no era hombre insensible á sus aplausos, ni tampoco era de parecer como el otro orador afllosofado, que el grito de la muchedumbre inducia fuertes sospechas de grandes desaciertos.

4. Pero véis aquí, que cuando la gente del chilindron estaba en lo mejor de su trisca, y el bendito Fray Gerundio más engolfado en sus glorias, entraron en su celda el prelado, el maestro Fray Prudencio, y los demás padres graves á darle la que llaman la acenoria; esto es, la enhorabuena de la funcion, como loablemente se estila en todas las religiones. Al punto cesó la algazara de los mozos, y cada cual se compuso lo mejor que pudo, metiendo las manos debajo del escapulario, y arrimándose hácia las paredes con los ojos bajos y con reverente silencio. El prelado se contentó con decirle; que descansase, y habiéndose detenido un breve rato, sin hablar más palabra, se retiró luego: de los demás maestros, unos solo hicieron el ademan de bajar un poco la cabeza, marmullando entre dientes una especie de enhorabuena estrojada, que no se entendia; otros se la dieron con palabras claras, pero tan equívocas, que algun malicioso podia interpretarlas con poca benignidad, como el que le dijo: *Fray Gerundio; ¡cosa grande! por el término no la he oído mayor, ni espero oírla igual, sino que sea á ti.* Dos ó tres de ellos, que eran algo encogidos y un sí es no taciturnos, solamente le dijeron: *Dios te lo pague, Fray Gerundio, que lo has trabajado mucho;* y el bueno del frailecito quedó muy solazado, pareciéndole que era lo mismo trabajarle mucho, que trabajarle bien.

5. A todo esto callaba el maestro Prudencio, sin hacer más que mirarle de cuando en cuando con unos ojos entre compasivos y severos: mas luego que se retiraron los otros padres maestros, viendo que los colegiales amagaban hacer lo mismo, los dijo: esténse quietos, que ahora tengo yo que platicar á nuestro padre platicante, y mi plática tambien puede ser provechosa para ellos. Sentóse en una silla, hizo á Fray Gerundio que se sentase en otra, y volviéndose hácia él, le habló de esta manera.

6. «Fray Gerundio, ¿has perdido el juicio? ¿Estabas en él cuando compusiste una sarta de tanto disparate, y cuando tuviste valor para predicarla? ¿Es esto lo que me ofreciste al despedirte de mí en la Granja, diciéndome, que perdiese cuidado, que por esta vez pensabas que habias de acertar á darme gusto? Pues qué ¿piensas que podia yo gustar del mayor tejido de locuras y de despropósitos que he oído en los dias de mi vida, sino que le exceda ó le compita la desatinada salutacion del sermón de Santa Ana? ¡Y esto en una funcion de suyo tan séria, tan tierna, tan dolorosa, en que todo debiera respirar compuncion, lágrimas, gemidos y penitencia! Estoy por decir, que cuando no se hubiera cometido otro pecado, que el de tu plática, él solo merecia que nos castigase Dios con el terrible azote de la sequedad y de la esterilidad que padecemos. Pero no me atrevo á decir tanto, porque conozco, que no pecas de malicia, sino de ignorancia ó de inocencia.

7. «Ven acá, hombre, tu plática se ha reducido á otra cosa, que á atestarnos los oídos de fábulas

«ridículas, insulsas é impertinentes, verificándose  
«á la letra lo que ya dijo en profecía el Apóstol por  
«tí y por otros predicadores como tú, que huirían  
«de la verdad, y convertirían toda su atención á las  
«fábulas, trascendiendo este depravado gusto á los  
«oyentes: *¿A veritate quidem auditum avertent, ad  
«fábulas autem convertentur?* ¿Qué fuerza han de  
«tener estas para movernos á hacer penitencia por  
«nuestras culpas, y aplacar por este medio el rigor  
«de la Divina Justicia, tan justamente irritada contra  
«ellas?

8. «¿No tendrían más eficacia los ejemplos ver-  
«daderos de la Sagrada Escritura y de la historia ecle-  
«siástica, una y otra atestada de los horrendos casti-  
«gos temporales, con que Dios en todos tiempos  
«ha escarmentado los pecados de los hombres, sin  
«dejar el azote de la mano, hasta que se le diese  
«satisfacción por medio del dolor, de la enmienda y  
«de la penitencia? ¿Los diluvios, las inundaciones,  
«las guerras, las hambres, las pestes, las esterili-  
«dades, los terremotos, los volcanes y todos los de-  
«más movimientos extraños de la naturaleza, gober-  
«nados por el Supremo Autor de ella, han nacido  
«jamás de otro principio ni han tenido otro fin?

9. «¿Qué siglo de oro, ni qué siglo de estaño,  
«ni qué siglo de hierro, ni qué embustes de mis pe-  
«cados? No ha habido más siglo de oro, que la es-  
«trechísima duración del estado de la inocencia, re-  
«ducida según los más á pocos días, y según algunos  
«á pocos instantes. Entre la inocencia y la malicia no  
«hubo medio. Desde que comenzaron á multiplicar-  
«se los hombres, comenzaron á multiplicarse los

«pecados, de suerte que estos solamente fueron po-  
«cos, mientras fueron pocos los que podían pecar.  
«Y desde entonces comenzó Dios sus amorosos avi-  
«sos, castigando á unos para escarmentar á otros,  
«hasta que extendida la maldad, sin dejarse recon-  
«venir del escarmiento, fué también menester que  
«se extendiese el castigo.

10. «Si el tiempo que has perdido miserable-  
«mente en leer ficciones, le hubieras dedicado á  
«ojear, aunque no fuese más que de paso, la Sagra-  
«da Biblia, en ella encontrarías historias infalibles  
«en que fundar tu exhortación, sin el ridículo y  
«aún sacrilego recurso á patrañas fabulosas. Esteri-  
«lidad nacida de falta de agua, y de sobra de peca-  
«dos, encontrarías en Egipto en tiempo de Faraon y  
«de Joseph. Esterilidad procedida del mismo princi-  
«pio encontrarías en Israel en tiempo del profeta  
«Elías. Esterilidad originada de la misma causa, en-  
«contrarías en el reino de Judá, en tiempo de los  
«dos Joranes cuñados. Y si después de la Historia Sa-  
«grada, hubieras siquiera pasado los ojos por la Ecle-  
«siástica y por la profana, apenas hallarías siglo, que  
«no te ofreciese á docenas los ejemplares en diversos  
«reinos y provincias, con la circunstancia de que no  
«cesó el castigo, mientras no cesaron ó se disminu-  
«yeron los pecados. ¿Pues á qué fin el recurso á los  
«sueños, á las fábulas?

11. «No quiero decir, que el estudio ó la noticia  
«de estas sea inútil, y que no tenga su uso. Tienele  
«y muy loable, así para la inteligencia de los auto-  
«res gentiles, especialmente poetas, como para la  
«comprensión de la teología pagana, que todo es-

«taba reducida al sistema fabuloso. Pero en el púl-  
 «pito no debe tener otro uso, que el de un altísimo  
 «desprecio. Si tal vez se toca alguna, que fuera me-  
 «jor no hacerlo, debe ser tan de paso, y con tanto  
 «desden, que el auditorio conozca la burla que el  
 «mismo predicador hace de ella. Es bueno que los  
 «gentiles, como escribe Tertuliano, hacian tanta de  
 «nuestros sagrados misterios, que solamente los  
 «tomaban en boca en los teatros, para hacer irri-  
 «sion de ellos; ¿y ha de haber predicadores cristia-  
 «nos, que hagan tanto aprecio de sus fábulas, que  
 «apénas se valgan de otros materiales en los púlpi-  
 «tos, para engrandecer nuestros misterios, ó para  
 «persuadir las verdades más terribles y más ciertas  
 «de nuestra Religion? ¿Cómo se puede persuadir  
 «con solidez una verdad por medio de una mentira?  
 «¿Ni qué parentesco pueden tener los misterios de  
 «Jesucristo con los embustes de Belial? *¿Quæ conven-  
 «tio Christi ad Belial?*

12. «Pero supongamos que en la fábula se halle  
 «algun remedo, como en muchas de ellas se halla  
 «en realidad, de nuestras verdades ó de nuestros  
 «misterios: ¿Qué fuerza añade á unas, ni qué es-  
 «plendor aumenta á otros este ridículo remedo? Ade-  
 «lanto más: quiero suponer, que la fábula tenga la  
 «mayor semejanza imaginable con algunos de los  
 «misterios, que creemos y adoramos; como por  
 «ejemplo: el nacimiento de Minerva, diosa de la sa-  
 «biduría, que se fingió haber nacido del cerebro de  
 «Júpiter, con la generacion del Verbo, que es sa-  
 «biduría eterna, que fué engendrado desde la eter-  
 «nidad de la mente del Padre. ¿Y qué sacamos de

«eso? Se nos hace más creible ó más respetable esta  
 «verdad, porque encontremos un borron, ó una obs-  
 «curísima sombra suya en aquella disparatada men-  
 «tira?

13. «Ya sabemos todos, que el demonio, á quien  
 «llama no sé qué Santo Padre perniciosísima mona,  
 «para confundir más los misterios de la fé, ó para  
 «hacerlos ridiculos, introdujo algunos rasgos, ó co-  
 «mo algunos vislumbres de ellos en las supersticio-  
 «nes paganas; pero tan envueltos entre estas, y tan  
 «mezclados de hediondeces, despropósitos y extra-  
 «vagancias, que se conoce el diabólico artificio con  
 «que tiró á obscurecerlos, ó á hacerlos enteramente  
 «risibles. ¿Y es posible, que lo que el diablo inventó  
 «para burlarse de lo que creemos y de lo que el  
 «mismo cree con fé tan experimental, ha de servir  
 «para que nosotros lo apoyemos!

14. «Pero si el valerse de fábulas en el púlpi-  
 «to para persuadir nuestras verdades, siempre es cosa  
 «intolerable, y en cierta manera especie de sacrile-  
 «gio, lo es mucho más cuando se predica á gente  
 «vulgar y sencilla. El auditorio discreto da á la fá-  
 «bula el valor que se merece, recibela por su justo  
 «precio, y, en fin, sabe que la fábula es mentira.  
 «Respecto de él, no hay más inconveniente, que  
 «mezclar lo sagrado con lo profano, y lo fabuloso  
 «con lo verdadero. Sobrada monstruosidad es esta  
 «mezcla, pues hasta en los pintores y los poetas,  
 «cuyas licencias son tan amplias, la calificó de into-  
 «lerable el mejor de los satíricos:

*Sed non ut placidis coeant immitia, non ut  
 Serpentes avibus gementur, tigribus agni.*

« Mas cuando se predica á un concurso compuesto  
 « por la mayor parte de gente del campo, inculta y  
 « sin letras, hay el gravísimo inconveniente, de que  
 « entienda la fábula por historia, la ficcion por reali-  
 « dad, y por verdad la mentira. Digalo sino el testa-  
 « mento de aquella vieja, que por haber oido á su  
 « cura en los sermones que hacia á sus feligreses  
 « hablar muchas veces del dios Apolo, dejó en él este  
 « legado: *Item, mando mis dos gallinas y el gallo al*  
 « *bendito señor San Pollo, por la mucha devocion*  
 « *que le tengo, desde que oí predicar tanto de él al se-*  
 « *ñor cura.* ¿Parécete que será imposible, que entre  
 « tantos pobres hombres, de que se compone la co-  
 « fradia de la Cruz, á la cual has platicado, no haya  
 « algunos y aún muchos, que vayan persuadidos á  
 « que Ceres, Júpiter Amon, Baco y los demás ave-  
 « chuchos que citaste, son unos grandes santos, y  
 « los tengan por especiales abogados de la lluvia?

15. « ¿Y qué te diré de aquel tejido de dislates,  
 « tomado de la Mitología Americana, en que pareció  
 « consistia lo fuerte de tu plática, segun te inculcaste  
 « en ello, y segun el esponjamiento y la satisfaccion  
 « con que lo representaste? No creí, ni aún que tú  
 « fueses capaz de desvarrar tanto, y mira, que esta  
 « es una grande ponderacion. ¿Quién diantres te de-  
 « paró aquellas noticias, ni cómo tuviste la poca for-  
 « tuna de tropezar con ellas para hacerte más ridi-  
 « culo? Cierro que tienes singular talento de dar con  
 « lo peor de los libros, y gracia conocida para apro-  
 « vecharte de ello. Valga la verdad: tú quisiste hacer  
 « ostentacion de tu memoria y de tu feliz pronuncia-  
 « cion, quedándote con aquellos nombres bárbaros,

« exóticos y estrafalarios de *Tlalóc, Tozotli, Huey-*  
 « *tozotli, Magueys, Xucilles, Chivalticue y Citeolt,*  
 « pareciéndote que esto era una gran cosa, y que de-  
 « jabas aturdido al auditorio. Con efecto, así fué, por-  
 « que aquella pobre gente no distingue de colores, y  
 « la basta no entender lo que se dice para admirarlo.

16. « Pero no me dirás, ¿qué gracia ó qué chis-  
 « te tiene eso? La memoria local y material suele ser  
 « prenda muy comun de los más rudos. Y en fé de  
 « que yo lo soy, la poseo tan feliz, aún siendo un po-  
 « bre viejo, que á la primera vez que oí esos nom-  
 « bres, me quedé con ellos como lo acabas de ver.  
 « ¿Pues qué mucho los hubieses aprendido tú, á cos-  
 « ta quizá de un improbo trabajo?

17. « No quiero decirte nada del estilo pueril,  
 « atolondrado, necio y pedantesco, porque es perder  
 « la obra y el aceite. Fray Blas y ese maldito Florilo-  
 « gio, que debiera quemarse en una hoguera, te tie-  
 « nen infatuado el gusto y todo conocimiento de lo  
 « que es el idioma castellano puro, castizo y verda-  
 « dero. El que usas en el púlpito ni es romance, ni es  
 « latin, ni es griego, ni es hebreo, ni sé lo que en suma  
 « es. Dime, pecador, ¿por qué no predicas como ha-  
 « blas?

18. « ¿Qué quiere decir, *aurífera edad, trámite*  
 « *no interrupto, letática culpa, borron nigricante,*  
 « *candidez primeva, paralogizar la correccion, espon-*  
 « *tanear las fruges, madido colono,* y toda la demás  
 « retaña de nombres y verbos latinizados, con que  
 « empedraste tu plática, que la entenderian los co-  
 « frades, como si los hubieras platicado en siríaco ó  
 « en armenio? ¿No conoces, desdichado de tí, que

« esa es una pedantería, que solamente la gastan los  
 « ignorantes, y aquellos pobres hombres, que ni si-  
 « quiera saben la lengua en que se criaron? No me-  
 « recias, que al acabar la plática, en lugar de los vi-  
 « tores con que te aclamaron los simples, te hubie-  
 « sen aplicado este otro vitor, que te venia tan de  
 « molde como al padre Fray Crispin, que sin duda  
 « debió de ser el Fray Gerundio de su tiempo:

*Vitor el Padre Crispin,  
 De los cultos culto Sol,  
 Que habló español en latin,  
 Y latin en español.*

19. « De propósito he querido decirte lo que  
 « siento á presencia de todos estos mozos, y para ese  
 « fin los hice detener; porque sobre estar ya cansado  
 « de hacerte algunas advertencias privadas, y haber  
 « visto, con grande dolor mio, que son inútiles mis  
 « correcciones particulares, hice juicio que debía  
 « hablarte ya más en público, para que no tras-  
 « cendiese á ellos tu mal ejemplo. Mis años y mis  
 « canas me dan licencia para esto, y la parte que  
 « tuve en que se te dedicase á esta carrera, que tanto  
 « apetecias, me obliga en cierta manera á dar esta  
 « satisfaccion, porque nunca se piense apruebo lo  
 « que abomino.

20. « Ni creas que solo yo soy de este dictámen;  
 « pues en ese caso se podia atribuir á la mala con-  
 « dición, que regularmente se achaca á los de mi  
 « edad, aunque por la misericordia de Dios la mia  
 « no está reputada por la peor. Acompañame en él  
 « todos los padres graves de la comunidad; esto es,

« los únicos que tienen voto en la materia. Todos  
 « se lastiman igualmente que yo del malogro de tus  
 « prendas, y en la sequedad y seriedad con que se  
 « presentaron á darte la enhorabuena, pudiste cono-  
 « cer lo mucho que los habia desazonado tu plática.  
 « Sino todos te hablan con la claridad que yo, será,  
 « ó porque no todos te estiman tanto, ó porque no  
 « concurren en ellos las particulares circunstancias,  
 « que concurren en mí para no lisonjarte, ó porque  
 « en las comunidades tiene grandes inconvenientes  
 « el oficio de desengañador, tanto, que hasta los pre-  
 « lados necesitan ejercitarle con mucho tiento, no  
 « obstante que su empleo les precisa á practicarle.  
 « Yo atropello por todo, pensando ménos en mí cuanto  
 « tú puedas pensar, otros discurrir y muchos mur-  
 « murar, que el deseo de tu estimacion, el bien de  
 « las almas, el decoro del púlpito y el crédito de la  
 « órden.»

21. Y al decir esto, se levantó de la silla, tomó  
 la puerta, se salió de la celda, y se fué á la suya.  
 Fray Gerundio quedó pensativo, los colegiales por  
 un largo rato silenciosos, y los legos mirando á éstos  
 y á aquel. Unos escupian, otros gargajeaban, algu-  
 nos se sonaban las narices, y ninguno se atrevia á  
 hablar palabra. Hasta que un colegial, teólogo del  
 cuarto año (como lo dejó notado un autor curioso,  
 indagador y menudo), el cual era alegrete, vivara-  
 cho, intrépido y decidor, rompió el silencio diciendo:  
 ¿Quién va tras el viejo con bircochos y vino y á ha-  
 cerle mudar camisa, porque el sermón ha estado largo,  
 patético, moral y fervoroso? Riéronse todos, ménos  
 Fray Gerundio, que aún se mantenía suspenso, cabiz-  
 bajo y como medio corrido.

22. Pero presto le consoló el teologuillo; porque llegándose a él, y dándole dos palmadas sobre los hombros, le dijo: ola, Fray Gerundio, *sursum corda*; ¿pues qué haces caso de las misiones de nuestros padres matusalenes? ¿no ves, hombre, que tienen ya el busto con más cazcarrias y lagañas, que ojos de aprendiz de bruja? ¿qué saben ellos cómo se ha de predicar, si ya casi se les ha olvidado como se ha de vivir? Todo lo que no les huele á antaño, los ofende, y ellos nos apestan á los demás con sus antañadas. Ellos conocieron al mundo así, y dándole ha, que se ha de mantener el mundo como ellos le conocieron, sin hacerse cargo de que la bola da vueltas, que por eso es bola. Como ya no pueden lucir, rabian cuando otros lo lucen, á manera de aquellos árboles secos de puro carcuezos, que en tiempo de primavera, al llenarse los otros de flores y de verdes hojas, ellos parece que se secan más de pura envidia.

23. Hablan de los sermones, como de las modas y de los bailes. Un corbatin los espirita, por cuanto ocupa el lugar, que debiera ocupar una balona, y no pueden mirar sin furor unos calzones ajustados, acordándose de sus zaragüelles. La mariona, la pabana y las folías valen para ellos más que todos los paspises del mundo, y todos los valencianos juntos los darán gana de vomitar, en comparacion de un zapateado. Ni más ni ménos en los sermones: erudicion, mitología, elevacion de estilo, cadencia armoniosa, pinturas, descripciones, chistes, gracia, todo los provoca á vómito; y es, que tienen el estómago del gusto tan destituido de calor, como el del

cuerpo: nada pueden digerir sino que sean papas, puches, picadillos, y á lo sumo carnero y vaca cocida.

24. Hay cosa como querernos persuadir, que las fábulas no se hicieron para el púlpito; pues ¿para donde se hicieron? ¿para los estrados y para los locutorios de monjas? ¿puede haber gracia mayor ni mayor ingenio, que probar una verdad con una mentira, y calificar un misterio infalible con una ficcion? Aquello de *salutem ex inimicis nostris*, no es del Espiritu Santo. Y lo otro de *contraria contrariis curantur*, no es del divino Hipócrates; y lo de más allá de *opposita juxta se posita magis elucescunt*, no es del profundo Aristóteles; ¿cuándo está mejor ponderada la virtud del Sacramento del Bautismo, y la del agua bendita, que poniéndola al lado de la que fingian á las aguas lustrales, con que se purificaban los gentiles para disponerse á los sacrificios? *Lustravitque viros*, que dice el incomparable Virgilio. ¿Ni como es posible explicar con gracia, la que tiene el sacramento del matrimonio, sin hacer una bella descripcion del dios Himeneo, presidente de las bodas, ó el dios casamentero, jóven bizarro, de estatura heroica, blanco y rojo, como un aleman, pelo blondo, su hacha encendida en la mano, y coronado de rosas? y para ponderar la fineza de Cristo en el sacramento de la Eucaristia, ¿se ha encontrado hasta ahora razon más convincente, ni se ha inventado en el mundo pensamiento más delicado, que el de aquella fabulilla de Cupido, cuando para rendir á cierto corazon un poco duro, después de haber apurado inútilmente todas las flechas del aljava, él se flechó



en el arco, y él se disparó á sí mismo, con lo cual quedó el susodicho corazon blando y derretido como una manteca?

25. Dice el padre maestro, que usar de fábulas en el púlpito, es de ignorantes y de pobres hombres. Eso sería allá cuando su Paternidad nació, y se usaba el baile de las paraletas, pero hoy que está el mundo más cultivado, es otra cosa. Yo tengo en mi celda varios sermones impresos de un famoso predicador de estos tiempos, que asombró en Aragon, aturdió en Navarra, y atolondró en Madrid, tanto, que se ponian soldados á las puertas de los templos donde predicaba, para evitar la confusion y el desorden en el tropel de los concursos: y este tal predicador, á quien no negará el padre maestro, ni hombre mortal se lo ha negado, que es ingenio conocido, apenas predicaba sermon, cuyas pruebas no se redujesen á encajonar una fábula entre un lugar de la Sagrada Escritura; y en verdad, en verdad, que no perdió casamiento y que no como quiera le aplaudieron los vulgares, sino tambien muchos hombres que tenian señoría.

26. Entre otros me acuerdo de cierto sermon, que predicó en la profesion de dos ciertas señoras muy distinguidas, y luego se dió á la prensa como cosa grande, en el cual, porque el hábito de la orden es de color negro, las comparó con grandísima propiedad á la diosa Vesta, que sobre la fé y palabra de Cartario, vestia tambien de este mismo color: *Factum est ut nigra appellaretur propter vestem nigram*. Después dijo, y dijo muy bien, que Minerva habia sido la primera fundadora de la enseñanza de las niñas, citando unas palabras del mismo Cartario, que aunque

solo prueban que Minerva fué la inventora de las labores mugeriles, hilar, coser, devanar, etc., porque Cartario no dice más, pero harto dice, para que creamos que tambien se las enseñaria á otras, pues el que estas fuesen niñas ó fuesen ya mujeres casaderas y aún casadas, no hace para el intento, y siempre se verifica haber sido la fundadora de la enseñanza, que es la substancia del negocio.

27. Finalmente, más allá trae una comparacion gallarda, para probar cuanto se enamora Dios de las almas religiosas que viven en clausura; pues cita con la mayor oportunidad del mundo la fábula de Danae, hija de Arerisio, rey de los argivos, á la cual, siendo doncellita, encerró su padre en una torre, donde no pudiese tener comunicacion alguna con los hombres, para que no se verificase el fatal pronóstico del oráculo, que le intimó habia de morir á manos de un nieto suyo. Pero Júpiter se la pegó al astuto viejo; porque enamorado de la señorita, se transformó en lluvia de oro, se caló en la torre, y la doncella parió á su tiempo á Perséo, que yendo dias y viniendo dias, finalmente vino á cumplirse el fatídico oráculo, quitando la vida á su abuelo. Y no hay que reparar en que la lluvia se introdujese por la torre; porque podian estar abiertas las ventanas, ó aunque fuese torre de un rey, no hay repugnancia en que tuviese algunas goteras.

28. ¿Quién creyera, que una fábula, al parecer tan súcia, pudiese jamás servir de prueba para una cosa tan limpia como es el especial amor que profesa Dios á las almas castas que viven en clausura? Pues aquí está el ingenio: nuestro sutilísimo orador la aplicó con la mayor delicadeza y con la mayor energia: *En*

*Danae*, dice, contemplo una alma retirada, que vota permanencia en la clausura: En Júpiter, transformado en lluvia de oro, á Cristo, que baja como lluvia y pan del Cielo: y luego al márgen un par de textecitos literales; para la palabra *Pan*: *Panis de Cælo descendens*; para la palabra *lluvia*: *Et nubes pluunt justum*: ¿puede haber cosa más biendicha? ¿ni pudiera imaginarse invencion más propia ni más feliz? Porque ahora que *Danae* no fuese la doncella más casta ni más recatada del mundo, como lo acreditó el efecto; y que Júpiter fuese un Dios bellaco y estrupador, ese es chico pleito. Ello hay virgen, hay clausura, hay un dios que visita á la doncella, sea por lo que se fuere, que eso no nos toca á nosotros averiguarlo; ¿pues qué más se ha de menester para probar que Cristo profesa una ternura especial á las virgenes encerradas, y para contemplarlas á estas *danaes*, y Júpiter á aquel? Que es sin duda una contemplacion, sobre ingeniosa, devota y pia.

29. Asi, pues, amigo Fray Gerundio, riete de las vejeces de nuestro padre maestro, déjale que gruñe, creme, que los viejos por lo comun se disgustan de todo lo que ellos no saben hacer, y que á los más se les puede aplicar con la variacion de una sola palabra, aquello de... *Nam quæ non fecimus ipsi... Vix ea recta voco*. Y tú prosigue predicando como has comenzado, que si continuas así, llegarás sin duda á ser la honra de tu patria, el crédito de la órden, el oráculo de los pueblos, y, en fin, el hombre del mundo.

30. No se puede ponderar el aplauso con que fué recibida en toda aquella juvenil mosquetería la arenga del colegialillo barbi-poniente y bullicioso. Después

de haberle vitoreado casi tanto como los cofrades de la Cruz habian vitoreado la plática de disciplinantes, repitieron los plácemes y las enborabuenas á Fray Gerundio, aún con mayor algazara que ántes, exhortándole todos á que siguiese el milagroso rumbo de predicar, á que habia dado tan dichoso principio, y pidiéndole los más que les diese el papel de la plática para sacar muchos traslados. Con esto, no solo respiró nuestro abochornado Fray Gerundio, sino que se esponjó, se empabonó, se encaramó, se llenó de vanidad, y quedó tan persuadido á que el modo de predicar era aquel, y á que cualquiera otro modo era una pobretería, que ya no le sacarian de su error frailes descalzos. Pero lo que le acabó de rematar fué un soneto en elogio suyo que salió el dia siguiente, y decia así:

Al incomparable

## FRAY GERUNDIO ZOTES

ALIAS, DE CAMPAZAS.

### SONETO.

No hay otro FR. GERUNDIO ni le ha habido;  
 Hará inmortal el nombre de Campazas;  
 En casas, en conventos, calles, plazas,  
 Vá dos cuartos que mete mucho ruido:  
 No nos cite el francés envanecido  
 A Fleury, á Burdaluë, ni á otros mazas;  
 ¿Qué Señeri? ¿qué Oliva ó Calabazas?  
 ¿Ni qué Vieyra, portugués erguido?  
 ¿Demóstenes, y Tulio? Dos zoquetes;  
 ¿Los demás oradores? Mil orates,  
 Por no llamarlos pobres monigotes:  
 Solo Fray Blas, con otros mozalvetes,  
 Sino le exceden, le hacen sus empates;  
 Por lo demás es gloria de los ZOTES.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

## LIBRO CUARTO.

### CAPÍTULO PRIMERO.

EN DONDE SE PONDERA LO QUE VA SALIENDO Y VERÁ EL  
 CURIOSO LECTOR.

PUES como íbamos diciendo de nuestro cuento, yendo y viniendo dias, el bendito entre todos los benditos de Fray Gerundio, quedó tan satisfecho de su trabajo con la arenga panegírica y apologética á favor de su plática de disciplinantes, que le hizo el susodicho teologuillo, con los aplausos de la escuela moza, y con la gritería de la lega, que por poco no tuvo al maestro Fray Prudencio por hombre que habia perdido el seso. Pero á lo ménos pareciéndole que le hacia mucha merced, hizo juicio firme y verdadero de que ya estaba algo chocho, y propuso en su corazon no hacer caso de nada que le dijese. Y se adelanta un autor á sospechar, que hizo propósito oculto de huir el cuerpo al viejo todo cuanto le fuese posible; bien que eso no lo asegura como noticia.

Al incomparable

## FRAY GERUNDIO ZOTES

ALIAS. DE CAMPAZAS.

### SONETO.

No hay otro FR. GERUNDIO ni le ha habido;  
 Hará inmortal el nombre de Campazas;  
 En casas, en conventos, calles, plazas,  
 Vá dos cuartos que mete mucho ruido:  
 No nos cite el francés envanecido  
 A Fleury, á Burdaluë, ni á otros mazas;  
 ¿Qué Señeri? ¿qué Oliva ó Calabazas?  
 ¿Ni qué Vieyra, portugués erguido?  
 ¿Demóstenes, y Tulio? Dos zoquetes;  
 ¿Los demás oradores? Mil orates,  
 Por no llamarlos pobres monigotes:  
 Solo Fray Blas, con otros mozalvetes,  
 Sino le exceden, le hacen sus empates;  
 Por lo demás es gloria de los ZOTES.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

## LIBRO CUARTO.

### CAPÍTULO PRIMERO.

EN DONDE SE PONDERA LO QUE VA SALIENDO Y VERÁ EL  
 CURIOSO LECTOR.

PUES como íbamos diciendo de nuestro cuento, yendo y viniendo dias, el bendito entre todos los benditos de Fray Gerundio, quedó tan satisfecho de su trabajo con la arenga panegírica y apologética á favor de su plática de disciplinantes, que le hizo el susodicho teologuillo, con los aplausos de la escuela moza, y con la gritería de la lega, que por poco no tuvo al maestro Fray Prudencio por hombre que habia perdido el seso. Pero á lo ménos pareciéndole que le hacia mucha merced, hizo juicio firme y verdadero de que ya estaba algo chocho, y propuso en su corazon no hacer caso de nada que le dijese. Y se adelanta un autor á sospechar, que hizo propósito oculto de huir el cuerpo al viejo todo cuanto le fuese posible; bien que eso no lo asegura como noticia.

cierta, y solamente lo dá por conjetura, fundándose en unos apuntamientos de letra muy gastada, que se hallaron en el hondon de un cajon. Y el diablo, que no dormia, para remachar el clavo de su sandez, dispuso que algunos dias despnes recibiese una carta de su íntimo amigo Fray Blas, escrita desde Voccanilla, la cual decia así: «Amigo Fray Gerundio. Doite mil abrazos en el corazon, ya que no puedo con la boca: en toda esta tierra no se habla más que de tu famosa plática de disciplinantes. Fray Roque el refitolero me escribe maravillas, y el sacristan de Gordoncillo, que te oyó (y ha venido aquí á concertar un esquilon), comienza y no acaba. Ambos tienen voto, ó yo soy un porro. Mosen Guillen, que es el señor cura de este lugar, y tiene en la uña *el tentro de los dioses*, desea un traslado de ella, y dice que la ha de hacer imprimir, aunque sea necesario vender el macho falso, que compró en la feria del boliguero. Enviámela por el portador, que es el barbero de este lugar, persona segura y de toda mi estimacion. A él me remito sobre mi sermon de Santa Orosia, pues no me parece bien, que yo me alabe; y sábeta que tiene tan buena tijera para cortar un sermon, como para igualar un cerquillo: solo te digo, que además de la limosna del mayordomo, que no es maleja, me ha valido ya dos borregos, y docena y media de chorizos, que de todo se sirve Dios, que te guarde muchos años á pesar de cazcarrientos.» FR. BLAS siempre tuyo.

Cuando Fray Gerundio se balló, con que le pedian su plática allá de luengas tierras (pues para su

geografía ocho leguas de tierra era la mitad del mundo), cuando consideró que se pedia no ménos que para imprimirla, y se vió en visperas de ser autor de la noche á la mañana, y esto sobre ser hombre, en cuyo aplauso y elogio incontinenti se escribian y divulgaban sonetos, se tuvo en su corazon por el mayor predicador que han conocido los siglos; y nosolo se confirmó en la estrafalaria idea de predicar, que ya se habia formado, sino que con el tiempo fué salpicando todas las más ridículas y más extravagantes, como se verá en esta puntual historia.

Pero veis aquí, que en el mismo zaguan de la segunda parte de ella, parece que hemos dado un tropiezo, que á buen librar harto será que escapemos sanas las narices; es posible, dirá un lector, (que las tenga de podenco), es posible, que habiendo oido la famosa plática Anton Zotes y Catanla Rebollo su mujer, habiendo sido testigos de los aplausos y de los vitores con que fué celebrada; habiendo visto por sus mismos ojos el prodigioso fruto que hizo en la valentía con que arrojaron las capas los penitentes de sangre, y en el denuedo con que manejaron unos el ramal, y otros la pelotilla; que habiendo recibido ellos tantos plácemes, tantos parabienes, tantas bendiciones, así en la iglesia, como fuera de ella: ¿es posible (vuelvo á decir tercia vez) que no tuvieron siquiera una enhorabuena que llegar á la boca, para dársela á su hijo? Se hace verosímil que ya que no fuese aquella noche, por ser ya tarde, y por dejarle descansar, á lo ménos la mañana siguiente muy de madrugada, no fuesen á la iglesia del convento ó á la portería, y que allí Anton Zotes no diese cien abra-

zos á su hijo, y la tía Catanla no añadiese de más á más otros tantos besos aforrados en lágrimas y moccos, todos de purísima ternura? ¿Se hace creíble tanta sequedad y tanto despojo? Y si esto no fué así, sino que en efecto los buenos de los padres de Fray Gerundio hicieron con su hijo todas estas demostraciones de cariño, dándole las debidas señas de complacencia y de gozo; ¿con qué conciencia pasa en silencio el historiador una circunstancia tan substancial, que tanto puede servir para el aliento y aún para la edificación?

A esto pudiéramos responder muchas cosas, pero las dejamos todas por no ser prolijos; y confesando de buena fé que todo pasó así ni más ni ménos, añadimos en consecuencia de la verdad y de la fidelidad que profesamos, que no solamente hubo dichos moccos, lágrimas, besos y abrazos, sino que Anton Zotes, en presencia del prelado y otros padres graves, que habian bajado á cortejar á él y á su mujer, dijo: «Fray Gerundio, ya te envié á escribir, como me habian echado la mayordomía del Sacramento. Pero entonces no te envié á decir que me predicases el sermón, porque no te habia oído predicar, y no queria ponerme á que quedásemos envergonzados: ahora que te he oído, dígame que me lo has de predicar, con la bendición de su reverendísima, nuestro reverendo padre.» No pudo negarse el prelado á concederla, aunque del escapulario adentro no le dió mucho gusto, porque como á hombre serio y de razón le habia desazonado la plática; ¿pero qué habia de hacer en aquella coyuntura, y con unos hermanos tan devotos de la órden, que hacian al convento toda

la limosna que podian? Al fin, sacáronlos de almorzar unas tortillas, chanfaina, queso y aceitunas. Almorzaron muy bien, sirviendo el almuerzo de comida, y se volvieron á Campazas, no viendo la tierra que pisaban ni las horas de Dios, por llegar al lugar, para contar á el licenciado Quijano, y á toda la parentela, lo que habian visto por sus ojos, oído por sus oídos, y palpado por sus manos.

Dejemos ir enhorabuena á los dos dichosísimos consortes en buena paz y compañía, mientras nosotros nos volvemos á nuestro Fray Gerundio, que desde el mismo punto y momento en que le echó su padre el sermón del Sacramento, no pensaba ni de día ni de noche, ni soñaba en otras cosas, que en el modo de desempeñarle: hacíase cargo de las circunstancias, que le ponian en mayor empeño. Primer sermón que predicaba en público, (porque la plática de disciplinantes no la calificaba de sermón); predicarle en su lugar, y en la misma parroquia donde le habian bautizado (porque no habia otra); ser mayordomo su padre, cantar la misa su padrino, los danzantes de la procesion, el auto sacramental que siempre se representaba, los novillos que se corrian, las dos ó tres docenas de cohetes que se arrojaban, y la hoguera que se encendia la víspera de la fiesta. Todo esto se le ofreció á la imaginacion como punto crítico y principal de su empeño, pareciéndole que era indispensable, no solo hacerse cargo de todo ello, sino que solo en esto estrivaba toda la dificultad; pues por lo que tocaba al asunto del Sacramento, en cualquiera sermonario encontraria campo abundante donde forragear. Es cierto que no se habian olvidado.

las juiciosas reflexiones que habian oido al maestro Fray Prudencio contra la ridicula y extravagante costumbre de tocar en los sermones estas que llaman *circunstancias*: tambien es cierto, que tenia muy presente la salutacion al sermón de la Purificacion en el día de San Blas, que el mismo maestro Prudencio habia leído al predicador mayor y á él, en que con gravedad y no sin gracia se hace ridicula esta costumbre, convenciéndola de tal con razones que no admiten réplica: pero tambien es igualmente cierto, que se le imprimió altamente la sólida advertencia de su amigo el predicador Fray Blas, la cual se redujo á aquel apostegma, que puede hacerse lugar entre los principios de Maquiabelo: *Sentire cum paucis, vivere cum omnibus*; sentir con pocos, y obrar con muchos: y aún por desgracia habia leído aquellos días, no se sabe donde, el dicho que comunmente se atribuye á nuestro insigne poeta Lope de Vega, y harto será que no sea un falso testimonio; porque no cabe que un hombre de tanto juicio y de tanta discrecion dijese una truanada tan insulsa: pero al fin ello se cuenta, que reconociendo él mismo los defectos de sus comedias, los excusa diciendo, *que los conoce y los confiesa; pero que con todo eso las compone así, porque las buenas se silvan, y las malas se celebran*. Haciale esto más fuerza que todo á nuestro Fray Gerundio, y resolvió por última determinacion no omitir circunstancia alguna de las insinuadas, aunque lloviesen Fray Prudencios. Solo dudó por algun tiempo, si para hacerse cargo de ellas, acudiria por socorro á las fábulas, ó apelaria á los textos y pasages de la Escritura Sagrada, porque de todo

habia visto en los famosos predicadores. Algo más se inclinaba á lo primero, por llevarle hácia allí su genio ayudado del ejemplo de Fray Blas, y de la continua lectura del *florilogio*; pero como estaba reciente la fuerte repasata que le habia dado el padre maestro, contra el uso ó contra el abuso de la fábula en la seria magestad del púlpito, no pudiendo sobre todo borrar de la memoria aquello que le habia oido, de que era especie de sacrilegio, expresion que le habia estremecido, porque al fin no dejaba de ser hombre timorato á su modo; por esta vez y sin perjuicio, hasta que examinase bien el punto, se determinó á buscar en la Escritura acomodo honrado para todos las circunstancias.

Hallóle fácilmente donde todos le encuentran, que es en las *concordancias de la Biblia*, sin más trabajo, que ir á buscar por el abecedario la palabra latina que corresponde á la castellana, para la cual se desea aquel texto, y aplicar cualesquiera de los muchos que hay en la Escritura para cuantas veces se pueden ofrecer: así en ménos de una hora dispuso los apuntamientos siguientes:

Primera circunstancia: *Primer sermón que predico: viene clavado aquello de PRIMUM QUIDEM SERMONEM FECI ó THEOPHILE*. Segunda: *Predicó en mi lugar, y se llama Campazas: para esto viene como nacido aquel texto: DESCENDENS JESUS STETIT IN LOCO CAMPESTRIS*. Tercera: *Predico en la parroquia en que me bautizaron, y se llama Juan el que me bautizó; ¿qué cosa más propia que aquello: JOANNES BAPTIZAVIT IN AQUA ET SPIRITU SANCTO?* Cuarta: *El mayor domo es mi padre: IN DOMO PATRIS MEI MANSIO-*

NES MULTÆ SUNT. *Tambien mi padre es labrador; Pater meus agricola est. Vivase Anton Zotes: el arca del Testamento, figura del Sacramento, anduvo por el pais de los azocias: OBIIT IN AZOTUM. Quinta: Echóme el sermon mi padre, el cual está vivo y sano: ET MISIT ME VIVENS PATER. Cantará la misa mi padrino..... Aquí.....*

Aquí se quedó un poco atascado, porque habiendo revuelto cuantas concordancias se hallaban en su celda, conviene á saber, las antiquísimas de Hugo cardenal, las de Alberstad, las de Arlote, las de Roberto Estéban, y por última apelacion, las de Zamora, no encontró la palabra *padrino* en todas ellas; y ya desesperado estaba resuelto á acudir al *theatrum vitæ humanæ*, ó á cualquiera poliantea por algun padrino de socorro, y aún en caso necesario valerse del *tu mihi patrinus es* de Terencio, en el *Hautontimorumenos*, cuando le depara su dicha el texto más oportuno del mundo: tropezó, pues, con aquello que se lee en el verso 14 del cap. 16 de la Epístola á los romanos: *salutate patrobam*: y pasando luégo á leer el capítulo, encontró en él un tesoro: porque casi todo el referido capítulo se reduce á las memorias (hablando á nuestro modo) que el apóstol encargaba se diesen de su parte á todos los cristianos que se hallaban en Roma, y eran de su especial cariño, ó por su mayor fervor, ó por algun beneficio particular que habian hecho á la Iglesia, y porque se habia esmerado en favorecer y en amar al mismo apóstol: á todos los saludaba, nombrándolos por sus nombres, y en el verso 14 nombra entre otros á Patrobo.

«¡Oh! (dijo entónces Fray Gerundio, más alegre

«que si hubiera hallado una mina) de patrobo á padrino hay un canto de un real de á ocho de diferencia, y con decir que el padrino antiguamente se llamaba *Patrobo*, y que corrompido el vocablo, se llamó después *padrino*, está todo ajustado. Si alguno me replicare (que él se guardará muy bien de eso), le responderé, que con mayores corrupciones que esta, nos tienen apestados los etimologístas y trampa adelante. Pues hay, que no daría golpe el *salutate Patrobam*, haciendo reflexion sobre el *salutate*, diciendo que hasta el apóstol se acordaba del padrino en la salutacion.» Bien quisiera él encontrar tambien algun textecillo oportuno, para encajar el apellido *Quijano*, no dejando de conocer que este seria el *non plus ultra* del chiste y del ingenio; porque el texto del padrino en general se pudiera aplicar á cualquiera pastor, que sacó de pila un hijo de Juan Borrego; pero túvolo por caso desesperado: no obstante después de haber andado batallando largo tiempo en su imaginacion, sin ofrecérsele cosa que le cuadrase, le ocurrió el pensamiento más disparatado que se podia ofrecer á un hombre mortal.

Quijano, se decia él á sí mismo, sale de *quijada*; esto no admite duda: pues ahora, de las quijadas se dicen cosas grandísimas en las sagradas letras; porque dejando á un lado, si Cain mató á su hermano con la quijada de un burro, que esta circunstancia no consta á lo ménos en la vulgata, y aunque constara, no lo podia aplicar bien para mi intento; pero consta ciertamente que Sanson con la quijada de un asno quitó la vida á mil filisteos: consta, que habiendo quedado fatigado de la matanza, y estando pere-



ciendo de sed, sin haber en todo aquel campo ni contorno una gota de agua, hizo oracion á Dios, para que le socorriese en aquella extrema necesidad, y del diente molar de la misma quijada brotó un copioso chorro de agua cristalina con que apagó la sed, y se refociló Sansón. Consta finalmente, que en memoria de este prodigio, se llamó el lugar donde sucedió, y se llama el día de hoy la fuente del que invoca de la quijada: *Idcirco appellatum est nomen illius loci, fons invocantis de maxilla, usque in presentem diem.*

¡Qué cosa más divina para mi asunto! aquí tenemos una misteriosa quijada, que con agua celestial y milagrosa da nuevo espíritu á Sansón, y le restituye á la vida, á lo ménos se la conserva. El agua es símbolo del agua del bautismo, cuya virtud es milagrosa y celestial, y la quijada que la subministró, sombra muy propia de mi padrino que la administra, cuyo apellido es *Quijano*, está haciendo muy clara alusion á aquel misterioso origen. Que la quijada fuese de un burro ó de un racional, ese es chico pleito para la substancia del intento, y más cuando á cada paso leemos en la Sagrada Escritura, que los brutos y las fieras simbolizan á los mayores hombres.

Ajustada tan felizmente esta circunstancia, por todas las demás se le daba un pito; pues para los danzantes tenia la danza de David delante del arca del Testamento, que sale en todas las danzas del Corpus, y si no queria echar mano de esta, por más ordinariamente vulgar, tenia la danza de las melenas largas, como él lo construia, de la cual hace men-

cion el profeta Isaías, cuando dice, *et pilosi saltabunt ibi*: y más que se acordaba muy bien, que los danzantes de su lugar siempre llevaban tendidas las melelas, cosa que los agraciaba infinitamente, y lo de *pilosi saltabunt*, venia para ellos á pedir de boca. Para el auto sacramental le parecia que podia acomodar todos los textos que hablan de alguna figura del Sacramento; *porque figura y representacion*, discurre él, *todo es una misma cosa; con que si tenemos representacion y Sacramento; ¿qué más falta ya para el auto sacramental?*

Donde iba muy holgado, y á su parecer literalmente, era en la circunstancia de novillos, porque aunque fuese menester cien textos diferentes para cien corridas, estaba pronto á sacarlos de la Escritura, aplicando todos los que hablan de vitulos; y si como eran novillos fueran toros, por lo ménos para más de treinta corridas, ya tenia provision de textos. Los cohetes y las carretillas que se disparaban, los encontraba vivisimamente figurados en aquellos cuatro misteriosos animales que tiraban la carroza de Ezequiel, los cuales iban y venian por el aire, *in similitudinem fulguris corruscantis*, como unos rayos, como unos relámpagos y como unas exhalaciones. La hoguera no le daba maldito cuidado, puesto que tenia en la Escritura más de cien hogueras en que calentarse, sin más trabajo que arrimarse á cualquiera de las que se encendian para consumir los holocaustos; y si se le ponía en la cabeza, hacer tambien circunstancias de los muchachos que saltaban por la hoguera sin quemarse; ¡qué cosa más propia y natural, que los tres muchachos del horno de Babilonia!

Así acomodó en sus apuntamientos las circunstancias que le parecieron precisas y absolutamente indispensables; pero faltábale una, que aunque los predicadores se hacían cargo de ella, á él no le sufría el corazón dejar de tocarla. Esta era hacer conmemoración de su querida madre, porque hacerla de su padre y de su padrino, y no hacerla de su madre que le parió y que le había tenido nueve meses en sus entrañas, se le representaba una dureza insupportable, y que no se componía bien con el tierno amor que la profesaba. Ya se vé que para hablar en general, de madre, de hijo, de parir y de vientre, tenía los textos á millares; pero no se contentaba con esta generalidad, y quisiera un textito terminante, paladillo, que hablase de su madre Catanla Rebollo, con sus pelos y señales.

Anduvo, tornó, volvió por mucho tiempo, así las concordancias como los textos, sin poder hallar cosa que le aquietase, hasta que al fin se le vino en la memoria el ingenioso medio de que se valió cierto predicador para salir de semejante aprieto. Llamábase María Rebenga la mayordoma de cierta cofradía de mujeres, en cuya fiesta predicaba, y no pudiendo encontrar en la Escritura texto que hablase expresamente de Rebenga; ¿qué hizo? Dijo así: había la esposa convidado al esposo para su huerto, con estas palabras, *veniat dilectus meus in hortum*, venga mi amado esposo á espaciarse por el huerto, y como se diese por desentendido al primer convite, le volvió á instar con las mismas voces, *veniat dilectus meus in hortum*, venga á espaciarse por el huerto mi querido. Ahora noten, dos veces le dice que venga, ve-

nias, venias, como quien dice, venga y revenga. Con este arbitrio salió el discreto predicador del empeño con el mayor lucimiento, y más, cuando añadió, que á la primera instancia en que la esposa no le dijo más que venga, hizo como que no quería; pero cuando en la segunda oyó la palabra el revenga, venias, venias, no pudo ménos de rendirse.

A este modo le pareció á Fray Gerundio, que también él podía desempeñarse, haciendo reflexion, que el apellido *Rebollo* parece que suena dos veces bello, y tuvo por imposible que no se hallase algo de bollo en la Biblia, en cuyo caso él se ingeniaria para la aplicacion; pero se quedó yerto, cuando en toda ella no encontró siquiera un bollo que llegar á la boca, y pareciéndole que alguna cosa de *Rebollo* no podía faltar en alguno de tantos huertos de que se hace mencion en los sagrados libros, ni aún esto pudo encontrar; y aburrido ya, abandonó del todo el pensamiento de nombrar á su madre expresamente por el apellido; pero apuntó el texto de *beatus venter qui te portavit, et ubera quæ suxisti*, para aplicarle cuando se ofreciese buena ocasion.

Dispuesto así el plan de la salutacion, por el cuerpo del sermón se le daba un comino; pues haciendo á Cristo en el Sacramento, ó Sol, ó Fénix, ó Águila, ó Jardin, ó Amatiste, ó Piropo, ó Cítara, ó Clavicordio, ó Fuente, ó Canal, ó Rio, ó Azucena, ó Clavel, ó Girasol, despues carga bien de broza y de fagina, de textos, autoridades, glosas, varias lecciones, varios versos latinos, sentencias, apostegmas, alusiones, tal cual fabulilla apuntada, aunque no sea más que para mayor adorno, estaba seguro de componer un sermón, que se pudiese dar á la imprenta.

En lo que estuvo un poco indeciso fué, si seguiria ó no seguiria en el mismo estilo que habia usado, así en el sermón del refitorio, como en la plática de disciplinantes. Es cierto, que él estaba perdidamente enamorado de él; porque sobre adaptarse mucho á su primera educación, especialmente en la escuela del domine Zancas-Largas, todas aquellas voces rumbosas, altisonantes, y rumbáticas estrambóticas, se hallaba canonizado en la plática de su héroe el predicador Fray Blas, y veía que en todo caso le celebraba la turba multa; no obstante no dejaba de hacerle muchas cosquillas la burla que así el padre provincial como el maestro Prudencio habian hecho del tal estilo; pero sobre todo, lo que le hizo titubear más, fué un papel que por rara casualidad llegó á sus manos, como lo dirá el capítulo siguiente.

## CAPÍTULO II.

LEE FRAY GERUNDIO UN PAPEL ACERCA DEL ESTILO, Y QUEDA ATURRULLADO.

HABIA muerto por aquellos dias en el convento un padre predicador, hombre de mucha suposicion en la Religion, que habia seguido la carrera del púlpito con el mayor aplauso, y que (lo que es más) le tenia muy merecido, porque sobre ser un grande religioso, era verdaderamente sábio, elocuente, nervioso, de juicio muy asentado, de buen gusto y de acreditado celo. Su espolio (así suelen llamarse en las religiones aquellas alhauelas que dejan los religiosos difuntos) casi se redujo todo á sus sermones manuscritos, y algunos otros papeles y apuntamientos concernientes, por la mayor parte, á la misma facultad; y aunque en la comunidad hubo algunos golosos de ellos, especialmente de la gente moza, que suele hacer su veranillo en semejantes ocasiones; pero el prelado con mucho acuerdo y prudencia se los aplicó á Fray Gerundio: lo primero, porque parecia más acreedor que otro alguno, hallándose al principio de la carrera; y lo segundo y principal (que esa fué en realidad la máxima del prudentísimo prelado), para que leyendo en aquellos sermones, y tomándo-

En lo que estuvo un poco indeciso fué, si seguiria ó no seguiria en el mismo estilo que habia usado, así en el sermón del refitorio, como en la plática de disciplinantes. Es cierto, que él estaba perdidamente enamorado de él; porque sobre adaptarse mucho á su primera educación, especialmente en la escuela del domine Zancas-Largas, todas aquellas voces rumbosas, altisonantes, y rumbáticas estrambóticas, se hallaba canonizado en la plática de su héroe el predicador Fray Blas, y veía que en todo caso le celebraba la turba multa; no obstante no dejaba de hacerle muchas cosquillas la burla que así el padre provincial como el maestro Prudencio habian hecho del tal estilo; pero sobre todo, lo que le hizo titubear más, fué un papel que por rara casualidad llegó á sus manos, como lo dirá el capítulo siguiente.

## CAPÍTULO II.

LEE FRAY GERUNDIO UN PAPEL ACERCA DEL ESTILO, Y QUEDA ATURRULLADO.

HABIA muerto por aquellos dias en el convento un padre predicador, hombre de mucha suposicion en la Religion, que habia seguido la carrera del púlpito con el mayor aplauso, y que (lo que es más) le tenia muy merecido, porque sobre ser un grande religioso, era verdaderamente sábio, elocuente, nervioso, de juicio muy asentado, de buen gusto y de acreditado celo. Su espolio (así suelen llamarse en las religiones aquellas alhauelas que dejan los religiosos difuntos) casi se redujo todo á sus sermones manuscritos, y algunos otros papeles y apuntamientos concernientes, por la mayor parte, á la misma facultad; y aunque en la comunidad hubo algunos golosos de ellos, especialmente de la gente moza, que suele hacer su veranillo en semejantes ocasiones; pero el prelado con mucho acuerdo y prudencia se los aplicó á Fray Gerundio: lo primero, porque parecia más acreedor que otro alguno, hallándose al principio de la carrera; y lo segundo y principal (que esa fué en realidad la máxima del prudentísimo prelado), para que leyendo en aquellos sermones, y tomándo-

les el gusto, procurase imitarlos, y si no podia ó no queria, á lo ménos los predicase á la letra, lográndose en cualquiera de estos arbitrios, que aprovechase sus talentos, y no dijese en el púlpito tantos disparates.

Puntualmente se hallaba nuestro Fray Gerundio batallando en sus deudas, sobre qué estilo habia de seguir en el sermón, cuando entró en su celda el prelado con los papeles y sermones del difunto, encargándoselos con cariño, recomendándole mucho su lectura y su imitacion; y luego se retiró, porque le llamaban otras dependencias. Fray Gerundio en su natural viveza y curiosidad, no pudo contenerse sin registrar luego los títulos de aquellos papeles y sermones, que venian todos repartidos en tres legajos. Desató el uno, y lo primero que encontró fué un cartapacio de pocas hojas con este epigrafe: *Apuntemientos sobre los vicios del estilo*. Pasmóse de aquella extraordinaria casualidad, comenzó á leer, y halló que decía:

«PRIMER VICIO: *Estilo hinchado*. Llámase así por analogia, por aquella viciosa desproporcion del cuerpo viviente, cuando en lugar de carne y jugo nutritivo, está ocupada alguna porcion de él de alguna pituita nociva, que le causa tumor ó inflamacion: consiste este estilo, dice Tulio, en inventar nuevas voces, ó en usar las anticuadas; en aplicar mal en una parte las que se aplicarian bien en otra, ó explicarse con palabras más graves y magestuosas de lo que pide la materia. La hinchazon del estilo unas veces está solo en las palabras, otras solo en el sentido, y otras en todo junto. Ejemplos de hin-

«chazon en las palabras: Dionisio el Tirano llamaba á las doncellas expectativas, *las expectantes de Varon*: á la *Columna Menocratem*, ó *Validi potentem*, la *ferzuda*: y Alejandro, hermano de Casandro rey de Macedonia, llamaba al gallo Monavien, *el Músico matutino*: al barbero, *Drachma*, porque esta moneda le pagaba por afeitarse: al pregonero, *Coenize*, porque con la medida de este nombre, se median las cosas que se vendian al pregon.

«Ejemplos de hinchazon en el sentido. Séneca en la tragedia de *Hércules Eteo*, le introduce pidiendo el Cielo á su padre Júpiter, con estas faustosísimas palabras:

» *Quid tamen necitis moras!*

» *Numquid timeamur? Numquid impositum sibi*

» *Non poterit Atlas ferre cum Cælo Herculeam?*

«Quiere decir: *¿Qué detencion es esta? ¿Qué temes? O si yo subo á él, ¿tienes recelo de que Atlante no pueda con el Cielo?* Parece que no es posible pensamiento más hinchado; pero todavía lo es más el que sigue:

» *Da, da tuendos, Jupiter, saltem Deos:*

» *Illa licebit fulmen à parte auferas,*

» *Ego quam tuebor.*

«No es más que decir:

» *A lo ménos Júpiter permíte,*

» *Que amparar á los dioses solicite,*

» *Y para el que tomare á mi cuidado*

» *Sobran tus rayos, bástale mi lado.*

«De esto hay infinito en los poetas y oradores castellanos. Ejemplo del estilo hinchado en las palabras

«y en el sentido: El poeta Nenio hace decir al gigante  
 «Tifon lo que sigue: *No pararé hasta montar á caba-  
 «llo sobre mi hermano el Cielo: pero en llegando allá;  
 «tengo de fabricar otro Cielo, ocho veces más grande  
 «que el antiguo, porque en este no quepo yo. Asimismo  
 «no he de hacer que se casen las estrellas, para que  
 «sea más numerosa la poblacion de los astros. A Mer-  
 «curio le he de poner en un cepo, y á la Luna la re-  
 «cibiré por moza de cámara, para que me haga las  
 «camas. Cuando me quiera lavar, mandaré que me  
 «echen en una palangana todo el Eridano celestial, etc.  
 «A cada expresion es una locura y una arrogancia.*

«SEGUNDO VICIO: *Estilo cacozelo*. Llámase así aquel  
 «estilo afectado, que consiste en imitar las palabras  
 «del otro, de manera que las que en una parte es-  
 «tán en su lugar y tienen alma, en otras no pueden  
 «estar más dislocadas ni ser más frias. Ejemplo:  
 «Pintó Parrasio á un muchacho con un canastillo de  
 «úvas, tan vivas estas y tan naturales, que engaña-  
 «dos los pájaros bajaban á picarlas. Célebrense mu-  
 «cho esta pintura; y el mismo Parrasio, ó por mo-  
 «destia verdadera, ó por burla de los que la celebran,  
 «notándoles de poco inteligentes, dijo: que la pin-  
 «tura no podía estar peor; porque aunque las úvas  
 «fuesen verdaderas, si el muchacho estuviese bien  
 «pintado, no se atreverian los pájaros á ellas.

«Leyó un retórico pedante llamado *Espiridion*,  
 «este hecho y dicho, y ofreciéndose celebrar otra  
 «pintura del mismo Parrasio, colocada en el templo  
 «de Minerva, en la cual se representaba el cuerpo de  
 «Prometeo en el monte Cáucaso, continuamente des-  
 «pedazado de un buitre, y continuamente reproduci-

«do, después de muchas ponderaciones sobre la  
 «horrible propiedad de la pintura, dijo por última,  
 «queriendo imitar la de las úvas, que *hasta en el  
 «mismo templo bajaban los buitres á encarnizarse en  
 «el retrato*. Rieronse los circunstantes de un remedo  
 «tan frio como impropio, porque los buitres no son  
 «como las golondrinas, los murciélagos y las lechu-  
 «zas, que estas saben muy bien lo que pasa en los  
 «templos, y aquellos solo pueden dar noticia de lo  
 «que sucede en los montes y en los peñascos.

«Otro ejemplo: Dió principio un orador á las hon-  
 «ras de Felipe IV con esta enfática expresion: *¡Con  
 «que en fin hasta los reyes mueren!* y paróse un poco,  
 «dando lugar á que el auditorio reflexionase sobre  
 «ellas. Fué sumamente aplaudida la naturalidad y la  
 «elevacion de este misterioso principio. Pocos dias  
 «después pronunció la oracion fúnebre del capiscol  
 «de cierta iglesia un predicadorcillo, y queriendo re-  
 «medar lo que habia oido aplaudir, comenzó de esta  
 «manera: *¡Con que, en fin, hasta los capiscales mue-  
 «ren!* Fueron tales las carcajadas del auditorio, que  
 «el orador no pudo proseguir más adelante, y los que  
 «comenzaron honras acabaron entremeses. TERCER  
 «VICIO: *Estilo frio* es en parte parecido al *cacozelo*,  
 «ó al remedador, en que el frio principalmente con-  
 «siste en pensamientos nuevos, extraños y peregrinos.  
 «Tal fué el de Egezas, insulsísimo sofista, en el  
 «panegirico de Alejandro, cuando dijo, que se habia  
 «abrasado el famosísimo templo de Diana en Efeso,  
 «al mismo tiempo que Olimpia estaba pariendo á  
 «aquel príncipe; porque ocupada la diosa en asistir  
 «á este parto, no pudo acudir á apagar el fuego de

« su templo. Pensamiento tan frio, añade Plutarco,  
« que él solo bastaba para apagar el fuego.

« A esta frialdad de estilo están muy expuestos los  
« predicadores, que se entregan inmediatamente al  
« estilo: con economía, con eleccion y con la pru-  
« dencia que le usaron los Santos Padres, es á una  
« mano oportuno y provechoso; pero practicándole  
« con exceso y á pasto, no hay cosa más fria ni que  
« más fastidie ni que ménos se pegue; ¿quién podrá,  
« por ejemplo, tolerar que le anden perpétuamente  
« predicando estas ó semejantes alegóricas interpre-  
« taciones? *El pórtico de Salomon es la conversacion*  
« *de Cristo: La estrella Arcturo es la ley: las Pléyades*  
« *la gracia del Nuevo Testamento: las Anades los conse-*  
« *jos de los Santos Padres: el zéfiro los predicadores*  
« *evangélicos: la perdiz el diablo, y los cinifes los ló-*  
« *gicos ó sofistas. Pasen enhorabuena estas alegorías;*  
« ¿pero quién no se empalaga, cuando le llenan las  
« orejas de ellas?

« **CUARTO VICIO.** *Estilo pueril:* consiste este en  
« una suavidad sin jugo, en una dulzura empalagoza,  
« en retruécánillos sin substancia, en juegos ó palo-  
« teados de voces, en equivoquillos, en ternuras afec-  
« tadas, en alusiones cariñosas, en ciertas figurillas  
« alegres y floridas, en pinturillas teatrales, y final-  
« mente en todo lo que suena estilo clausulado y ca-  
« dencioso. Por lo regular solo usan de este estilo  
« los entendimientos añiados, ó los que están po-  
« seídos del amor; porque acostumbrados á leer en  
« los romancistas, requiebros, ternuras, halagos, ro-  
« sas, azucenas y claveles, hechizados de los con-  
« ceptos que lisonjean su pasion, juzgan que no hay

« cosa mayor ni más divina. De este principio nacen  
« aquellos versos, que compuso el emperador Adria-  
« no dirigidos á su alma, ó como quieren otros, al  
« jóven Antinoo, de quien estaba perdidamente ena-  
« morado.

« Animula, vagula, blandula  
« Hospes, comesque corporis;  
« Quæ nunc abibis in loca  
« Pallidula, rigida, nudula,  
« Nec, ut soles, dabis jocos.

« Veia una pintura en el mismo estilo pueril, co-  
« piada á la letra de cierto sermon que anda impreso.  
« *Quiere la águila hidrópica de luz, beberla al plane-*  
« *ta más propicio la impetuosa corriente de su raudal*  
« *fogoso: navega por el viento, sirviendo de seguros*  
« *remos la ligereza de sus alas. Nunca vuelve los ojos*  
« *al suelo; siempre los tiene fijos en el flamante glo-*  
« *bo. Si dejo amenidades de los vergeles, domina cam-*  
« *pos azules; si la tierra con verdores la lisonjea, el*  
« *sol con benévolas influencias la halaga. Lleva pen-*  
« *diente en su pico ó prisionera en la estrecha cárcel de*  
« *sus gurras á su prole hermosa y tierna: mirala con*  
« *desvelo, atiéndela con cuidado, registra sus ojos, re-*  
« *para sus movimientos. Pero si ella, ó embargada de*  
« *luces ó ciega de resplandores; vuelve el rostro, en-*  
« *corba el cuello, pestañea sus dos queños orbes decli-*  
« *nando en cobardes timideces, la despeña con ira, la*  
« *precipita con rabia, y arrojándola de las nubes, la*  
« *destina para tiro de crueles voracidades. Mas si*  
« *amante de aquella mayor antorcha, alada de su in-*  
« *cesante carrera, enamorada de su esplendor, apan-*  
« *sionada de su brillantez, conserva estable la vista*

«aguantando el tropel de tantas llamas, en plácidos  
 «alborozados ademanes, la expresa más intentos sus  
 «amores, siendo prueba de su legitima filiacion el  
 «simpático afecto de la caridad.

«Pintura pueril, donde no se encuentra ni un solo  
 «pensamiento masculino, ni un solo pensamiento ner-  
 «vioso y varonil, reduciéndose toda ella á figurillas  
 «comunes; y metáforas vulgares; porque quitado  
 «aquello de llamar al Sol planeta más propicio, ó la  
 «mayor antorcha, á sus rayos, corrientes de raudal  
 «fogoso, al Cielo flamante globo, á los ojos dos pe-  
 «queños orbes, no queda más fuego ni más substancia,  
 «que las clausulillas cortadas, antítesis ridículas, y  
 «repeticiones de frases, para explicar un mismo con-  
 «cepto. Y cuando el autor dijo, que si la águila dejó  
 «amenidades de los vergeles, domina campos azules,  
 «debía de pensar sin duda, que las águilas andan en  
 «los jardines y florestas, como los ruiseñores y ca-  
 «narios; porque si supiera que las águilas tienen sus  
 «nidos siempre en los sitios más horrorosos de la na-  
 «turaleza, buscando unas veces la cima y otras el  
 «hueco de algun peñasco escarpado, no diría el dispa-  
 «rate de que dejaba amenidades de los vergeles, y hu-  
 «biera buscado otra antítesis, más propia para acom-  
 «pañar á su dominacion sobre los campos azules.

«QUINTO VICIO: *Estilo parentirso*: llámase así  
 «aquel modo de predicar descompuesto, desentonado  
 «y furioso, en que el Predicador más parece orate  
 «que orador; todo gritos, todo exclamaciones, todo  
 «ponderaciones intolerables, todo gestos, todo ex-  
 «tensiones del cuerpo, todo movimientos convulsivos,  
 «y todo figuras magníficas y grandiosas, para expli-

«car las cosas más bajas y más ridículas. Dáse con mu-  
 «cha propiedad el nombre de *parentirso* á este estilo,  
 «por alusion á tirso ó garrote nudoso, cubierto de  
 «hojas, que se usaba en las fiestas bacanales, con el  
 «cual se sacudian de garrotazos unos á otros los que  
 «las celebraban, como si estuviesen locos; porque en  
 «realidad no hay otra cosa que más rompa la cabeza,  
 «que este estilo ó este modo de predicar.

«No es menester citar ejemplos para conocer este  
 «estilo, porque bien frecuentes los tenemos á la vis-  
 «ta, especialmente en los sermones de Cuaresma,  
 «que llaman *de accision*, cuando los predicán ciertos  
 «predicadores visños, llenos de celo, pero faltos de  
 «experiencia y no sobrados de juicio. Suélese re-  
 «ducir sus sermones, pasmarotas, á exclamaciones  
 «importunas, á voces descompasadas y á una agita-  
 «cion de cuerpo tan violenta, que al acabar el ser-  
 «mon quedan más quebrados y molidos que si hubie-  
 «ran estado cavando todo el día; y mientras ellos se  
 «retiran muy satisfechos de su trabajo, el auditorio se  
 «vá riendo de su boberia ó compadecido de su lo-  
 «cura.

«Suelen éstos en el discurso del sermon, llorar,  
 «encenderse, enojarse, irritarse, invocar al Cielo y  
 «á la tierra lo más oportunamente del mundo: y lo más  
 «gracioso es, que cuando dicen las cosas más comunes  
 «ó más y frias, pareciéndoles que tienen ya el audi-  
 «torio conmovido, con la mayor satisfaccion dicen:  
 «Pero ya veo que se os despedazan las entrañas, ya  
 «veo que se os parte el corazon, ya veo que corren  
 «hasta el suelo vuestras lágrimas. Y lo que hay en el  
 «caso es, que mientras tanto los oyentes están con



« los ojos muy enjutos, con el corazon entero, y con  
 « las entrañas frescas, salvo que se les despedazan de  
 « risa.

« **SEXTO VICIO: estilo escolastico:** incurrese de va-  
 « rias maneras, ó cuando el sermon más parece una  
 « disputa que una oracion, por las pruebas, por las  
 « confirmaciones, por los argumentos, por las res-  
 « puestas y por las réplicas, ó cuando en el discurso  
 « de él, aún cuando por lo demás tenga mucho de  
 « aire oratorio, se introducen frecuentemente sitogis-  
 « mos formales, con su mayor, menor y consecuen-  
 « cia, ó cuando se citan con exceso y con afectacion  
 « de sabios, puntos controvertidos en la escuela: *sabe*  
 « *el Maestro, no disonará al Teólogo.* Incurren por lo  
 « comun en este vicio tres géneros de gentes: los pre-  
 « dicadores demasidamente mozos, que aún están,  
 « como dicen, con *el vade en la cinta:* los demasida-  
 « damente viejos, encarnecidos en las aulas y en las  
 « universidades; y aquellos, así viejos como mozos,  
 « que por su profesion ó instituto, no pueden lucir  
 « con sus estudios escolásticos en teatros públicos,  
 « destinados para eso, y escogen el púlpito para ha-  
 « cer importuna ostentacion de ellos.

« Tambien se llama *estilo escolstico* el de algunos  
 « oradores, tan supersticiosamente aligados á las leyes  
 « y reglas de la oratoria, que antes quebraran los pre-  
 « ceptos del decálogo, que faltar al minimo cañon de  
 « la retórica: esos tienen gran cuidado de que todo  
 « el artificio se descubre de par en par: el exordio,  
 « la proposicion, la division, las pruebas, la exorna-  
 « cion, el epilogo y el ir midiendo las figuras, como  
 « con un compás, distribuyéndolas y repartiéndolas

« en sus eajoncillos y cuartos como tablero de damas.  
 « No hay cosa más insufrible y más fastidiosa, que  
 « una composicion tan arreglada, hasta el gesto y tono  
 « de la voz, el movimiento del cuerpo y acciones de  
 « las manos ponen el mayor cuidado de que salgan á  
 « nivel. Con mucha gracia se reia de ellos Demóste-  
 « nes, cuando decia, que no creia pendiese la fortu-  
 « na de la gracia, de que la mano se moviese hácia  
 « aquí ó hácia allá: *fortunam gratiae ex eo non pen-*  
 « *dere, an manum in hanc vel in illam partem infle-*  
 « *xeris.* Este es aquel estilo, que por otro nombre se  
 « llama *pedantesco.*

« **SÉPTIMO VICIO: Estilo poético:** dice Theofrasto,  
 « y convienen todos en ello, que es sumamente nece-  
 « sario al orador ejercitarse en la lectura de los me-  
 « jores poetas, especialmente cómicos y trágicos, y  
 « aún añade Halicarnaseo, que no puede ser perfecta  
 « una oracion, sino es parecida á un poema.

« La verdadera inteligencia de esta regla, que tam-  
 « bien la adoptan Ciceron y Quintiliano, es la que  
 « dan estos mismos. Dice Ciceron, que el orador ha  
 « de aprender á hablar, con número y medida; pero  
 « no con aquella medida que hace el verso, porque  
 « es el vicio de la oracion, *nam id quidem orationis*  
 « *est vitium;* sino en aquella medida, que causa en  
 « el oido aquella armonía llena y numerosa, siendo  
 « constante que es numeroso todo lo que suena: por  
 « eso dijo un discreto, que para hacer buena prosa,  
 « era menester buena oreja.

« Quintiliano explica más la materia, y dice, que  
 « el orador debe aprender del poeta la elevacion del  
 « concepto, la viveza de la expresion, el imperio y

« la moción de los afectos, la propiedad y el decoro  
 « de las personas; pero advierte, que no ha de pasar  
 « de aquí, y que no debe imitar al poeta ni en la li-  
 « cencia de las figuras ni en la forzosa medida de  
 « los piés: *meminerit tamen non per omnia poetas*  
 « *oratori esse sequendos, nec libertate verborum, nec*  
 « *licentia figura, nec pedum necessitate.*

« Por no entender esta regla, ó por entenderla al  
 « revés, han caído tantos historiadores y tantos ora-  
 « dores en el intolerable vicio del estilo poético, to-  
 « mando de los poetas lo que debían huir, y huyendo  
 « lo que debían tomar: de la sublimidad del pensa-  
 « miento, de la valentía y magestad de la expresión,  
 « del divino fuego con que inflama los afectos, nada  
 « absolutamente; pero de sus entusiasmos, de sus  
 « figuras arrebatadas, y de las medidas de sus piés,  
 « absolutamente todo, sin faltarles más que las últi-  
 « mas y las consonantes.

« ¿Quién ha de tener paciencia para oír á un ora-  
 « dor sagrado, que desde toda la magestad del púl-  
 « pito pinta un león de esta manera? *Mirad este co-*  
 « *ronado monstruo de la selva, dominante terror de la*  
 « *campana, atended como eriza la melena, como afile*  
 « *el acero tajante de las uñas, como furioso acomete,*  
 « *como estremecido ruge! (Da pedes, et sient carmina).*  
 « No le faltan más que los piés para ser verso, pero  
 « ni aún los piés le faltan por aquello de *coronado*  
 « *monstruo de la selva, dominante terror de la cam-*  
 « *paña, atended como eriza la melena:* son piés ca-  
 « bales de un verso heroico y lo otro de *como furioso*  
 « *acomete como estremecido ruge,* son dos piés ajus-  
 « tados de verso lírico.

« Amiano, Enodio y Sidonio Apolinar fueron los  
 « que introdujeron esta peste, y con ello inficionaron  
 « las cuatro partes del mundo: para decir Amiano,  
 « que una injusta y cruel guerra abrasó toda la ciu-  
 « dad, se explica con estas poéticas frases: *Cum pri-*  
 « *mum (Aurora surgente) universa quæ videre pote-*  
 « *ram armis coruscantibus stellabant, et ferreus equi-*  
 « *tatus opplebat campos et colles; sæviens per urbem*  
 « *æternam urebat cuntos Bellona ex primordiis mini-*  
 « *mis ad clades ducta luctuosas.* ¶ Apénas la Aurora  
 « había dejado el lecho, y pudo descubrir con su luz lo  
 « que pasaba, cuando vi que toda la campaña resplan-  
 « decía con las armas centellantes, y que la caballería  
 « cubierta de hierro acerado llenaba los campos y ca-  
 « lles: *Belona cruelmente enfurecida todo lo reducía á*  
 « *pavesas en aquella ciudad interminable, pasando de*  
 « *los menores daños á estragos tan lastimosos, que ojalá*  
 « *los hubiera borrado de la memoria el silencio ó el*  
 « *olvido.*

« Pero esto no tiene comparacion con la pintura  
 « que hace del suelo helado y resbaladizo en tiempo  
 « de invierno. *Hieme vero humus crustata frigoribus,*  
 « *et tamquam levigata, ideoque labis in cænum præ-*  
 « *cipitantes impellit, et patulæ vales per cydaciæ plena*  
 « *glaciæ perfidè devorant nonnunquam transeuntem.*  
 « ¶ Encostrada en el invierno la tierra al rigor de  
 « frios y escarchas, pasa de desigual y consistente á  
 « lisa y resbaladiza, y así impele con violencia al  
 « que quiera caminar con paso precipitado, de manera  
 « que ofreciéndose á la vista los valles más espaciosos,  
 « tal vez están tan llenos de perfidia como de hielo, y  
 « se tragan al mismo caminante.

« No se traen más ejemplos del estilo poético, por-  
 « que no hay cosa más de sobra en los libros, ni apé-  
 « nas se oye otro en los púlpitos, con tanto dolor de  
 « los celosos, como risa de los verdaderamente crí-  
 « ticos.

« **OCTAVO VICIO:** *Estilo metafórico y alegórico:*  
 « tiene mucho parentesco con el poético en lo hin-  
 « chado de las frases, y solo se diferencia de él en que  
 « huye de aquellas voces propias y naturales, que se  
 « inventaron para la sencilla explicacion de las cosas,  
 « y busca estudiosamente las que solamente significan  
 « los conceptos, por alguna semejanza ó analogía. La  
 « metáfora se puede ejecutar con una palabra sola,  
 « como de un hombre, cuando se dice, que es un  
 « leon, por ser fiero, ó de un empedernido, que es  
 « una piedra de mármol. La alegoría se ha de seguir  
 « ó continuar en una ó muchas cláusulas, sin per-  
 « derla de vista, hasta que llegue á hacer completo y  
 « perfecto sentido de la oracion, como cuando deci-  
 « mos, que *embarcada la alma en la nave del cuerpo,*  
 « *se hace á la vela por la mar de este mundo, y sur-*  
 « *cando piélagos de miserias, entre borrascas de con-*  
 « *tradicciones, escallos de fortunas peligrosas, y ba-*  
 « *gios de adversidades, ya zozobra; ya naufraga,*  
 « *hasta que soplando el aire favorable de la gracia,*  
 « *llegue feliz al puerto de la salvacion.* No se puede  
 « negar, que así la metáfora, como la alegoría usa-  
 « das con oportunidad, dan mucha gala al estilo, le  
 « ennoblecen y le elevan; ¿pero quién podrá tolerar  
 « una oracion ó un libro entero escrito todo en este  
 « estilo? Solo el gusto gótico, que estragó todas las  
 « ciencias y las artes, pudo hallar gracia en esta

« frialdad, y solo aquellos que llamaban *el hierno de*  
 « *Ciceron* á la divina elocuencia de este hombre in-  
 « comparable, podian reputar por oro su asquerosísi-  
 « ma basura.

« ¿Dónde hay cosa más ridícula, que la alegoría  
 « con que Enodio alaba la descripcion que hizo del  
 « mar un amigo suyo en cierta obra? *Dum salum*  
 « *quæris verbis compositis, et incerta liquentis elementi*  
 « *placida oratione describis; dum sermonum cim-*  
 « *bam..... inter scoplos Rector diligens frenas, et*  
 « *curiosum artificem fabricatus... pelagus oculis meis,*  
 « *quod aquarum simulabas eloquiis, demonstras.....*  
 « Quiere decir: *Cuando intentas pintar al salobre*  
 « *charco con palabras escogidas á mano, como flores;*  
 « *cuando pretendes describir con placida oracion, así*  
 « *las inconstancias como los inquietos rumbos del li-*  
 « *quido elemento; cuando gobiernas diestro piloto la*  
 « *navecilla de las voces entre los escollos de la facun-*  
 « *dia, y con mano maestra de artífice experto exami-*  
 « *nas, balanceas y equilibrias el cuerpo y el peso de*  
 « *las expresiones, no representaste á mis ojos el peli-*  
 « *gro de aguas, que disimulabas, sino el piélago de*  
 « *elocuencia, que no pretendias.*

« Solo puede competir con esta insulsez la carta  
 « que un cierto estudiante escribió á su padre para  
 « darle á entender lo mucho que habia aprovechado  
 « en la retórica; y sobre todo lo bien que sabia se-  
 « guir una alegoría. La carta decia así:

« *Origen y señor mio: Derivándose de V. como de*  
 « *su manantial inagotable este corto arroyuelo de mi*  
 « *vida, que serpentea liquido por estos dilatados cam-*  
 « *pos de Villagarcia, es de mi obligacion poner en*

« noticia de V. como ya es muy delgado el hilo de su corriente, porque los rayos del sol, que nos abrazó en Carnestolendas, elevaron hacia arriba tantos vapores, que apenas le han dejado caudal para humecer la yerba. Por tanto si V. no quiere que el arroyuelo se seque, socórrale con raudales, ya sea por arcaduces de lino (las alforjas), ya por conductos de pieles embotadas (botas ó pellejos.) Amo señora subservidora (la madre que le dió la luz), que esta su menor antorcha se pone á la obediencia de sus rayos. De V. su fenix varon (era el único hijo con dos hermanas), el precursor sin hiel (llamábase Juan Palomo.) ¿Habria hombres en la naturaleza, que pudiesen con un libro en este estilo? ¿A los de Atlante, qué pudieron con el Cielo, no les brumaria una cosa tan pesada?»

Hasta aquí el papel de apuntamientos, con que tropezó Fray Gerundio, y lo leyó *de verbo ad verbum*, sin perder ni sílaba ni coma, y apenas acabó de leerle cuando se quedó suspenso por un rato; cerró los ojos, sentó el codo derecho sobre el brazo de la silla, teniendo en la izquierda el papel que habia leído. Estuvo un buen rato de tiempo pensativo, y al cabo levantóse con ímpetu de la silla; coge el papel entre las dos manos, y hácelo dos mil pedazos, arrójale con indignacion por la ventana, y dando dos pasos por la celda, acompañados de media docena de patadas, exclamó diciendo: ¡Válgate el diantre por el papel, y por el grandísimo impertinente que le fabricó, que me habeis revuelto los sesos! Es imposible que el autor no fuese el hombre más prolijo y el más indigesto, que ha nacido de madres. ¿Pues qué para

hablar un hombre como Dios le ayuda, se han de menester tantas ceremonias? Y si este autorcillo envinagrado tiene por viciosos todos los estilos que acaba de nombrar; ¿dónde hallará uno que no sea pecador? Al magnífico le llama hinchado, al culto remedador ó caco, ¿qué sé yo? al figurado frio, al tierno florido y delicioso ó pueril, al vehemente parentirso ó paren diablo, al reglado escolástico; ¿pues en qué estilo hemos de hablar ó escribir? V. yace con cuatro mil pipas de den..... (y déjolo así porque era escrupuloso) que yo escribiré y hablaré en el que me diere la gana; pues el que he usado hasta de aquí ha merecido tantos aplausos, aténgome á él y no á lo que dice este apuntador descontentadizo y mal hablado.

Con efecto en un santiamen dispuso su sermón, sin apartarse un punto de su estilo estrambótico, ni desamparar sus queridas frases estrafalarias. Para fecundar la imaginacion ó la fantasía en ellos, leyó un par de sermones de su riquísimo tesoro el *Florilogio sacro*, y aún para mayor abundamiento volvió á recurrir cierto sermón impreso de otro autor, que le habian prestado en otra ocasion para que le leyese, y á él le cayó tan en gracia, pareciéndole un milagro de elocuencia, que no paró hasta que el dueño le hizo absoluta y entera donacion de él *inter vivos*, transfiriéndole su dominio, y omnimoda propiedad.

Intitulábase este sermón: *Triunfo amoroso, Sacro Himeneo, Epitalámio festivo, mirífico desposorio, que el Cordero Eucarístico celebró en su profesion solemne Sor. etc. compuesto por el reverendísimo P. Fr. etc.* El título solo de la pieza le contentó, y le arrebató las potencias y sentidos. Reparó que la dedicatoria

y aprobaciones ocupaban tanto como el sermón; porque en materia de hojas estaban tantas á tantas, y de contado esto le hizo formar un concepto superior al mérito de la obra; pues á cada palabra de ella correspondía otra en elogio suyo. Comenzó á leerla, y juzgó que no se había engañado en su concepto; porque quedó como extático de admiración y asombro, al encontrarse con las primeras cláusulas de la salutación, que decían así ni más ni menos.

«O el amor está de bodas, ó yo no entiendo de amor. ¡Qué invención, qué sacro enigma, dulce divino Cupido, sol de justicia amoroso! ¡qué laberintos de luces disimula en gloria tanta este disfraz de misterios!» Es cierto que el estilo no le pareció tan elevado, como el del *Florilégio*; porque en realidad las voces son regulares, y de estas que se usan en tierra de cristianos; ¿pero qué importa, si envidió aquella perfecta cadencia de verso lírico? Es un dulcísimo encanto, sobre todo aquel arranque: *O el amor está de bodas, ó yo no entiendo de amor*, le parecía á nuestro sabalino, que no había oro con que pagarle; y por lo ménos daría algo porque se le ofreciese alguna cosa parecida, para dar principio á su sermón. No dejó de ofrecérsele, que la tal entradilla *ó el amor está de bodas, ó yo no entiendo de amor*, parecía un poco más retozona, que lo que á religiosos conviene, y que acaso algún bufón del auditorio diría (allá para su colete); *Cuerno en el Fraile, ¿y qué respingon que sale?* Antes creo que nada ganara, si entendiésemos mucho su reverendísima en la materia. Digo, que todo esto le pasó por el pensamiento á nuestro Fray Gerundio, pero lo despreció con una

noble libertad de espíritu, por dos importantísimas razones. La primera, porque si los predicadores hubieran de hacer caso de truanes y bellacos, aborcarían el oficio; pues apenas podrían decir cosa que no la torciesen y maliciasen. La segunda, porque si no disonó aquel arranque en un predicador de profesión mucha más austera y de hábito mucho más penitente que el suyo, con la circunstancia de estar cubierto de canas, y cargado de años y de empleos en la religión, mucho ménos disonaría en él por las razones contrarias.

Desembarazado tan felizmente de este reparillo, y persuadido que no era posible abrir el sermón con cláusula más curiosa, comenzó á batallar en su imaginación con una multitud de cláusulas, que de tropel se le ofrecieron, todas parecidas á ella, sin saber cual había de elegir, porque cada una le parecía mejor. Aseguró despues á un confidente, por cuya deposición lo supimos (pues sin algo de esto, ó sin que lo dejase anotado en alguna parte; ¿cómo era posible que llegase la noticia hasta nosotros de lo que le había pasado por el pensamiento?) aseguró (vuelvo á decir) á un confidente suyo, que entre las cláusulas semejantes á manera del *Epitalamio festivo*, que á borbotones se le vinieron al pensamiento, las que más le dieron que hacer, porque le agradaron más, fueron las siguientes.

*O hay Sacramento en Campatas, ó no hay en la Iglesia fé:* esta le pareció una invención milagrosa, para captar desde luego una suspensión extática. *O Jesucristo está allí, ó yo no sé donde estoy. O aquel es cuerpo de Cristo, ó no hay en los naipes ley.* Mucho

le agradó este principio, porque sobre ser el más popular de todos, aquello de cotejar la existencia de Cristo en el Sacramento con la ley de los naipes, se le figuró una valentía de ingenio jamás oída ni vista. En esta última razón, y como no fuese una blasfemia heretical, vamos claros, que era un pensamiento singularísimo. *O aquel no es vino ni pan, ó soy un borracho yo:* aún esta cláusula le agradaba más que todos, sino fuera por la palabra *borracho*, que le pareció demasíadamente llana; y aunque ya se le ofreció, que *ebrio y beodo* significaban lo mismo con alguna mayor decencia; pero siempre que no ajustaba también al pie del verso, creyó que en quitando la palabra *borracho*, se le quitaba á la cláusula la gracia.

Finalmente, todo bien considerado, se determinó á dar principio al sermón, con la cláusula primera: *O hay Sacramento en Campazas, ó no hay en la Iglesia fé.* Para tomar esta acertada determinación, tuvo buenas y legítimas razones; pues sobre ser aquella cláusula, sin disputa alguna, la más suspensiva y la más enfática de todas, era también la más verdadera, siendo indubitable, que si en Campazas no había Sacramento, supuesta la consagración, tampoco le había en la iglesia de San Pedro en Roma ni en ninguna de toda la cristiandad, y allá iba la fé por esos trigos de Dios: fuera de que esta cláusula le venía de perlas para el asunto que ya había resuelto, conviene á saber, que Campazas era la patria nativa del Sacramento de la Eucaristía, lo que, á su modo de entender estaba suficientemente probado; porque llevando como llevaba la opinión (y es en la realidad

la más probable) de que el verdadero y legítimo nombre de Campazas en su primera institución había sido *Campazos*, esto es, *Campos espaciosos, y campos muy dilatados*, y consiguientemente, que el lugar de Campazas fué, digámoslo así, como el tronco, como el fundamental lugar y área de frugífera región de campos, á la cual dió curioso y oportuno nombre. Supuesto esto, todo esto desataría nuestro Fray Gerundio con tanta solidez como suileza, de esta manera: «La materia remota del Sacramento de la Eucaristía, es el trigo: la nativa patria del trigo es campos; la casa solariega de campos es Campazas: luego Campazas es la patria y lugar del Santísimo Sacramento.»

Esta por lo que toca á la materia del Sacramento á la especie del pan; vamos en la misma materia en la especie del vino: *sic argumentor*: «El vino es materia remota del Sacramento de la Eucaristía; el vino nace en las viñas, las viñas en los campos, los campos en Campazas; ergo, para la exornación, no me sobra otra cosa, que materiales tomados de la escuela de los expositores, de los padres, de los autores profanos, y si me resuelvo á valerme de la fábula, también de los mitólogos, todo cuanto se dice de los campos, y de todo lo que pertenece á ellos, como especialmente de trigos, viñas y vino, viene clavado á mi asunto. Pasan de ciento los textos de la Escritura que hablan de campos, y solo en leer á Gísterio en la exposición de cualquiera capítulo de los cantares, encontraré un campo de autoridades para llenar el sermón de latín, todo perteneciente á viñas, trigos y campos, y para car-

«ger las márgenes de tantas citas, que apenas que-  
 «pan en ellos, de manera que solo con verlas me  
 «tenga por el hombre más lucido y más sabio que ha  
 «nacido de mujeres. De autores profanos, no hay  
 «más que abrir las Geórgicas de Virgilio, y algunas  
 «de sus Eclogas, que en ellas hallaré versos á  
 «pasto, y todos muy al intento, con que podré atur-  
 «rullar á mi mismo preceptor el dómine Zancas Lar-  
 «gas; y en fin, si quiero amenuzar la funcion con la  
 «florida erudicion de las fábulas (que á esto todavía  
 «no me he determinado), ahí están los prodigios  
 «que se cuentan de Ceres, Flora, Annona, y por fin  
 «y postre toda la cornucopia de la divina Almaltea;  
 «pues todas estas deidades son de la jurisdiccion y  
 «departamento de la provincia de Campos, que me  
 «darán barro á mano, para completar no solo la  
 «amenidad de mi gran amigo Fray Blas, sino casi  
 «casi para apostárselas al soberano autor del famoso  
 «*Florilogio*.»

Ni más ni ménos como lo ideó Fray Gerundio, dis-  
 puso su sermón, y estudiado que le hubo, y llegán-  
 dose el dia de predicarle, montó en un macho de  
 noria, tuerto y algo perezoso, que le envió su padre,  
 y partió á Campos, donde sucedió lo que dirá el ca-  
 pítulo siguiente.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

## ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO.

### LIBRO SEGUNDO.

	<u>Páginas.</u>
CAP. IV. De la burla que hizo el predicador mayor del razonamiento del ex-provincial, y de lo que pasó despues con Fray Gerundio. . . . .	5
CAP. V. De una conversacion muy provechosa, que un beneficiado del lugar tuvo con Fray Gerundio, si Fray Gerundio se hubiera sabido aprovecharse de ella. . . . .	23
CAP. VI. En que se parte el capitulo pasado, porque ha crecido más de lo que se pensó, y se dá cuenta de la conversacion prometida. . . . .	38
CAP. VII. Cásase de hablar el beneficiado, saca la caja, toma un polvo, estornuda, suéna-se, limpiase y prosigue la conversacion. . . . .	56
CAP. VIII. Predica Fray Gerundio el primer sermón en el refectorio de su convento: encaja en él una graciosísima salutacion y de-ja los estudios. . . . .	83
CAP. IX. De los varios pareceres que hubo en la comunidad, acerca de la salutacion y ta-lentos en nuestro Fray Gerundio, y de como prevaleció en fin el que era me-nerester hacerle predicador. . . . .	100

«ger las márgenes de tantas citas, que apenas que-  
 «pan en ellos, de manera que solo con verlas me  
 «tenga por el hombre más lucido y más sabio que ha  
 «nacido de mujeres. De autores profanos, no hay  
 «más que abrir las Geórgicas de Virgilio, y algunas  
 «de sus Eclogas, que en ellas hallaré versos á  
 «pasto, y todos muy al intento, con que podré atur-  
 «rullar á mi mismo preceptor el dómine Zancas Lar-  
 «gas; y en fin, si quiero amenuzar la funcion con la  
 «florida erudicion de las fábulas (que á esto todavía  
 «no me he determinado), ahí están los prodigios  
 «que se cuentan de Ceres, Flora, Annona, y por fin  
 «y postre toda la cornucopia de la divina Almaltea;  
 «pues todas estas deidades son de la jurisdiccion y  
 «departamento de la provincia de Campos, que me  
 «darán barro á mano, para completar no solo la  
 «amenidad de mi gran amigo Fray Blas, sino casi  
 «casi para apostárselas al soberano autor del famoso  
 «*Florilogio*.»

Ni más ni ménos como lo ideó Fray Gerundio, dis-  
 puso su sermón, y estudiado que le hubo, y llegán-  
 dose el dia de predicarle, montó en un macho de  
 noria, tuerto y algo perezoso, que le envió su padre,  
 y partió á Campos, donde sucedió lo que dirá el ca-  
 pítulo siguiente.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

## ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO.

### LIBRO SEGUNDO.

	<u>Páginas.</u>
CAP. IV. De la burla que hizo el predicador mayor del razonamiento del ex-provincial, y de lo que pasó despues con Fray Gerundio. . . . .	5
CAP. V. De una conversacion muy provechosa, que un beneficiado del lugar tuvo con Fray Gerundio, si Fray Gerundio se hubiera sabido aprovecharse de ella. . . . .	23
CAP. VI. En que se parte el capitulo pasado, porque ha crecido más de lo que se pensó, y se dá cuenta de la conversacion prometida. . . . .	38
CAP. VII. Cásase de hablar el beneficiado, saca la caja, toma un polvo, estornuda, suéna-se, limpiase y prosigue la conversacion. . . . .	56
CAP. VIII. Predica Fray Gerundio el primer sermón en el refectorio de su convento: encaja en él una graciosísima salutacion y de-ja los estudios. . . . .	83
CAP. IX. De los varios pareceres que hubo en la comunidad, acerca de la salutacion y ta-lentos en nuestro Fray Gerundio, y de como prevaleció en fin el que era me-nerester hacerle predicador. . . . .	100



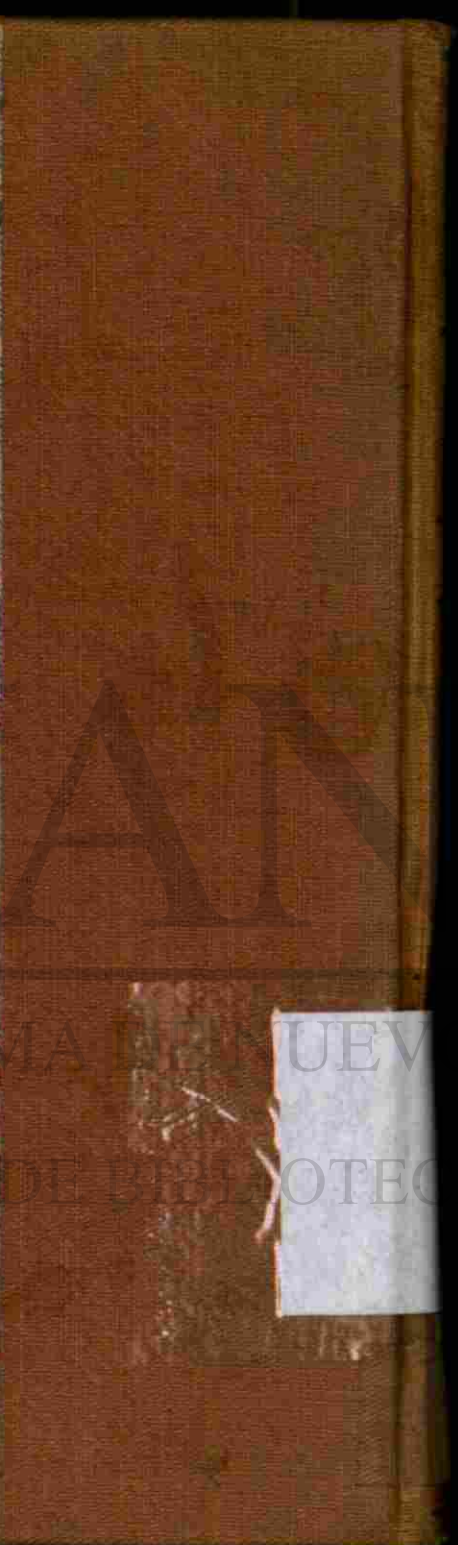
- CAP. X. En que se trata de lo que verá el curioso lector si lo leyere. . . . . 122

## LIBRO TERCERO.

- CAPÍTULO PRIMERO. De un enredo de Barrabás, que hizo el mal dimoño para acabar de rematar á Fray Gerundio. . . . . 142
- CAP. II. Sálese á pasear Fray Blas y Fray Gerundio, y de las ridiculas reglas para predicar, que le dió aquel con todos sus cinco sentidos. . . . . 161
- CAP. III. Lee el maestro Prudencio el sermón de Santa Orosia, dá con esta ocasion admirables instrucciones á Fray Gerundio, pero se rompe inútilmente la cabeza. . . . . 179
- CAP. IV. Entra el granjero la cena, interrómpese la conversacion, y se vuelve á continuar de sobremesa. . . . . 207
- CAP. V. Estrena Fray Gerundio el oficio de predicador sabatino con una plática de disciplinantes. . . . . 222
- CAP. VI. Donde se refiere la variedad de los juteios humanos, y se confirma en el ejemplo de nuestro famoso predicador sabatino, que no hay fatuidad que no tenga sus protectores. . . . . 240

## LIBRO CUARTO.

- CAPÍTULO PRIMERO. En donde se pondera lo que va saliendo y verá el curioso lector. . . . . 259
- CAP. II. Lee Fray Gerundio un papel acerca del estilo, y queda aturrullado. . . . . 273



UEV  
X  
OTEC